Alex Callinicos

Las ideas revolucionarias de Karl Marx



Las ideas revolucionarias de Karl Marx

Alex Callinicos

Fuente: *En Lucha* http://www.enlucha.org/?q=taxonomy_menu/2/66/113/114

Maquetación: Demófilo, 2010

Biblioteca Virtual OMEGALFA

———————

ꕥ

Indice

Introducciones	001
Introducción de 1985	005
Introducción de 1983	010
I.- Vida de un revolucionario	016
Amistad y revolución	024
El exilio y la "maldita existencia	030
El Capital y la Primera Internacional	039
Los últimos años	045
II.- El socialismo antes de Marx	050
La Ilustración	053
El socialismo utópico	058
III.- Ricardo, Hegel, Feuerbach	064
Una anatomía de la sociedad civil	064
Hegel y la dialéctica	071
Feuerbach pone a Hegel sobre los pies	075

IV.- El método de Marx 079
Trabajo y alienación 079
La lógica de *El capital* 086
Filosofía de la práctica 093
V.- Historia y lucha de clases 098
Producción y sociedad 099
Modos de producción y lucha de clases 105
Base y superestructura 115
VI.-El capitalismo 125
Trabajo y valor 126
Plusvalor y explotación 132
Competencia, precios, ganancia 140
Acumulación y crisis 151
Más acerca de las crisis 160
Conclusión 163
VII.- El poder de los trabajadores 166
Sepultureros del capitalismo 167
Partido y clase 173
La dictadura del proletariado 184
Una revolución mundial 193
El comunismo 201
VIII.- Marx hoy 211
El socialismo rea lmente existente 212
El capitalismo en el presente 219
La clase trabajadora 228
Conclusión 236
Abreviaturas 238

Mi objetivo con el presente libro ha sido llenar un vacío en la literatura sobre Marx, ofreciendo una introducción moderna y accesible a su vida y pensamiento. Quien escribe comparte las ideas básicas de Marx sobre la historia, la sociedad y la revolución.

Estoy agradecido a varias personas por su ayuda y estímulo: Peter Clark y Tony Cliff, quienes tuvieron inicialmente la idea del libro; Tony Cliff por sus acuciosas críticas al manuscrito; Peter Goodwin y Peter Marseden, quienes también hicieron críticas valiosas además de hacer el texto más legible.

Aunque en general el punto de vista de este libro es el del Socialist Workers Party, los errores que el mismo pueda contener son exclusivamente míos.

Quisiera dedicar este libro a Joanna Seddon, a quien debo, entre otras cosas, el conocimiento que he adquirido sobre los socialistas utópicos.

INTRODUCCIONES

Introducción de 1995

Este libro apareció por primera vez en 1983, cien años después de la muerte de Marx. El clima político era muy diferente al actual. Ronald Reagan había sido electo presidente de Estados Unidos. Margaret Thatcher estaba todavía en su primer período como primera ministro de Gran Bretaña. La ofensiva de la derecha que estos mandatarios encabezaban en favor del libre mercado, sólo comenzaba a hacerse sentir en la clase trabajadora.

En Gran Bretaña el Partido Laborista estaba dividido luego de su desastroso gobierno de 1974-79. El surgimiento del Partido Socialdemócrata empujaba a los laboristas hacia la derecha, mientras se desintegraba el ala izquierda de estos, liderada por Tony Benn. La gran huelga de los mineros de 1984-85 todavía estaba en el futuro. Su derrota haría inevitable el triunfo de la derecha en el seno del Partido Laborista.

En el plano internacional, el mundo estaba todavía sumido en lo que a veces se llamaba la segunda Guerra Fría, es decir, el periodo de tensión renovada entre los bloques de superpotencias, que había empezado a fines de los años 70. Los planes de la OTAN de instalar una nueva generación de misiles nucleares en Europa occidental (que se instrumentaron finalmente en el otoño de 1983) provocaron una revigorización masiva del movimiento pacifista. Luego de la brutal represión contra las grandes movilizaciones de los trabajadores polacos, impulsadas por Solidarnosc en diciembre de 1981, los regímenes estalinistas de Europa oriental parecían tan osificados y seguros en el poder como siempre. En Rusia, Mijail Gorbachov apenas empezaba su estrellato en el Buró Político.

Hoy el mundo es muy distinto. Lo es por lo que se ha llamado la “doble revolución” de 1989-91, es decir, las revoluciones de 1989 que terminaron

con los regímenes estalinistas de Europa oriental, y la caída del Partido Comunista de la Unión Soviética, que dio inicio a la desintegración de la URSS en 1991. Esta impresionante transformación terminó con la división de Europa entre bloques de superpotencias y, al mismo tiempo, con la Guerra Fría entre dichos bloques.

Tan importantes como los cambios geopolíticos han sido las consecuencias ideológicas del proceso de 1989-91. Se utilizó el colapso de los regímenes comunistas para intentar refutar definitivamente las ideas de Marx. Aprovechando la caída del estalinismo, la derecha en favor del libre mercado proclamó el triunfo final del capitalismo. En efecto, Francis Fukuyama, entonces funcionario del Departamento de Estado durante el gobierno de George Bush (padre), anunció "el fin de la historia". El capitalismo liberal, alegaba Fukuyama, había derrotado definitivamente al marxismo y, con éste, a cualquier otro desafío a su dominio. Todo lo que la humanidad debía esperar del futuro era la continuidad del capitalismo un siglo tras otro.

Era natural que la derecha explotara a su conveniencia los sucesos de 1989-91. Lo sorprendente fue que muchos en la izquierda se adhirieran a la línea de Fukuyama, al menos en parte. Como la derecha, estos activistas de izquierda igualaban al socialismo con los regímenes estalinistas. La caída de lo que había sido hasta entonces el "socialismo realmente existente" era interpretada como una derrota de toda la izquierda a escala mundial.

De aquí resultó el ánimo pesimista en que se sumieron muchos socialistas. En su libro Age of Extremes (1994) el historiador Eric Hobsbawm resume este estado de ánimo. Sobriamente, describe un mundo dominado por un capitalismo internacional cada vez más dinámico y por formas diversas de reacción política: fundamentalismo religioso, etc. Sobre el marxismo dice que "claramente, si Marx sigue vivo hoy como un gran pensador, lo cual difícilmente puede ser puesto en duda, ello no necesariamente es así para ninguna de las versiones del marxismo formuladas desde la década de 1890, en sus formas originales, como doctrinas de acción e inspiración política de movimientos socialistas".

Como tradición política e intelectual, el marxismo fue puesto a la defensiva. Su versión académica, ya debilitada por el aislamiento en las universidades

desde los años 80, profundizó más aún su declive. En esa década cobró auge el postmodernismo, el cual declaró la muerte de todas las grandes verdades y en particular de las "grandes narrativas" –sobre todo el marxismo– que buscan dar cohesión a la historia humana en un solo proceso de desarrollo.

Con la izquierda académica en estampida, los postmodernistas se proclamaron a sí mismos los verdaderos radicales, aún cuando se negaban a todo esfuerzo para cambiar el mundo a través de la acción política.

Los sucesos de 1989-91 fortalecieron a los sectores de la izquierda que sostienen que no hay alternativa real al capitalismo de mercado. El Partido Laborista inglés se movió decisivamente en esta dirección. Para los laboristas el socialismo se reduce a lo que el disidente polaco Adam Michnik ha llamado "el mercado con rostro humano". Y, en efecto, tal es el mensaje del Partido Laborista desde que Tony Blair asumió su dirección en julio de 1994. El éxito de Blair en eliminar la cláusula 4 del programa del partido, que se comprometía con la socialización de los medios de producción, subrayó el hecho de que el Nuevo Laborismo está lejos de buscar cambios significativos en la estructura capitalista británica.

Lo curioso de todo esto es que este entusiasmo con el mercado aparece en un momento en que el capitalismo está bastante maltrecho. Tras una ola de euforia especulativa durante la era Reagan-Thatcher en los años 80, la economía mundial ha entrado en una recesión seria a partir de principios de los 90. Es el tercer gran estancamiento desde los inicios de los años 70. Para mediados de los 90, las economías que primero entraron en la recesión (en particular Estados Unidos y Gran Bretaña) estaban recuperándose de forma inestable e irregular. Pero Japón, la economía más exitosa de las naciones dominantes durante la posguerra, se hundió en un estancamiento que fue agravándose.

Hoy es más claro que la derecha en favor del libre mercado, con su llamado a regresar a un capitalismo desregulado, difícilmente puede ofrecer soluciones a la crisis. Gran Bretaña, que entre las economías dominantes llevó más lejos esta política derechista, se halla estancada en un proceso de declive relativo que lleva ya un siglo. A su vez, un efecto de la nueva derecha

en el poder ha sido una transferencia masiva de riquezas e ingresos de los pobres a los ricos, así como en general un abismo mayor de desigualdad socioeconómica.

La polarización social resultante, provocó estallidos como la revuelta contra la poll tax que obligó a Thatcher a salir del gobierno británico, y la revuelta de Los Angeles de 1992. Es muy difícil concebir que la nueva generación de políticos de derecha –representados por Newt Gingrich en Estados Unidos, y Michael Portillo y John Redwood en Gran Bretaña– produzca algo que no sea más de lo mismo.

La evolución de la sociedad contemporánea sugiere que sigue siendo muy válida la línea central del pensamiento marxista, es decir su crítica del capitalismo como un sistema profundamente enraizado en la explotación y crónicamente propenso a las crisis. Se plantea así la cuestión de si la teoría económica marxista puede sobrevivir, a pesar de que la tradición política de la cual ha sido parte haya sido refutada por los grandes hechos históricos. Pero ¿ha sido refutada?

La respuesta a esta pregunta podrá encontrarse, creo, en las páginas de este libro. El lector descubrirá un Marx contrario al símbolo de despotismo, digno de desprecio, que hoy está ya difunto. Verá al Marx verdadero, para quien el socialismo es la liberación de la clase trabajadora por ella misma; no algo que se impone sobre la población, sino que la misma gente pueden lograr por ella y para ella, por medio de su propia lucha y organización.

Hay que distinguir, pues, entre la tradición realmente marxista –que a veces se le llama marxismo clásico– y sus distorsiones diversas. La idea política que informa dicha tradición es la del "socialismo desde abajo" (para usar la frase del socialista norteamericano Hal Draper), un socialismo que es inherentemente democrático porque es hecho por las masas trabajadoras mismas. El marxismo clásico fue iniciado, como digo en el primer capítulo, por Marx y su gran amigo y colaborador Federico Engels, y fue continuado por generaciones posteriores de socialistas revolucionarios, sobre todo por Vladimir Lenin, León Trotsky y Rosa Luxemburgo. Contrapuestas a esta tradición están las tergiversaciones del marxismo, con sus variantes de reforma gradual (la socialdemocracia occidental), religión de Estado de las

sociedades estalinistas ("marxismo-leninismo" oficial) y una forma académica desligada de la práctica política (el "marxismo occidental").

Debería ser obvia, en particular, la distancia entre las ideas expuestas en este libro y el "socialismo realmente existente" de la Unión Soviética y otros países. Este es uno de los temas que principalmente abordo en el capítulo 8. Utilizando en buena medida el análisis de Tony Cliff sobre el estalinismo, argumento que el fenómeno de la URSS y sus congéneres puede ser comprendido, en términos marxistas, no como alguna forma de socialismo sino como una instancia del capitalismo burocrático estatal, una variante del mismo sistema social explotador que existe en Occidente. Concluyo diciendo –siete años antes de las revoluciones antiestalinistas de Europa oriental:

El "socialismo realmente existente" del bloque del Este, es una negación del socialismo según lo concibió Marx. Lejos fundarse en la liberación de la clase trabajadora por ella misma, se sostiene con la explotación de ésta. Quienes permanezcan fieles al pensamiento de Marx deben trabajar con afán para terminar con dichos regímenes.

Desde esta perspectiva, el colapso del estalinismo no fue ocasión para lamentar, sino para celebrar. No fue una refutación definitiva del marxismo –como afirmó en The Revenge of History (1991)– sino el momento para empezar de nuevo lo que se había interrumpido. Libre del monstruoso reinado del estalinismo, ahora la verdadera tradición marxista puede resurgir, trascender los márgenes políticos en los que fue recluida en los años 20 y desafiar seriamente al capitalismo, que es hoy más bárbaro e irracional que en la época de Marx.

Las ideas revolucionarias de Karl Marx, podría ser de utilidad para una aproximación a un cuerpo teórico que sigue teniendo enorme relevancia. He dejado el texto de esta segunda edición casi sin alteraciones. No hay duda de que, como siempre ocurre, si escribiera el libro hoy lo haría diferente a como lo hice en 1983, pero como está posee una coherencia que no debería dañarse. Hay varios pasajes, especialmente en el capítulo 8, donde el lector debe tomar en consideración la situación política distinta (que he

esbozado brevemente al principio de esta Introducción) en que el texto fue escrito originalmente.

Debo enfatizar que entender a Marx no es simplemente un ejercicio intelectual. Sus ideas son imprescindibles para comprender un mundo que parece hacerse cada día más caótico e irracional. Pero ¿cuál es el sentido de entender más profundamente las fuerzas que mueven al mundo contemporáneo si no es para transformar ese mundo?

No se tratan las crisis del capitalismo como un proceso económico impersonal. Significan desempleo masivo en los países ricos, y hambre y epidemias en muchas partes del Tercer Mundo. Los terribles sufrimientos que de aquí resultan pueden provocar reacciones políticas que empujen a la humanidad más aún por el despeñadero de la barbarie. En los años 90 hemos visto en Europa occidental un reavivamiento del fascismo en niveles impresionantes, una guerra civil absurda en los Balcanes y, en muchos países africanos, la desintegración de la sociedad a causa de guerras entre bandas armadas.

"Socialismo o barbarie", advirtió en los tiempos de la Primera Guerra Mundial, la gran revolucionaria polaca Rosa Luxemburg. Hoy vemos que la barbarie hace su aparición en todas partes. El futuro de la lucha por el socialismo depende de que las ideas que este libro resume se hagan, como dijo el propio Marx, una fuerza material que movilice a millones de trabajadores contra un sistema capitalista que hace tiempo debió haber desaparecido.

Introducción de 1983

Carlos Marx murió hace cien años, el 14 de marzo de 1883. Han pasado tantas cosas desde entonces: dos guerras mundiales, Auschwitz, la bomba atómica, el motor de combustión interna, la televisión, el microchip. ¿Para qué escribir ahora un libro sobre la vida y el pensamiento de este hombre?

Hay tres respuestas para esta pregunta. La primera, es que Marx perteneció al grupo de pensadores que han cambiado de manera fundamental la forma en que vemos el mundo. Está en esto junto a Platón, Aristóteles, Copérnico, Galileo, Newton, Darwin, Freud y Einstein. La concepción mate-

rialista de la historia es tan potente, que los críticos y oponentes de Marx difícilmente pueden ignorar "el simple hecho hasta ahora oculto por la ideología, de que la humanidad debe poder comer, beber, tener techo y vestido, antes que dedicarse a la política, la ciencia, el arte, la religión, etc." (SW, III, 162) –como expresó en su entierro, su colaborador de toda la vida, Federico Engels.

Sin embargo, y ésta es la segunda respuesta a nuestra pregunta, Marx fue "antes que nada, un revolucionario", como también dijo Engels (SW, III, 163). La teoría era para Marx un medio para comprender el mundo, pero sólo como un paso para transformar ese mundo. La obra de su vida –la concepción materialista de la historia y los estudios económicos

que culminaron en El capital– estuvo dedicada a un objetivo: la liberación de la clase trabajadora por la clase trabajadora misma.

Marx se dio a una tarea que bien puede calificarse de heroica, aunque en las condiciones actuales no es raro ver que a este heroísmo se le reste importancia. Se trata de un hombre de potente brillantez. Cuando tenía veintitantos años un contemporáneo lo describía así:

"Imagine a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel fusionados en una sola persona... y tiene al doctor Marx". Si se hubiese conformado políticamente y dedicado a una carrera académica convencional, Marx hubiese ascendido al tope del establishment intelectual de su tiempo. Hubiese muerto rico y famoso.

En cambio, Marx dedicó su vida a la causa de la revolución socialista. Como resultado, él y su familia vivieron perseguidos e indagados por la policía de media Europa. Vivieron en la miseria, con el alguacil y el acreedor siempre a la puerta, y sobrevivieron sólo gracias al sacrificio de Engels. La muerte de Marx pasó desapercibida en su país de adopción, Inglaterra. El periódico inglés The Times supo de su muerte por medio de la prensa de Francia. Compárese esta vida con la de alguno de los mimados eruditos de nuestro tiempo –Bernard Levin, por ejemplo– siempre adulados por los medios de comunicación.

Marx domina nuestra atención, porque la comprensión de su pensamiento es esencial para cualquiera que se considere socialista y que desee acabar con la explotación, el sufrimiento y la violencia del sistema capitalista, sistema cuyas leyes de movimiento fueron el objeto de estudio de Marx. Las cuestiones que Marx planteó todavía están con nosotros. Solamente en el mundo industrial occidental hay 30 millones de personas sin trabajo. Varios experimentos "socialistas" importantes han tenido lugar en países relativamente desarrollados: Chile entre 1970 y 1973, Portugal entre 1974 y 1975, Francia hoy. Todos fracasaron. Ninguno dio el paso que Marx consideró esencial: quebrar el poder organizado de la clase capitalista y establecer en su lugar una nueva y democrática forma de poder: el poder de los trabajadores. Ningún socialista serio puede hoy evadir el pensamiento de Marx, pues en él se hallan todas las cuestiones que están sobre nosotros: la crisis y el desempleo, la reforma y la revolución.

Desafortunadamente, entender a Marx no es siempre tan simple como uno quisiera. Esto no ocurre porque, según cierto mito, los escritos de Marx sean oscuros, pesados y germánicos. En general Marx escribe con claridad, y sus obras resultan difíciles cuando la materia que abordan es compleja en sí misma. La dificultad principal, y la tercera razón para escribir este libro, es que las ideas de Marx han sufrido grandes distorsiones.

Las mismas han sido hechas en parte, por supuesto, por los enemigos de Marx, los defensores del orden existente, los "boxeadores alquilados" del capitalismo, como él los llamaba. No son pocas las mentiras que sobre Marx se han escrito. Se le ha llamado de todo: fanático, antisemita (aunque Marx era de origen judío e internacionalista), incluso pensador fundamentalmente religioso (¡Marx fue ateo toda su vida!). Su voluminosa correspondencia ha sido examinada cuidadosamente por académicos burgueses en la esperanza, a veces satisfecha, de agarrarlo en alguna expresión vulgar o racista.

Es relativamente fácil refutar estas calumnias. Más difícil de refutar son las distorsiones que ha sufrido el pensamiento de Marx a manos de sus seguidores. "Sólo sé que no soy marxista", dijo hacia el final de su vida. "¡Dios me salve de mis amigos!".

Hay dos fuentes principales de las interpretaciones equivocadas y “amistosas” de las ideas de Marx. La primera y más importante proviene del hecho de que el “marxismoleninismo” ha venido a ser la ideología oficial de varios Estados importantes y poderosos, notablemente la Unión Soviética y la República Popular China. Pero el socialismo de Marx, como intentaré demostrar, era un “socialismo desde abajo”. Veía a la clase trabajadora liberándose ella misma por medio de su propia actividad, y rehaciendo la sociedad a su propia imagen. El “socialismo realmente existente” del Bloque oriental, en cambio, se basa en una negación de la actividad protagónica de los trabajadores y de la democracia popular. El auge y la caída del movimiento obrero polaco de Solidarnosc, evidenció esto más allá de toda duda. Un tema al que me aproximaré en el capítulo final de este libro es si las ideas de Marx permiten entender a los Estados del “socialismo realmente existente”.

La otra fuente de distorsión proviene del descubrimiento de Marx por los académicos. No es que las obras de éste hayan sido objeto de cientos de comentarios y tesis doctorales. Es que ha surgido una especie nueva de marxismo, fundada no en el movimiento obrero sino en universidades e institutos, cuya meta no es derrocar el capitalismo sino estudiar al marxismo.

“Marxismo occidental” es el refinado nombre que a veces se le da a esta especie, ya que sus adeptos se encuentran principalmente en Europa occidental y Norteamérica. “Marxismo académico” podría ser un nombre más justo. Sus practicantes a menudo recuerdan a Narciso, quien en el mito griego, se enamoró de su propia imagen. No debe descartarse toda la producción de los marxistas académicos. Muchas veces es necesario dedicar tiempo a clarificar y desarrollar los conceptos que usamos. Pero para los “marxistas occidentales” esta actividad se ha convertido en un fin en sí mismo. El resultado es un conjunto de escritos incomprensibles para todos, excepto para una minoría muy pequeña de intelectuales altamente calificados.

Luego, el objetivo de este libro es rescatar a Marx de las distorsiones que ha sufrido; presentar sus ideas básicas de la manera más clara y sencilla posi-

ble. No es tarea fácil. Socialistas de todas las variedades leen a Marx para encontrar justificación a sus puntos de vista políticos: socialdemócratas, comunistas ortodoxos, maoístas, los diferentes grupos trotskistas y demás. A la vez, debe estar claro desde el principio que este libro se escribe desde un punto de vista socialista. En otras palabras, comparto la creencia de Marx de que el capitalismo es un sistema social explotador, cuyas contradicciones deben conducir al socialismo o, por otra parte, a la barbarie, y que la única esperanza para la humanidad reside en que la clase trabajadora destruya la maquinaria del Estado capitalista y la reemplace con su propio régimen. Esto no quiere decir que en este libro no habrá críticas a Marx. El hombre cuyo lema preferido era "duda de todo" hubiera despreciado el culto que se hizo de él en la Unión Soviética como un sabio infalible. Pero a la vez este libro es, sobre todo, una exposición y defensa de las ideas de Marx.

En segundo lugar, cualquier discusión sobre las ideas de Marx está destinada a ser controversial. Sus escritos están rodeados de una gran masa de interpretaciones conflictivas, de manera que explicar lo que dicen esos textos es atravesar en campo minado. Más aún, Marx, humano a fin de cuentas, era a veces ambiguo e inconsistente, y cambió de parecer en cuestiones tanto grandes como pequeñas. Es estrecho el camino entre estas dificultades y es fácil deslizarse de "lo que realmente Marx quiso decir..." a "lo que Marx debió haber dicho, pero no dijo..." Espero haber evadido esta última tendencia. El único sitio en que se

me podría razonablemente acusar de algo así es en el capítulo 5, dedicado a la teoría de Marx sobre la historia. Aquí pienso que la visión de Marx en efecto cambió y se desarrolló entre La ideología alemana y El capital; he fundado mi análisis en la obra de Marx más madura y tardía.

En tercer lugar está la cuestión de hasta qué punto los escritos de Engels pueden ser guía confiable del pensamiento de Marx. Si fue tratado como máximo punto de referencia por la ortodoxia de la Segunda Internacional y en el Bloque oriental, ahora muchos marxistas de occidente ven a Engels como el genio maligno de Marx: quien tergiversó el pensamiento de este último. Ambas visiones deben rechazarse. El mismo Engels nunca reclamó

ser un pensador tan grande u original como Marx. “Marx fue un genio, –escribió– el resto éramos sólo talentosos, en el mejor de los casos” (SW, III, 361). Sin embargo, Engels hizo su contribución independiente al marxismo, como escritor sobre temas científicos, filosóficos, políticos y militares, y también como divulgador de las ideas de Marx. Merece que se le estudie por derecho propio. Citaré sus escritos en tanto complementan, aclaran o elaboran la visión de Marx.

Este libro es una contribución a la lucha en contra del capitalismo y por el socialismo. Si logra alterar las creencias de quienes lo lean y persuadirlos de que Marx estaba en lo correcto, debería influir también en su práctica, ya que uno no puede aceptar la teoría científica de Marx y evadir su política revolucionaria: ambas van de la mano. Este es un punto fundamental del marxismo: es –en palabras de Antonio Gramsci– una filosofía de la práctica.

Si este libro convence siquiera a una sola persona de la necesidad de luchar por la emancipación de la clase trabajadora, estaré satisfecho.

- I –

VIDA DE UN REVOLUCIONARIO

Carlos Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Trier, un viejo pueblo con catedral en la región renana de Alemania. Ambos padres suyos eran judíos, descendientes de muchas generaciones de rabinos: el apellido paterno había sido Mordechai, y luego Markus, antes de Marx. Pero el padre de Marx, Heinrich, se convirtió al cristianismo luterano en 1817 para evadir un decreto que excluía a los judíos de puestos públicos. En 1815 la región renana fue anexada por la reaccionaria y monárquica Prusia, pero siguió siendo la parte más avanzada de Alemania, económica y políticamente, en buena medida gracias a la influencia que había recibido de la Revolución francesa.

Heinrich Marx era un funcionario judicial del gobierno y un liberal moderado creyente en la fuerza de la razón. Su nieta Eleonor le llamó "un verdadero francés del siglo XVIII que se sabía de memoria su Voltaire y su Rousseau". Era estrecha la relación entre padre e hijo: hasta su muerte Marx llevó consigo un retrato de su padre, y con él fue enterrado.

El futuro autor de El capital creció, entonces, en un hogar de clase media relativamente próspero y acomodado. En su escuela secundaria de Trier recibió una educación liberal con fuerte énfasis en los clásicos. No parece haber sido un alumno sobresaliente, y sus escritos escolares que han sobrevivido no dan mucha indicación de su grandeza futura. Una influencia importante en el joven Marx fue un funcionario público prusiano, el barón Ludwig Von Westphalen, quien lo introdujo a Homero y a Shakespeare; y con cuya hija Marx eventualmente se casó.

En 1835 Marx se trasladó a la Universidad de Bonn a estudiar derecho. Parecía dirigido a seguir los pasos de su padre con una carrera convencional de clase media. Igual que los demás estudiantes, de vez en cuando tuvo sus borracheras, se endeudó, se peleó a golpes y hasta pasó una noche en la

cárcel por armar alboroto. Su inclinación a escribir pésimos poemas románticos (afortunadamente sólo unos pocos han sobrevivido) se hizo peor una vez se comprometió en secreto con Jenny Von Westphalen durante las vacaciones de verano en 1836. Jenny le llevaba cuatro años, pertenecía a un grupo social más elevado y era algo así como la chica linda de la localidad. Muchos años después, cuando Marx regresó de visita a Trier en 1862, todos le preguntaban por "la chica más bonita de Trier".

Los padres de ambos se opusieron a los planes de Marx y Jenny. En la familia Von Westphalen había reaccionarios extremistas (el hermano de Jenny fue ministro de gabinete de Prusia en la década de 1850). Por otro lado Heinrich Marx temía que el "espíritu de demonio" de su hijo llevara la pareja al desastre. *"¿Alguna vez –y esta no es la más dolorosa de las dudas en mi corazón– serás capaz de la felicidad verdaderamente humana, doméstica?"*. Esta oposición de los padres tal vez explique que la pareja vino a casarse siete años más tarde, el 19 de junio de 1843.

En octubre de 1836 Marx fue a estudiar a la Universidad de Berlín. Su intención inicial era continuar los estudios de derecho pero pronto dirigió su atención a otros temas, según explicó a su horrorizado padre en una famosa carta del 10 de noviembre de 1837. Insatisfecho con el "reflejo lunar" de sus poemas de amor, Marx se puso a estudiar en serio. Primero incursionó en la filosofía del derecho y luego en la filosofía misma. Inevitablemente tendría que abordar el pensamiento del filósofo más influyente de la época: Frederich Hegel. Al principio a Marx le repelió "la melodía extravagante y pedregosa" de Hegel, pero más adelante se sorprendió a sí mismo convertido a la filosofía hegeliana.

Esta conversión fue más que un proceso intelectual, ya que la filosofía era una actividad sumamente política en la Alemania de las décadas de 1830 y 1840. Alemania era entonces un país políticamente dividido, y económica y socialmente atrasado, un conjunto de pequeños principados cada cual reclamando poder absoluto sobre sus súbditos, y dominados por la Santa Alianza de Austria, Prusia y Rusia.

Intelectualmente, sin embargo, el país florecía. Las primeras décadas del siglo XIX fueron la época dorada de la filosofía alemana. Era casi como si el

crecimiento abultado del pensamiento abstracto compensara la impotencia política y el atraso económico de Alemania. “En política, los alemanes pensaban lo que otras naciones hacían”, diría Marx años después (CW, III, 181).

El pensamiento de Hegel reflejaba las contradicciones de la sociedad alemana. Entusiasmado al principio con la Revolución francesa y con Napoleón, Hegel después vino a ser un pesimista y un reaccionario, y a creer que el Estado absolutista prusiano era la encamación de la razón. En las décadas de 1830 y 1840 Hegel era, a todos los efectos, el filósofo oficial de Prusia; sus seguidores conseguían puestos en las universidades, las cuales estaban a su vez controladas por el Estado.

Esta situación no duró mucho. Varios filósofos jóvenes empezaron a interpretar a Hegel en una forma cada vez más radical. Hegel identificaba la razón con Dios, y la llamaba el Absoluto. La historia era para él meramente la historia del viaje progresivo de lo Absoluto hacia la conciencia de sí mismo, un proceso cuyo clímax había sido la Reforma protestante. Para los jóvenes hegelianos, o hegelianos de izquierda, como vinieron a ser conocidos, el Absoluto era simplemente la humanidad. Dios desaparecía del escenario. Coincidían con Hegel en que el Estado debía ser la encarnación de la razón, pero discrepaban en que la monarquía prusiana fuera eso. Eran ateos, racionalistas y liberales. Al principio esperaban que el príncipe prusiano introdujera las reformas que deseaban. Pero una vez éste accedió al trono como el rey Federico Guillermo IV, en 1840, y se mostró tan reaccionario como sus predecesores, la oposición de los jóvenes hegelianos al statu quo de Alemania se hizo crecientemente radical.

Este era el ambiente en que Marx se introducía a la filosofía. La izquierda hegeliana se reunía en el Club de Doctores de Berlín. Marx rápidamente se hizo miembro prominente del Club y amigo cercano de Bruno Bauer, uno de los más destacados jóvenes hegelianos. Era un grupo de bebedores y de vida relajada. Heinrich Marx se quejaba de que “como si fuéramos ricos, el señor hijo mío se gastó en un año casi 700 táleros, contrario a lo que habíamos acordado, contrario a lo que es de esperar, mientras los más ricos gastan menos de 500”.

Tras la muerte de su padre, en mayo de 1838, prácticamente se rompieron los vínculos de Marx con su familia. No parece que éste se llevara muy bien con su madre, aunque a través de los años ella le hizo llegar considerables sumas de dinero. Una poesía satírica escrita por Engels y el hermano de Bruno, Edgar Bauer, en sus años de juventud, describe a Marx en esta época como "un muchacho moreno de Trier, una monstruosidad, ni brinca ni da saltitos, sino que va a grandes calzadas y saltos, bramando a toda voz... blande su puño revoltoso, brama frenéticamente, como si diez mil diablos le halaran los cabellos".

Parece que Marx esperaba hacer carrera como filósofo profesional. Dedicó un buen tiempo a estudiar a los primeros pensadores griegos y en abril de 1841 terminó su doctorado con una tesis titulada "Diferencias entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro". A pesar de estar escrita en lenguaje denso y reflejar una fuerte influencia hegeliana, la tesis muestra la impaciencia creciente de Marx con la filosofía idealista extrema de su amigo Bruno Bauer, quien tendía a reducirlo todo a la conciencia humana. Por otro lado, para esos tiempos crecía la tensión entre el Estado prusiano y los jóvenes hegelianos; así fueron esfumándose las esperanzas de Marx en una carrera académica. Federico Guillermo IV prohibió la principal revista de la izquierda hegeliana, Hallische Jahrbücher y colocó al viejo enemigo de Hegel, Schelling, como profesor de filosofía en Berlín, con instrucciones de extirpar de raíz "la semilla de los dragones del hegelianismo". Finalmente, en marzo de 1842 Bauer fue sacado de su puesto de docente en la Universidad de Bonn.

Marx, que había regresado a Trier en 1841, se dedicó al periodismo político. La *Rheinische Zeitung* ("Gazeta Renana") había sido fundada por los industriales de la zona renana para defender sus intereses económicos. Para asombro de sus accionistas, el periódico pronto cayó bajo el control de los jóvenes hegelianos encabezados por Moisés Hess, uno de los primeros comunistas alemanes. Marx empezó a escribir para el periódico en abril de 1842, y en octubre se mudó a Colonia para ser editor en jefe. En este momento Marx era un liberal democrático radical que quería ver en Alemania una república con sufragio universal, como en Francia tras la revolución de

1789. Cuando otro periódico acusó de comunista a la Rheinische Zeitung, Marx respondió que este rotativo "no admite que las ideas comunistas en su forma actual tengan siquiera realidad teórica, y por tanto menos puede desear su realización práctica" (CW, I, 220).

Sin embargo, el periódico había sido un punto decisivo. Fue allí, como el mismo Marx más tarde recordaría, que "experimenté por primera vez el bochorno de discutir sobre los llamados intereses materiales". Como los otros jóvenes hegelianos, Marx seguía al maestro en creer que el Estado estaba, o debía estar, por encima de las clases sociales. Según esta visión, el estado era representante de los intereses universales compartidos por todos los ciudadanos y por tanto su función era conciliar las diferencias de intereses y los conflictos de clases.

Viendo los debates en el parlamento de la región (los "Estados renanos") en torno al endurecimiento de las leyes contra el robo de madera, Marx se dio cuenta de que tanto los industriales que financiaban su periódico, como los terratenientes feudales que apoyaban al absolutismo prusiano, tenían en común la defensa de la propiedad privada. Más aún, al apreciar las condiciones de miseria en que vivían los campesinos de la zona vinícola de Moselle, comprendió las consecuencias de la propiedad privada. Engels señaló cincuenta años después: "Oí a Marx decir, repetidamente, que fue precisamente relacionando la ley sobre el robo de madera con la situación de los campesinos de Moselle, que se había desviado de la política pura hacia las condiciones económicas, y que así llegó al socialismo".

Marx no sólo dejó atrás la "política pura" durante su experiencia en la Rheinische Zeitung. Bauer y el Club de Doctores de Berlín eran empujados, por la persecución que sufrían, a nuevos y mayores extremos de radicalismo verbal. Aislados en Berlín, un pilar de la burocracia prusiana, y alejados de la más liberal y económicamente desarrollada zona del Rhin, continuaban viendo su función como puramente intelectual. Se llamaban a sí mismos "los libres" y la religión era el blanco principal de sus denuncias. Llegaron a considerar una traición los esfuerzos conciliatorios del hostigado Marx para evitar que la censura prusiana cerrara la Rheinische Zeitung. Marx aprendió

entonces una lección que le sirvió para toda la vida: la teoría que pierde contacto con la realidad se hace impotente.

Teniendo en mente a Bruno Bauer y a sus otros viejos compinches de Berlín, Marx escribió poco después:

nosotros no confrontamos al mundo de modo doctrinario con un nuevo principio: ¡la verdad es ésta, arrodíllense ante ella! Es a partir de los principios del mundo que nosotros desarrollamos principios nuevos para este. No le decimos al mundo: terminen sus luchas tontas, que les daremos la verdadera consigna de lucha. Nosotros simplemente le mostramos al mundo por lo que es en realidad la lucha, la conciencia es algo que se tiene que adquirir, aún cuando no se quiera. (CW, III, 144).

Tenemos aquí el origen de la actitud hacia la clase trabajadora que Marx tendría más tarde. La labor del teórico no es establecerle las leyes que los trabajadores deben seguir, sino más bien, entender por qué están luchando, para mostrar cómo podrían alcanzarlo.

A Marx, sólo le faltaba descubrir la clase trabajadora. El hecho de que todavía no lo había hecho, es claro en un manuscrito de mediados de 1843, que redactó durante su luna de miel con Jenny en Kreuznach (había renunciado a la Rheinische Zeitung poco antes de que los censores finalmente prohibieran el periódico en marzo de 1843). El escrito se titulaba *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel;* y no fue publicado hasta 1927.

En este texto Marx refuta la idea de H @ôB de que el Estado está por encima de las clases. Pero Marx aún estaba bajo la fuerte influencia del más radical de los jóvenes hegelianos, Ludwig Feuerbach. El libro de Feuerbach *La esencia del cristianismo* causó sensación cuando se publicó en 1841. Yendo más lejos que Bruno Bauer, Feuerbach argumentaba que la filosofía de Hegel debía ser rechazada plenamente: el punto de partida de la filosofía no debía ser ni Dios ni la Idea, sino los seres humanos y las condiciones materiales en que viven.

Estas ideas de Feuerbach atrajeron rápidamente a gente como Marx, Engels y Hess, quienes empezaban a pensar que sólo una revolución social podía

traer un cambio político radical en Alemania. Pero Marx no veía a la clase trabajadora como el agente de este cambio. Aún tenía sus miras puestas en el sufragio universal para los mayores de edad por encima de clases o sexos, al cual veía como la "verdadera democracia", para que el Estado estuviese bajo el control de la gran masa de la población, en vez de estar en manos de una minoría de propietarios.

Sin embargo, un año después de escribir la *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Marx era ya un defensor de la revolución de los trabajadores, un comunista. Mudarse a @ôB» fue un factor decisivo en este viraje. La censura prusiana hacía imposible trabajar en Alemania. Marx y Amold Ruge decidieron por tanto producir una

revista de los jóvenes hegelianos en el extranjero, "Anuarios franco-alemanes" (Deutsch-Französische Jahrbücher). En octubre de 1843 la pareja Marx se unió a Ruge en París.

París era muy distinta a Berlín o Colonia. Capital cultural de la civilización occidental en el siglo XIX, París era además la metrópolis de un país que atravesaba una rápida industrialización bajo un régimen corrupto de cortesanos y banqueros reunidos en torno a la "monarquía burguesa" de Luis Felipe. En París había además una masa de sectas comunistas y socialistas, algunas de ellas con numerosos seguidores, que coexistían y peleaban entre sí. Y había unos 40.000 exiliados alemanes, en su mayoría artesanos, muchos de ellos bajo la influencia de una organización revolucionaria secreta, la *Liga de los Justos*.

Los contactos de Marx con las organizaciones comunistas francesas y alemanas en París, fueron su primera experiencia de movimiento organizado de la clase trabajadora. El impacto fue grande. Marx escribió a Feuerbach en agosto de 1844:

Tiene que asistir a una de estas reuniones de trabajadores franceses para apreciar la frescura pura, la nobleza que emana de estos hombres forjados en el trabajo duro... Es entre estos "bárbaros" de nuestra sociedad civilizada que la historia está preparando el elemento práctico de la emancipación de la humanidad (CW, III, 355).

Marx expresó esta nueva opinión suya sobre la clase trabajadora en dos ensayos publicados en el único número que apareció de los Anuarios franco-alemanes, en marzo de 1844. (Víctima del gobierno prusiano, que la prohibió, y de discrepancias entre sus editores, la revista se hundió sin dejar rastro una vez el impresor dejó de respaldarla.) En uno de los artículos, "Sobre la cuestión judía", Marx argumenta –contra Bauer– que una revolución puramente política, como la de 1789 en Francia, liberaría al hombre sólo como "individuo, con sus intereses privados y caprichos privados, separado de la comunidad" (CW, III, 164). Solamente una revolución social que barriera con la propiedad privada y con el individualismo podía traer la "liberación humana".

En el otro ensayo, pensado como introducción a su *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Marx afirma que tal revolución era posible antes que en ningún otro lugar en Alemania. La burguesía alemana era muy débil para jugar el papel de la burguesía francesa en 1789, o sea, dirigir a todo el pueblo en contra de la monarquía. Solamente el proletariado –la clase trabajadora industrial– podía jugar este papel.

una clase con cadenas radicales... que no puede emanciparse sin emanciparse de todas las otras esferas de la sociedad, y por tanto, sin emancipar a las demás esferas de la sociedad, la cual es, en una palabra, la pérdida completa del hombre, y de ahí que pueda ganarse a sí misma de una vez, el hombre se reconquiste completamente a sí mismo (CW, III, 186).

Este último pasaje deja ver que la filosofía era todavía el acercamiento de Marx a la política. Pensaba en términos de una alianza entre la filosofía y la clase trabajadora: una alianza en que la filosofía sería la parte dirigente. Llamaba a los trabajadores el "elemento pasivo" de la revolución, y decía que "la filosofía era la cabeza de esta revolución y su corazón era el proletariado" (CW, III, 183 y 187). Los trabajadores cumplirían un papel revolucionario porque eran la más miserable de todas las clases, no porque –como vino a pensar después– fueran los más poderosos.

Esta actitud más bien paternalista y elitista pronto cambiaría, por dos razones. Primero, en París Marx se puso a estudiar seriamente por primera vez los escritos de Adam Smith, David Ricardo y los otros teóricos de la eco-

nomía política. De aquí resultaron sus *Manuscritos económicos y filosóficos*, que escribió entre abril y agosto de 1844. Publicados por primera vez en 1932, los *Manuscritos* contienen una visión en germen de su teoría materialista de la historia. Más importante, explican el papel revolucionario de la clase trabajadora en términos de su función en la producción material, lo que la obliga a luchar contra el capitalismo.

"De la relación entre el trabajo enajenado y la propiedad privada se sigue que la liberación de la sociedad de la propiedad privada, etc., de la servidumbre, se expresa mediante la forma política de la liberación de los trabajadores" (CW, III, 280).

La segunda razón para el cambio de actitud en Marx es que la clase trabajadora alemana dio prueba dramática de que era mucho más que un "elemento pasivo". En junio de 1844 los tejedores de la región de Silesia se rebelaron contra los patronos: el ejército tuvo que ser enviado a restablecer el orden. Ruge publicó un artículo anónimo en un periódico de inmigrantes alemanes en París, en que le restaba importancia a la revuelta y atacaba a los tejedores. Probablemente representaba en esto, el sentir de la mayoría de los jóvenes hegelianos. El artículo sin embargo fue atribuido a Marx. Este último escribió una respuesta airada denunciando a Ruge y saludando la valentía de los trabajadores y el alto nivel de su conciencia y organización. De ahí en adelante Marx ya no vio a la clase trabajadora como pasiva, sino como el "elemento dinámico" de la revolución alemana (CW, III, 202). El Marx revolucionario, por fin aparecía.

AMISTAD Y REVOLUCIÓN

A fines de agosto de 1844, Federico Engels pasó diez días en París. Allí visitó a Marx, y de este encuentro surgió una colaboración que duraría toda la vida.

Engels tenía entonces veintitrés años, era casi tres años menor que Marx pero ya había sido periodista radical y uno de los jóvenes hegelianos. Aunque Engels había colaborado con la Rheinische Zeitung, Marx no había confiado mucho en él, suponiéndolo uno de los "libres" cuyo revolucionarismo

infantil Marx ya rechazaba. En noviembre de 1842 Engels se había mudado a Manchester, Inglaterra, para trabajar en la empresa de su familia, Emen & Engels; allí se confrontó con la revolución industrial, la pobreza de la clase trabajadora y el cartismo, el primer movimiento de masas de la clase trabajadora en la historia, el cual todavía se recuperaba de la derrota de la huelga general de agosto de 1842. Esta experiencia, registrada en su libro *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, llevó a Engels — como a Marx— a reconocer el papel revolucionario de la clase trabajadora. Un ensayo de Engels publicado en los Anuarios franco-alemanes, *"Apuntes para una crítica de la economía política"*, anticipa los escritos posteriores de Marx.

Marx y Engels fueron desde entonces colaboradores naturales. Su primer trabajo conjunto fue un ataque a Bauer y a los "libres", quienes reaccionaban a la represión del Estado prusiano con una actitud cada vez más elitista y antidemocrática. Bauer –quien más tarde se haría antisemita y apoyaría la autocracia zarista en Rusia– escribía: "es en las masas y sólo en ellas, donde uno debe buscar al verdadero enemigo de la Mente". La respuesta de Marx

y Engels, *La sagrada familia*, había sido concebida inicialmente como un pequeño folleto. Pero, y no por última vez, Marx se dejó llevar por su apasionamiento. Su parte en el escrito produjo nada menos que un libro de doscientas páginas, que iba desde filosofía a crítica literaria y defendía el principio de la autoliberación de la clase trabajadora. Engels protestó tímidamente ante la inclusión de su nombre bajo el título, ya que "no contribuí prácticamente con nada". Y añadió, que "por otro lado, el libro está escrito espléndidamente, suficiente como para reventarte de risa".

Para esta época, Marx era una figura prominente entre los revolucionarios exiliados que poblaban París en la década de 1840. Marx estaba en términos amistosos con los padres del anarquismo, Joseph Proudhon y Mikhail Bakunin, con quienes conversaba sobre Hegel. La pareja Marx era cercana al poeta Heinrich Heine, a quien persuadió por un periodo de que superara su miedo a las masas y escribiera versos socialistas. Fue sobre Marx y Engels que Heine escribió más tarde: "Los líderes –más o menos ocultos– de los comunistas alemanes, son grandes lógicos, los más potentes de los cuales

vienen de la escuela de Hegel; y son sin duda los pensadores más capaces y los personajes más enérgicos de Alemania".

La prominencia de Marx parece haber convencido al gobierno francés, bajo presión prusiana, de expulsarlo de Francia. En febrero de 1845 se tuvo que ir de París a Bruselas. Engels se le unió al poco tiempo, tras dejar su trabajo en la empresa de su familia, para ser un revolucionario de tiempo completo. La colaboración entre Marx y Engels empezó aquí a plenitud. En el verano de 1845 visitaron Inglaterra y después se dedicaron a producir una respuesta final a Bauer y compañía.

Para este momento, los "libres" se habían convertido en individualistas extremos; su actitud se resumía en el libro de Max Stirner *Lo individual y sus propiedades* (Der Einzige und sein Eigentum, traducido al inglés como The Ego and its Own), para el cual no existía nada excepto el ser individual. Para demoler los argumentos de Stirner, Marx y Engels escribieron entre septiembre de 1845 y agosto de 1846 *La ideología alemana*. Las seiscientas páginas de La ideología alemana –escritas, principalmente por Marx– hacen eso y mucho más. La primera parte, que debate a Feuerbach, contiene la primera argumentación sistemática del materialismo histórico. Pero los dos autores no pudieron encontrar una editorial que deseara publicar el libro. Marx diría años más tarde:

"Abandonamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, pero satisfechos porque habíamos alcanzado nuestro principal propósito: aclararnos a nosotros mismos".

La ideología alemana sentó los fundamentos teóricos para la actividad política de Marx y Engels. Argumenta que la posibilidad de una revolución social depende de las condiciones materiales que ha creado el capitalismo. Y que la más importante de estas condiciones, es la clase trabajadora. *"El comunismo* –escribió Engels en ese tiempo– *es la doctrina de las condiciones de la emancipación del proletariado"* (CW, VI, 341).

Habiendo formulado su teoría de la revolución, Marx y Engels se metieron de lleno a la actividad política. Concentraron su atención en la Liga de los Justos, una organización secreta internacional que consistía principalmente de artesanos alemanes que vivían fuera de su país. La influencia dominante

de la Liga era Wilhelm Weitling, un sastre cuya visión del socialismo era extremadamente confusa y quien pensaba que el comunismo nunca ganaría a la gran masa de los trabajadores: una minoría revolucionaria debía tomar el poder en representación de las masas. Weitling compartía esta postura elitista con Augusto Blanqui, el gran revolucionario francés. La *Liga* había sido prohibida en Francia tras tomar parte en una insurrección fallida, dirigida por Blanqui en 1839. Sus cuarteles se movieron a Londres, donde la organización se dividió entre los seguidores de Weitling, y un grupo que creía que el socialismo solo sería posible mediante un proceso de educación gradual y pacífico.

En febrero de 1846 Marx y Engels organizaron el Comité de Correspondencia Comunista, con el fin de lograr el control de la Liga de los Justos. En una reunión tormentosa del comité, Marx dijo a Weitling que "hacer un llamado a los trabajadores sin ideas científicas firmes ni una doctrina constructiva... equivale a jugar al predicador, llana y deshonestamente, lo cual supone de un lado a algún profeta inspirado, y del otro, sólo a bobos". Defendiéndose, Weitling atacó a la teoría y a los teóricos, a lo cual Marx respondió: "¡La ignorancia todavía no ha ayudado a nadie!".

Un conocido de Marx que estaba presente en esta reunión, Paul Annenkov, ha dejado una descripción del hombre a los veintiocho años:

Marx mismo era el tipo de hombre hecho de energía, voluntad y convicción indestructible. Su apariencia llamaba especialmente la atención. Tenía una mata de pelo muy negro y manos vellosas, y su abrigo estaba mal abotonado; pero parecía un hombre con el derecho y el poder de exigir respeto, no importa cómo apareciera ante uno ni lo que hiciera. Sus movimientos eran torpes pero confiados y seguros, sus modos siempre desafiaban las convenciones usuales en las relaciones humanas, pero eran dignos y hasta un poco despectivos; su voz metálica y aguda se adaptaba perfectamente a los juicios radicales que pasaba sobre personas y cosas.

Otro contemporáneo escribe de Marx en esta época:

Marx era de nacimiento un líder del pueblo. Su discurso era breve, convincente y de lógica poderosa. Nunca decía una palabra superflua; cada ora-

ción contenía una idea y cada idea era un vínculo esencial en la cadena de su argumento. Marx no tenía nada de soñador.

Este formidable intelecto se activó para refutar lo que Marx y Engels consideraban versiones erróneas del socialismo, comunes en el movimiento de los trabajadores alemanes de entonces. Una de las críticas era dirigida a los "socialistas verdaderos", es decir, intelectuales que habían descubierto el "problema social" luego de la rebelión de los tejedores, y creían que la sociedad podría ser transformada a través de la transformación moral de la masa del pueblo. Otra crítica era dirigida a Proudhon. Marx le escribió a éste en mayo de 1846 invitándole a que fuese el corresponsal en París del comité establecido en Bruselas. Proudhon contestó con una carta de tono paternalista en que se dirigía a "mi querido filósofo" y donde se oponía a la revolución, prefiriendo "quemar la propiedad a fuego lento". En 1847 Marx publicó *Miseria de la filosofía*, donde arremetía contra el libro de Proudhon *El sistema de las contradicciones económicas*, el cual tenía como subtítulo "La filosofía de la miseria".

Después de largas maniobras Marx y Engels lograron tomar control de la Liga de los Justos. Un congreso en junio de 1847 transformó la Liga de sociedad secreta conspirativa en organización abiertamente revolucionaria, la Liga Comunista. Su lema ya no sería "Todos los hombres son hermanos" (Marx decía que había muchos hombres de quienes no quería ser hermano) sino "¡Trabajadores de todos los países, únanse!". El segundo congreso de la Liga Comunista, que se reunió en diciembre de 1847, instruyó a Marx y Engels a que redactaran un manifiesto que diese a conocer sus principios. El resultado fue el *Manifiesto del partido comunista*, escrito por Marx en febrero de 1848 y publicado ese mes en Londres. Este empieza con las palabras: *"Un fantasma recorre a Europa, el fantasma del comunismo"* (CW, VI, 481). Era la primera exposición popular del marxismo y es, por mucho, el más famoso de todos los escritos socialistas.

En el momento en que apareció el *Manifiesto*, Europa era atravesada por explosiones revolucionarias. En febrero, Luis Felipe fue destronado en Francia y proclamada la Segunda República; en marzo, hubo levantamientos en Viena y Berlín. La Europa reaccionaria de la Santa Alianza se hundía de

pronto. A principios de marzo el temeroso gobierno de Bélgica expulsó a Marx del país. Tras una breve estadía en París, Marx regresó a Alemania para ser editor en jefe de la *Neue Rheinische Zeitung* (“Nueva Gazeta Renana”), con base en Colonia igual que su predecesor. Según Engels “el ordenamiento editorial era sencillamente la dictadura de Marx”. Werner Blumenburg escribe sobre la *Neue Rheinische Zeitung* que “con sus 101 números, es no sólo el mejor periódico de ese año revolucionario; se ha mantenido como el mejor periódico socialista en Alemania”.

Las revoluciones de 1848 representaron el momento en que la lucha entre el capital y el trabajo cobró mayor importancia que la lucha entre la burguesía y las viejas clases terratenientes feudales. Esto fue confirmado por los eventos de junio de 1848 en París, cuando un levantamiento obrero fue cruelmente aplastado por el gobierno republicano. Marx escribió en aquel momento:

“fraternité, la hermandad entre clases antagonistas, una de las cuales explota a la otra, esta fraternité que en febrero había sido proclamada y escrita en letras grandes en las fachadas de París, en cada prisión y en cada barraca, esta fraternité halló en la guerra civil su expresión verdadera, ni adulterada ni prosaica, la guerra civil en su aspecto más terrible, la guerra del trabajo contra el capital” (CW, VII, 144 a 147).

Marx y Engels siguieron pensando, sin embargo, que en la atrasada Alemania la burguesía podía ser presionada para jugar un papel revolucionario, como lo habían hecho las burguesías de Inglaterra y Francia. Con varios cientos de miembros, la Liga Comunista se hallaba de pronto sumergida en el movimiento de masas que siguió a la revolución de marzo en Berlín. En vez de “predicar el comunismo en algún pasquín provincial... y fundar una secta minúscula en lugar de un gran partido de acción”, como escribió Engels muchos años más tarde, él y Marx decidieron “asumir el rol de la extrema izquierda de la burguesía, para empujarla hacia adelante” (SW, III, 166). De hecho, la Liga fue disuelta y Marx y Engels hicieron de la Neue Rheinische Zeitung la base de su acción política. Su “programa político”, explicó Engels, “consistía de dos puntos principales: una república alemana

indivisible y democrática, y el impulso de la guerra contra Rusia" (SW, III, 166).

La Rusia del zar Nicolás I era el Estado contrarrevolucionario más poderoso de Europa, y sus ejércitos jugaron una función crucial en restaurar el orden en 1848-49. Marx y Engels esperaban que una Alemania republicana podría liberar a Europa, lanzando una guerra contra las potencias reaccionarias, como habían hecho los jacobinos franceses en la década

de 1790. Pero estas esperanzas fueron frustradas. Aterrorizada por el ascenso del movimiento obrero, la burguesía alemana se alineó con la monarquía prusiana. La Neue Rheinische Zeitung tuvo que informar cómo la contrarrevolución triunfaba en un país tras otro: Austria, Bohemia, Hungría, Francia, y la misma Alemania.

Como resultado, mantener el periódico resultó muy cuesta arriba para Marx. En febrero de 1849, él y otros editores del rotativo fueron procesados sucesivas veces en los tribunales, aunque absueltos gracias al jurado. Finalmente, en mayo las autoridades prusianas cerraron el periódico y expulsaron a los editores. La última edición, del 19 de mayo de 1849, fue impresa totalmente en rojo. El editorial, redactado por Marx, concluía:

"Al despedirnos, los editores de la Neue Rheinische Zeitung agradecen a los lectores el apoyo que han demostrado. Nuestra última palabra, donde quiera que estemos y siempre, será: ¡Libertad para la clase trabajadora!" (CW, IX, 467).

El exilio y la "maldita existencia"

Una vez desterrado de Alemania Marx se dirigió a París y de ahí, en agosto de 1849, a Londres. Al principio esperaba un exilio breve, creyendo que la derrota de la revolución era temporal. Al poco tiempo Engels se le unió, después de haber participado en la fracasada defensa del último bastión republicano de Alemania en contra de la invasión prusiana, la región del Palatinado.

Los dos amigos estuvieron activos en revivir la Liga Comunista, cuyo comité central ahora estaba en Londres. Crearon una nueva publicación, la *Neue*

Rheinische Zeitung, Politisch-Oekonomisch Revue ("Nueva Gaceta Renana; Revista de Economía Política"). Aquí Marx publicó *La lucha de clases en Francia*, un análisis de la revolución de 1848-49. En marzo de 1850 redactó un pronunciamiento del comité central de la organización que declaraba que "la revolución.., se acerca" (CW, X, 279). Al mes siguiente la Liga entabló una alianza con el grupo de Blanqui, la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios, cuyo objetivo era "el derrocamiento de todas las clases privilegiadas y el sometimiento de estas clases a la dictadura del proletariado, mediante un proceso en el cual la revolución se mantenga en progreso continuo y permanente hasta alcanzar el comunismo" (CW, X, 614).

Este optimismo revolucionario se iría evaporando a medida que avanzó el año 1850. En junio Marx obtuvo un boleto de entrada a la Sala de Lectura del Museo Británico. Una vez allí, se metió de lleno en estudios económicos intensos, usando especialmente la revista The Economist (como muchos lo han hecho después de él). Una conclusión que extrajo, elaborada extensamente en el último número de la Revue, fue que no había perspectivas inmediatas de revolución. Los levantamientos de 1848 habían tenido de trasfondo la crisis económica general de Europa a partir de 1845. Sin embargo, en 1850 la economía mundial había entrado en una nueva fase de expansión, estimulada por desarrollos tales como el descubrimiento de oro en California y el salto en las comunicaciones gracias al barco de vapor:

Con esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan tan lujosamente como es posible dentro de las relaciones burguesas, es imposible hablar de una revolución real. Tal revolución es posible

sólo en los periodos cuando chocan entre sí estos dos factores, las fuerzas productivas modernas y las formas burguesas de producción... Una nueva revolución es posible sólo a consecuencia de una nueva crisis. Es, no obstante, tan segura como la crisis (CW, X, 510).

Este análisis pesimista provocó disgusto y horror entre los otros dirigentes de la Liga Comunista. Después de un amargo debate en una reunión del comité central el 15 de septiembre de 1850, Marx y Engels se retiraron de

la Liga, la cual de cualquier forma resultó destruida en mayo siguiente, tras una batida de arrestos en Prusia. Marx se movilizó rápidamente en apoyo de los miembros de la Liga que fueron juzgados y publicó un folleto que (típicamente) terminó siendo un libro corto, *Revelaciones sobre el juicio contra los comunistas en Colonia.*

Sin embargo, desde el punto de vista práctico, Marx dejó de tomar parte en la actividad política y compartía sólo breves momentos con uno que otro exiliado, de los muchos que se congregaban en Londres después de las revoluciones de 1848.

"Estoy muy contento con el aislamiento público y genuino en el que también nosotros, tú y yo, nos encontramos", escribió a Engels en febrero de 1851, y agregaba:

Esto se adapta perfectamente a nuestra posición y nuestros principios. Hemos terminado ya con el sistema de maniobras, con las medias verdades que se admiten por cortesía, y con nuestro deber de compartir el ridículo público en el partido, con todos esos tontos.

Retirarse del activismo liberó a Marx para concentrarse en sus estudios de economía. Re-tomó su trabajo para un gran libro sobre "economía" que había decidido escribir desde 1845, pero había abandonado por estar dedicado al activismo político. Buena parte del año 1851 la pasó en el Museo Británico; llenó catorce libretas con extractos de lo que leía sobre economía política. "Cuando lo visitas –escribió un conocido– te recibe con conceptos económicos en vez de saludos". En abril de 1851, Marx dijo a Engels:

"He avanzado tanto que en cinco semanas habré acabado con toda esta mierda económica. Una vez haga eso trabajaré en casa en mi Economía y me meteré a estudiar otra ciencia en el Museo. Me estoy empezando a cansar".

Cuando Marx murió, treinta y dos años después, su "Economía" estaba aún sin terminar. Dejó los manuscritos de dos de los tres volúmenes de *El capital* para que Engels los editara. Una causa de la lentitud era que Marx era un perfeccionista; constantemente rescribía y expandía lo que escribía, y leía más y más libros y artículos, de manera que sus investigaciones parec-

ían no tener fin. Otra causa era la necesidad de analizar y comentar los acontecimientos del momento. En 1852 Marx publicó una de sus obras más brillantes, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, que explicaba cómo la Segunda República francesa había dado curso al Segundo Imperio de Napoleón III.

Pero aquellos años fueron dominados por la presión extrema de la pobreza. A la familia Marx le faltaba el dinero constantemente. Entre 1850 y 1856 la familia vivió en el número 64, y después en el 28, de la calle Dean, en el barrio Soho de Londres. Allí murieron tres de sus seis hijos. La vida era una lucha constante con los acreedores: el banquero, el carnicero, el panadero, el verdulero, el lechero. Parece que 1852 fue el peor año. Cuando su hija Franziska murió en esa Semana Santa, Jenny Marx tuvo que pedir dinero prestado para el ataúd a un exiliado francés. En diciembre Marx dijo a un corresponsal que no podía salir de la casa, porque había empeñado su abrigo y sus zapatos. Pero el golpe más duro vino en abril de 1855, cuando el hijo de ocho años, Edgar, murió de tuberculosis. Unos meses después Marx escribió a Ferdinand Lasalle:

Bacon dice que los hombres realmente importantes se recuperan fácilmente de las pérdidas, porque tienen muchas relaciones con la naturaleza y con el mundo. No pertenezco a esos hombres importantes. La muerte de mi hijo ha destrozado mi corazón y mi mente, y todavía siento esa pérdida tan vivamente como el primer día. Mi pobre esposa también está destruida.

Fue durante este periodo terrible en que Helene Demuth, una sirvienta de la familia Von Westphalen, quien desde 1845 había trabajado en la casa de la familia Marx, tuvo un hijo "ilegítimo", Frederick, cuyo padre casi seguramente fue Marx. El escándalo fue silenciado: Engels aceptó asumir la paternidad del niño y reveló el secreto a Eleanor Marx sólo en su lecho de muerte, en 1895. El asunto deja ver que el mismo Marx no era del todo hostil a las convenciones de la respetabilidad burguesa. De hecho, él y Jenny siempre procuraron vivir en una casa de tipo clase media, con todo y Helene como fiel criada. Las tres hijas sobrevivientes, Jenny, Laura y Eleanor, fueron criadas como buenas niñas burguesas, en la medida en que se pudo. Esto no debería ser motivo de asombro, puesto que no hay forma en

que los individuos escapen de las presiones de la sociedad en que viven, no importa cuánto se opongan a dicha sociedad.

En 1856 Jenny Marx recibió dos modestas donaciones que permitieron a la familia mudarse de su apretada vivienda en Soho, al número 9 de Grafton Terrace en Londres, que era – como dijo ella– "una pequeña casa al pie del romántico Hampstead Heath, no muy lejos de la agradable área de Primrose Hill". Pero sus problemas estaban lejos de acabar. Marx escribió en enero de 1857:

"No tengo la menor idea de qué haré ahora; estoy en una situación todavía más desesperada que hace cinco años. Pensaba que había tenido que tragar lo peor. Mais non".

Más o menos un año después le dijo a Engels que "no hay estupidez más grande para la gente de aspiraciones generales, que casarse y rendirse a las miserias pequeñas de la vida privada y doméstica". En 1862 las cosas estaban tan mal, que Marx trató de obtener empleo como dependiente de trenes: su letra era tan ilegible que no lo aceptaron. Pocos meses después escribió:

Todos los días mi esposa me dice que quisiera que las niñas estuviesen muertas y enterradas. Y realmente no puedo discutir con ella. Puesto que hay que sufrir humillaciones, penurias y temores verdaderamente indescriptibles... Más aún siento lástima por las niñas, porque todo esto ha ocurrido durante la temporada de "exposiciones", cuando todos sus amigos están divirtiéndose, mientras ellas tienen miedo de que alguien nos visite y vea esta porquería.

La familia Marx pudo sobrevivir aquellos años gracias al apoyo constante y sacrificado de Engels. Este último había regresado a Manchester en noviembre de 1850, para volver a su trabajo en Ermen & Engels. Lo hizo contra sus deseos, y ello se deja ver en una carta a Marx en enero de 1845:

"Es horrible esta codicia por el más mínimo centavo... es horrible continuar siendo no sólo un burgués sino un industrial, un burgués en oposición activa al proletariado".

El biógrafo de Engels, Gustav Mayer, escribe:

Un hombre que escribía tan bien como Engels no debía preocuparse por su futuro. Si regresó al "maldito negocio", sin embargo, fue por Marx; puesto que Engels sentía que el gran talento de Marx era de importancia vital para el futuro de la causa. Marx no podía aislarse con su familia: no puede ser víctima de la vida del exilio. Para evitar esto, Engels regresó con gusto al escritorio de oficina. De no haber sido por las ayudas de Engels, la familia Marx hubiese desaparecido sin dejar rastro. Tras enviar a imprenta el primer tomo de *El capital*, Marx reconoció esta deuda:

Sin ti yo no hubiera terminado el libro, y te aseguro que siempre ha sido una carga sobre mi conciencia pensar que tú, principalmente por mí, gastabas tu brillante potencial en la rutina de la oficina y tenías que compartir mis petites miséres.

Pero la importancia de Engels para Marx iba mucho más allá que ser una fuente de ingresos. Engels siempre insistía en que él era el socio menor en la relación. Sin embargo, enriqueció la colaboración con no pocos dones. Tenía una mente ágil y viva, y se había desarrollado como comunista revolucionario más rápido que Marx. ("Sabes que soy lento para entender las cosas", escribió este último veinte años después, "y que siempre te sigo las huellas"). Escribir no era para Engels el proceso trabajoso que era para Marx; escribía con fluidez y rapidez. Tenía habilidad especial para los idiomas y gran interés en las ciencias naturales. Se ha afirmado, además, que sus juicios históricos fueron casi siempre más acertados que los de Marx, y que tenía un conocimiento más profundo de la historia europea. Más aún, era más que Marx, un hombre de acción (su apodo entre la familia Marx era "el general" por su interés en cuestiones militares) y tenía mucho más de organizador práctico. En estos sentidos su talento complementaba al de Marx.

Pero incluso la compañía y colaboración económica de Engels, no impidieron el efecto de las luchas y privaciones de las décadas de 1850 y 1860. Parece seguro que Jenny Marx fue quien más sufrió. Estaba con frecuencia enferma físicamente y las duras experiencias tuvieron también un efecto mental, según se ve en esta carta de ella dirigida a Marx:

"Mientras tanto me siento aquí y me hago pedazos. Karl, la cosa está peor que nunca... Me siento aquí y casi todo lo que hago es secarme las lágrimas, y no puedo encontrar ayuda. Mi cabeza se está desintegrando".

Tan temprano como en 1851 Marx dijo a Engels:

En casa todo está desestabilizado constantemente, las lágrimas me exasperan a veces por noches enteras; me desesperan totalmente... Me da pena mi esposa. El peso mayor cae sobre ella, y au fond [en el fondo] ella tiene razón... Como quiera recuerda que soy tris peu endurant [impaciente] y quelque peu dur [más bien duro], de modo que a veces pierdo la paciencia.

Como se entrevé, la reacción de Marx a las circunstancias de la casa era retirarse a sus cosas, y adoptar un exterior frío y duro. Se describía a sí mismo como "de naturaleza fuerte" y dijo a Engels que "en estas circunstancias, en general sólo puedo salvarme por la vía del cinismo". Sin embargo cayó víctima de varias dolencias físicas: insomnio, ataques en el hígado y la vesícula biliar, y carbúnculos o forúnculos ("Espero que la burguesía se acuerde para siempre de mis forúnculos"). Su trabajo se detenía a menudo a causa de la ansiedad por las angustias de la casa y los problemas del hígado. Mientras trabajaba en los *Grundrisse* –las notas para la primera redacción de *El Capital*– en 1858, escribió a Engels:

"La situación está ya insoportable... Estoy totalmente impedido respecto a mi trabajo, en parte porque pierdo la mayoría del tiempo buscando la manera de hacer algún dinero, y en parte (quizá como resultado de mi debilidad física) porque los problemas de la casa hacen muy difícil mi concentración intelectual. Los nervios de mi esposa están arruinados por esta porquería".

Werner Blumenburg señala:

Muchas veces se ha planteado la pregunta de por qué Marx no pudo terminar su obra maestra, El capital, al cual dedicó tres décadas de su vida, y se ha pensado que la razón residía en dificultades teóricas. Pero las circunstancias de la vida del autor hacen que parezca más bien un milagro el hecho de que fue capaz de hacer tanto.

Seguramente sus sufrimientos hicieron a Marx más suspicaz frente a la gente, y duro y áspero en la forma en que se refería a otros. En su correspondencia con Engels se notan expresiones brutales, y a veces antisemitas, al referirse a Lasalle, el dirigente socialista alemán; reflejan no sólo sus diferencias políticas sino además un gran resentimiento hacia un individuo que se movía en círculos elegantes, era rico y gozaba de popularidad. La relación entre ambos nunca se recuperó de la ocasión, en 1862, en que Lasalle visitó el hogar de Marx y éste último enfureció al ver que gastaba una libra esterlina diaria sólo en sus cigarros, mientras Jenny (Marx relató a Engels) “tuvo que empeñar prácticamente todo lo que no estuviese clavado” para ofrecer a la visita las cosas que le gustaban.

A principios del año entrante la actitud endurecida y cínica de Marx casi le cuesta su amistad con Engels. Este último le escribió de la muerte de su compañera, Mary Bums, y Marx contestó con una carta que, después de algunas condolencias más bien formales, hablaba largamente sobre sus recientes dificultades económicas. Fue solamente después de una pelea de la familia con Marx y de las más dedicadas excusas, que Engels, comprensible-mente herido, se reconcilió.

Los escritos de Marx durante la década de 1850 dejan ver las circunstancias. En esos años a Engels le fue imposible hacer envíos a la familia Marx de más de una o dos libras esterlinas. De manera que Marx buscó algún dinero escribiendo para el New York Daily Tribune (muchos de estos artículos fueron en realidad escritos por Engels, cuyo inglés era al principio mejor que el de Marx). Los juicios de Marx no eran siempre del todo confiables. Cuando Inglaterra y Francia fueron a la guerra contra Rusia en Crimea (1854-56), Marx, quien era fanáticamente antiruso, dada la función central del Zar en la reaccionaria Santa Alianza, creó una dudosa alianza con un excéntrico miembro del parlamento británico por el Partido Conservador, David Urquhart, cuyo periódico Free Press, de Londres, publicó artículos de Marx. También en alguna ocasión se dejó arrastrar a los pequeños conflictos entre los exiliados, notablemente cuando un agente del gobierno francés publicó un folleto con difamaciones sobre él. El resultado fue un libro de trescientas

páginas, *Herr Vogt* [“El Señor Vogt”] (1860), en que Marx hace gala de su capacidad para el abuso.

Pero no debería exagerarse la tristeza de aquellos años. Hubo también paseos dominicales a Hampstead Heath con familia y amigos para leer el periódico del domingo, montar en burro y recitar a Dante y a Shakespeare. Marx estaba lejos de ser un socialista ascético. Le gustaba tomar un trago (prefería el vino, pero podía aceptar la cerveza). En una ocasión memorable Marx, Edgar Bauer –un viejo amigo de sus días de joven hegeliano– y Wilhelm Liebknecht fueron de pub en pub a través de Londres, desde la calle Oxford hasta Hampstead Road. Todo fue bien hasta que llegaron a Tottenham Court Road, donde casi tienen una pelea con otro grupo y lanzaron piedras a los postes de la luz. La policía llegó, todos salieron corriendo y parece que pudieron escapar en buena medida gracias a la velocidad de Marx.

Un policía encubierto prusiano que visitó a Marx en la calle Dean en 1852, describió así la casa:

A pesar de su carácter rudo e incansable, como padre y esposo Marx es el hombre más delicado y cariñoso... Cuando uno entra a la habitación de Marx el humo del tabaco humedece los ojos, de forma tal que por un momento parece que uno estuviera a tientas en una caverna; pero poco a poco, en la medida en que uno se acostumbra al humental, puede ir reconociendo algunos objetos que se distinguen entre el vaho. Todo está sucio y cubierto de polvo, de modo que sentarse se convierte en una empresa peligrosa. Allí hay una silla con sólo tres patas y allá, en otra silla, hay niñas jugando a cocinar; parece que esta silla tiene cuatro patas. Y es ésta la que se ofrece a la visita, sin que se limpie la cocina de las niñas, de modo que sentarse es arriesgar los pantalones. Pero nada de esto le causa vergüenza a Marx o a su esposa. Uno es recibido del modo más amistoso, y amablemente se le ofrecen pipas y tabaco y de todo lo que haya; eventualmente surge una conversación viva y agradable que compensa las deficiencias domésticas, lo cual hace tolerable la incomodidad. Finalmente uno se acostumbra a la compañía y la encuentra interesante y original.

El 1857 la economía mundial entró en la crisis que Marx había previsto que seguiría a la prosperidad de los primeros años de la década de 1850. Engels estaba contento. Mientras todo era desesperanza en el mercado de valores de Manchester, dijo a Marx:

"La gente está preocupada por mi súbito y extraño buen humor". Los dos amigos esperaban que la depresión económica reviviría al movimiento revolucionario. "En 1848 dijimos: 'Ahora viene nuestro momento', y en cierto modo vino – escribía Engels– pero ahora está viniendo completamente: es una lucha de vida o muerte. Mis estudios militares se harán pronto más prácticos".

Pobre de las esperanzas de "El General". No hubo revolución en 1858. Pero la crisis tuvo el efecto de dar ánimos a Marx para que siguiera sus estudios sobre economía. En diciembre de 1857 dijo a Engels: "Estoy trabajando como loco por las noches en una síntesis de mis estudios económicos, de modo que antes de que venga el diluvio, tendré claro por lo menos el esbozo principal".

Fortalecido con limonada y "una gran cantidad de tabaco", Marx logró producir entre agosto de 1857 y marzo de 1858 la obra conocida hoy como *Grundrisse*, que es una redacción primaria de *El capital.*

Aunque Lasalle halló una editorial dispuesta a publicar el manuscrito, Marx pensó que el mismo era muy confuso ("en cada cosa que escribí ahí podría detectar la enfermedad del hígado", dijo a Lasalle). De esta manuscrito sólo apareció, en vida de Marx, la primera parte, sobre el dinero, que fue reescrita y publicada junio de 1859 como *Contribución a la crítica de la economía política*. El Prefacio de este libro contiene un señalamiento de Marx en torno a su propio desarrollo intelectual y sobre los principios básicos del materialismo histórico.

El capital fue tomando forma en los ocho años siguientes, durante los cuales la familia Marx sufrió algunas de sus peores crisis y Marx retornó seriamente a la actividad política, por primera vez desde 1850. Inicialmente

Marx había pensado que la *Contribución* fuese meramente una introducción a su "Economía", que a su vez estaría constituida por seis tomos: 1) El capital, 2) Propiedad sobre la tierra, 3) Trabajo asalariado, 4) El estado, 5) Comercio internacional y 6) El mercado mundial. Entre agosto de 1861 y julio de 1863, Marx se puso a continuar la *Contribución.* El resultado fueron veintitrés libretas que sumaban 1.472 páginas, la obra conocida como el manuscrito de 1861-63, el cual todavía no ha sido traducido al inglés por completo. La investigación de Marx en este periodo le llevó a cambiar su parecer sobre el libro de "Economía" que tenía en mente. En los *Grundrisse* había descubierto el concepto del plusvalor, la clave de su teoría económica, pero fue en el manuscrito de 1861-63 que formuló su teoría de la ganancia. Marx abandonó el esquema de los seis tomos y decidió llamar a toda la obra *El capital*. El libro sería dividido en cuatro tomos, sobre producción, circulación, el sistema como un todo y teorías sobre el plus-valor, e integraría mucho del material de los tomos posteriores de su "Economía".

Las finanzas de la familia mejoraron en 1863-64 gracias a dos entradas, una de la madre de Marx y la otra de su viejo compañero Wilhelm Wolff. A éste último está dedicado el primer tomo de El capital. Con este dinero la familia se mudó de Grafton Terrace a una casa cercana más grande, en el número 1 de Maitland Park Road. Pero el dinero se acabó pronto y Engels tuvo una vez más que sacar de su bolsillo. Encima de las nuevas preocupaciones económicas, Marx sufrió terriblemente de los forúnculos a partir de 1863. Tomaba dosis de arsénico, creosota y opio, y a veces él mismo se cortaba dichos forúnculos. A pesar de todas estas distracciones, Marx escribió entre 1864 y 1865 los manuscritos de los tomos 1, 2 y 3 de *El capital.* No pudo trabajar en el tomo 4, pero las secciones pertinentes del manuscrito de 1861-63 fueron publicadas tras su muerte como *Teorías sobre la plus-valía.*

En 1865 Marx firmó contrato con Meissner & Behre, una editorial de Hamburgo. Bajo la insistencia de Engels, pasó buena parte de 1866 editando la impresión del tomo 1 de *El capital.* Cuando un satisfecho Engels supo que el primer paquete de manuscritos ya había sido enviado a Meissner tomó "un trago especial" en celebración. El 16 de agosto de 1867 Marx anunció que terminaba de corregir la prueba del tomo 1.

Esto ha sido posible sólo gracias a ti. Sin tu sacrificio por mí, nunca hubiese podido hacer esta obra enorme de tres volúmenes. Te abrazo, enormemente agradecido. Adjunto dos hojas de pruebas corregidas. Recibí las 15 libras, muchas gracias. ¡Saludos, mi querido y amado amigo!

Algunas semanas después salió a la luz el libro; su primera edición fue de mil copias.

A mediados de la década de 1860 una serie de acontecimientos políticos desviaron a Marx de sus estudios sobre economía. Aunque no se había producido la revolución que Marx y Engels esperaban en 1857-58, los primeros años de la década siguiente vieron una reanimación del movimiento obrero europeo. El sindicalismo avanzó en Gran Bretaña y Francia, mientras en Alemania Lasalle encabezaba la primera organización política obrera de masas en ese país, la Unión General de los Trabajadores Alemanes. Los sucesos políticos estimularon a los trabajadores a pensar en términos de solidaridad internacional. La guerra civil en Estados Unidos, aunque provocó una depresión en la industria del algodón en Inglaterra, estimuló entre los trabajadores textiles de Lancashire un gran apoyo a la causa del norte. En Polonia, la insurrección de 1863 contra el colonialismo ruso se ganó el respaldo de socialistas y demócratas a través de Europa.

Fue en este clima que se creó la *Asociación Internacional de Trabajadores*, es decir, la *Primera Internacional*. En julio de 1863 una delegación de obreros franceses, seguidores de Proudhon, asistió en Londres a una manifestación masiva en solidaridad con Polonia, que habían convocado los sindicatos ingleses. Los contactos que siguieron llevaron el 28 de septiembre de 1864 a una gran reunión en el St. Martin's Hall de Londres, y allí se constituyó *la Internacional*. Marx fue uno de los treinta y cuatro miembros electos al consejo general. No pasó mucho tiempo antes de que en la práctica fuese su dirigente; escribió la mayoría de los manifiestos y pronunciamientos de la Asociación y asumió mucho del trabajo administrativo y de correspondencia.

La Internacional era, sin embargo, un gallinero diferente a la Liga Comunista. Werner Blumenburg señala:

La Liga Comunista había sido una sociedad propagandística secreta en que Marx gozaba de poderes dictatoriales. Pero la Internacional era una unión de organizaciones independientes (y celosamente independientes) de trabajadores de diversos países. Marx no gozaba de poderes dictatoriales; era uno más entre los miembros del consejo general. Siempre había que convencer a los otros miembros, puesto que en la Internacional había muchas otras corrientes de pensamiento. Había seguidores de Fourier, Cabet, Proudhon, Blanqui, Bakunin, Mazzini y del mismo Marx. Había todo tipo de matices de opinión, desde pacíficos socialistas utópicos hasta anarquistas para quienes la revolución era una cuestión de combate en las barricadas. Estaban los dirigentes sindicalistas ingleses, cuyas organizaciones sindicales –el principal punto de apoyo de la Internacional– se basaban en un sector de la sociedad en que aún era fuerte el viejo orgullo de oficio de los gremios. Estaban los alemanes, fácilmente organizados y disciplinados, y también los fogosos revolucionarios de los países latinos.

Estas diferencias políticas –eventualmente– condenaron a la Internacional, pero sus primeros cinco años fueron considerablemente exitosos. La efectividad de la Internacional en impedir el uso de rompehuelgas extranjeros en contra de una huelga de sastres en Gran Bretaña, en 1866, le ganó apoyo entre los sindicalistas y cumplió una función importante en la Liga para la Reforma, creada –con respaldo de los sindicatos– para exigir el derecho universal al voto. Los congresos sucesivos de la Internacional (en Londres en 1865, Ginebra en 1866, Lausanne en 1867, Bruselas en 1868 y Basilea en 1869) adoptaron posiciones sobre una diversidad de temas, por ejemplo, la duración de la jornada de trabajo y el trabajo de los niños. Sus actividades contra los rompehuelgas a través de Europa, que no fueron pocas, fueron efectivas.

Marx desató una lucha ideológica para influir sobre la Internacional, especialmente contra los seguidores de Proudhon. Fue ante el consejo general que Marx leyó, en junio de 1865, la conferencia que vendría a ser el folleto *Salario, precio y ganancia*. Allí indica que, contrario a los argumentos de John Weston –un seguidor de Robert Owen– los sindicatos pueden conquistar mayores salarios para los trabajadores. Por otro lado, en 1869 las ideas

de Marx lograron el respaldo de una organización en su país natal, lo cual no había ocurrido desde la división de la Liga Comunista casi veinte años antes, con la formación en la ciudad de Eisenach del Partido Socialdemócrata de Trabajadores, bajo la dirección de Wilhelm Liebknecht y August Bebel. La otra gran organización política obrera en Alemania, la ADAV de Lasalle, se mantenía por su parte al margen de la Internacional.

Dos sucesos alteraron decisivamente el curso de la Internacional. El primero fue la guerra que estalló entre Francia y Prusia en julio de 1870. El triunfo veloz y aplastante de Prusia provocó en Francia la abdicación de Napoleón III y la proclamación de la Tercera República. Pero el carácter reaccionario del gobierno provisional francés bajo Thiers llevó, en marzo de 1871, a los obreros de París a tomar las armas y proclamar su propio gobierno, *la Comuna.* Thiers se replegó a la ciudad de Versalles y luego desplegó un ejército que venció a la Comuna, ahogando en sangre el levantamiento popular a pesar de la heroica defensa por parte de los trabajadores parisienses.

La Internacional tuvo poca influencia sobre la Comuna de París. El mismo Marx había tenido dudas de que ésta tuviese posibilidades reales de éxito. Sin embargo, se movilizó en su defensa. Tres días después de la caída de la Comuna, el 30 de mayo de 1871, el consejo general promulgó un discurso titulado *La guerra civil en Francia*, redactado por Marx. Uno de los mejores escritos de Marx, cuyo contenido es un emotivo reconocimiento a los comuneros, una denuncia implacable de sus asesinos y una elaboración singular de la teoría marxista del Estado, la cual más tarde inspiraría *El estado y la revolución* de Lenin.

Tras la caída de la Comuna sobrevino una gran persecución contra los socialistas a nivel internacional. Uno de los blancos principales de la campaña fue, naturalmente, la Internacional. La prensa sacó a Marx de la oscuridad y lo llevó a la notoriedad como el "doctor rojo" que había manipulado la Comuna como si fuese un teatro de marionetas y, según uno de los relatos más sensacionalistas, era un agente prusiano del gobierno de Bismarck. *La guerra civil en Francia* fue un éxito; se vendieron 8.000 copias. Un resultado, sin embargo, fue que los sindicatos de Inglaterra, que en este momento representaban principalmente a una elite relativamente artesanal y

privilegiada, retiraron su respaldo a la Internacional. Odger y Lucraft, los miembros ingleses del consejo general, renunciaron después de la publicación de *La guerra civil en Francia.*

El segundo y más fuerte golpe a la Internacional resultó de la actividad de Bakunin. Aristócrata ruso que había sido primero hegeliano ortodoxo y uno de los jóvenes hegelianos en las décadas de 1830 y 1840, Bakunin había concluido en 1842 que "la urgencia de destruir, es una urgencia creativa". En esta posición esencialmente anarquista, se mantuvo por el resto de su vida. Después de los levantamientos de 1848 Bakunin cayó en manos del régimen del Zar y fue encarcelado en la tenebrosa fortaleza de Pedro-Pablo, donde escribió una "Confesión" secreta dirigida al zar Nicolás I como su "padre espiritual". En 1861 arribó a Londres tras escapar de Siberia.

Marx había estado en términos amistosos con Bakunin durante la década de 1840; le envió, como "un viejo hegeliano" una copia del primer tomo de El capital. Sin embargo representaban polos opuestos. Herzen, compañero de exilio de Bakunin, escribió que "a la pasión de Bakunin por la propaganda, por la agitación, por la demagogia si se prefiere, a su actividad incesante de fundar y organizar conspiraciones y complots, y establecer relaciones a las cuales atribuía una importancia inmensa, se añadía estar listo para poner en práctica sus ideas, estar listo para arriesgar su vida y ser temerario para aceptar todas las consecuencias". La reacción de Bakunin a la caída de Napoleón III fue correr a Lyons, donde se paró frente a la alcaldía y declaró la abolición del Estado; fue sin embargo removido por la policía. También cayó bajo influencia del siniestro Nechaev, cuyos vínculos con el asesinato fueron inmortalizados por Dostoyevsky en su novela *Los endemoniados*.

En 1868 Bakunin se unió a la Internacional. Simultáneamente creó la *Alianza por la Democracia Social*, la cual pronto asumió dentro de la Internacional el papel de "un Estado dentro de otro Estado", en palabras de Engels. Los anarquistas eran especialmente fuertes en las secciones suiza, italiana y española de la Internacional. Las diferencias entre Marx y Bakunin se hicieron más pronunciadas después de la derrota de la Comuna de París. En cierto modo, era una repetición de la división en la Liga Comunista des-

pués de 1848. Marx argumentaba que las perspectivas revolucionarias se debilitaban, mientras los bakuninistas llamaban a levantamientos inmediatos en todas partes. La situación llegó a un punto en que Marx estaba convencido de que era insostenible. Tras el retiro efectivo de los sindicatos ingleses –que habían sido un soporte esencial de la organización– decidió disolver la Internacional, lo cual tuvo lugar en el congreso de la Internacional en La Haya, en septiembre de 1872. Este fue, irónicamente, el único congreso de La Internacional al que Marx asistió. Los seguidores de Marx lograron repeler los ataques al consejo general, expulsaron a Bakunin y acordaron trasladar las operaciones de la organización a Nueva York, lo cual la aisló de toda influencia. La Internacional fue formalmente disuelta en 1876.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Después del colapso de la Primera Internacional, Marx cesó buena parte de su actividad política. Financieramente la familia estaba mejor que lo que había estado antes. En 1869 la parte de la empresa de Ermen compró la de Engels, lo cual significó que "El General" tenía una considerable suma de capital para sostenerse cómodamente él y sostener a la familia Marx. Al año siguiente Engels se mudó a Londres y compró una casa grande en Regents Park Road, a menos de diez minutos de casa de Marx. Por el próximo cuarto de siglo y mucho después de la muerte de su amigo, esta casa sería centro del movimiento obrero europeo.

Retirarse de la Internacional debió liberar a Marx para completar los tomos 2 y 3 de *El capital*. Trabajó activamente; supervisó de cerca la traducción al francés del tomo I de *El capital*, revisó los manuscritos originales en alemán para una segunda edición que apareció en 1873 y estudió detalladamente la cuestión agraria en Rusia para sus análisis sobre la renta del tomo 3. (La primera traducción del tomo I de *El capital* apareció en Rusia en 1872; los censores la dejaron pasar pensando que "muy pocos lo leerán y aún menos lo entenderán", pero fue un éxito rotundo entre los intelectuales radicales).

Según Engels, a partir de 1870 Marx estudió "agronomía, relaciones rurales en América y especialmente en Rusia, el mercado de dinero y la banca, y

finalmente ciencias naturales tales como geología y fisiología. Estudios independientes de matemáticas también figuran en las numerosas libretas de extractos de ese periodo" (C, I, 3-4). Pero Marx trabajó poco en los manuscritos de los tomos 2 y 3 de *El capital*. Los años de "miseria burguesa" habían cobrado su precio. Marx sufría ahora de constantes dolores de cabeza y de insomnio, e iba a viajes regulares de cura; fue anualmente a Karlsbad entre 1874-76. Como señala David McLellan, "estaba ya mental y físicamente exhausto: en resumen, su vida pública había terminado".

Marx estaría exhausto pero no había perdido aquella fuerza mental que le había hecho ser temido y respetado entre los radicales europeos desde la década de 1840. H. M. Hyndman, un ex-miembro del Partido Conservador que terminó siendo uno de los principales difuso-res (y vulgarizadores) de las ideas de Marx en Gran Bretaña, recordaba "haberle dicho una vez que mientras más viejo me ponía, creía que me hacía más tolerante. '¿Lo es usted?', dijo él, '¿lo es?' Era claro que para él no era así". La intervención más importante de Marx en esos años ocurrió cuando los dos partidos obreros alemanes se fusionaron en 1875, para formar el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Marx y Engels pensaban que el programa adoptado en el congreso de fundación del nuevo partido, en Gotha, hacía demasiadas concesiones al grupo de Lasalle. En su *Crítica del programa de Gotha*, Marx llama la atención a los seguidores de sus ideas, y a la vez hace su más importante elaboración sobre la transición del capitalismo al comunismo. (Los líderes del SPD, Bebel y Liebknecht, impidieron la publicación de la Crítica hasta 1891).

Marx y Engels entraron a menudo en tensión con los socialistas alemanes. Engels escribió su *Anti-Dühring* en 1877, para defender las ideas de ambos de Dühring, académico socialista que tenía considerable influencia en el SPD. En 1879 los dos escribieron una carta circular criticando a algunos dirigentes del SPD influenciados por Dühring (incluyendo al futuro padre del "revisionismo", Edward Bernstein), cuya versión del socialismo se distinguía poco de la democracia liberal. Fue en este periodo que Marx declaró *"Sólo sé que no soy marxista".*

La tranquilidad de los últimos años le vino bien a Marx. Un conocido lo retrata en estos años como un caballero muy culto del patrón anglo-alemán. Las cercanas relaciones con Heine le han brindado una disposición al buen humor, y a la habilidad para la sátira ingeniosa. Gracias al hecho de que las condiciones de su vida personal eran lo más favorables posible, era un hombre feliz.

En un cuestionario que llenó para sus hijas en 1865 Marx dice que su actividad preferida era de "come-libros". El cúmulo de lecturas de Marx resulta extraordinario. S.S. Prawer, profesor de alemán en la Universidad de Oxford, ha mostrado en un estudio reciente el extremo al cual Marx estudió y se familiarizó con una gran variedad de literatura europea:

"Estaba en lo suyo con la literatura de la antigüedad clásica, con la literatura alemana desde la Edad Media hasta la época de Goethe, con los mundos de Dante, Boiardo, Tasso, Cervantes y Shakespeare, los prosistas de ficción franceses e ingleses de los siglos XVIII y XIX; y se mostraba interesado en cualquier poesía contemporánea que pudiese ayudar –como hizo ciertamente la de Heine– a minar la respetabilidad de la autoridad tradicional y a estimular la esperanza de un futuro más justo socialmente. En general, sin embargo, su mirada iba más hacia el pasado que hacia el presente, más hacia Esquilo, Dante y Shakespeare que hacia los escritos de sus propios contemporáneos.

La literatura griega y romana era uno de los especiales amores de Marx. En un periodo de gran tensión mental y física Marx se puso a leer "el relato de Apia sobre las guerras civiles de Roma en el griego original... Espartaco se le aparece como el individuo de mayor importancia de la historia antigua. Un gran general... un personaje noble, un verdadero representante del proletariado antiguo. Pompeyo [el general romano que aplastó la rebelión dirigida por Espartaco] no es más que un mierda".

En un famoso pasaje del *Grundrisse* Marx se pregunta por qué si "el arte y la épica griegas eran parte de ciertas formas de desarrollo social... todavía nos brindan placer artístico y... cuentan como una norma y un modelo ya inaccesible" (G, 111). Marx también admiraba grandemente a Balzac por retratar de modo tan realista las relaciones entre clases en la Francia posre-

volucionaria; uno de sus proyectos irrealizados era hacer un estudio de Balzac.

Las dos hijas mayores de Marx se casaron, Laura con Paul Lafargue, en 1868, y Jenny con Charles Longuet, en 1872. Marx no fue un suegro especialmente fácil. Lafargue en particular tuvo que someterse a cuidadosos interrogatorios antes de que Marx consintiera el compromiso. Pero fue su hija más pequeña Eleanor, o Tussy, como la llamaban en la familia, la que más se parecía a su padre ("Tussy soy yo", dijo él una vez), quien tuvo que enfrentar la oposición más dura cuando se enamoró de un joven periodista francés, Lissagray, el primer historiador de la Comuna de París. (Londres estaba repleto de exiliados franceses después de 1871). Las relaciones entre padre e hija se amargaron durante varios años.

Eleanor quería ser actriz, y un club de lectura de Shakespeare solía reunirse en Maitland Road. Uno de sus miembros describe a Marx así:

Como parte del público era encantador, nunca criticaba, siempre participando en el espíritu de alguna diversión que se produjera, riendo cuando algo le resultaba particularmente cómico, hasta que las lágrimas corrían por sus mejillas: el más viejo en años, pero en espíritu tan joven como cualquiera de nosotros.

Las cosas cambiaron en 1881. La familia Longuet se mudó a París. Marx echaba de menos a sus nietos terriblemente. Y fue en esta época que a Jenny le diagnosticaron cáncer incurable en el hígado. Marx mismo tenía bronquitis. Eleanor recuerda:

Fue un periodo terrible. Nuestra querida madre yacía en el cuarto grande del frente, y Moro en el cuarto pequeño de atrás. Y los dos, que han estaban tan acostumbrados el uno al otro, tan cerca el uno del otro, no podían siquiera estar en el mismo cuarto... Nunca olvidaré la mañana en que él se sintió lo suficiente fuerte como para ir al cuarto de mamá. En ese momento fueron jóvenes de nuevo: ella una muchacha y él un joven amante, ambos en el umbral de la vida, no un viejo devastado por la enfermedad y una vieja agonizante que se separaban para siempre.

El 2 de diciembre de 1881 murió Jenny Marx. Engels dijo a Eleanor: “Moor está muerto también”. Marx visitó la ciudad árabe de Argel y a los Longuet en París, refugiándose en “el ruido de los niños, ese ‘mundo microscópico’ que es mucho más interesante que el ‘macroscópico”, y fue con Laura al área de Vevey en Suiza. Regresó a Gran Bretaña –en la isla de Wight pescó un resfriado– sólo para enterarse de la muerte de su hija Jenny a la edad de 38 años. El 14 de marzo de 1883, Engels visitó la casa de Maitland Road y encontró “la casa en llanto. Parecía que se acercaba el fin”. Cuando Engels y Helene Demuth subieron a ver a Marx, supieron que había muerto mientras dormía. Engels escribió la noticia a Friedrich Sorge: “La humanidad es más corta por una cabeza, y esa es la cabeza más grande de nuestra época”.

- II –

El socialismo antes de Marx

Marx fue entonces el genio que dio continuidad y consumó las tres corrientes principales del siglo XIX, representadas por los tres países más avanzados de la humanidad: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y el socialismo francés junto con las doctrinas revolucionarias francesas en general.

Así escribió Lenin en 1914. Marx no fue el primer socialista, ni mucho menos. Desde la antigüedad de Grecia y Roma la gente ha tenido la aspiración de una sociedad en que sean abolidas la pobreza, la explotación y la opresión. Pero fue sólo en la primera mitad del siglo XIX, especialmente en Francia, que el socialismo se desarrolló como un conjunto coherente de ideas que gozaron de apoyo masivo. Para comprender el pensamiento de Marx debemos conocer algo sobre sus predecesores y sobre el contexto intelectual, social y político en que éstos surgieron.

Los años entre 1789 y 1848 han sido llamados la época de la “doble revolución”. En lo político se produjo la Revolución francesa de 1789; en lo económico se produjo la Revolución industrial.

La Revolución industrial implicó los talleres de trabajo en fábricas que cada vez más fueron dependiendo para sus operaciones de fuentes de energía artificiales, por ejemplo el vapor. Esta forma de organización económica, radicalmente nueva, se originó en la industria textil de Gran Bretaña y se difundió rápidamente a otros sectores de la economía y a otros países. La industrialización se aceleró en Europa en la década de 1830 con las nuevas vías férreas y luego otra vez con la expansión económica que siguió a la derrota de las revoluciones de 1848.

El resultado fue un mundo nuevo de grandes centros industriales, de ciudades como Manchester y Lyón, donde se aglutinaba una nueva clase social, la clase trabajadora industrial o proletariado como la llamó Marx para distinguirla de los campesinos. En la década de 1840 la miseria en que vivían y trabajaban los obreros fue siendo motivo de creciente preocupación entre las clases ilustradas, una preocupación que reflejaba por un lado temor y por otro filantropía. Después de la primera de las grandes revueltas de la clase trabajadora del siglo XIX, por parte de los obreros tejedores de Lyón en 1831, un periodista francés advirtió:

Cada industrial vive como un dueño de plantación colonial entre sus esclavos, uno contra centenares... Los bárbaros que amenazan la sociedad no están ni en el Cáucaso ni en las estepas de Tartaria; están en los suburbios de las ciudades industriales.

La clase trabajadora industrial representaba un peligro para el poder de la nueva clase dominante, porque la "doble revolución" había determinado también el ascenso político de los dueños de la riqueza industrial y comercial, la burguesía. Antes de 1789 absolutismo monárquico era la norma en Europa excepto en Gran Bretaña, las Provincias Unidas de Holanda y Suiza. Los campesinos, que eran la enorme mayoría de la población, estaban sometidos al tutelaje económico y político de sus señores, apoyados a su vez en el poder represivo del Estado.

La revolución que empezó en Francia en 1789 anunció el fin de este sistema. Antes de que dicha revolución terminara el rey francés había sido ejecutado; la república había sido proclamada; la libertad, la igualdad y la fraternidad habían sido declaradas derechos de todos los franceses (no así de las francesas); y los ejércitos revolucionarios habían llevado este mensaje republicano de un extremo a otro de Europa. Ni la degeneración de la revolución con el imperio de Napoleón I, ni los intentos de la Santa Alianza de Austria, Rusia y Prusia para volver el reloj hacia atrás después de la derrota final de Napoleón en 1815, pudieron borrar los efectos de la Revolución francesa de 1789. Buena parte de la actividad política del siglo XIX giró en torno a los esfuerzos por reinstaurar la república en Francia y, en otras partes de Europa, por copiar sus logros.

La revolución había empezado con la exigencia del Tercer Estado de tener el poder de decisión sobre los asuntos de la nación (el "Tercer Estado" eran todos aquellos que no pertenecían a ninguno de los dos grandes "Estados" o grupos de la sociedad feudal, o sea la nobleza y el clero). De la movilización por este reclamo salió beneficiado principalmente un sector social en particular. Fue la burguesía francesa quien ascendió como el sector más fuerte, aunque quien dio el ímpetu a la revolución fue el pueblo de París –los tenderos, artesanos y trabajadores– y quienes nutrieron los ejércitos tanto de la república como del imperio fueran los campesinos, durante las convulsiones del periodo entre 1789 y 1815. La revolución barrió los remanentes de feudalismo que estancaban la sociedad e interferían con los negocios y las ganancias. La revolución también creó un Estado burocrático poderoso y centralizado, capaz de dar al capital –la nueva riqueza industrial y comercial– los servicios que necesitaba, y de aplastar cualquier amenaza que viniera desde abajo.

Así pues, la doble revolución era paradójica. Por un lado se establecía el principio de que todo miembro de la sociedad tenía derechos iguales a los otros, no importa cuán baja fuera su posición (aunque este principio no se realizara plenamente, puesto que por ejemplo la norma de una persona-un elector es una conquista del siglo XX, ni siquiera del XIX.) Por otro lado, se mantenían las diferencias abismales en cuanto a riqueza y poder económico. La Revolución industrial meramente cambió la forma de la desigualdad social y económica: al señor y al siervo se sumaban ahora el capitalista y el trabajador. El problema esencial continuaba.

De manera que la forma externa de la igualdad política se acompañaba de desigualdad real en lo socioeconómico. La meta de los revolucionarios franceses, de liberar a todo el pueblo, a la humanidad, no se había conseguido. ¿De qué sirve el derecho a cenar en un hotel de lujo si uno no tiene el dinero para hacerlo o quizá no tiene dinero suficiente si quiera para comer y punto? El movimiento socialista moderno se desarrolló a partir de esta contradicción entre los aspectos político y económico de la "doble revolución": entre las promesas de libertad, igualdad y fraternidad, y las desigualdades reales y explotación del capitalismo industrial.

La Ilustración

Durante las décadas que habían llevado a la “doble revolución” se verificó una cruenta lucha entre los defensores del orden feudal y los que buscaban la nueva sociedad capitalista. Al centro de esta lucha estaba el movimiento conocido como la *Ilustración*. El sistema de ideas o ideología dominante en la Europa feudal había sido elaborado por los filósofos de la Iglesia Católica. Modificaron las ideas de Aristóteles, uno de los más grandes pensadores griegos, hasta que las acomodaron al cristianismo. El resultado fue un modo de mirar el mundo que podía explicar mucho en detalle sin cuestionar el poder de los señores feudales y de la monarquía.

Según Aristóteles todo en el mundo tenía un propósito. El propósito daba a la cosa su lugar en el mundo. Por ejemplo, argumentaba que los cuerpos estaban por naturaleza en reposo. El movimiento y el cambio eran anormales: sólo ocurrían cuando los cuerpos eran alterados, sacados fuera de sus sitios naturales. Y una vez alterados, los cuerpos se movían otra vez a sus lugares naturales, donde estarían nuevamente en reposo.

Así se conformaba el patrón del universo, en el propósito de los seres individuales y en los lugares que por naturaleza ellos ocupaban.

Este modo de ver el mundo servía a dos propósitos. Primero, ofrecía una versión sofisticada del mito cristiano de la creencia en que el universo y todo en él ha sido creado por Dios, ya que la idea de que todo tiene un propósito implica que todo encaja en un designio trazado por una deidad todopoderosa y omnisapiente para un fin en particular. Segundo, este modo de ver el mundo se correspondía con la estructura de la sociedad feudal, donde cada cual tenía su lugar como noble, artesano o siervo: un lugar donde se nacía y donde nacerían los hijos, sucesivamente. Al tope del sistema feudal estaba el rey, el centro del universo según Dios. En este sistema de ideas, el estable y armonioso orden feudal, donde cada cual tenía su sitio, reflejaba la estabilidad y la armonía del universo de Dios.

Dos acontecimientos, sin embargo, desafiaron este sistema: el surgimiento de la ciencia y el surgimiento de una nueva clase. Los nuevos comerciantes

y manufactureros, la recién formada burguesía, fundaban su poder no en los ejércitos que pudiesen dirigir o en la tierra que pudiesen poseer, sino en su control del dinero, del “capital”; en su capacidad de hacer ganancias. De manera que se envalentonaron contra las restricciones del feudalismo según los nuevos científicos se envalentonaban contra la visión feudal del mundo, que chocaba con la realidad que observaban.

No puede reducirse la gran Revolución científica del siglo XVII a esta lucha ideológica, con que se asocian los nombres de Galileo, Kepler, Descartes, Boyle, Huygens y Newton. Pero los efectos de la Revolución científica en la ideología feudal fueron devastadores. Ya en el siglo XVI Copérnico había afirmado que la Tierra gira alrededor del Sol en vez de ser el estático centro del universo del que había hablado Aristóteles. Galileo fue más lejos todavía al introducir la Ley de la inercia, según la cual todos los objetos están por naturaleza en movimiento y no en reposo. De pronto, la minoría de europeos que sabía leer se vio sumergida en un nuevo y extraño mundo en que todo estaba en movimiento y la Tierra era meramente un planeta pequeño e insignificante en un universo infinito. “El silencio de estos espacios infinitos me aterroriza”, escribió Blaise Pascal, uno de los más refinados defensores del catolicismo en el siglo XVII.

En la forma de la Inquisición, las fuerzas de la ideología feudal intentaron aplastar la nueva ciencia con represión. Giordano Bruno fue quemado en la hoguera en el año 1600 por estar de acuerdo con Copérnico, y Galileo fue silenciado después de ser amenazado con correr la misma suerte. Sin embargo, un siglo después sus seguidores triunfaban. Los *Principios matemáticos de la filosofía natural* de Isaac Newton brindaron la base de las ciencias naturales hasta el siglo XX. La aceptación de la física de Newton reflejó no sólo sus propios méritos, sino además la supremacía ideológica y política que alcanzó la burguesía en Inglaterra como resultado de las revoluciones de 1640 y 1688.

Hemos visto que la física aristotélica explicaba las cosas desde el punto de vista de su propósito: cada cuerpo tenía su debido lugar en el esquema de Dios, se movía sólo si era sacado de su lugar natural y se detenía sólo si volvía a él. Por otro lado, la física de Galileo y Newton explicaba el movi-

miento de los cuerpos de forma mecánica. En otras palabras, según estas teorías el movimiento de los objetos dependía de la acción de fuerzas externas. El ejemplo clásico es la ley de Galileo de la caída libre, según la cual un objeto que cae, de cualquier peso, acelerará su caída a un promedio de treinta y dos pies por segundo por virtud de la gravedad, o sea la atracción que ejerce un objeto mucho mayor, la Tierra.

La nueva ciencia era materialista. En sus teorías no había ningún propósito, ningún designio, ningún Dios. Con ellas se podía entender al mundo sencillamente tomando en cuenta la interacción entre cuerpos diferentes. Se infería por tanto que sólo hay cuerpos físicos. No existía nada que careciera de un cuerpo, que tuviese sólo existencia "espiritual": ni almas, ni ángeles, ni diablos, ni el mismo Dios. Galileo y Newton y los otros grandes científicos del siglo XVII en general no llegaron a hacer esta inferencia, pero otros pronto la hicieron. Cuando Napoleón I le preguntó a un físico francés qué papel jugaba Dios en sus teorías, el científico contestó: "Señor, no tengo ninguna necesidad de esa hipótesis".

Sólo con expulsar de la física a Dios y al propósito, la nueva ciencia asestó un golpe rudo a la ideología dominante. Pero seguía un próximo paso lógico, que era extender este método de estudio de la naturaleza a la sociedad. Este paso lo dio Thomas Hobbes, el más importante de los filósofos políticos burgueses durante la Revolución inglesa de 16401660. Su materialismo le ganó a Hobbes el epíteto de "El demonio de Malmesbury" entre los jesuitas. Ninguno de los sucesores contemporáneos de Hobbes fue tan lejos como él. Con su obra maestra *Leviatán* (1651) empezaba el estudio científico de la sociedad.

El punto de partida era encontrar algún principio básico similar al principio de inercia en el estudio de la naturaleza (según el cual todos los cuerpos están naturalmente en movimiento). Las pasiones humanas resultaron el candidato para este papel. El estudio de la naturaleza humana fue el punto de partida del estudio de la sociedad para Hobbes y para la Ilustración. Se concebía a la naturaleza humana como nunca cambiante. Las pasiones de la gente y los deseos e inclinaciones que la llevan a actuar, eran las mismas en todas las sociedades y en todos los periodos de la historia. Lo único que

cambiaba era el grado en que las instituciones sociales y políticas hacían más fácil o más difícil a la gente dar curso a sus deseos e inclinaciones.

Las ideas de la Ilustración constituyeron un gran progreso en comparación con las teorías políticas anteriores. ¡Robert Filmer había afirmado en el siglo XVII que el poder de los reyes se debía a que eran los legítimos herederos de Adán y Eva! Muy superior a esto era sin duda, un acercamiento a la sociedad que partiera de un intento serio de comprender la naturaleza humana. Más aún, la idea de que la sociedad sea juzgada a base del grado en que se adapta a los deseos e inclinaciones de la gente resultaba altamente subversiva respecto al orden feudal, el cual asignaba a cada cual una posición preestablecida.

Sin embargo, la Ilustración tenía tres deficiencias serias. La más elemental era que veía a la naturaleza humana como no cambiante. Más todavía, lo que los filósofos de la Ilustración llamaban la "naturaleza humana", era la conducta interesada característica de la gente en la sociedad capitalista. Esto era cierto por ejemplo incluso para Adam Ferguson, miembro de la escuela escocesa de estudios históricos, un grupo de pensadores conscientes al menos de las diferencias entre las sociedades.

Ferguson escribió en su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767) que los "deseos instintivos" que tienden a la "preservación del individuo":

...estimulan sus aprehensiones sobre el tema de la propiedad y le familiarizan con ese objeto de cuidado que él llama su interés... En la provisión de riqueza halla... un objeto de su máxima solicitud y al ídolo principal de su mente... Bajo esta influencia... si no son restringidos por las leyes de la sociedad civil, los hombres entrarían a un escenario de violencia o mezquindad, el cual exhibiría a nuestra especie, una y otra vez, en aspectos más terribles y odiosos, o más viles y despreciables que el de cualquier animal que haya heredado la Tierra.

En segundo lugar, la teoría de la Ilustración sobre la naturaleza humana era principalmente un estudio de la mente humana. Atribuía más importancia a las pasiones y pensamientos que a la posición social y económica de la gente. Esto quiere decir que la visión de la historia humana que tenían los filósofos de la Ilustración era idealista: su centro eran las ideas, más que el

mundo material de la nueva ciencia. Se veía el cambio como un proceso en que viejas ideas daban paso a nuevas. Esta visión se resumía en el libro de Condorcet *Notas para un cuadro histórico del progreso de la mente humana*. El título lo dice todo. Para Condorcet la historia era, justamente, “el progreso de la mente humana”: la sociedad mejoraba en la medida en que se expandía el conocimiento. Condorcet suponía que este progreso continuaría indefinidamente hacia el futuro.

Esta visión de la historia estaba latente en la estrategia política de los filósofos de la Ilustración. El cambio político –la reforma o abolición del absolutismo– vendría como resultado de una batalla de ideas. Resultaría de la ilustración, es decir del triunfo de la razón sobre la superstición y de la ciencia sobre la fe. A tono con su énfasis en las ideas, los filósofos de la Ilustración vieron la organización religiosa como el principal obstáculo al progreso. “El despotismo”, escribió Holbach, “es obra de la superstición”. El simple poder de la razón, entonces, sería suficiente para disolver la religión y así socavar el absolutismo. *“Tan pronto como un hombre se atreve a pensar se derrumba el dominio del cura”*, dijo Holbach.

La creencia en la omnipotencia de la razón era consecuencia de la posición de estos filósofos como una minoría muy pequeña y educada que vivía a costa del trabajo de una mayoría analfabeta y supersticiosa (según ellos). Su posición social ayuda a explicar la tercera limitación de la Ilustración, su elitismo. “¿Qué importa –escribió Voltaire a Helvetius– que nuestro sastre y nuestro zapatero estén gobernados [por los curas]? La cuestión es que la gente con quien vives está obligada a bajar sus ojos ante el filósofo en el interés del rey, esto es, del Estado, que los filósofos dirijan la sociedad”.

Los filósofos de la Ilustración estaban lejos de ser revolucionarios. A muchos les satisfacía ser consejeros de los “déspotas ilustrados” del siglo XVIII tales como Federico el Grande de Prusia. Como mucho querían una monarquía constitucional al estilo de Inglaterra. Si hubiesen vivido hasta la década de 1790, sin embargo, se hubiesen horrorizado ante el efecto de su obra –la destrucción de la ideología feudal. Uno de ellos –Condorcet– vivió para ver la Revolución francesa, y murió en la guillotina.

A pesar de estas limitaciones, las ideas de la Ilustración jugaron un papel esencial en crear el marco intelectual para los primeros socialistas.

El socialismo utópico

El socialismo moderno apareció en Francia después de la revolución de 1789. Tuvo dos alas importantes, la del socialismo utópico del Conde de Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen, y la del comunismo revolucionario de Graco Babeuf y Augusto Blanqui. Estas dos alas se distinguen entre sí especialmente por su actitud ante la experiencia de la Revolución francesa. La primera rechazaba la Revolución. La segunda quería completarla.

Saint-Simon y Fourier habían vivido los años de la Revolución y sufrieron como consecuencia de ella. Saint-Simon fue encarcelado durante el periodo del Terror y Fourier se arruinó a causa del estado de sitio de Lyón en 1793. Rechazaban la acción revolucionaria por su violencia y destrucción. Más aún, como la Revolución terminó ensanchando la brecha entre ricos y pobres, concluían que la acción política no tenía futuro como medio para mejorar la condición humana. Sólo la propaganda pacífica ofrecía para ellos alguna esperanza de alcanzar un cambio genuino y constructivo.

El punto de partida de los utópicos era la inconsistencia entre las aspiraciones de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución y las realidades del capitalismo de la Francia posrevolucionaria. Hicieron, por tanto, la crítica más potente del capitalismo hasta ese tiempo, su anarquía económica y su represión de las necesidades humanas, y buscaron una sociedad nueva en que estas necesidades hallaran satisfacción.

En Fourier se nota la deuda con la Ilustración de los socialistas utópicos. Empieza discutiendo el concepto de la naturaleza humana. Mientras los filósofos de la Ilustración habían señalado al interés individual como el más básico de los instintos humanos, Fourier fue mucho más allá. Según su discurso sobre las doce pasiones básicas, los seres humanos desean amor y amistad tanto como la satisfacción de sus necesidades materiales. Buscan disfrutar de una gran variedad de preferencias así como competir exitosamente entre sí. En este argumento está implicado que el capitalismo, lejos

de ser la forma más natural de sociedad humana –como habían supuesto los pensadores de la Ilustración– era la forma más innatural, ya que negaba varios de los más importantes deseos y necesidades humanas. De manera que donde la Ilustración había criticado al despotismo y a la superstición, Fourier atacaba sin piedad toda la "Civilización", refiriéndose a la sociedad de clases en su conjunto.

Al "infierno social" de la sociedad contemporánea los utópicos contraponían una visión de futuro. Saint-Simon hablaba por todos ellos cuando decía que "la era dorada de la especie humana no está en el pasado sino en el futuro". Otra vez, fue Fourier quien elaboró la versión más potente –aunque a veces la más confusa– de lo que sería el socialismo. La unidad básica de la "Armonía", como llamó a la nueva sociedad, sería el Falansterio, una comunidad esencialmente agrícola de exactamente 1.620 personas que vivirían, trabajarían y comerían juntas. De acuerdo a la teoría de Fourier del trabajo atractivo, en la sociedad nueva la gente cambiaría de ocupación cada cierto número de horas y competiría mediante grupos y series de compañeros trabajadores para realizar sus deseos en cuanto a variedad y emulación, respectivamente. Todas las pasiones humanas serían satisfechas.

No es difícil hacer bromas con los extremos más fantásticos del socialismo utópico – Fourier señalaba que en la Armonía los mares se transformarían en limonada. Pero lo importante de los utópicos era su énfasis en los aspectos liberadores del socialismo. En la nueva sociedad se acabaría con las diversas formas en que la sociedad clasista reprime los deseos y capacidades de las personas, en lo cultural y lo sexual, en lo económico y lo político. Fourier era el crítico más virulento de la familia burguesa y un defensor de la liberación de la mujer. Fue quien acuño el término feminismo.

El problema era cómo llegar de la Civilización a la Armonía. De nuevo, fue decisiva aquí la influencia de la Ilustración. Saint-Simon y sus seguidores –los utópicos de mentalidad más histórica– coincidían con Condorcet en que el cambio social era resultado del "progreso de la mente humana". Saint-Simon estaba consciente del papel de la lucha de clases en la historia y dividía la sociedad francesa entre los industriales y los oisifs (los que trabaja-

ban y los parásitos ricos que vivían a costa de los primeros). Sin embargo, creía que el cambio llegaría como resultado de los nuevos descubrimientos científicos. Los seguidores de Saint-Simon distinguían entre épocas "orgánicas" en que todos compartían las mismas creencias, y épocas críticas, en que ocurría lo contrario y la sociedad se escindía. Las ideas seguían siendo, de este modo, el motor del cambio histórico.

Los socialistas utópicos creían que la razón triunfaría como producto de un proceso de ilustración. La educación, la difusión gradual de las ideas socialistas, transformaría al mundo. Luego, los utópicos apelaban especialmente a los capitalistas. Tanto Fourier como Saint-Simon se oponían a la abolición de las clases sociales. Por ejemplo, Fourier esperaba que hombres de negocio ilustrados financiaran su Falansterio, el cual creía él produciría buenas ganancias a la inversión mientras terminaba con los males de la Civilización. Una vez se instalaran varios Falansterios, Fourier suponía que se seguirían propagando mediante el ejemplo hasta que la Armonía conquistara el mundo. Anunciaba su plan a los inversionistas, informando en la prensa que se le podía encontrar en cierto café semanalmente a la misma hora y día, en caso de que algún capitalista se interesara en sus proyectos. Ninguno fue.

Pero la idea de que en la nueva sociedad habría un sitio para el capital estuvo cada vez más bajo fuego en la medida en que, en las décadas de 1830 y 1840, creció el movimiento de la clase trabajadora francesa. El grupo de Saint-Simon había argumentado que bajo el socialismo la distribución sería regida por el principio "de cada cual según su capacidad a cada cual según su trabajo", o sea que aquellos con más destrezas o talento recibirían más que los otros. En cambio, Louis Blanc acuñó el lema igualitario "de cada cual según su capacidad a cada cual según sus necesidades".

No había lugar para el capital en la regimentada utopía descrita por Etienne Cabet en su *Viaje a Icaro* (1840). Nacía así el comunismo francés que bajo liderato de Cabet ganó gran respaldo entre las masas trabajadoras. Sin embargo Cabet no era un revolucionario, a pesar de creer en la igualdad. Declaró que si tuviese una revolución en su puño, "mantendría mi mano cerrada, aunque ello significara mi muerte en el exilio". Lo mismo era cierto

del rival de Cabet, Pierre-Joseph Proudhon, quien rechazaba la concepción de los comunistas de una futura sociedad centralizada donde todo sería propiedad común y administrado en común. La utopía de Proudhon era un paraíso de artesanos y pequeños campesinos, donde habrían sido abolidos los bancos y el gran capital, pero la propiedad privada continuaría existiendo. Como Cabet, Proudhon creía que el socialismo llegaría como resultado de propaganda pacífica.

Estaban por otro lado los que preferían la acción a las palabras. Blanqui sentenció: "El comunismo [es decir, las ideas de Cabet] y el proudhonismo están parados frente a la orilla de un río discutiendo si al otro lado el campo es de maíz o de trigo. Vamos a cruzar y ver".

La tradición comunista revolucionaria de la cual Blanqui –antes que Marx– fue el más grande representante, había evolucionado de la extrema izquierda de los republicanos radicales de la Revolución francesa. En el punto máximo de dicha revolución, en 1793-94, el grupo de los jacobinos impuso una dictadura centralizada que salvó a Francia de los enemigos de dentro y de fuera, suprimió la oposición interna mediante la guillotina y decretó restricciones –por ejemplo, controles al libre juego del mercado. La dictadura jaco-bina fue derrocada más adelante por el sector moderado. En 1797 Babeuf y sus compañeros de la *Conspiración de los Iguales* fueron ejecutados por intentar restaurar la dictadura revolucionaria. Querían ir mucho más lejos que los jacobinos y llevar a la realidad los ideales de libertad, igualdad y fraternidad aboliendo la propiedad privada e imponiendo una igualdad absoluta.

Blanqui seguía a los utopistas al criticar implacablemente el capitalismo y perseguir una sociedad futura, que él llamaba comunismo. También seguía a Babeuf al creer que el comunismo podría llegar sólo mediante el derrocamiento armado del Estado presente y el establecimiento de una dictadura revolucionaria. Fue Blanqui quien acuñó la expresión "dictadura del proletariado". Sin embargo para él esta frase significaba una dictadura sobre el proletariado, porque Blanqui pensaba que la influencia de la ideología dominante – especialmente de la religión– impedía que la gran masa de la población respaldara activamente la revolución. Había que tomar el

poder en representación de la clase trabajadora en vez de que la clase trabajadora tomara el poder. El "primer deber" de esta dictadura sería barrer con todas las religiones "como asesinas de la especie humana". Solo cuando esta tarea se cumpliera los trabajadores estarían preparados para el comunismo.

La estrategia de Blanqui era consecuencia de su concepto de cómo el socialismo sería posible. Se necesitaba una organización secreta de revolucionarios profesionales que organizara la insurrección armada. En otras palabras, el capitalismo sería derrocado por la acción de una minoría ilustrada. Wilhelm Weitling, un alemán del grupo de Blanqui, exponía así las razones:

Querer esperar a que todos estén suficientemente esclarecidos, como usualmente propone la gente, significa renunciar totalmente a la cuestión, porque un pueblo entero nunca estará igualmente ilustrado, al menos mientras sigan existiendo la desigualdad y la lucha de los intereses privados en la sociedad.

Blanqui actuó según sus convicciones con gran consistencia y valentía. En la década de 1830 participó en dos conspiraciones que llevaron a la insurrección de mayo de 1839, la cual fue aplastada por las fuerzas del Estado. La vida de Blanqui fue un ciclo de breves periodos de actividad revolucionaria seguidos de periodos prolongados de prisión o exilio. Fue preso bajo todos los regímenes políticos que gobernaron a Francia entre 1815 y 1880.

No obstante sus diferencias, los socialistas utópicos y los seguidores de Blanqui compartían una herencia común de la Ilustración. Todos ellos creían que el cambio histórico resultaría de una batalla de ideas. La instalación del socialismo dependía de la ilustración de la gran masa de la población. Esto naturalmente llevaba al elitismo. Ya que la mayoría de los trabajadores y los campesinos obviamente no eran ilustrados, el cambio social podría ser iniciado solamente por los pocos que habían llegado a la verdad. Fuese levantando Falansterios u organizando insurrecciones armadas, lo central era que esperaban que los trabajadores fueran testigos pasivos de su propia liberación.

Marx escribió sobre los utopistas:

Al formular sus planes están conscientes de proteger principalmente los intereses de la clase trabajadora, pues ésta es la clase más sufrida. El proletariado existe para ellos solamente desde el punto de vista de ser la clase más afligida. El estadio poco desarrollado de la lucha de clases, así como el entorno [de los socialistas utópicos], hace que los socialistas de este tipo se consideren muy por encima de todo antagonismo de clase. Quieren mejorar la condición de todos los miembros de la sociedad, incluso de aquellos más favorecidos. De este modo usualmente apelan a toda la sociedad sin distinción de clases, pero en realidad con preferencia a la clase dominante. ¿Cómo puede la gente, una vez ha entendido [el sistema de los utópicos], dejar de ver que es el mejor plan posible del mejor estado posible de la sociedad? (CW vi. 515).

Por su parte, Blanqui no creía en la colaboración entre clases. Preguntado cuál era su profesión, respondió: “Proletario”. Y tenía gran apoyo entre la masa trabajadora. Pero al igual que los otros utopistas, su estrategia indicaba “el estadio poco desarrollado de la lucha de clases”. El carácter extremadamente represivo de la mayoría de los regímenes en el siglo XIX y el limitado desarrollo de la industria en Francia, que consistía principalmente de pequeños talleres, determinaban que era muy difícil, si no imposible, la organización abierta de los trabajadores sobre la base de su poder económico. Asimismo, la actividad clandestina resultaba esencial. Pero en los blanquistas el efecto de todo esto fue una actitud hacia los trabajadores bastante parecida a la de los socialistas utópicos. En este periodo, tanto para los comunistas revolucionarios como para los pacíficos utopistas, la clase trabajadora era el objeto y no el sujeto del cambio.

- III –

RICARDO, HEGEL, FEUERBACH

Los socialistas utópicos hicieron una brillante crítica de la "Civilización" capitalista y produjeron visiones fantásticas de una "Armonía" comunista del futuro. Su debilidad radicaba en cómo ir del capitalismo al comunismo.

Los socialistas franceses estaban todavía limitados por los razonamientos de la Ilustración. Su materialismo no se extendía a la sociedad y veían la historia como el "progreso de la mente humana". Más aún, ni Blanqui ni los utopistas tenían análisis científico alguno sobre el capitalismo. Para llegar más lejos, necesitaban dos cosas: primero, un nuevo método científico superior al de la Ilustración; y segundo, una mejor comprensión del capitalismo. Los elementos para esto vinieron de las otras dos fuentes del marxismo, la filosofía clásica alemana y la economía política británica. Empecemos con la segunda y su más agudo representante, David Ricardo.

Una anatomía de la sociedad civil

Los pensadores de la Ilustración habían distinguido entre el Estado y la sociedad civil. Decían que el Estado representaba los intereses comunes de todos los ciudadanos. Por su parte, la sociedad civil era el terreno fuera del Estado donde los individuos realizaban sus intereses económicos privados. Todos coincidían en que sin Estado la sociedad colapsaría en un caos. Suponían que la gente era por naturaleza agresiva, codiciosa, egoísta y violenta. Dejada la gente a su suerte, sin restricciones del Estado, se produciría una "guerra de todos contra todos", la cual Hobbes describe de forma terrible en su *Leviatán*.

En cuanto a teoría económica, la ortodoxia de la época alegaba que la prosperidad dependía de la intervención del Estado. Por ejemplo, James Steuart

decía que los capitalistas obtendrían ganancias de sus inversiones sólo si el Estado intervenía para fijar precios más altos que los costos de producción. Esta teoría encajaba en la forma en que operaban los Estados en los siglos XVII y XVIII –imponiendo controles estrictos de la actividad económica de sus súbditos.

La escuela de pensadores llamada economía política clásica, compartía la suposición de que la gente era por naturaleza competitiva y centrada en sus intereses individuales. Sin embargo afirmaba también que, sin intervención del Estado, la búsqueda del beneficio privado individual podía llevar la economía por un rumbo óptimo.

El más importante de los historiadores escoceses, Adam Smith, argumentó en *La riqueza de las naciones*, publicado en 1776, que la intervención del Estado hacía daño a la economía. Dejando a los individuos en libertad de perseguir sus intereses privados era que se lograría el equilibrio económico y se utilizarían todos los recursos de la sociedad.

Adam Smith era profesor universitario en Glasgow, uno de los principales centros de la Revolución industrial, y tenía estrechas conexiones con la burguesía industrial y comercial de la ciudad. Escribió *La riqueza de las naciones* en gran medida como portavoz de un capitalismo innovador, confiado e impaciente con lo que sentía como una innecesaria interferencia estatal. De hecho, Smith no se oponía a medidas del gobierno como por ejemplo las Navigation Acts, que aseguraban a los capitalistas británicos el monopolio sobre el comercio con las colonias; veía tal legislación en bien de los intereses de la clase que representaba.

En el esquema de Adam Smith era central el concepto de "mercado". La riqueza que describe se le aparece como un enorme conjunto de productos –o mercancías– a ser vendidos y comprados. Por tanto, para conocer el valor de estos productos lo lógico era detectar los factores que gobernaban los precios a que se vendían y compraban dichos productos. Smith identificaba estos factores como oferta y demanda. Si hay más cantidad de un producto que cantidad de gente buscándolo, el precio bajará para atraer más compradores. Asimismo, si hay más compradores que productos, el precio de éste subirá hasta que se reduzca la cantidad de compradores.

La teoría del valor de Smith se fundaba en la idea de que cada mercancía tiene un precio "natural". Este es el precio por el cual se vende la mercancía, una vez se equilibran la oferta y demanda. En esta teoría hay tres clases principales en la sociedad: capitalistas, trabajadores y terratenientes. Según Smith cada una de estas tres clases obtiene sus ingresos del promedio "natural" de los precios –respectivamente, de las ganancias, los salarios y las rentas.

Hay tres implicaciones importantes en el concepto de precio natural de Smith.

Primero, contiene la idea de que la economía capitalista espontáneamente tiende hacia el equilibrio. Las fuerzas de la oferta y la demanda tenderán a un balance, de modo que las mercancías se venden a su precio "natural". Uno de los seguidores de la teoría de Smith, Jean-Baptiste Say, trató incluso de demostrar que la oferta y la demanda siempre se corresponderán, de manera que son imposibles las crisis económicas –que surgen cuando los bienes no se venden.

Segundo, Smith nos muestra una economía de carácter capitalista. Anteriormente los economistas no distinguían entre capitalistas, artesanos o trabajadores. La originalidad de Smith reside en tratar a los capitalistas como una clase diferenciada, que obtiene una forma particular de ingreso – la ganancia–distinta de la renta de la tierra o al salario del trabajador.

Tercero, para Smith el capitalismo es algo natural. Y en el siglo XVIII esto quería decir bueno. Algunos pensadores de la Ilustración habían criticado la sociedad porque era artificial y no correspondía a la naturaleza humana. Uno de los más importantes de ellos había sido Jean-Jacques Rousseau, quien contrastó las etapas primarias de la sociedad –en que la gente vivía según él en idílicas y pequeñas comunidades rurales– con el abismo "antinatural" entre ricos y pobres que surgió de la división del trabajo y una vez aparecieron el comercio y el dinero.

En cambio, para los exponentes de la economía política, la sociedad "natural" no correspondía a los inicios de la historia sino que había surgido de la Revolución industrial: era el capitalismo. Para Smith el origen de la división del trabajo en la sociedad se debía a "una cierta propensión en la natura-

leza humana", o sea "la inclinación a comerciar, regatear e intercambiar una cosa por otra". El mercado, el dinero y el comercio, indicaba Smith, respondían a la naturaleza humana, en vez de contradecir la naturaleza humana, como denunciaba Rousseau.

Thomas Robert Malthus elaboró más aún la tendencia a adjudicarle naturalidad a las relaciones sociales existentes. *Escribió su Ensayo sobre el principio de la población* (1798) en réplica a Condorcet y otros pensadores de la Ilustración, cuyo optimismo de creer que la humanidad podría mejorarse indefinidamente tanto había inspirado a la Revolución francesa. (Malthus era un clérigo anglicano. Sus escritos sobre economía buscaban defender los intereses de la aristocracia terrateniente inglesa).

Según el principio de población de Malthus –que elaboró con escasos datos– es un principio de la naturaleza que la población aumenta geométricamente mientras la producción de alimentos crece aritméticamente, de modo que la sociedad fatalmente enfrentará la escasez. Malthus argumentaba que si la calidad de vida de la mayoría de la población supera el límite de supervivencia, la gente empezará a tener más hijos hasta que el desequilibrio entre población y producción de alimentos jalone la calidad de vida hacia debajo del límite de supervivencia, produciéndose estragos de hambre y enfermedad. El equilibrio se restauraría eliminando las bocas que están de más.

Para Malthus, por ley "natural" cualquier intento de mejorar los niveles de vida de la mayoría de la población estaba condenado al fracaso. El esfuerzo para formar una sociedad basada en la libertad, la igualdad y la fraternidad

...por las leyes inevitables de la naturaleza, no por defecto alguno de las instituciones humanas, degeneraría en muy breve plazo en una sociedad construida sobre un plan esencialmente no muy diferente del que prevalece en el presente en todos los Estados conocidos: una sociedad dividida entre una clase de propietarios y una clase de trabajadores, con amor propio hacia los fundamentos de la gran máquina.

El capitalismo, pues, era natural. Cualquier intento de terminar con él era simple ilusión. No es sorprendente que en el siglo XIX los capitalistas y sus

defensores invocaran la teoría de Malthus para justificar que el salario de los trabajadores se limitase al nivel de sobrevivencia.

No obstante, aunque la economía política estuviese dedicada a justificar la existencia del capitalismo, realizó la primera investigación a fondo de lo que Marx llamó "la anatomía económica de las clases" (SC, 69). Esto se aplica particularmente a David Ricardo. Su libro *Principios de economía política* (1817) fue más allá de Adam Smith en dos puntos cruciales. Primero, Ricardo afirmó que "el valor de una mercancía, o la cantidad de una mercancía por la que será intercambiada, depende de la cantidad relativa de trabajo que ha sido necesaria para producirla". Esta es, para todos los efectos, la teoría del valor y del trabajo que Marx tendría como base de su análisis del capitalismo.

Para Smith, el precio "natural" de la mercancía era determinado por el promedio "natural" de los costos de los componentes implicados en la mercancía, es decir: salarios, ganancia y renta de la tierra. Pero para Ricardo el valor –o precio natural– era determinado por la labor requerida para producir la mercancía. Los capitalistas, trabajadores y terratenientes debían por tanto luchar para dividirse entre sí este valor.

Segundo, los intereses del trabajo, del capital y de los terratenientes existen en antagonismo. Ricardo señaló que "no puede haber aumento en el valor del trabajo sin un descenso en las ganancias". Salarios y ganancias se relacionan inversamente: cuando el capital gana, el trabajo pierde. Y viceversa. Más aún, la renta se deduce del valor de las mercancías de manera que "el interés del terrateniente está siempre en oposición a los intereses de las demás clases de la comunidad".

El significado de esta teoría sobre el valor y la ganancia es que coloca las luchas entre clases en el centro de la sociedad capitalista, y en particular las luchas en relación al producto social: quién se queda con qué parte de la torta.

Este reordenamiento de la economía política se debía en parte al esfuerzo de Ricardo, exitoso miembro del parlamento y banquero, para abordar los problemas prácticos que a principios del siglo XIX confrontaba el capitalismo en Gran Bretaña. Eran tiempos de cruentas luchas de clases. Los tra-

bajadores textiles se lanzaban contra los patrones. La introducción de nueva maquinaria en la industria textil provocó un movimiento en que los obreros destrozaban las máquinas como protesta por la explotación –los Ludistas. A la vez, obreros y patrones estaban unidos en oposición a las llamadas Leyes de granos, las cuales permitieron aumentos en precios de alimentos para proteger los intereses de los terratenientes británicos frente a la competencia extranjera. El primer gran escrito de Ricardo, publicado en 1815, intentaba demostrar que precios bajos en la comida conllevarían salarios más bajos y por tanto mayores ganancias. Su economía política expresaba los intereses de la burguesía industrial contra los de la aristocracia terrateniente –defendida por su amigo Malthus– que eran la clase políticamente dominante todavía.

Marx escribió más tarde que “en general, la concepción de Ricardo es en interés de la burguesía industrial sólo porque, y en la medida en que, este interés coincide con el de la producción o el desarrollo productivo del trabajo humano. Si la burguesía entra en conflicto con el desarrollo productivo, Ricardo es tan despiadado contra ella como lo es en otras ocasiones contra el proletariado y la aristocracia” (TSV II, 118). Por ejemplo, en la tercera edición de los *Principios*, publicada en 1821, Ricardo añadió un capítulo sobre la maquinaria indicando que los desarrollos tecnológicos podían llevar a un mayor desempleo. Su discípulo J. R. McCulloch protestó horrorizado: “Si su razonamiento está bien fundado, las leyes contra los Ludistas son una desgracia para el libro de las leyes”. Este ejemplo de lo que Marx llamó la “crueldad científica” de Ricardo (G, 754) podría explicar por qué los seguidores de este último fueron poco a poco abandonando su teoría del valor y la ganancia.

Sin embargo, Ricardo compartía puntos básicos con los otros teóricos de la economía política. Mantenía que la lucha de clases tenía lugar en torno a la distribución del producto social. Veía natural la división de la sociedad entre una clase de capitalistas que poseían los medios de producción –fábricas, máquinas, etc. – y una clase de trabajadores, que poseían sólo su fuerza de trabajo –sus fuerzas, pericias y demás.

De la misma forma creía –como Marx después de él– que la tasa de ganancia tendía a descender, pero buscaba la explicación fuera de la sociedad. Siguiendo a Malthus, Ricardo alegaba que la población en general crecía más rápido que la producción de alimentos, y por eso la productividad del trabajo agrícola tendería a reducirse con el pasar del tiempo – esta es su ley del "Retorno disminuido". En consecuencia subirían los salarios de sobrevivencia necesarios para mantener vivos a los trabajadores, provocando un descenso en las ganancias. La sociedad llegaría así a una situación de estancamiento en que la producción dejaría de crecer. Marx comentó que Ricardo "huye de la economía para refugiarse en la química orgánica" (G, 754).

La fuente de estas limitaciones era una concepción de la historia que los teóricos de la economía política compartían con la Ilustración. No es que estuvieran inconscientes del cambio histórico. De hecho, los historiadores escoceses y el economista francés Turgot distinguían cuatro etapas del desarrollo humano: la caza, el pastoreo, la agricultura y el comercio, cada una de las cuales representaba un progreso respecto de la anterior. Pero veían el "comercio" –con lo que representaban al capitalismo– como la última etapa de la historia. Después no habría más cambios, ya que el capitalismo era "natural" al corresponderse con la naturaleza humana y su necesidad innata de "comerciar y regatear".

Marx resumió así esta actitud:

Los economistas tienen un método peculiar de proceder. Para ellos hay sólo dos tipos de instituciones, artificiales y naturales. Las instituciones del feudalismo eran instituciones artificiales; las de la burguesía son instituciones naturales. Cuando los economistas dicen que las actuales relaciones –las relaciones de producción burguesas– son naturales, están diciendo que estas son las relaciones donde la riqueza se crea en conformidad con las leyes de la naturaleza. Estas relaciones, por tanto, son en sí mismas leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que siempre deben gobernar la sociedad. De manera que ha habido historia, pero ya no hay (CW VI, 174).

Hegel y la dialéctica

La economía política clásica se había colocado en una situación peculiar. Había puesto al descubierto la contradicción latente en el corazón de la sociedad que surgía de la "doble revolución": el conflicto fundamental entre trabajo y capital. Pero habiendo descubierto esto, los pensadores de la economía política querían ahora poner freno al proceso histórico. Había para ello evidentes razones políticas e ideológicas. También carecían de conceptos que les permitiese explicar por qué y cómo tienen lugar los cambios históricos – reflejando la debilidad principal de la Ilustración. Como hemos visto, tendían a concebir la historia como el desdoblamiento de la razón humana.

Esta limitación surgía de las debilidades del materialismo mecanicista que subyacía al pensamiento de la Ilustración. La física de Galileo y Newton explicaba el movimiento de los cuerpos como resultado de fuerzas externas, por ejemplo la gravedad. Pero esta teoría no es muy satisfactoria al aplicarse a organismos vivos. Los cambios que atraviesa una bellota, digamos, cuando se convierte en roble, no parecen resultar de una acción de fuerzas externas. Las cosas vivas atraviesan un proceso de desarrollo. Nacen, maduran, decaen y mueren. Este proceso parece surgir de la naturaleza interna del organismo, no de las presiones que el mismo experimente desde el exterior.

La incapacidad del materialismo mecanicista para explicar el desarrollo y el cambio llevó en el siglo XVIII al surgimiento, especialmente en Alemania, de lo que se dio en llamar Naturphilosophie o "filosofía de la naturaleza". Esta escuela desafió la idea de que la naturaleza estaba constituida sólo por cuerpos actuando unos sobre otros. Sus teorías eran usualmente místicas y reaccionarias, e invocaban conceptos como "propósito", sugiriendo que el mundo después de todo había sido diseñado por Dios. Desarrollos posteriores en la ciencia –la teoría de la evolución de Darwin, el descubrimiento de la célula orgánica, la teoría de la genética de Mendel– llevaron a que ahora podamos explicar cómo operan los organismos vivos sin depender de Dios para hacerlo.

El surgimiento de la Naturphilosophie fue importante, porque estimuló la idea de la sociedad como un organismo desarrollándose y cambiando gradualmente. El materialismo mecanicista había presentado un panorama de la sociedad como conjunto de individuos separados, cada cual persiguiendo su interés independiente de los otros. Ver la sociedad como un organismo implicaba dos cosas. Primero, que los individuos no pueden vivir fuera de la sociedad: el hombre es un animal social, no un individuo aislado. Segundo, que la historia es tan natural a la sociedad como el crecimiento y la decadencia son al cuerpo viviente: la sociedad puede entenderse sólo históricamente.

Fue Friedrich Hegel quien hizo de esta visión de la sociedad la base de uno de los más grandes sistemas filosóficos. Al centro del sistema de Hegel estaba la dialéctica, un modo de pensar que sería la base de una comprensión del proceso histórico.

La dialéctica se funda en dos supuestos. Primero, que "todas las cosas son en sí mismas contradictorias". Segundo, que "la contradicción está en la raíz de todo movimiento y toda vida; algo se mueve, tiene impulso y actividad en la medida en que contiene una contradicción".

Para ver lo que Hegel quería decir por contradicción vayamos otra vez a la bellota y el roble. La bellota, al convertirse en roble, ha dejado de ser. El roble es diferente a la bellota. El roble no es la bellota. Hegel diría que el roble es la negación de la bellota. Sin embargo, en la bellota está implícito el potencial de ser roble. La bellota tiene en sí su propia negación y es por tanto contradictoria. Es esta contradicción y sólo ésta, diría Hegel, la que le permite crecer. Y en efecto este tipo de contradicción está presente en todo: la realidad es el proceso mediante el cual, una y otra vez, la negación dentro de las cosas aflora a la superficie y las cambia. La realidad es cambio.

Hegel luego lleva esto un paso más allá. Cuando algo se niega a sí mismo, se convierte en su opuesto. Un ejemplo es lo que llamó la transformación de cantidad en calidad. Esto significa que una sucesión de cambios pequeños, cada uno de los cuales deja inalterado el carácter básico de la cosa, llegado cierto momento puede llevar a la transformación completa de la cosa. Por ejemplo, reducir gradualmente la temperatura del agua no producirá dife-

rencias significativas hasta que llegue a 0º Celsius y se congele, cambiando del estado líquido al sólido. Si se derrite el hielo y aumenta gradualmente la temperatura del agua no ocurrirá ningún cambio significativo hasta que llegue a 100º Celsius y el agua se evapore, cambiando de estado líquido a gaseoso. Así, una serie de cambios en la cantidad de la temperatura del agua lleva a un cambio en su calidad. La cantidad, dice Hegel, se convierte en su opuesto, la calidad.

Pero Hegel afirma que detrás de esta oposición hay una unidad. "Ni el uno ni el otro tiene la verdad. La verdad está en su movimiento".

Para ver este punto volvamos a la bellota y el roble. Son, sin duda, diferentes y distintos la una del otro. En este sentido son opuestos. Sin embargo, el roble se desarrolló de la bellota. Fue una vez esa bellota. Respectivamente, marcan el comienzo y el fin del mismo proceso. Un hombre de setenta años es obviamente muy diferente del bebé de una semana de nacido que fue una vez. Sin embargo son la misma persona. El hombre viejo fue una vez ese bebé. Ambos comparten una identidad básica, a pesar de las muchas transformaciones que implica vivir setenta años.

El argumento esencial de Hegel es que si nos concentramos meramente en cosas individuales vemos sólo las diferencias entre ellas. Una vez miramos las cosas desde el punto de vista de la dialéctica, vemos que todas son parte del mismo proceso. "La verdad es un todo". Las cosas adquieren su significado real solamente cuando las vemos como momentos de un proceso de cambio.

La dialéctica, el nuevo método filosófico de Hegel, su nueva manera de mirar las cosas, tiene por tanto tres fases. Primero la unidad simple, cuando vemos el objeto antes de que sufra cambio alguno. Segundo la negación, cuando vemos que del objeto surge su opuesto. Y tercero la negación de la negación, cuando vemos los opuestos reconciliados en una unidad más grande.

He tratado de ilustrar la dialéctica de Hegel con ejemplos más bien banales. Para Hegel, sin embargo, sólo el pensamiento y la sociedad eran verdaderamente dialécticos. Sostenía que los fenómenos de la naturaleza y las fases de la historia humana eran meramente aspectos de lo que él llamaba el

“Espíritu Absoluto”. Este “Espíritu Absoluto” es en realidad otro modo de decir “Dios”.

Hegel suponía que todo existía en la mente infinita de Dios. Su grandioso sistema filosófico consistía en mostrar cómo de Dios, la “unidad simple” de la primera etapa de la dialéctica, había surgido su negación, la naturaleza –en la segunda etapa– y la tercera era la unificación entre Dios y naturaleza mediante el desarrollo de la conciencia humana y del intelecto, todo lo cual culminaba en la filosofía del propio Hegel.

Trazaba un paralelo con la conciencia humana. La mente humana, decía, se piensa separada de la naturaleza, aislada y perdida en un mundo que no es el suyo. A esto Hegel llama enajenación (o alienación). El crecimiento de la conciencia humana supera la enajenación al reconocerse ella misma y a la naturaleza como aspectos de una unidad mayor: otra vez, el Espíritu Absoluto o Dios.

Hegel estaba todavía atado a la concepción de la historia que provenía de la Ilustración, viéndola como “el progreso de la mente humana”. Más aún, había elevado este concepto al progreso de la mente de Dios, o la Mente Absoluta. “La historia –escribió– es la mente vistiéndose con la forma de los acontecimientos”. Sobre esto montó un enorme esquema filosófico que elaboró en varios grandes libros. Muchas de las conclusiones de Hegel eran en última instancia reaccionarias, y no es éste el espacio para discutirlas. Era su método – su manera dialéctica de ver el mundo– lo que constituía un paso de avance.

El hecho de que la dialéctica ponía énfasis en que la contradicción está presente en todo, significaba que Hegel en efecto veía las contradicciones de la sociedad que le rodeaba. Pero las soluciones que proponía tendían a mirar hacia atrás. En su *Filosofía del derecho* (1821) Hegel indicaba que la economía de mercado, si no estaba regulada, llevaba a pobreza, estancamiento y descontento social. Los antagonismos del orden social burgués sólo podían ser superados por un Estado que fuese independiente de ese orden y que tuviese las estructuras burocráticas y semifeudales de la monarquía prusiana. De hecho, la creencia de Hegel de que los opuestos se reconcilia-

ban en el "Absoluto", le llevaron a apoyar el status quo. Dejó a otros que sacaran las conclusiones revolucionarias que habilitaba su "dialéctica".

Feuerbach pone a Hegel sobre sus pies

Para Hegel la contradicción está "en la raíz de todo movimiento y toda vida" y la única realidad es el cambio y el movimiento. Aplicadas a la sociedad, estas eran ideas sumamente subversivas. Implicaban, en palabras de Engels, que:

todos los sistemas históricos sucesivos son sólo etapas transitorias en el curso sin fin de desarrollo de la sociedad humana, desde lo inferior hasta lo superior. Cada etapa es necesaria y por tanto justificada por el tiempo y las condiciones a las que debe su origen. Pero de cara a condiciones nuevas y superiores que se desarrollan en su propio vientre, pierde validez y justificación. Debe dar paso a una etapa superior, la cual a su vez también decaerá y perecerá en su momento (SW III, 339).

Esto quería decir que el capitalismo no podía ser el fin de la historia sino meramente una etapa, y que tenía dentro de sí su propia contradicción. Fue con esto en mente que el revolucionario ruso del siglo XIX, Aleksandr Herzen, escribió: *"La filosofía de Hegel es el álgebra de la revolución".*

Pero Hegel veía las cosas al revés. Pensaba que el pensamiento creaba la realidad, así como en la Biblia el mundo es creado por Dios. Hegel descubrió el proceso dialéctico que opera en los acontecimientos naturales e históricos. Luego aisló aquello que tenían en común todos estos acontecimientos. Hizo de estos rasgos compartidos la base de su lógica. Pero finalmente afirmó que estas categorías lógicas eran en sí responsables de la vida y del movimiento del mundo real. De ser un modo de entender el mundo, un modo de pensar, la dialéctica fue elevada a factor de control.

Marx escribió que *"Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como producto del pensamiento"; sin embargo, "el sujeto real retiene una existencia autónoma fuera de la cabeza"* (G, 101). La dialéctica hegeliana, añadió Marx, *"está parada sobre su cabeza. Debe ser invertida para que descubra el contenido racional que hay dentro de su armazón místico"* (C I, 103).

Las categorías dialécticas, como todos los productos del pensamiento, sencillamente reflejan el mundo real y material. Podían ser un instrumento para entender el mundo material, pero antes debían ser liberadas de su "armazón místico". Fue Ludwig Feuerbach quien puso las ideas de Hegel sobre sus pies.

Hegel había dicho que Dios, la "Idea Absoluta", era la primera unidad simple. Luego venía la negación, el mundo material opuesto a Dios y alienado de él. Y después venía el desarrollo de la conciencia humana, que reconciliaría a Dios y al mundo material en el "Espíritu Absoluto". Ahora bien, Feuerbach argumentó que Hegel había convertido algo que es una propiedad de los seres humanos –la facultad de pensar– en el principio dominante de la existencia. En vez de ver a los seres humanos como parte del mundo material, Hegel convertía tanto al hombre como a la naturaleza en meros reflejos de una todopoderosa "Idea Absoluta".

Feuerbach decía que este modo de ver las cosas es la raíz de toda religión. Esta toma el potencial humano –la capacidad de pensar, de actuar sobre el mundo y de transformarlo– y lo transfiere a un ser imaginario, Dios. Así el ser humano hace de su propio potencial algo ajeno a sí mismo. De manera que un producto del pensamiento humano se hace todopoderoso y omnisapiente, mientras los seres humanos se devalúan y se ven a sí mismos como criaturas pecaminosas, débiles y tontas, volviéndose marionetas de su propia creación. Los seres humanos están así alienados o enajenados respecto de su propio potencial.

El análisis de Feuerbach sobre la religión, y la filosofía materialista en que el mismo se basaba, tuvo un enorme impacto en los hegelianos de izquierda de la década de 1840. Engels dice sobre el libro de Feuerbach *La esencia del cristianismo* (1841):

...colocaba al materialismo otra vez en el trono. La naturaleza existía independiente de toda filosofía. Es el fundamento sobre el que hemos crecido nosotros los seres humanos, producto de la propia naturaleza. Nada existe fuera de la naturaleza y del hombre, y los seres superiores que nuestras fantasías religiosas han creado son sólo reflejos fantásticos de nuestra propia esencia... Hay que haber experimentado el efecto liberador de este libro

para tener una idea de lo que fue. El entusiasmo era general. Todos nos hicimos enseguida feuerbachianos (SW III, 344).

Una de las contribuciones de Feuerbach fue restaurar el materialismo de la Ilustración. Entre sus conceptos básicos destaca el de naturaleza humana, a la que llamaba "serespecie". Esta noción no era un mero retorno a la Ilustración. Como Fourier y los otros socialistas utópicos, Feuerbach amplió el concepto de la naturaleza humana para que incluyese algo más que el simple interés individual. "La esencia del hombre está contenida en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre", escribió.

Sin embargo, como los filósofos de la Ilustración, Feuerbach todavía concebía la naturaleza humana como algo que nunca cambiaba. Se necesitaba, señaló, que la gente se diera cuenta de su verdadera naturaleza. Esto podía lograrse mediante un proceso de educación para destruir la influencia de la religión en la mente de la gente.

Marx resumió la posición de Feuerbach diciendo que *"en la medida en que Feuerbach es un materialista, no aborda la cuestión de la historia, y en la medida en que toma en consideración la historia no es un materialista"*. (CW V, 41)

A pesar de todo, la crítica de Feuerbach a Hegel brindó el punto de partida para la posición distintiva de Marx. El materialismo –la creencia de que el pensamiento refleja el mundo y no lo crea– sería ahora al centro de su concepción de la historia. *"No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino por el contrario es su ser social lo que determina su conciencia"* (SW I, 503).

En su escrito *La sagrada familia* Marx celebra, contra los Jóvenes Hegelianos, el materialismo de la Revolución científica del siglo XVII y de la Ilustración del siglo XVIII. En el prefacio de *La ideología alemana* satiriza la creencia de los Jóvenes Hegelianos de que el pensar rige al mundo.

Había una vez un tipo bravo que tenía la idea de que los hombres se ahogaban en el agua sólo porque estaban poseídos por la idea de la gravedad. Si se sacaban esta noción de sus cabezas, digamos por considerarla una su-

perstición o un concepto religioso, estaban de modo sublime a prueba de cualquier peligro del agua.

Toda su vida este compadre luchó contra la ilusión de la gravedad y contra todas las dañinas consecuencias que tenían las estadísticas, que le presentaban nueva y amplia evidencia. Este bravo sujeto era del tipo de los nuevos filósofos revolucionarios de Alemania (CW V, 24).

Para la izquierda hegeliana todo lo que tenía que hacer la gente para ser libre era pensarse libre, echar a un lado la "ilusión de la falta de libertad". El blanco principal de *La ideología alemana* –Max Stirner– juzgaba al aparato estatal, con todo su poder represivo, como un "fantasma", un espectro creado por nuestra imaginación. La crítica de Marx a Feuerbach era que no había ido lo suficientemente lejos. La historia, así como la naturaleza, debía ser entendida en términos materialistas.

- IV –

EL MÉTODO DE MARX

Si alguna vez hubiera de nuevo tiempo para un trabajo así, me gustaría mucho hacer accesible a la inteligencia humana común, en dos o tres páginas, lo que es racional en el método que descubrió Hegel y que a la vez envolvió en misticismo (SC, 100).

Marx nunca tuvo tiempo para realizar el deseo que expresa en esta carta de enero de 1858 dirigida a Engels, y el problema de la “dialéctica” ha perseguido a numerosos marxistas posteriores. Este capítulo no tratará de resolver el problema, sino destacar los rasgos principales del acercamiento de Marx a la comprensión de la sociedad.

Trabajo y alienación

El argumento más viejo contra el socialismo es a la vez el más corriente: que es contrario a la naturaleza humana. La gente dice que el socialismo es una idea muy buena pero nunca se realizará, ya que no se puede cambiar la naturaleza humana. Cualquier intento para crear una sociedad libre de pobreza, explotación y violencia está destinado a ir contra el hecho de que los seres humanos son por naturaleza egoístas, codiciosos y agresivos.

El argumento probablemente se remonta al viejo concepto cristiano del pecado original. El hombre (quienes hablan de la naturaleza humana suelen olvidarse por completo de la mujer) es un animal caído, que nace con la marca de Caín en su frente, y su única salvación está fuera de este mundo, en la gracia de Dios. Adam Smith esgrimía una versión más terrenal de este argumento para explicar por qué había sido natural e inevitable el surgimiento de la sociedad capitalista en la Gran Bretaña del siglo XVIII. Trazaba

los orígenes de la economía de mercado a la "propensión en la naturaleza humana... a comerciar, regatear e intercambiar".

Estas ideas están muy vivas en el presente. La economía de libre mercado de Smith vive hoy en el neoliberalismo. Teorías "científicas" de todo tipo buscan probar que la competencia y la guerra son inherentes a la naturaleza humana. La pseudociencia conocida como sociobiología alega que los seres humanos son en realidad animales que se pelean por parcelas de terreno. No hay límite para las variaciones de este tipo de idea. De la misma forma se ha querido "probar" que las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres y condenadas biológicamente a cocinar la comida, hacer las camas y cuidar los niños.

En la sexta de sus *"Tesis sobre Feuerbach"* Marx rompe con toda idea de una naturaleza humana nunca cambiante. Sostiene que

"Feuerbach resuelve la esencia de la religión en la esencia del hombre. Pero la esencia del hombre no es una abstracción inherente a cada individuo. En realidad es el conjunto de las relaciones sociales" (CW V, 4).

En otras palabras, no hay tal cosa como "naturaleza humana" en abstracto. Más bien se trata de que junto al cambio de la sociedad, cambian también las creencias, deseos y capacidades de los hombres y las mujeres. La forma de ser de la gente no puede separarse del tipo de sociedad en que la gente vive. De manera que para comprender cómo actúa la gente, primero tenemos que analizar el históricamente cambiante "conjunto de relaciones sociales".

Mi método de análisis-escribió Marx hacia el final de su vida-, *"no procede del hombre, sino del periodo de la sociedad dado por la economía* (V, 217).

Aunque Marx rechazaba la noción de una naturaleza humana no cambiante, pensaba que los seres humanos tienen ciertas cosas en común aún cuando vivan en sociedades muy distintas. Y en efecto, son precisamente estas propiedades comunes lo que explica el cambio de las sociedades humanas y con ellas de las creencias, deseos y capacidades de la gente. El pensamiento de Marx sobre este tema fue elaborado en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, donde toma el concepto de Feuerbach del

“ser-género” para darle un contenido radicalmente diferente. En las “*Tesis sobre Feuerbach*” señala: “La esencia del hombre... puede verse en él [Feuerbach] sólo como ‘genero’, como un carácter interior, mudo, general, que unifica los muchos individuos sólo naturalmente” (CW V, 8). Para Feuerbach el amor es lo que une a la gente en sociedad, el sentimiento natural y nunca cambiante que atrae a los individuos entre sí.

Para Marx, sin embargo, “el trabajo [es] la esencia del hombre” (CW III, 333) y el fundamento de la sociedad. El hombre es un animal que trabaja. “Es en su trabajo sobre el mundo objetivo... que el hombre demuestra que es un ser-especie. Esta producción es su vida activa de especie. Por medio de esta producción la naturaleza se le aparece como obra suya y como su realidad” (CW III, 277).

Como los demás animales, el hombre es parte de la naturaleza y, como ellos, está motivado por la necesidad de sobrevivir y reproducirse. Sin embargo, lo que lo hace diferente a los demás animales es la amplia variedad de maneras en que los seres humanos pueden satisfacer sus necesidades. Esto es así porque los seres humanos son criaturas conscientes y autoconscientes:

El animal es uno inmediatamente con su actividad vital. No se distingue de ella. El animal es su actividad vital. El hombre hace de su actividad vital el objeto de su voluntad y de su conciencia. Tiene actividad vital consciente... La actividad vital consciente distingue inmediatamente al hombre de la actividad vital animal (CW III, 276).

El argumento de Marx se hace más claro mediante una analogía que él mismo usó varias veces. Un panal de abejas, por ejemplo, es una división de trabajo sumamente organizada, en que cada abeja tiene su tarea definida para realizar como parte de la economía del panal. Pero el trabajo de estas abejas es repetitivo. No ha cambiado en millones de años. Lo que la abeja puede hacer está limitado de antemano por el estrecho margen de actividades determinadas por su organización genética. Los seres humanos no están sometidos a estas limitaciones. Pueden cambiar y mejorar sus métodos de producción. Pueden hacerlo por su equipaje mental superior. Los seres humanos tienen el poder de la reflexión. Pueden, en otras palabras,

detenerse en lo que están haciendo y compararlo con otras formas de alcanzar el mismo objetivo. Pueden por tanto criticar y mejorar lo que hacen. Pueden, incluso, pensar nuevas metas a perseguir.

Por esto la humanidad tiene historia. La historia natural tiene que ver con descubrir los tipos de animales y estudiar su conducta. El cambio entra en el mundo natural cuando surge una especie nueva. Pero la historia humana tiene que ver con las formas cambiantes en que la misma especie se organiza para satisfacer sus necesidades.

Marx recuerda que la conciencia es inseparable de la actividad productiva que realizan los seres humanos. En *La ideología alemana* declara que se *"puede distinguir a los hombres de los animales por la conciencia, la religión o cualquier otra cosa que se prefiera. Ellos mismos, sin embargo, empiezan a diferenciarse de los animales tan pronto como producen sus medios de subsistencia, un paso que está condicionado por su organización física"* (CW V, 31).

La proposición de que los hombres y las mujeres son antes que nada productores, desafió radicalmente las suposiciones sobre la sociedad que habían sido aceptadas por casi todos los pensadores anteriores. Aristóteles había definido al hombre como un animal racional. Esta definición separa el poder de pensar y razonar de las demás actividades, y especialmente de las labores cotidianas del trabajo manual a las que ha sido condenada la mayoría de la gente a través de la historia.

Aristóteles era producto de la sociedad esclavista. La clase dominante en el mundo antiguo despreciaba el trabajo manual como una actividad apta sólo para esclavos –la definición legal romana de un esclavo era instrumentum vocale, una herramienta que habla. La imagen aristotélica del buen hombre es la de un propietario de esclavos quien, libre de la necesidad de trabajar para vivir, puede dedicarse a las cosas superiores de la mente. La misma separación entre trabajo manual y mental, en sí misma un reflejo de las sociedades clasistas en que vivieron, era hecha por todos los grandes filósofos burgueses, desde Descartes a Hegel. Todos veían la vida de la mente como la única cosa importante de los seres humanos, y todos suponían que otro haría el trabajo para proveerles los bienes materiales –alimentos, ropa,

casa– que necesitaban para dedicarse a buscar la verdad. Para Marx, "la única labor que Hegel conoce y reconoce es la labor mental abstracta" (CW III, 333).

Marx inició otra perspectiva al ver el trabajo productivo como algo fundamental de los seres humanos. Aprecia el trabajo como lo que une los seres humanos a la naturaleza.

"El hombre vive de la naturaleza y esto significa que la naturaleza es su cuerpo, y con ella debe permanecer en intercambio continuo para no morir" (CW III, 275). Este "intercambio continuo" entre hombre y naturaleza es un doble proceso. El trabajo humano transforma la naturaleza. Marx critica el "ser-género" humano eterno, así como se había burlado de la idea de una naturaleza nunca cambiante. Escribió sobre Feuerbach:

No ve que el mundo sensible que le rodea no es una cosa directamente dada desde toda la eternidad, permaneciendo siempre igual, sino un producto de la industria y del estado de la sociedad; y, de hecho, [un producto] en el sentido de que es un producto histórico, resultado de la actividad de toda una sucesión de generaciones, cada una sosteniéndose sobre los hombros de la anterior... Hasta los objetos de la más simple "certeza sensible" se le han dado mediante el desarrollo social y el desarrollo industrial y comercial. El árbol de cereza, como casi todos los árboles frutales fue, como bien se sabe, transportado a nuestra zona por el comercio hace apenas unos pocos siglos, y por tanto solamente por medio de esta acción de una sociedad determinada en una época determinada, ha venido a ser una "certeza sensible" para Feuerbach (CW V, 39).

Pero el trabajo de los seres humanos no sólo transforma la naturaleza, sino que altera a los mismos seres humanos. Para Marx la producción es una actividad social. El trabajo implica *"una relación doble: por un lado es una relación natural y por el otro es una relación social; social en sentido de que denota cooperación entre individuos diversos, no importa bajo cuáles condiciones, de qué manera y para qué fines"* (CW V, 43).

Se sigue que los seres humanos son básicamente criaturas sociales. No tiene sentido concebir a la gente viviendo fuera de la sociedad. Aquí Marx desafiaba a los filósofos de la economía política, quienes fundaban sus te-

orías en la idea del individuo aislado de la sociedad y atribuían el surgimiento del mercado capitalista a los deseos del "hombre natural". Esta visión del hombre como un individuo aislado servía para justificar la sociedad capitalista, fundada de hecho en lo que Hobbes llamó la "guerra de todos contra todos", la lucha constante por poder y riqueza.

Marx llamó "robinsonadas" a estas fantasías, ya que veían la gente como si fuese Robinson Crusoe en su isla.

"En esta sociedad de libre competencia el individuo aparece separado de los vínculos naturales, etc., que en periodos históricos previos hacen de él un accesorio de un conglomerado humano definido y limitado" (G, 83). Pero es sólo una apariencia:

El ser humano es en el sentido más literal un zoon politikon [un animal que vive en comunidades] no meramente un animal gregario, sino un animal que puede individualizarse sólo en la sociedad. La producción por un solo individuo fuera de la sociedad... es algo tan absurdo como el desarrollo del lenguaje sin seres humanos viviendo juntos y hablando entre sí (G, 84).

Si la producción es la actividad humana más fundamental, se sigue que al analizar la sociedad debemos dar la mayor atención a la forma en que la producción está organizada. Marx concentra su atención por tanto en las relaciones sociales de producción, la relación de explotación entre señor y siervo o capitalista y trabajador.

Si la producción es una actividad social los cambios en la organización de la producción provocarán cambios en la sociedad, ya que "la esencia del hombre es el conjunto de relaciones sociales", provocarán cambios también en las creencias, deseos y conductas de la gente. Este es el núcleo de la concepción materialista de la historia de Marx, la expresión madura de la cual consideraremos en el capítulo próximo. Por ahora demos un breve vistazo al primer esbozo de Marx del materialismo histórico en los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844, ya que este texto se relaciona con sus críticas a Hegel y Feuerbach y con su propio método analítico.

Es cierto que en los *Manuscritos* Marx discute seriamente por primera vez la lucha de clases. El primero de los *Manuscritos* empieza: *"Los salarios son*

determinados por la lucha antagónica entre capitalista y trabajador" (CW III, 235). Sin embargo, no hay allí realmente una discusión sobre cómo la lucha de clases juega un papel crucial en el desarrollo del capitalismo y en su derrocamiento. En los *Manuscritos* el comunismo figura todavía como una categoría filosófica, como la meta a partir de la cual toda la historia cobra significado. Marx lo llama "el acertijo de la historia resuelto" (CW III, 297). Aún es muy fuerte en Marx la influencia de la dialéctica circular de Hegel, en que el resultado de la historia, la reconciliación de las contradicciones en el Espíritu Absoluto, está decidido desde el principio.

Estos resabios filosóficos tienen sus efectos políticos. Una implicación del análisis del trabajo enajenado es que los capitalistas también están enajenados y condenados a vivir una vida menos que humana, rebajada. Este tipo de argumento había sido usado por los socialistas utópicos para apelar a los capitalistas tanto como a los obreros, alegando que los primeros también se beneficiarían del derrocamiento de la sociedad burguesa. Lo que Engels señaló en 1892 sobre sus propios primeros escritos aplica a los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 de Marx:

*El socialismo internacional moderno... no existía en 1844. Mi libro representa una de las fases de su desarrollo embrionario; y según el embrión humano en sus primeras etapas reproduce los arcos de las agallas de nuestros antepasados peces, este libro exhibe en todas partes los rasgos de descendencia del socialismo moderno de uno de sus antepasados, la filosofía alemana. Así, pone un fuerte acento en el dictum de que el comunismo no es una mera doctrina de partido de la clase trabajadora sino una teoría que abarca la emancipación de toda la sociedad, incluyendo a la clase capitalista, de sus condiciones estrechas presentes. En abstracto esto es cierto, pero en la práctica es absolutamente inservible, si no peor aún. En tanto las clases ricas no sólo no sienten la necesidad de ninguna emancipación, sino que se oponen con dureza a la emancipación de la clase trabajadora, la revolución social tendrá que ser preparada y luchada por la clase obrera sola (*SW III, 444).

En obras posteriores como *La ideología alemana*, *La miseria de la filosofía* y *El capital* y sus borradores, Marx elaboró plenamente su teoría de la histo-

ria y mostró cómo la explotación capitalista fuerza a los trabajadores a organizarse colectivamente para derrocar la sociedad burguesa. El análisis del trabajo enajenado en los *Manuscritos* de 1844 es, como dice Engels, un embrión de dicha teoría más madura y tardía.

La lógica de El Capital

"Si Marx no dejó tras de sí una 'Lógica' (con letra mayúscula), dejó la lógica de *El capital*", escribió Lenin. Quería decir que aunque Marx nunca escribió "dos o tres páginas" extrayendo "el nudo racional" de la dialéctica de Hegel, *El capital* muestra cómo opera su método. Por tanto, el estudio de dicho libro debería indicarnos los principios de la versión marxista de la dialéctica. El punto de partida de Marx era radicalmente distinto del de Hegel:

Mi método dialéctico es, en sus fundamentos, no sólo diferente al hegeliano sino exactamente opuesto a él. Para Hegel el proceso de pensar, el cual incluso transforma en un sujeto independiente bajo el nombre de la "Idea", es el creador del mundo real, y el mundo real es sólo la apariencia externa de la idea. En mi caso lo reverso es lo cierto: el ideal no es sino el mundo material reflejado en la mente del hombre y traducido en formas de pensamiento (C I, 102).

En otras palabras, el acercamiento de Marx es materialista:

Las premisas de las que partimos no son arbitrarias, no son dogmas, sino premisas reales de las cuales la abstracción puede hacerse sólo en la imaginación. Ellas son los individuos reales, su actividad y las condiciones materiales de su vida, tanto las condiciones que encuentran ya existiendo como las que producen con su actividad. Estas premisas por tanto pueden ser verificadas de modo puramente empírico (CW V, 31).

No se sigue de aquí que podamos entender "los individuos reales, su actividad y las condiciones materiales de su vida" simplemente observándolos y llevando un registro de ellos. La razón es que las apariencias a veces engañan. Las cosas no son siempre lo que parecen. Por ejemplo, a juzgar por nuestra observación, la Tierra está quieta y el Sol le da vueltas. Sin embargo, en realidad lo opuesto es el caso.

El mismo Marx da este ejemplo en *El capital*, cuando escribe que "los movimientos aparentes de los cuerpos celestes son inteligibles sólo para quien esté familiarizado con sus movimientos reales, los cuales no son perceptibles a los sentidos" (C I, 433). Distingue así entre la conducta real, aunque disimulada, y aparente pero engañosa, de los objetos. *El capital* está atravesado por esta distinción entre lo que Marx llama "esencia" o estructura interna, y "fenómeno" o apariencia externa de las cosas. En efecto, declara que "toda la ciencia sería superflua si coincidieran la apariencia externa y la esencia de las cosas" (C III, 817).

Independientemente de las razones generales que pueda haber para que la apariencia difiera de la realidad, Marx tenía bases para suponer que esto es especialmente cierto del capitalismo. Pues el capitalismo, como sociedad clasista, usa sistemáticamente la ideología para distorsionar nuestra percepción de cómo él opera.

Para ir más allá de las apariencias, Marx alude a lo que llama "el poder de abstracción" (C I, 90). Esto significa que debemos formar conceptos que capturen los rasgos más básicos y generales de la realidad que buscamos comprender, y de los cuales han sido removidos los elementos secundarios e irrelevantes. Por ejemplo, la física toma la masa del cuerpo dejando a un lado cuestiones como el color, la composición química y si está compuesto de materia viva o muerta. Fue sobre esta base que los científicos pudieron formular teorías tales como el principio de inercia, la ley de gravedad y la ley de caída libre, que son aplicables a todos los cuerpos.

Marx pensaba que Ricardo había hecho este tipo de abstracción cuando formuló su teoría del valor del trabajo:

"Al fin Ricardo entra y le dice a la ciencia: ¡Alto! El fundamento, el punto de partida de la fisiología del sistema burgués –para comprender su coherencia orgánica interna y su proceso de vida– es la determinación del valor por el tiempo de trabajo" (TSV II, 165-6).

El problema es que tales abstracciones usualmente contradicen las apariencias (de hecho si no lo hicieran, como Marx dice, no habría necesidad de la ciencia). Por ejemplo, la ley de la caída libre, según la cual todos los cuerpos caen a una aceleración de treinta y dos pies por segundo por segundo, es

cierta sólo en el vacío. En realidad, a causa de la fricción del aire una piedra y una pluma no llegarán al suelo a la misma vez. Asimismo –como sabían tanto Ricardo como Marx– las mercancías no se intercambian en el mercado en proporción al tiempo de trabajo requerido para producirlas.

Esto quiere decir que la abstracción es sólo el punto de partida de cualquier análisis científico: permite aislar los rasgos básicos. Pero entonces debemos explicar cómo estos rasgos se relacionan con lo que ven nuestros ojos. Marx era sumamente crítico del método de Ricardo, objetándole que simplemente había yuxtapuesto a la realidad viva que quería explicar el concepto abstracto formulado (la teoría del valor del trabajo). La realidad y el concepto se mantenían sin relacionarse, yacían meramente una al lado del otro. Para Marx, en cambio, la abstracción era sencillamente el medio para un fin, un rodeo para entender mejor al mundo.

Marx toma de ejemplo la tasa general de ganancia la cual, como veremos, aparentemente contradice la teoría del valor. Ricardo simplemente había admitido la existencia de la tasa general de ganancia sin utilizar, como hizo Marx, la teoría del valor para explicarla:

En lugar de postular esta tasa general de ganancia, Ricardo debió examinar en qué medida su existencia es de hecho consistente con la determinación del valor del tiempo de trabajo; hubiera encontrado que, en lugar de ser consistente con esa determinación... la contradice, y que por lo tanto la existencia de dicha tasa tiene que ser explicada mediante varios pasos intermedios (TSV II, 174).

Marx llamó al proceso de explicar apariencias empezando por abstracciones –yendo por "varios pasos intermedios"– el "método de elevarse de lo abstracto a lo concreto" (G, 101). Por "concreto" Marx se refiere al mundo que realmente existe, según lo vemos. Escribe que

parece correcto comenzar con lo real y lo concreto... comenzar, así, en economía, con la población por ejemplo, la cual es... la base y el sujeto de todo el acto social de producción. Sin embargo, mirado más de cerca se ve que esto es falso. La población es una abstracción si dejo fuera, por ejemplo, las clases de que está compuesta. A su vez, estas clases son una frase vacía si no estoy familiarizado con los elementos sobre los que ellas descansan. Por

ejemplo trabajo asalariado, capital, etc. Estos últimos a su vez presuponen intercambio, división de trabajo, precios, etc. Por ejemplo, el capital no es nada sin trabajo asalariado, sin valor, dinero, precio, etc. Así, si comenzáramos con la población sería una concepción caótica del todo; entonces me iría moviendo analíticamente, por medio de nuevas determinaciones, hacia conceptos cada vez más simples, de lo concreto imaginado hacia abstracciones más finas, hasta que llegue a las determinaciones más simples. Desde aquí habría que trazar otra vez el recorrido hasta que llegue otra vez por fin a la población, pero esta vez no como una concepción caótica de un todo sino como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones (G, 100).

Este es, pues, el método de análisis de Marx. Primero debemos reconocer que la realidad es compleja, compuesta de muchos elementos diferentes. Como dice Marx: "Lo concreto es la concentración de muchas determinaciones, por tanto la unidad de lo diverso" (G, 101). Para comprender esta realidad debemos entonces utilizar "el poder de abstracción", para introducirnos en estas "determinaciones más simples". Habiendo aislado éstas, las podemos utilizar para construir la realidad concreta, "esta vez... como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones".

De manera que nos movemos primero de lo concreto a lo abstracto, descomponiendo lo concreto en sus "determinaciones más simples", y luego de lo abstracto a lo concreto, utilizando dichas determinaciones para reconstruir el todo. Veremos más de cerca este método cuando Marx analiza la sociedad capitalista en *El capital*.

A pesar de su complejidad, Marx llama a la realidad concreta una "totalidad" y "unidad de lo diverso". La idea de que la sociedad forma un todo es central. Los diferentes aspectos de la sociedad pueden ser entendidos solamente como partes de un todo; no tienen sentido aislados unos de otros. Descomponer el todo en sus "determinaciones más simples" es preliminar para recomponerlas en una "rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones". Marx criticaba a los pensadores de la economía política porque tendían a ver la sociedad como un conjunto de individuos aislados sin rela-

ción real entre sí, de modo que "los miembros del sistema social están dislocados" (CW VI, 166-7).

Una vez vemos la sociedad como totalidad no es difícil comprender los cambios que ella sufre a través del tiempo. Una de los críticas de Marx a los teóricos de la economía política era que pretendían hacer aplicables a toda forma de sociedad las leyes que atribuían al capitalismo:

"Los economistas expresan las relaciones burguesas de producción... como categorías fijas, inmutables, eternas". En consecuencia, "explican cómo toma lugar la producción en dichas relaciones, pero lo que no explican es cómo estas relaciones en sí mismas han sido producidas, esto es, el movimiento histórico que las hizo nacer" (CW VI, 162).

El acercamiento de Marx es siempre histórico. Las relaciones capitalistas de producción corresponden a una forma de sociedad históricamente específica y transitoria. Las categorías económicas, sostiene, son solo las abstracciones de las relaciones sociales de producción" (CW VI, 165), y éstas también cambiarán en cuanto cambie la sociedad.

Marx logra esta perspectiva histórica gracias a la contribución de Hegel. "Todas las cosas son contradictorias en sí mismas", había escrito Hegel, incluyendo las formas de la sociedad. Pero mientras en última instancia Hegel disolvía los antagonismos de la sociedad en el "Absoluto", Marx creía que las contradicciones no tienen fin. La contradicción lleva al cambio, según las contradicciones de la sociedad feudal llevaron al cambio hacia el capitalismo. Y el capitalismo contiene sus propias contradicciones que llevarán a nuevos cambios.

La dialéctica, de esta manera, viene a ser una teoría de desarrollo histórico más que, como en Hegel, la autobiografía de Dios o del Espíritu Absoluto. Cada forma de organización social tiene dentro de ella las contradicciones que le dan el potencial de cambio. Es una "unidad de opuestos", y el desarrollo histórico es la lucha entre estos opuestos.

Al decir que toda sociedad de clases es una unidad entre opuestos, en que una clase explota a otra, estamos diciendo varias cosas. Primero, que cada clase existe sólo en relación antagónica con la otra. Explotador y explotado

son mutuamente dependientes entre sí. El capital es inseparable del trabajo asalariado, ya que este último crea las ganancias que son la esencia de vida del capital. "El trabajo asalariado... es trabajo que produce capital" (G, 462).

El concepto de clase en Marx es por tanto muy diferente al que suelen usar los sociólogos, para quienes las clases se definen por la función técnica que realizan en la división de trabajo (empleados de cuello blanco, trabajadores manuales, gerentes, profesionales, etc.). Para Marx, en cambio, las clases aparecen sólo en las relaciones antagónicas entre sí. En cierto sentido la lucha de clases viene antes que las clases, ya que es sólo cuando se relacionan antagónicamente y perciben sus intereses conflictivos que los grupos sociales empiezan a comportarse como clases.

Otra implicación de la idea de la unidad entre opuestos es que la lucha de clases es inherente a las sociedades dividas en clases. Muchos sociólogos e historiadores están dispuestos a admitir la existencia del "conflicto social" y a estudiarlo. Sin embargo, usualmente este conflicto es visto como algo accidental, producto de tensiones anormales y temporales, que puede ser eliminado con una "ingeniería social" adecuada, sin hacer daño al tejido del orden existente. Para la mayor parte de los pensadores no marxistas, la sociedad es esencialmente armoniosa. Por el contrario, Marx concibe la sociedad como una unidad de opuestos de la cual la lucha de clases es parte esencial; ésta seguirá hasta que se elimine la contradicción básica, la relación de explotación que está en el corazón de la sociedad.

Esto es del todo distinto a la posición de Hegel. La tercera etapa de la dialéctica de Hegel señala una reconciliación de los opuestos, en que los elementos mutuamente contradictorios y opuestos se disuelven entre sí a través del reconocimiento de que son básicamente los mismos, partes ambos del "Espíritu Absoluto". Para Marx, por otro lado, las contradicciones se superan sólo por medio de la lucha y la victoria de uno de los opuestos sobre el otro. El antagonismo entre trabajo asalariado y capital no es una simple ilusión; no puede ser abolido mediante algún cambio mental o alguna forma distinta de ver las cosas, sino solamente por medio del cambio social revolucionario.

Por tanto, el método de Marx implica no solamente concebir la sociedad como un todo, en que los diversos aspectos de la misma están interconectados, sino concebirla como una unidad de opuestos. En efecto, Marx pensaba que solamente viendo la sociedad como una unidad contradictoria es que puede ser entendida como totalidad. Así, se burlaba del método “dialéctico” de Proudhon de dividir todo entre un lado bueno y otro malo, y argumentar que la historia progresaría eliminando el lado malo. “Lo que constituye al movimiento dialéctico –replicó Marx– es la coexistencia de dos lados contradictorios, su conflicto y su disolución en una categoría nueva” (CW VI, 168). “Es el lado malo el que produce el movimiento que hace la historia, al dar una lucha” (CW VI, 174).

Para Marx, sin el “lado malo” –violencia, explotación, lucha– no habría movimiento ni desarrollo históricos. Discutiendo los efectos de la dominación británica en India, Marx describió dramáticamente la codicia y destrucción de los colonizadores y la resultante desintegración del sistema “industrioso, patriarcal e inofensivo” de comunidades y aldeas en el país asiático. No obstante, afirmó que el colonialismo británico había jugado un papel históricamente progresivo al barrer con “comunidades de aldeas idílicas” que eran “sólida base del despotismo oriental” y reemplazarlas con relaciones sociales capitalistas, que proveían la base material para la abolición completa de las clases:

Es verdad que al causar una revolución social en Hindostán, Inglaterra actúa guiada por los intereses más viles, y fue estúpida la manera en que los puso en vigor, pero esta no es la cuestión. La cuestión es, ¿puede la humanidad realizar su destino sin una revolución fundamental del estado social de Asia? Si no puede, cualesquiera que puedan haber sido los crímenes de Inglaterra, ella fue el instrumento inconsciente de la historia para hacer posible dicha revolución (CW XII, 132).

La violencia y la explotación características del capitalismo son, así, condiciones necesarias para el eventual desarrollo del comunismo. Son, de hecho, inevitables:

Cuando una gran revolución social comande los frutos de la época burguesa, el mercado mundial y los poderes modernos de producción, y los

haya sometido al control de los pueblos más avanzados, sólo entonces el progreso humano dejará parecerse a aquel horrible ídolo pagano que bebía el néctar en el cráneo de sus víctimas (CW XII, 222).

Filosofía de la práctica

Tanto Marx como Hegel, a pesar de sus diferencias, veían la historia como un proceso objetivo, que existía independientemente de la conciencia y la voluntad de los seres humanos atrapados en ella. Ambos podían coincidir con Spinoza en que la actitud del verdadero pensador no es "ni reír, ni llorar, ni condenar, sino comprender".

Marx también tomó de Hegel la tendencia a rechazar la crítica puramente moral. Esta forma de crítica, típica tanto de la izquierda hegeliana como de los socialistas utópicos, simplemente contrasta el estado de cosas existente con uno ideal que es de algún modo preferible: una contradicción entre cómo la sociedad "es" ahora y cómo "debería ser". Pero esta contradicción es entre mente y realidad. No es una contradicción en la realidad misma, de manera que es una contradicción que nunca puede ser superada.

Una comprensión dialéctica de la realidad, sin embargo, puede detectar las posibilidades de cambio en el estado de cosas existente, descubrir las tendencias dentro de la situación presente que pueden llevar a su transformación. La acción política debe fundarse en lo que es objetivamente posible, no en fantasías o en buenas intenciones salidas del cerebro de algún pensador.

Ahora bien, esto no significa que Marx creía que la acción humana era irrelevante en el cambio de la historia. Por el contrario, el marxismo debe entenderse como "filosofía de la práctica", en palabras del gran revolucionario italiano Antonio Gramsci. En sus "Tesis sobre Feuerbach" Marx definitivamente rechaza la idea de que el pensamiento puede ser aislado de la práctica social y que la historia es esencialmente la historia de las ideas, de cambiantes concepciones del mundo –idea compartida por Hegel y sus seguidores, por la Ilustración y los socialistas utópicos. Para Marx el pensa-

miento sólo puede ser entendido como parte de la vida social, no como algo existente al margen de esa vida:

Los hombres son los productores de sus concepciones, ideas, etc., esto es, los hombres reales y activos, condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y del intercambio correspondiente a éstas, incluso en sus formas más elaboradas. La conciencia nunca puede ser más que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real (CW V, 36).

El pensamiento humano es por tanto una respuesta a los problemas planteados por el "proceso de la vida real", esto es, las condiciones materiales y sociales en que la gente vive. Consiste en "los reflejos y ecos ideológicos de este proceso de vida" (CW V, 36). Se sigue de aquí que la fuente del cambio no reside en que los seres humanos adopten nuevas formas de ver el mundo. Más bien estas nuevas formas son producto de los cambios en las condiciones materiales y sociales:

Al desarrollar su producción material y su intercambio material, los hombres alteran, junto a éste su mundo real, también su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia lo que determina la vida, sino la vida lo que determina la conciencia (CW V, 37).

La undécima de las "Tesis de Feuerbach" indica: *"Los filósofos se han dedicado sólo a interpretar el mundo de diversas maneras; lo que hay que hacer, sin embargo, es transformarlo"* (CW V, 5).

Este es un ataque directo a los jóvenes hegelianos, quienes *"consideran... todos los productos de la conciencia, a la cual atribuyen una existencia independiente, como las verdaderas cadenas de los hombres... exigencia de cambiar la conciencia se reduce a una exigencia para interpretar de manera diferente el mundo existente, o sea reconocerlo por medio de una interpretación distinta"* (CW V, 30).

En otras palabras, la creencia de que un cambio de ideas transformará la realidad, simplemente produce una forma nueva de ver la realidad, pero ésta permanece inalterada. El idealismo es por lo tanto un punto de vista profundamente conservador, ya que supone que la batalla de las ideas

puede sustituir la lucha por cambiar las condiciones sociales y materiales de las que el pensamiento es reflejo.

Marx consideraba un error igualmente serio ver la gente como meras víctimas de la sociedad. Es común entre los críticos del capitalismo ver a los trabajadores tan moldeados y deformados por la explotación que son incapaces de pensar y actuar con independencia. No pocos socialistas en el presente creen que la clase trabajadora ha sido tan corrompida por ideologías racistas y sexistas y por las concesiones económicas que se han rendido a los patrones y al Estado en los países industrializados avanzados. Marx consideraba sumamente elitista esta visión (que era corriente también entre los socialistas utópicos de su época). La tercera de las "Tesis sobre Feuerbach" declara:

La doctrina materialista de que los hombres son producto de sus circunstancias y su educación, y que por tanto hombres diferentes serán producto de otras circunstancias y de una educación distinta, olvida que son los hombres quienes cambian las circunstancias y que el educador debe él mismo ser educado. Así, esta doctrina tiende a dividir la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (CW V, 7).

Lo que Marx quiere decir aquí es que, según la concepción que está criticando, los trabajadores están demasiado degradados y corrompidos para movilizarse contra el capitalismo. Presuntamente esta situación cambiaría sólo bajo el socialismo, el cual creará un hombre nuevo que ya no tendrá los defectos que tiene la gente bajo el capitalismo. Pero esto lleva a la desesperanza. ¿Cómo será alcanzado alguna vez el socialismo si el capitalismo siempre podrá impedir que las masas reconozcan que sus intereses requieren la abolición de este orden? Para este punto de vista, se podrá lograr sólo si una minoría ilustrada de socialistas –que de alguna manera estaría exenta de la alienación capitalista– transforma la sociedad para las masas.

Esta visión –aparentemente muy materialista– termina en el idealismo, porque supone que hay gente que está incontaminada de las presiones de la sociedad burguesa y de las luchas de clases. Es un regreso al elitismo de los socialistas utópicos y de Blanqui, que ven a los trabajadores como un objeto, más que como un sujeto del cambio. Para Marx todo este análisis es

esencialmente errático, pues no logra entender el papel de la lucha en la transformación de las personas y de la sociedad. La tercera de las "Tesis sobre Feuerbach" concluye: "La coincidencia entre cambiar las circunstancias y cambiar la actividad humana, o de uno mismo, puede ser concebida racionalmente y entendida sólo como práctica revolucionaria" (CW V, 4).

Dicho de otro modo, la gente trabajadora no es pasivamente moldeada por la sociedad. Por ser una forma de sociedad fundada en la explotación –en la contradicción entre capital y trabajo– el capitalismo provoca constantemente la lucha de clases. Y esta lucha transforma a la clase trabajadora. Bajo la presión de la batalla contra los patrones, los trabajadores se ven forzados a organizarse colectivamente y a conducirse cada vez más como una clase consciente de su propio interés en transformar la sociedad. En la experiencia de la lucha los trabajadores se dan cuenta de que sus intereses difieren de los intereses de los capitalistas. Los triunfos que alcanzan, no importa cuán pequeños parezcan, les dan confianza para concebir un movimiento político propio necesario para arrancarle poder a la burguesía.

La lucha de clases es decisiva para instaurar el socialismo. Marx no creía que el capitalismo colapsaría por la presión de sus propias contradicciones. La victoria de la clase trabajadora no es inevitable, en sentido alguno. A diferencia de Hegel, el resultado de la dialéctica de Marx no está predeterminado de antemano. Todo depende en última instancia de la conciencia, organización y confianza en sí misma que tenga la clase trabajadora.

Podemos resumir señalando que en el corazón del pensamiento de Marx está la idea de que el socialismo es la liberación de la clase trabajadora gracias a su propia lucha. Sólo por su propio esfuerzo es que los trabajadores podrán liberarse del capitalismo. Ellos son sus propios liberadores. Nadie que no sean ellos mismos puede conquistar el socialismo: ni los esfuerzos bien intencionados de reformistas utópicos, ni las conspiraciones insurreccionales tipo Blanqui. El reglamento general de la Asociación Internacional de Trabajadores –escrito por Marx– empieza diciendo: La emancipación de la clase trabajadora tiene que ser obra de la misma clase trabajadora" (SW II, 19).

Por tanto, nada más lejos de la verdad que decir que la concepción de Marx es "determinista", si por esto se entiende que el socialismo es para él inevitable. Por el contrario, la actividad humana sería decisiva para determinar la suerte de la sociedad capitalista, en forma de la "práctica revolucionaria" de lucha de clases. Claro está, dicha actividad no existe en el vacío. Marx tenía esto claro cuando escribió al principio de *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte:*

"Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como desean; no la hacen en circunstancias elegidas por ellos, sino en las circunstancias que encuentran, dadas directamente y transmitidas desde el pasado" (CW XI, 103).

Lo que puede lograr la actividad humana en un periodo histórico particular depende de las condiciones sociales y materiales dominantes. El análisis de estas condiciones es el núcleo de la teoría de la historia de Marx.

-V –

HISTORIA Y LUCHA DE CLASES

La visión más común de la historia es a la vez la más infantil. La historia se ve como las cosas que han hecho Grandes Hombres (y a veces Grandes Mujeres), reyes y políticos, generales y jefes de la Iglesia, artistas y estrellas de cine. Esta concepción de la historia puede remontarse a los cronistas medievales, que registraban lo que hacían los monarcas y nobles, sus festejos, guerras y adulterios. Todavía seguimos siendo servidos con la misma visión, por cortesía de la más avanzada tecnología, en las pantallas de televisión y en los titulares de los periódicos.

Siempre hubo quienes estaban insatisfechos con esta visión superficial de la historia, y creían que había un patrón básico detrás de los acontecimientos. En la Edad Media, dado el poder ideológico de la Iglesia, este patrón se veía principalmente en términos religiosos. Se interpretaban las acciones de los hombres y las mujeres como una operación de la Divina Providencia. Los seres humanos perseguían sus intereses y deseos, inconscientes de que realizaban el designio de Dios para el Universo. Hegel fue el último gran filósofo cristiano, con su concepto de la historia como el proceso a través del cual el Espíritu Absoluto llega a la autoconciencia.

La Revolución científica del siglo XVII llevó a una visión secular de la historia en la que Dios ya no juega papel alguno. Sin embargo, la Ilustración seguía viendo un patrón en la historia: “el progreso de la mente humana”. La historia era la narración del poder creciente de la razón, de su batallar constante contra la superstición y de su gradual pero inevitable victoria. Esta visión era idealista, porque concebía a las ideas como el motor del cambio histórico, y optimista, porque creía que la sociedad mejoraba sostenidamente a medida que la gente se hacía más ilustrada.

La concepción de la Ilustración sobre la historia era creíble en los siglos XVIII y XIX, cuando por lo menos el mundo occidental experimentaba un progreso sostenido, material y científico. Pero ya no es plausible hoy. El siglo XX ha visto desastre sobre desastre: dos guerras mundiales sumamente destructivas, los horrores de los campos de concentración nazis y de los campos estalinista de trabajos forzados, la obscena yuxtaposición de opulencia en el mundo occidental y miseria y hambre en el Tercer Mundo. El progreso tecnológico se ha acelerado de manera tal que en las últimas décadas nuestro control sobre el ambiente natural ha dado saltos asombrosos. Pero el resultado de este progreso muy bien podría ser la destrucción de la humanidad y de la Tierra misma, pues más y más recursos son destinados a producir armas nucleares, cada vez más sofisticadas.

No es sorprendente que mucha gente responda a esto negando que la historia tenga patrón alguno. Para muchos la historia es un conjunto caótico de acontecimientos terribles que difícilmente significa algo; una sucesión de emergencias como señaló el político liberal H. A. L. Fisher. "La historia es una pesadilla de la cual me quisiera despertar", dijo el escritor James Joyce, hablando sin duda también por muchos otros. En este siglo terrible es tentador dejar a un lado los esfuerzos por cambiar el mundo y refugiarse en las relaciones personales o en los logros individuales, al menos aquellos con talento y posibilidades económicas.

La teoría de Marx sobre la historia desafía tanto el optimismo fácil de la Ilustración, como la visión más moderna de la historia como un simple caos. Para Marx la historia en efecto tiene un patrón, aunque no es "el progreso de la mente humana". Su punto de partida no es el pensamiento sino "los individuos reales, su actividad y las condiciones materiales de su vida, tanto las que encuentran ya existiendo como las que producen con su actividad" (CW V, 31).

Producción y sociedad

Ya en sus *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 Marx definió a los seres humanos, ante todo como productores. Su producción tiene dos aspectos, uno material y otro social. La producción es primeramente la activi-

dad por la cual hombres y mujeres buscan satisfacer sus necesidades actuando sobre el mundo natural y transformándolo. Esto implica cierta organización de la producción, poseer las herramientas adecuadas y demás. Segundo, la producción es un proceso social en que la gente colabora entre sí para producir las cosas que necesita. Siempre conlleva relaciones sociales entre aquellos que toman parte en ella, relaciones que tienen que ver –decisivamente– con el control de los procesos de producción y con la distribución de lo producido.

Marx llama capacidades de producción al aspecto material, y relaciones de producción al aspecto social.

El carácter de las capacidades de producción en una sociedad dada depende de lo que Marx llamó "el proceso de trabajo", mediante el cual los seres humanos actúan sobre la naturaleza y la transforman. "El trabajo –escribe– es antes que nada un proceso entre hombre y naturaleza, un proceso por el cual el hombre, a través de sus acciones, media, regula y controla el metabolismo entre él y la naturaleza" (C I, 283).

Empecemos con un esquema del modo en que los seres humanos satisfacen sus necesidades. En una época muy temprana los seres humanos vivían de la caza de animales, para lo cual requerían su propia fuerza y sus destrezas para cazar, así como armas, fuesen palos afilados y piedras que encontraban, o lanzas y hachas que construían. Luego la gente empezó a cultivar la tierra para cosechar alimentos y, otra vez, requerían su propia fuerza y sus destrezas, así como herramientas más sofisticadas. Y más recientemente está la producción en fábricas. Una vez más la naturaleza provee las materias primas, los seres humanos ponen su trabajo, y usamos herramientas todavía más refinadas: máquinas, computadoras electrónicas, etc.

De estos tres ejemplos podemos discernir lo siguiente. Primero, está la "naturaleza": los animales que se cazan, las semillas que se siembran, la tierra en que éstas crecen y las materias primas procesadas en las fábricas. Segundo, está el trabajo humano. Y tercero, están las herramientas e instrumentos, sean lanzas de caza, arados o computadoras. Marx coloca estas cosas bajo dos renglones. El trabajo humano se compone de dos elementos básicos: fuerza de trabajo humana y medios de producción. Luego distingue

entre los medios de producción: de un lado la tierra y las materias primas que son transformadas en las cosas que necesitamos (a las que llama "objetos del trabajo"), y de otro los instrumentos que necesitamos (a los que llama "instrumentos de trabajo"). Estos, forman el elemento decisivo del proceso de trabajo. Lo que pueda lograr el trabajo humano depende de los instrumentos disponibles:

El uso y construcción de ciertos instrumentos de trabajo, aunque están en germen entre ciertas especies de animales, son característicos del proceso de trabajo específicamente humano; por esto [Benjamín] Franklin define al hombre como "un animal que hace herramientas"... No es lo que se haga, sino cómo y mediante cuáles instrumentos de trabajo, lo que distingue las diferentes épocas históricas (C I, 286).

El proceso de trabajo... es una apropiación de cuanto existe en la naturaleza para las necesidades humanas. Es... la condición que la naturaleza siempre impondrá a la existencia humana, y es por tanto... común a todas las formas de sociedad en que viven los seres humanos. De aquí que no tuvimos que presentar al obrero en su relación con otros obreros; bastaba presentar al hombre y su trabajo por un lado y la naturaleza y sus materiales por el otro. El sabor de la crema no nos dice quién cosechó la avena, y el proceso que hemos presentado no revela las condiciones en que el mismo ha tenido lugar, sea bajo el látigo brutal del propietario de esclavos o la mirada ansiosa del capitalista (C I, 290).

En otras palabras, la organización del proceso de trabajo –por ejemplo, la división de labores que involucra ese proceso– en sí no determina el carácter de la sociedad en cuestión. Hay un abismo de diferencia entre la agricultura de "rozar y quemar" (barbecho) de las sociedades "primitivas" y la línea de ensamblaje de la producción moderna. La diferencia, en primera instancia, resulta de una mayor destreza de la fuerza de trabajo de hoy, del desarrollo del conocimiento científico y de una sofisticación mucho mayor de los instrumentos de trabajo que utilizamos.

Las limitaciones materiales del proceso de trabajo estarán siempre ahí, no importa las relaciones sociales que existan entre los que participan del proceso de trabajo. Por ejemplo, para producir un automóvil debemos tener

las destrezas técnicas y el conocimiento científico para construir un motor de combustión interna; debemos ser capaces de trabajar el metal para hacer la carrocería; de extraer el hule para convertirlo en neumáticos; de obtener el combustible que moverá al automóvil. La posibilidad de tener estas cosas es un logro histórico que representa el creciente poder de los seres humanos sobre la naturaleza. Será necesario tanto en una futura sociedad comunista como en el capitalismo.

El carácter del proceso de trabajo es un reflejo del desarrollo de la tecnología, la cual a su vez depende de nuestro conocimiento teórico y nuestras destrezas prácticas. El perfeccionamiento del proceso de trabajo significa que podemos producir la misma cantidad de cosas con una menor cantidad de trabajo. Potencialmente este perfeccionamiento técnico reduce la carga de la producción material sobre la humanidad. Igualmente, nos hace menos dependientes de las vicisitudes del ambiente natural. Si hay escasez o abundancia ya no depende de si el verano ha sido bueno o no.

Marx pensaba que el desarrollo de las fuerzas productivas es acumulativo. Las conquistas técnicas y científicas de una sociedad son la base sobre la que edificará una sociedad posterior. Los cambios en el proceso de trabajo pueden hacer que produzcamos más eficientemente y por tanto ampliemos nuestro control sobre la naturaleza. Este proceso, señala Marx, viene a través de la historia humana desde la Revolución neolítica –cuando los seres humanos por primera vez sembraron la tierra y domesticaron animales– hasta la Revolución industrial de los siglos XVIII y XIX.

El desarrollo de las fuerzas productivas es condición necesaria para mejorar la calidad de nuestra vida. Incluso bajo una futura sociedad comunista el proceso de trabajo será "la condición que la naturaleza siempre impondrá a la existencia humana". Pero este desarrollo de las fuerzas productivas no basta para explicar los cambios y desarrollos históricos. El crecimiento de nuestro conocimiento científico y de nuestras destrezas prácticas no ocurre aislado del modo en que organizamos el uso de las fuerzas productivas ni de las relaciones sociales de producción.

Para entender lo que Marx entendía por relaciones de producción debemos distinguir dos sentidos en que la producción es social. Por un lado, el tra-

bajo es necesariamente una actividad social porque depende de la cooperación entre diversos individuos para alcanzar determinados fines. A este respecto las relaciones entre los individuos están determinadas por los límites materiales que conlleva producir de un cierto modo. La división de tareas refleja el carácter del proceso de trabajo dado y las destrezas de dichos individuos. Pero hay un segundo aspecto social de la producción, en que el elemento decisivo son los medios de producción –los instrumentos y las materias primas. Marx escribe:

No importa la forma social de la producción, los que trabajan y los medios de producción siempre permanecen como factores de ella... Deben unirse para que sea posible la producción. La manera especifica en que se da esta unidad distingue entre sí las diferentes épocas económicas de la estructura de la sociedad (C II, 36-7).

Marx afirma que no podemos entender el carácter de la producción, ni tampoco el carácter de la sociedad, sin examinar quién controla los medios de producción. Primero, una vez la sociedad ha ido más allá de las más primitivas formas de agricultura, no hay proceso de trabajo que pueda darse sin medios de producción. Hasta la agricultura de "rozar y quemar" se fundaba en tener acceso relativamente libre a la tierra.

Segundo, la distribución de los medios de producción es la clave para la división de la sociedad en clases. Pues los que trabajan, los que hacen directamente la labor, no necesariamente controlan los medios de producción, los instrumentos y las materias primas que trabajan. Las clases sociales surgen cuando los "productores directos" han sido separados de los medios de producción, y estos últimos son monopolio de una minoría.

Esta separación se produjo una vez las fuerzas productivas alcanzaron un cierto grado. Marx mira la jornada de trabajo en la sociedad de clases en general y distingue dos partes de ella. En una primera el productor directo realiza trabajo necesario, o sea produce los medios de subsistencia necesarios para mantenerse vivo o viva él o ella y sus dependientes. (Bajo el capitalismo el trabajador no produce su sustento sino su equivalente en otros bienes, por los cuales se le paga en dinero; pero la relación básica es la misma.) En una segunda parte de la jornada el productor realiza trabajo

excedente o sobrante: el propietario de los medios de producción se apropia el producto del trabajo de estas horas, en lugar de la persona que realmente trabajó. Lo hace a cambio de permitirle al trabajador el "privilegio" de utilizar los medios de producción para realizar el trabajo, sin cuyos productos perecería el trabajador. Marx indica:

En todos los sitios donde una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el trabajador, sea libre o no, deberá añadir al tiempo de trabajo necesario para su propio mantenimiento una cantidad extra de tiempo para producir los medios de subsistencia del propietario de los medios de producción, sea éste un aristócrata de Atenas, un etrusco teocrático, un ciudadano de Roma, un barón normando, un propietario de esclavos americano, un boyardo de Valaquia, un terrateniente moderno o un capitalista (C I, 344-5).

Toda sociedad dividida en clases descansa sobre la explotación, es decir, sobre la apropiación del trabajo excedente por parte de una minoría que controla los medios de producción. Sin embargo, en fases muy tempranas del desarrollo social en que los medios de producción eran propiedad común, había muy poco o ningún trabajo excedente: era lo que Marx llama "comunismo primitivo". El trabajo necesario para satisfacer las necesidades básicas de la sociedad tomaba prácticamente toda la jornada.

Fue gradualmente, debido a mejoras en las técnicas productivas, que la gente produjo más de lo necesario para sobrevivir. El producto excedente, sin embargo, era muy pequeño para mejorar sustancialmente la calidad de vida de toda la comunidad. Se lo apropiaba una minoría que, por diversas razones –por ejemplo ser más eficaz o tener poder político– ganaba control de los medios de producción. Así surgieron las clases sociales. Señala Engels:

Todos los antagonismos históricos entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y oprimidas, hasta el día de hoy hallan su explicación en esta productividad, relativamente subdesarrollada, del trabajo humano. En tanto la población realmente trabajadora estaba tan ocupada con su trabajo necesario que no tenia tiempo para ocuparse de los asuntos comunes de la sociedad –dirección de los trabajos, asuntos de Estado, cuestiones legales,

artísticas, científicas, etc.– era necesario que existiese constantemente una clase especial, liberada de trabajar, para administrar tales asuntos; y esta clase nunca ha dejado de imponer, para beneficio propio, una carga más y más pesada de trabajo sobre las masas trabajadoras. (AD, 217-18).

No es lo mismo propiedad legal que control (o más precisamente, posesión efectiva) de los medios de producción. En este punto Marx coincide con los filósofos materialistas burgueses como Thomas Hobbes, "quienes velan la fuerza como el fundamento del derecho... Si el poder se ve como base del derecho, como en Hobbes, etc. entonces el derecho, las leyes, etc., son meramente el síntoma, la expresión de otras relaciones sobre las que se sostiene el poder del estado". (CW V, 329).

Debe destacarse la distinción entre relaciones de producción y formas legales de propiedad. Muchos creen que el capitalismo depende de capitalistas individuales que controlan los medios de producción, porque éstos son propiedad suya. De aquí infieren que ya no vivimos bajo el capitalismo, porque con las grandes corporaciones modernas los negocios son administrados por gerentes que son empleados de la compañía y poseen a lo sumo sólo algunas acciones en ella. Nada más lejos de la verdad. Lo que define a la sociedad de clases es la posesión efectiva de los medios de producción por una minoría, no las formas legales que revistan las relaciones de poder.

Modos de producción y lucha de clases

En la sociedad de clases las relaciones de producción son "no relaciones entre individuo e individuo, sino entre trabajador y capitalista, entre agricultor y terrateniente, etc." (CW VI, 159). Para Marx estas relaciones de clase fundadas en la explotación son la clave para comprender la sociedad:

La forma económica específica de extraer trabajo excedente no pagado de los productores directos determina la relación entre opresores y dominados... Lo que revela el secreto más íntimo de toda la estructura social es siempre la relación directa de los propietarios de las condiciones de producción con los productores directos: una relación que, naturalmente, siempre

se corresponde con una fase definida en el desarrollo de los métodos de trabajo y de su productividad social... (C III, 791).

Estas ideas se expresan en el famoso inicio del Manifiesto del partido comunista:

La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, artesanos y aprendices, en una palabra, opresores y oprimidos se enfrentaron siempre en oposición constante, llevando una lucha a veces velada, a veces abierta, una lucha que siempre termina en la transformación revolucionaria de la sociedad o en la ruina común de las clases en pugna... La sociedad burguesa moderna que ha brotado de las ruinas de la sociedad feudal no ha terminado con los antagonismos de clase. Por el contrario ha creado nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas de lucha en lugar de las anteriores (CW VI, 483 y 485).

Hasta cierto punto este concepto es ahora aceptado, incluso por historiadores burgueses, por lo cual es difícil ver lo revolucionario que era en 1848. Hasta ese momento la historia que se escribía trataba en gran medida sobre los que estaban en la cumbre de la sociedad, o sobre la razón y su marcha majestuosa a través de la historia. Ahora Marx echaba luz sobre el papel decisivo que ha jugado la masa del pueblo trabajador en todas las grandes transformaciones históricas. Aquellos que hoy escriben la historia "desde abajo", escriben bajo la influencia de la idea de Marx de que "la historia... es la historia de la lucha de clases".

Marx no pensaba que la lucha de clases era su descubrimiento más importante. En una conocida carta a Joseph Weydemeyer, en marzo de 1852, señala:

Y en lo que a mi respecta, no merezco ningún crédito por descubrir la existencia de las clases en la sociedad moderna o la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases. Lo que hice nuevo fue probar: (1) que la existencia de clases está vinculada a fases particulares en el desarrollo de la producción, (2) que la lucha de clases necesariamente lleva a la dictadura del proletariado, (3)

que esta dictadura es solo la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases (SC, 69).

Estaba siendo tal vez modesto, pero el punto básico de Marx es que la lucha de clases surge de ciertas relaciones históricas específicas de producción que “siempre se corresponden naturalmente con una etapa definida del desarrollo de los métodos de trabajo y de su productividad social”; en otras palabras, con una cierta etapa del desarrollo de las fuerzas productivas.

Marx llama “modo de producción” a “las relaciones de producción que se corresponden con una etapa definida del desarrollo de las fuerzas productivas”. Distingue cuatro tipos principales de sociedades de clases: “En términos generales, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados épocas progresivas en la formación económica de la sociedad” (SW I, 504).

Lo que distingue las distintas formaciones económicas de la sociedad –la distinción por ejemplo entre una sociedad basada en trabajo esclavo y una basada en trabajo asalariado– es la forma en que en cada caso el trabajo excedente es extraído del productor inmediato, del trabajador (C I, 325).

La forma de la explotación depende de la distribución de los medios de producción. En el caso de la esclavitud, el trabajador es un instrumento de producción, una propiedad del amo como lo son también la tierra que el esclavo trabaja y las herramientas que éste usa. En apariencia todo el trabajo que realiza el esclavo es trabajo excedente, ya que no tiene derecho a ninguna porción del producto porque el amo se apropia de todo. Sin embargo, en realidad hay que mantener al esclavo, ya que constituye una inversión considerable en que el amo ha gastado dinero. De manera que una parte del producto del trabajo del esclavo se separa para vestir, alimentar y hospedar al mismo esclavo.

En el caso del feudalismo el campesino podía controlar algunos medios de producción (herramientas y animales, quizá) pero no es dueño de la tierra que trabaja. Luego, estaba forzado a dividir su tiempo entre el trabajo para él y su familia y el trabajo excedente para el señor feudal. “Realiza el primero en su pedazo de tierra y el segundo en las tierras del señor. Ambas

partes de su trabajo existen independientemente, una al lado de la otra" (C I, 346).

En estos dos modos de producción la explotación es bastante evidente: se basa en el poder físico del dueño de la propiedad sobre los productores directos. El dueño de esclavos puede, si quiere, torturar o matar a un esclavo poco productivo o revoltoso. Y por su parte, los señores feudales tienen poder militar, en forma de su guardia armada. El poder del terrateniente para exprimir trabajo excedente a sus campesinos se funda en el monopolio de la fuerza. En efecto, en la superficie puede parecer incluso que lo que realmente importa es esta relación de poder, de dominio del opresor sobre el oprimido (como sugieren visiones superficiales de la historia) y no la relación económica sobre la que descansa aquella.

En el capitalismo el trabajador es libre, legalmente. No está atado al capitalista en la forma en que lo está el esclavo al amo o el siervo al señor. La explotación no depende del sometimiento físico del productor al propietario, sino de las presiones económicas, y sobre todo del hecho de que el trabajador no posee los medios de producción. Marx señaló que los trabajadores son "libres en un doble sentido, libres de las viejas relaciones de clientelismo, esclavitud y servidumbre, y en segundo lugar libres de toda pertenencia y toda posesión, de toda forma de ser objetiva y material, libres de toda propiedad" (G, 507).

Entre los siglos XV y XVIII en Inglaterra el campesinado fue separado de la tierra de la que había dependido su vida. Esto se llevó a cabo mediante varias estratagemas: desahucios, propietarios poderosos cercando tierras que hablan sido colectivas, etc. Fue solo así, creándose una clase trabajadora que no posee nada excepto su capacidad de trabajar, su fuerza de trabajo, que pudo desarrollarse el modo de producción capitalista.

El modo de producción capitalista se funda en la separación entre el productor directo y los medios de producción, los cuales están bajo control de un pequeño grupo de capitalistas. Para el trabajador no hay alternativa a vender su fuerza de trabajo, que no sea el hambre. El capitalista usa su control de los medios de producción para obligar a la gente a trabajar para él y, una vez la ha empleado, la obliga a que trabaje más tiempo del equivalente

a sus salarios, generando así trabajo excedente. En este caso la explotación se funda, en primer lugar, en el poder económico del propietario, no en que tenga monopolio de la violencia. La explotación aquí es disimulada porque no hay restricción física, porque el trabajador es legalmente libre y ha acordado, aparentemente de forma voluntaria, trabajar para el capitalista. Sin embargo, no es por esto menos efectiva la explotación.

Marx escribe que las "relaciones de producción... corresponden a una etapa definida del desarrollo de sus capacidades productivas". ¿Qué quiere decir precisamente aquí "corresponden"? Algunos comentaristas han supuesto que para Marx las fuerzas de producción eran directamente causantes del ascenso o el descenso de los modos de producción. A esta visión de la historia se le llama a veces "determinismo tecnológico", ya que considera el cambio tecnológico el motor de los cambios sociales. Hay pasajes de Marx que parecen respaldar tal visión. Por ejemplo:

...que las relaciones sociales están estrechamente ligadas a las capacidades productivas. Al crear nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción; y al cambiar su modo de producción, al cambiar su forma de ganarse el sustento, cambian todas sus relaciones sociales. El molino manual da una sociedad con el señores feudales; el molino de vapor da una sociedad con capitalistas industriales (CW VI, 166).

Algunos marxistas posteriores usaron citas como ésta para justificar una distorsión de la teoría de Marx sobre la historia, indicando que la revolución social es inevitable una vez las capacidades de producción han logrado cierto nivel. Por ejemplo, el principal teórico de la Segunda Internacional (1889-1914), Karl Kautsky, alegaba que el derrumbe del capitalismo estaba asegurado. Se produciría por "necesidad natural". Todo lo que los socialistas tenían que hacer era sentarse a esperar este acontecimiento inevitable.

Esta clase de marxismo pasivo hizo que los partidos de la Segunda Internacional se abstuvieran de organizar una oposición de masas a la Primera Guerra Mundial en 1914. Lo que hicieron fue apoyar a los gobiernos nacionales de sus países. Mientras los trabajadores de los países beligerantes se masacraban entre sí como soldados, se desintegraba al mismo tiempo el movimiento obrero internacional.

El marxismo fatalista, que observa pasivamente la historia en lugar de intentar influenciar su resultado, es una falsificación de la visión de Marx. Que las "relaciones sociales están íntimamente ligadas a las capacidades productivas" no significa que las primeras simplemente responden a los cambios en las últimas. La correspondencia es mutua; ambas se limitan entre sí.

Las capacidades de producción efectivamente imponen límites a las relaciones sociales de producción. Marx y Engels insistieron en que no es en cualquier circunstancia que ocurriría la abolición de las clases. En sus apuntes para redactar el *Manifiesto* del partido comunista, Engels señala:

Todo cambio en el orden social, toda revolución en las relaciones de propiedad, ha sido resultado necesario de la creación de nuevas capacidades de producción, las cuales ya no se corresponden con las viejas relaciones de propiedad... En la medida en que no es posible producir tanto que no solo haya suficiente para todos, sino además un excedente que asegure un aumento del capital social y un desarrollo mayor de las capacidades productivas, deberá haber una clase dominante administrando las capacidades productivas de la sociedad, así como una clase pobre. Cómo están compuestas estas clases dependerá de la etapa de desarrollo de la producción...

Es obvio que hasta ahora las capacidades productivas no se han desarrollado tanto que pueda producirse lo suficiente para todos y la propiedad privada sea un obstáculo, una barrera para estas fuerzas productivas. Ahora bien, sin embargo, cuando el desarrollo industrial a gran escala, primero, haya creado capital y capacidades productivas en una escala inédita y estén disponibles los medios para aumentar estas fuerzas productivas a un nivel infinito en un corto tiempo; segundo, estas fuerzas productivas estén concentradas en las manos de unos pocos burgueses, mientras la gran masa del pueblo se convierte más y más en proletarios y su condición se hace más miserable e intolerable en la misma medida en que crece la riqueza de la burguesía; y tercero, cuando estas poderosas fuerzas productivas que pueden fácilmente aumentar hayan superado tanto a la propiedad privada y a la burguesía que a cada momento provoquen los disturbios más violentos en el

orden social, solo entonces la abolición de la propiedad privada se hará no solamente posible sino incluso absolutamente necesaria (CW VI, 348-9).

Por tanto, el socialismo no es sólo una linda idea nacida de la mente de soñadores bien intencionados. El socialismo es posible solamente cuando las fuerzas productivas han alcanzado un nivel que permite la abolición de las clases sociales. Y un desarrollo tan alto sólo puede darse con el capitalismo.

Pero es igualmente cierto que las relaciones sociales de producción imponen límites al desarrollo de las capacidades productivas. La medida en que se perfecciona el proceso de trabajo dependerá de cuánto beneficia a una de las principales clases sociales.

Tomemos por ejemplo la Edad Media europea. Los historiadores han mostrado que la sociedad feudal sufrió una sucesión de terribles crisis. La tierra no daba a basto para sostener a toda la población y los estándares de vida decayeron hasta que la guerra, el hambre y las plagas restauraron el balance. Los pueblos de Europa occidental, en su mayoría campesinos apenas sobreviviendo de lo que obtenían del suelo, en el mejor de los casos perecieron en una escala aproximada a la que provocaría un holocausto nuclear. El historiador marxista francés Guy Bois ha indicado que la mitad de la población de Normandía oriental desapareció a mediados del siglo XIV y una cantidad mayor murió a principios del siglo siguiente. Según las estimaciones, en 1460 la población era menos de un tercio de la que había sido hacia 1300.

Estos no fueron desastres naturales o ejemplos de la llamada ley de la población de Malthus. Por el contrario, surgieron de las relaciones de producción feudales. Los campesinos tenían que darle a los señores feudales tanto como la mitad de lo que producían, y los señores usaban este producto del trabajo para mantener su aparato armado y sostener su propia posición social. Los campesinos carecían del incentivo y de los recursos para invertir en mejoras de los métodos de producción.

Esto significó que las técnicas agrícolas se mantuvieron inalteradas a través de la mayor parte de la Edad Media tardía (1300-1550). Una vez la población aumentó hasta alcanzar cierto punto, no había tierra ni alimento sufi-

cientes. Aún si desfallecían de hambre los siervos que poblaban sus tierras, el señor feudal exprimía más intensamente el trabajo de los campesinos, para que no se afectara su ingreso. Imposibilitada de sobrellevar tal carga, la economía campesina colapsó.

Aún cuando el constante desarrollo del conocimiento científico nos da la posibilidad de aumentar la productividad del trabajo, esta oportunidad se realiza solo en dependencia de las relaciones sociales de producción.

Veamos otro ejemplo, esta vez de China, que ilustra cómo las relaciones sociales pueden detener el progreso tecnológico. Bajo la dinastía Sung (960-1259) China estuvo más adelantada que Europa durante varios siglos. Las fundiciones de hierro que se construyeron en China en el siglo XI fueron las más grandes del mundo hasta la Revolución industrial. Cientos de años antes de que aparecieran en Europa, en China se desarrollaron las armas de fuego, la imprenta de carro móvil, el compás magnético y la relojería mecánica. Sin embargo, estos avances estuvieron lejos de crear una economía industrial moderna. En cambio, la estructura social –dominada por terratenientes y burócratas a quienes no les interesaba que cambiara– se estancó y decayó hasta el siglo XIX, cuando el Reino Medio cayó presa de los colonizadores occidentales.

Las relaciones sociales de producción –la estructura económica de la sociedad– y las capacidades de producción –las tecnologías y destrezas humanas– interactúan entre sí, más que prevalecer una sobre otra. El nivel de tecnología y destrezas impone límites al cambio social, pero también podría estimularlo. Por otro lado la estructura de la sociedad determina el grado en que la gente podrá alterar el proceso de trabajo y usar nuevas técnicas.

Para Marx la relación entre ambos aspectos cambia sin cesar. Una estructura social dada es compatible sólo con un cierto nivel de desarrollo de las tecnologías y destrezas humanas. “En una cierta etapa de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes... De ser formas de desarrollo de las capacidades productivas, estas relaciones se convierten en barreras” (SW I, 503). La sociedad entonces entra en un periodo de crisis social que puede

terminar sólo cuando nuevas relaciones de producción que promueven un desarrollo mayor de las capacidades de producción, reemplazan a las viejas.

Este proceso se ilustra con la crisis del feudalismo europeo a que hemos hecho referencia. La instalación de relaciones feudales de producción al final de la era romana impulsó un considerable desarrollo económico. Entre los siglos X y XIII la producción agrícola aumentó mucho, fueron puestas en cultivo grandes cantidades de tierra, crecieron los pueblos y aumentó su población. Se utilizaron económicamente por primera vez muchos descubrimientos científicos de los griegos y de los romanos que habían sido ignorados o dejados de lado a causa de las relaciones de producción esclavistas del mundo antiguo.

Pero en el siglo XIII este crecimiento económico empezó a limitarse por las relaciones feudales que lo habían estimulado. Como hemos visto, ni el señor ni el campesino tenían gran interés en las mejoras agrícolas necesarias para abastecer a una población que crecía con rapidez. El resultado fue una crisis prolongada.

Las crisis sociales sobrevienen a causa de las contradicciones al interior del modo de producción. A la vez crean las condiciones para que surja un nuevo modo de producción. En el caso del feudalismo, la escasez de trabajo que siguió a la Peste Negra (epidemia bubónica) del siglo XIV, colocó a los campesinos ingleses en una posición lo suficientemente fuerte –a pesar de la derrota de su rebelión de 1381– como para lograr la abolición de la servidumbre. En adelante los campesinos ya no estaban atados al suelo. Sin embargo no tenían suficiente fuerza –a diferencia del campesinado francés– para hacerse dueños de la tierra que cultivaban. Y a partir del siglo XVI los terratenientes de Inglaterra pudieron sacar a los campesinos de sus tierras y cercarlos en fincas. Luego alquilaron éstas a capitalistas que los emplearon como trabajadores asalariados para producir bienes para el mercado. El debilitamiento gradual de las relaciones feudales de producción dio pie al comienzo del capitalismo.

Marx afirma que la lucha de clases debe verse a la luz de estas contradicciones. Que un modo de producción reemplace a otro no ocurre pacifica y

gradualmente, sino que requiere una revolución violenta en que la vieja clase es expropiada y una nueva clase ocupa su sitio.

"La contradicción entre las capacidades productivas y las formas de intercambio... necesariamente, en cada ocasión, provocan el estallido de una revolución, a la vez que toman varias formas subsidiarias, por ejemplo enfrentamientos generales, enfrentamientos entre clases diversas, contradicciones de la conciencia, batallas de ideas, etc." (CW V, 74).

Estas líneas del Prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política* resumen la teoría de la historia de Marx:

En la producción social de su vida los hombres entran en determinadas relaciones que son indispensables e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a cierta fase determinada del desarrollo de sus capacidades productivas materiales. La suma total de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el que se erige una superestructura legal y política, y al cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general.

No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino por el contrario su ser social lo que determina su conciencia. En una determinada fase de su desarrollo, las capacidades productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes o –y esto no es sino una expresión legal de lo mismo– con las relaciones de propiedad dentro de las cuales aquellas han operado hasta entonces. De haber sido medios para el desarrollo de las capacidades productivas, estas relaciones se convierten en barreras. Entonces sobreviene una época de re*volución social. Con el cambio en la base económica, toda la inmensa superestructura es transformada más o menos rápidamente* (SW I, 503-4).

Base y superestructura

"La historia de todas las sociedades hasta ahora es la historia de la lucha de clases". Y para Marx las clases son básicamente relaciones económicas. Marx seguramente hubiese aceptado esta definición de Lenin:

Las clases son grandes grupos de gente que difieren entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por su relación –en la mayoría de los casos fija y formulada en la ley– con los medios de producción, por su papel en la organización social del trabajo y, consecuentemente, por las dimensiones de la riqueza social que tienen a su disposición y el modo de adquirirla. Las clases son grupos de gente uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro debido a los lugares diferentes que ocupan en un determinado sistema de economía social.

¿Reduce esta concepción de la historia crudamente toda la vida social a intereses económicos, como muchos críticos han alegado desde que fue formulada por primera vez? La concepción de Marx sobre cómo las fuerzas y relaciones de producción moldean al conjunto social es delicada y compleja. Como han dicho diversos comentaristas, la más importante aseveración de Marx sobre la relación entre lo que vino a conocerse como la base económica y la superestructura ideológica y política es cautelosa y cualificada:

La suma total de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el que se erige una superestructura legal y política y al cual corresponden formas determinadas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino por el contrario su ser social lo que determina su conciencia. (SW I, 503-4).

La sociedad que aquí se describe no es una en que la superestructura –la política y la ideología– simplemente refleje de forma pasiva lo que ocurre en la economía. Más bien las capacidades y relaciones de producción imponen limites a los desarrollos posibles de la superestructura. Si esto es así, entonces es bastante amplio el marco para que se desarrollen los factores políticos e ideológicos de acuerdo con sus ritmos propios, y reaccionen so-

bre la economía. Esto es ciertamente lo que argumentaba Engels en una carta que escribió pocos años después de la muerte de Marx:

Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante en la historia, en última instancia, es la producción y reproducción de la vida social. Ni Marx ni yo hemos dicho más que esto. De manera que si alguien tuerce esto para decir que el elemento económico es el único determinante, transforma aquella proposición en una frase insignificante, abstracta y carente de sentido. La situación económica es la base, pero los elementos diversos de la superestructura –las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, a saber: constituciones establecidas por la clase triunfante después de una batalla exitosa, etc., formas jurí*dicas y hasta los reflejos de todas estas luchas reales en los cerebros de sus participantes, teorías políticas, jurídicas, filosóficas, visiones religiosas y sus desarrollos ulteriores en sistemas de dogmas– también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos son preponderantes en determinar su forma. Hay una interacción de todos estos elementos en que, en medio de toda la multitud de accidentes... el movimiento económico finalmente se afirma como necesario* (SC, 417).

Aclarar cuáles relaciones de producción prevalecen en una sociedad dada, es entonces solamente el punto de partida para tratar de entender esa sociedad. Una comprensión adecuada requerirá captar la forma en que los factores ideológicos y políticos interactúan con la economía, siempre teniendo en cuenta que las relaciones de producción son la "base real" de la sociedad.

Para apreciar con mayor claridad la relación entre base y superestructura, veamos dos elementos importantes de la superestructura: la ideología y el Estado. Refiriéndose a las revoluciones sociales escribe Marx:

...debe distinguirse entre la transformación material de las condiciones económicas de producción... y las formas legales, políticas, religiosas, estéticas o filosóficas; en resumen, ideológicas, en que los hombres se hacen conscientes del conflicto y lo luchan. Según nuestra opinión sobre un individuo no se funda en lo que él piense de si mismo, tampoco podemos juzgar un determinado periodo de transformaciones por su propia conciencia; por

el contrario, esta conciencia debe ser explicada más bien a partir de las contradicciones de la vida material, del conflicto existente entre las capacidades productivas y las relaciones de producción (SW I, 504).

De manera que, en primer lugar, Marx está negando que la conciencia sea independiente de las "contradicciones de la vida material". El ser social determina la conciencia y no al revés. Pero ¿qué quiere decir que "el ser social determina la conciencia"? Quiere decir sobre todo que las creencias que tiene la gente serán formadas bajo la presión de las circunstancias materiales y sociales en que vive. Los seres humanos no son unos espíritus sin cuerpo viviendo en algún reino de la razón pura. Son hombres y mujeres luchando para sobrevivir en condiciones que les niegan, a la mayoría, la posibilidad de trascender la estrecha subsistencia. Las creencias que tienen son intentos de explicar su situación y guiar sus acciones en la vida diaria.

Desde el fin del comunismo primitivo la gente ha vivido en sociedades clasistas. Por tanto, es importante para las clases dominantes persuadir a los productores directos de que acepten su situación. Esta aceptación puede implicar una variedad de formas. Puede ser simple resignación basada en la creencia de que la clase dominante es demasiado poderosa para ser derrocada. Pero puede ser una creencia positiva en que el orden social presente es justo y deseable. En cualquier caso, la creencia de los productores directos juega un papel crucial en su aceptación del *statu quo*.

Se sigue de esto que las ideologías –las creencias sistemáticas que la gente tiene sobre el mundo– pueden ser entendidas solo desde el punto de vista de su papel en las luchas de clases. En otras palabras, deben sen analizadas en términos de si apoyan o socavan las relaciones de producción existentes.

Ahora bien, Marx cree que las ideologías afianzan la sociedad de clases, al llevan a los explotados por rumbos distorsionados. Las relaciones sociales de la sociedad de clases en cuestión son vistas como relaciones naturales, inevitables, de las cuales no podemos deshacernos, en lugar de ser específicas de un período de la historia humana. Los intereses de clase específicos aparecen como intereses humanos universales. De manera que si las relaciones capitalistas de producción representan la forma más alta de desarrollo humano, entonces es en beneficio de todos que los capitalistas obten-

gan sus ganancias. El capitalista no está explotando a nadie: su papel en la producción social es esencial, y las ganancias son simplemente recompensas pon su contribución.

De este modo las ideologías reproducen el modo de producción existente, al persuadir a la gente de que adopte visiones equivocadas sobre el carácter de la sociedad. De aquí que –incluso durante períodos revolucionarios– quienes hacen la historia no comprenden plenamente la naturaleza de los papeles que cumplen:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen según quieren; no la hacen bajo circunstancias escogidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente encontradas, dadas... y transmitidas desde el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos. Y cuando parecen estar revolucionándose a sí mismos y a las cosas, creando algo que nunca antes había existido, precisamente en estos periodos de crisis revolucionaria conjuran ansiosamente a su servicio los espíritus del pasado y les toman prestado nombres, gritos de guerra y disfraces para presentar la nueva escena de la historia mundial, en este disfraz dignificado por el tiempo y en este lenguaje prestado. Así Lutero se puso la mascara del apóstol Pablo, la Revolución de 1789 a 1814 se vistió alternativamente como República romana y como Imperio romano... (CW XI, 103-4)

Esta forma de autoengaño fue necesaria durante las grandes revoluciones burguesas, porque los líderes de estas revoluciones debían convencerse a sí mismos y a quienes los respaldaban de que la victoria de su clase era en interés del conjunto de la humanidad:

A pesar de lo poco heroica que es, la sociedad burguesa tomó el heroísmo, el sacrificio, el terror, la guerra civil y las batallas entre los pueblos para cobrar ser propio. Sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente austeras de la República romana los ideales y las formas de arte, los autoengaños que necesitaban para ocultarse a sí mismos las limitaciones burguesas del contenido de sus luchas y para mantener su pasión en los altos vuelos de la tragedia histórica. Igualmente, un siglo antes, en otra etapa de su desarrollo, Cromwell y el pueblo inglés habían tornado presta-

dos el discurso, las pasiones y las ilusiones del Viejo Testamento para hacer su Revolución burguesa (CW XI, 104-5).

Para Marx las ideologías dominantes prevalecen entre las masas gracias al poden económico y político de la clase dominante. "Las ideas de la clase dominante son en todas las épocas las ideas dominantes; la clase que es la fuerza material dominante en la sociedad es al mismo tiempo su fuerza intelectual dominante" (CW V, 59). La clase dominante utiliza su control de los medios de producción y del Estado para crear y mantener una serie de instituciones a través de las cuales se forman las creencias de la gente. En la época medieval la Iglesia era la más importante de estas instituciones. A ésta se han añadido muchas otras, entre las cuales destacan el sistema educativo y los medios masivos de comunicación.

El poden ideológico de la clase dominante es inseparable de su poden económico y político. La clase económicamente más poderosa es también la clase dominante, o sea la clase que controla los medios de producción también controla al Estado. Pana Marx, el Estado es antes que nada un medio por el cual una clase particular mantiene su dominación. "El poder ejecutivo del Estado moderno no es más que un comité que administra los asuntos comunes de toda la burguesía" (CW VI, 486), dice la famosa frase del Manifiesto del partido comunista. "El poden político propiamente dicho, es sólo el poder organizado de una clase para oprimir a otra" (CW vi 505).

Marx nunca intentó desarrollan una teoría sistemática sobre el Estado. Se tiene una idea de su visión del tema a partir de citas dispersas y análisis específicos. Engels y Lenin trabajaron mucho más este asunto. Peno los rasgos principales de las teorías que desarrollaron están presentes en Marx.

Ya en su Crítica de la filosofía del derecho de Hegel de 1843, Marx argumentaba que el Estado moderno se caracteriza pon su separación de la sociedad civil; es decir, por su separación respecto de la vida social y económica. Más adelante él y Engels mostraron que esta separación se debe a los resultados inevitables de los antagonismos entre clases. Engels argumenta que el surgimiento del Estado es inseparable de la división de la sociedad en clases.

El Estado... es un producto de la sociedad en una cierta fase de su desarrollo; es la admisión de que esta sociedad está enredada en una contradicción insoluble consigo misma, que se ha dividido en antagonismos irreconciliables que no pueden ser eliminados. Pero para que estos antagonismos y clases con intereses económicos en conflicto no se consuman ellos y a la sociedad en una lucha en vano, se hizo necesario tener un poder aparentemente colocado por encima de la sociedad para aliviar el conflicto y para mantenerlo dentro de los bordes del "orden"; y este poder, salido de la sociedad pero colocado sobre ella, y enajenado más y más de ella, es el Estado (SW III, 326-7).

La esencia de este poder es que el Estado controla los medios de coerción, los que tienen su expresión más básica en las fuerzas armadas. En las sociedades preclasistas no había distinción entre la masa de la población y aquellos que efectuaban la lucha militar. Esto termina con el surgimiento de los antagonismos entre clases. Una minoría especializada se hace cargo del uso de la fuerza y su función es tanto la represión de la masa de la población como el combate de enemigos externos. De este modo la separación entre Estado y sociedad es primeramente una separación entre los medios de coerción y los productores directos de cuyo excedente depende la clase dominante. Engels indica que la formación del estado conlleva ... la instalación de un poder público que ya no coincide directamente con la población organizada como fuerza armada. Este poder público especial es necesario porque ya es imposible una organización armada de la población que actúe por cuenta propia, dada la división entre clases... Este poder público existe en todo Estado; no solo consiste meramente en hombres armados sino además en accesorios materiales, prisiones e instituciones de coerción de todo tipo... Se hace cada vez

más fuerte... en la proporción en que los antagonismos de clase en el Estado se hacen más agudos, y en la medida en que los Estados cercanos se hacen más grandes y más poblados. Tenemos solo que mirar la Europa del presente, en que la lucha de clases y la rivalidad en las conquistas han intensificado el poder público a tal extremo que éste amenaza con tragarse al conjunto de la sociedad e incluso al Estado (SW III, 327-8).

Engels reconoce entonces dos factores en la formación y evolución del Estado: el desarrollo y agudización de los antagonismos entre clases, y las luchas entre diversas fases del dominio militar. Marx elaboró esta idea en un modo más históricamente concreto en sus escritos sobre la Comuna de París; asocia el origen del Estado capitalista moderno con las monarquías absolutas que surgieron en Europa a fines de la Edad Media:

La maquinaria centralizada del Estado, que con sus omnipresentes y complicados órganos militares, burocráticos, oficinescos y judiciales enmaraña y aprisiona como una boa constrictor a la sociedad civil viviente, fue primero fraguada en los días de la monarquía absoluta como un arma de la naciente sociedad moderna en su lucha por emanciparse del feudalismo. Los privilegios señoriales de terratenientes, ciudades y sacerdotes medievales se transformaron en atributos de un poder estatal unitario que desplazó a los dignatarios feudales con funcionarios asalariados del Estado; transfirió a un ejército permanente las armas de las guardias de los terratenientes medievales y de las ciudades; sustituyo la anarquía multicolor y plural de los poderes medievales con el plan regulado de un poder del Estado, con su división de trabajo sistemática y jerárquica. La primera Revolución francesa, con su tarea de fundar la unidad nacional –crear una nación– tuvo que quebrar toda independencia local, territorial, municipal y provincial. Por tanto se vio obligada a desarrollar lo que habla comenzado la monarquía absoluta, la centralización y organización del poder del Estado, y a expandir la circunferencia y los atributos del poder del Estado, la cantidad de sus instrumentos, su independencia y su encumbramiento sobrenatural por encima de la sociedad real (CWF 162-3).

El triunfo del capitalismo fortaleció enormemente el poder y la eficacia del aparato estatal. Pero ¿no es este aparato más y más independiente de la burguesía, así como de las clases explotadas? Cuando menos eso es lo que sugieren los fenómenos del bonapartismo durante los Imperios primero y segundo en Francia, durante Napoleón I y Napoleón III respectivamente, cuando un aventurero individual cuyo poder descansaba en la fuerza militar pudo tomar control del Estado y gobernar independientemente de los capitalistas, y por supuesto también de los trabajadores y campesinos. Asi-

mismo, el hecho de que desde los tiempos del propio Marx hayan sido electos en distintas oportunidades gobiernos controlados por partidos cuya base era trabajadora, ¿no contradice la idea de que el Estado es un instrumento de dominio de clase?

Para responder a esta interrogante recordemos que para Marx y Engels el Estado es el producto de antagonismos de clase o, como expresó Marx, "la expresión oficial del antagonismo en la sociedad civil" (CW VI, 212). En otra parte señala "la concentración de todo en el Estado" (G, 227). En fin, todas las contradicciones de la sociedad se reflejan y cristalizan en el Estado. La dominación de la clase dominante depende de toda una serie de compromisos con otras clases, lo cual se refleja en el poder del Estado.

Por ejemplo, Marx señaló que el triunfo de Napoleón III después de la Revolución de 1848 era la única manera en que podía sostenerse en Francia el poder de la clase capitalista, tras varios años de guerra civil abierta entre burguesía y proletariado:

El imperio fue la única forma de Estado posible para asegurar al viejo orden un respiro; profesando fundarse en la mayoría productiva de la nación (los campesinos); aparentemente al margen de la lucha de clases entre capital y trabajo (indiferente y hostil a ambos poderes sociales contendientes); erigiendo el poder del Estado como una fuerza por encima de las clases opresoras y oprimidas; imponiendo un armisticio sobre ambas (silenciando la forma política y por tanto revolucionaria de la lucha de clases); despojando al poder del Estado de su forma directa de despotismo de clase, al disolver el poder parlamentario y por tanto directo de las clases propietarias (CWF, 230-1).

En el capitalismo es posible la situación paradójica en que la clase dominante no domina directamente, en el sentido de administrar el aparato estatal, porque la explotación no depende de la coerción física y diaria de los productores directos. En su lugar, son las presiones económicas –que en última instancia se reducen a escoger entre trabajar o sufrir hambre– las que fuerzan a los trabajadores a someterse a la explotación. "La callada fuerza de las relaciones económicas sella la dominación del capitalista sobre

el trabajador. Por supuesto, la coerción extra económica directa se sigue aplicando, pero sólo en casos excepcionales" (C I, 899).

Por tanto es común que en la sociedad capitalista la economía y la política aparezcan como cosas separadas. Pero en el fondo la realidad es otra. Por un lado, el control capitalista de la economía impone límites a lo que puede hacer el Estado. Si a la burguesía no le gusta lo que hace un gobierno puede, por ejemplo, sacar su dinero del país. Dicho sea de paso, este tipo de presión ha forzado a diversos gobiernos [reformistas en el mundo] a disminuir o abandonar aspectos radicales de su programa. Por otro lado, dentro del Estado hay una división del trabajo entre cuerpos electos (como el parlamento y el ejecutivo), y el ejército permanente y la burocracia. Los estrechos vínculos de esta última con la clase capitalista significa que podría sabotear o, si fuese empujada, rebelarse contra un gobierno que ataque las relaciones de producción burguesas.

No obstante, la relativa separación entre política y economía en el capitalismo permite situaciones en que el control del Estado escapa al poder burgués. Esto hace que la burguesía entable compromisos o alianzas con otras clases sociales, o fracciones de clases, lo cual atenúa los antagonismos sociales y, básicamente, hace más segura la dominación capitalista. Para Marx, la Inglaterra de su época ejemplificaba esta realidad.

La constitución británica no es... sino un compromiso anticuado, obsoleto, entre la burguesía, que domina de hecho –aunque no oficialmente– en todas las esferas decisivas de la sociedad civil, y la aristocracia terrateniente, que gobierna oficialmente. Originalmente, después de la Revolución gloriosa de 1688, solo una sección de la burguesía, la aristocracia de las finanzas, fue incluida en la alianza. El Reform Bill de 1831 admitió a otro sector, la "millocracy", como le llaman los ingleses, o sea los altos dignatarios de la burguesía industrial...

Incluso, si la burguesía... fuese en general reconocida políticamente como la clase dominante, sería solamente a condición de que el sistema completo de gobierno en *todos sus detalles, incluso el departamento ejecutivo del poder legislativo, o sea el proceso efectivo de hacer leyes en ambas cámaras*

del parlamento, permaneciera seguro en manos de la aristocracia terrateniente (CW XIV, 53-4).

La burguesía puede dominar sin gobernar. Engels argumenta que una división similar existía en Alemania bajo Bismarck; allí la burguesía industrial era el beneficiario principal de la unificación nacional, pero gobernaba la clase de los Junkers o caballeros rurales. Algunos marxistas posteriores han indicado que es un rasgo general del capitalismo que la burguesía domina aunque no gobierna. Sin ir tan lejos, se puede apreciar lo compleja y delicada que es la teoría estatal de Marx, así como su discusión sobre la relación entre base y superestructura.

Marx por tanto elabora una teoría de la historia que da cuenta del carácter de sociedades muy distintas, y explica las variantes de las superestructuras políticas e ideológicas de sociedades con las mismas relaciones de producción. La fertilidad de su teoría se confirma en el rico cuerpo de escritos históricos marxistas que ha aparecido especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Pero Marx no se interesó primeramente por formular una teoría de la historia más científica que la de Condorcet o Hegel. El punto decisivo del materialismo histórico reside en el análisis científico de Marx sobre el capitalismo y en su teoría política revolucionaria.

- VI –

EL CAPITALISMO

El Capital corona la obra de Marx. Es la obra maestra del trabajo de su vida. Según dice en el Prefacio del primer tomo, el libro buscaba "revelar la ley económica del movimiento de la sociedad moderna" (C I, 92). Pensadores de la economía anteriores habían captado uno u otro aspecto del funcionamiento del capitalismo, pero ahora Marx buscaba entenderlo como un todo. A tono con el método de análisis y con la concepción de la historia que hemos discutido en los dos capítulos anteriores, Marx analiza el capitalismo no como el fin de la historia, no como la forma de sociedad que corresponde a la naturaleza humana, sino como un modo de producción transitorio cuyas contradicciones internas llevarían a su caída.

Para los lectores no familiarizados con la "ciencia deprimente" de la economía –como la llamó el poeta Thomas Carlyle– podrá ser de ayuda que resumamos brevemente el tema de este capítulo. Empieza con la teoría del valor, el punto central de *El Capital*, según la cual las mercancías –los productos que se venden en el mercado– se intercambian en proporción al trabajo socialmente necesario para producirlos. Luego veremos cómo esta teoría se relaciona con la discusión de Marx sobre la explotación capitalista, ya que el valor excedente –plusvalor o plusvalía– creado por los trabajadores es la fuente de las ganancias sobre las que descansa el capitalismo como sistema económico. La competencia entre capitales –sean capitalistas individuales, compañías e incluso Estados– cada cual tratando de hacerse de la mayor cantidad posible de plusvalor, lleva a que se forme una tasa general de ganancia y, como veremos, a una modificación de la teoría del valor. La competencia lleva también hacia una tendencia decreciente de la tasa de ganancia, la cual es causa básica de las crisis que regularmente afligen al sistema capitalista.

Trabajo y valor

El fundamento de toda sociedad humana es el proceso de trabajo; esto es, la cooperación entre los seres humanos para utilizar las fuerzas de la naturaleza y satisfacer así sus necesidades. Antes que nada, el producto del trabajo debe responder a alguna necesidad humana. En otras palabras, debe ser útil. Marx le llama valor de uso. Su valor reside en primer lugar en ser de uso para alguien.

La necesidad que satisfaga un valor de uso no tiene que ser física. Un libro tiene valor de uso, ya que la gente necesita leer. Asimismo las necesidades que satisfaga un valor de uso pueden tener propósitos viles. La pistola de un asesino o el bastón de un policía son valores de uso, tanto como una lata de arbejas o el escalpelo de un cirujano.

Bajo el capitalismo los productos del trabajo toman la forma de mercancías. Una mercancía, como bien apuntó Adam Smith, no sólo tiene valor de uso. Las mercancías no se hacen para ser consumidas directamente, sino para ser vendidas en el mercado. Son producidas para ser intercambiadas. Como tales, las mercancías tienen también un valor de cambio: "la relación cuantitativa, la proporción, en que valores de uso de un tipo se intercambian por valores de uso de otro tipo" (C I, 126). Así por ejemplo, el valor de cambio de una camisa podría ser el de cien latas de arbejas.

Son distintos el valor de uso y el valor de cambio. Para usar un ejemplo de Smith, el aire tiene un valor de uso casi infinito para los seres humanos, porque sin él no podríamos vivir, pero no tiene valor de cambio –si ignoramos que los ricos pueden adquirir entornos menos contaminados. Por otro lado, los diamantes tienen relativamente muy poco valor de uso, pero tienen un valor de cambio muy alto.

Un valor de uso satisface unas necesidades humanas específicas. Si uno tiene hambre, un libro no sirve de nada. Por otra parte, el valor de cambio de una mercancía es la cantidad por la que ella se cambia por otras mercancías. Los valores de cambio reflejan lo que las mercancías tienen en común y no sus cualidades específicas. Una pieza de pan puede ser cam-

biado por un abrelatas –sea directamente o por medio del dinero– aún cuando sus usos son muy diferentes. ¿Qué tienen en común ambas mercancías que hace posible el intercambio?

La respuesta de Marx es que todas las mercancías tienen un valor, del cual el valor de cambio es meramente un reflejo. Ese valor representa lo que le ha costado a la sociedad producir esa mercancía. Como la fuerza de trabajo humana es la fuerza motora de la producción, ese costo puede ser medido sólo por la cantidad de trabajo que se dedicó a hacer la mercancía.

Pero por trabajo Marx no se refiere aquí a la forma particular de trabajar, dedicada por ejemplo a hornear una pieza de pan o producir un abrelatas. Este trabajo "concreto" –como lo llama Marx– es demasiado variado y complejo para darnos la medida que necesitamos del valor. Para encontrar esta medida debemos abstraer el trabajo de su forma concreta. Marx escribe: "Un valor de uso –o un artículo útil– tiene valor, sólo porque tiene trabajo humano abstracto objetivado o materializado en él" (C I, 129). De manera que el trabajo tiene un "doble carácter":

Por un lado, todo trabajo es un gasto de fuerza de trabajo humana en el sentido fisiológico, y es en esta calidad de ser igual, o abstracto, el trabajo humano forma el valor de las mercancías. Por otro lado, todo trabajo es un gasto de fuerza de trabajo humana de una forma particular y con una meta definida, y es en esta calidad de ser trabajo útil definido, que produce valores de uso" (C I, 137).

Marx describió este carácter dual del trabajo como uno "de los mejores puntos en mi libro" (SC, 192). Fue aquí que la teoría de Marx se desligó de la de Ricardo y los pensadores de la economía política. Marx critica a Ricardo por concentrarse casi exclusivamente en buscar una fórmula precisa para determinar el valor de cambio de las mercancías. Lo que quería Ricardo era encontrar formas de prever los precios del mercado.

"El error de Ricardo es que sólo le interesa la magnitud del valor... Lo que Ricardo no investiga es la forma específica en que el trabajo se manifiesta como el elemento común a las mercancías", dice Marx (TSV III, 131 y 138).

Marx no estaba específicamente interesado en los precios del mercado. Su objetivo era comprender al capitalismo como una forma de sociedad históricamente específica, y cuáles contradicciones podían llevar a su transformación futura. Marx no quería saber cuánto trabajo forma el valor de cambio de las mercancías, sino en qué forma el trabajo realiza esta función, y por qué en el capitalismo la producción es de mercancías para el mercado en vez de productos para usufructo directo de la gente, como en sociedades anteriores.

El carácter dual del trabajo es crucial para responder esta pregunta, porque el trabajo es una actividad social y cooperativa. Esto es cierto no sólo de tipos particulares de trabajo, sino de la sociedad en su conjunto. El trabajo de cada individuo o grupo de individuos es trabajo social en el sentido de que contribuye a satisfacer las necesidades de la sociedad. Estas necesidades requieren todo tipo de diferentes productos: no sólo alimentos diferentes sino además diferentes tipos de vestido, casas, medios de transporte, herramientas, instrumentos necesarios en la producción, etc. Esos diferentes tipos de trabajo útil tienen por fuerza que llevarse a cabo. Si todos produjéramos un sólo tipo de producto la sociedad colapsaría muy pronto.

Por lo tanto, toda sociedad necesita medios para distribuir el trabajo social entre las diferentes actividades productivas. Marx señala que: "Ninguna forma particular de producción social puede echar a un lado esta necesidad de distribución del trabajo social en proporciones definidas" (SC, 209). Pero hay una diferencia fundamental entre el capitalismo y otros modos de producción. El capitalismo carece de un mecanismo para que la sociedad decida colectivamente cuánto de su trabajo será dedicado a las tareas particulares.

Para entender por qué es así debemos ver los modos de producción precapitalistas, en que la meta de la actividad económica era primeramente producir valores de uso, y donde cada comunidad podía satisfacer la mayoría de sus necesidades gracias al trabajo de sus miembros. Por ejemplo

... en la industria rural patriarcal de una familia campesina que produce maíz, ganado, hilo, tela y ropa para su propio uso... la distribución del trabajo en la familia y el tiempo de trabajo invertido por los miembros indivi-

duales de la familia se regulan por las diferencias de sexo y de edad, así como por las variaciones de las condiciones naturales de trabajo según las estaciones del año (C I, 171).

La distribución del trabajo era regulado colectivamente incluso en sociedades precapitalistas en que existían explotación y clases sociales. En el feudalismo

... el trabajo y sus productos... toman forma en las transacciones de la sociedad, de servicios en especie y pagos en especie... No importa lo que podamos pensar de los diferentes roles que las personas ejercen en la sociedad, las relaciones sociales entre individuos aparecen en cualquier caso como sus propias relaciones personales... no están disfrazadas de relaciones sociales entre cosas, entre los productos del trabajo (C I, 170).

En los casos de la esclavitud y del feudalismo –modos de producción fundados en la explotación de clase– el grueso de la producción es dedicado enteramente a satisfacer las necesidades de los productores y de la clase explotadora. El asunto principal no es qué se produce, sino más bien la división del producto social entre explotados y explotadores.

En el capitalismo es distinto. El "desarrollo de la división del trabajo" significa en este caso que la producción en cada taller es ahora altamente especializada, y separada de los demás talleres. Ningún productor puede satisfacer sus necesidades solamente con su producción. Un trabajador en una fábrica de abrelatas no puede comer abrelatas. Para vivir deben venderse los abrelatas a otros. Los productores son interdependientes en dos sentidos: necesitan los productos de los otros, pero además necesitan a los demás como compradores de sus productos, de manera que puedan obtener el dinero con que comprar lo que necesitan.

Marx llama a este sistema "producción generalizada de mercancías". Los productores están vinculados entre sí sólo por el intercambio de sus productos:

Los objetos de uso se vuelven mercancías porque son productos del trabajo de individuos particulares que trabajan independientes entre sí. La suma total del trabajo de todos estos individuos privados forma el trabajo agre-

gado de la sociedad. Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, las características sociales específicas de sus trabajos particulares se dejan ver sólo en este intercambio. En otras palabras, el trabajo del individuo particular se manifiesta como un elemento del trabajo total de la sociedad, solamente por medio de relaciones que el acto de intercambio establece entre los productos, y por medio de éstos, entre los productores (C I, 165-6).

Hasta ahora el trabajo concreto era directamente trabajo social. La producción era para usarse, para satisfacer alguna necesidad específica; su rol social era obvio, y éste era el punto de partida. En cambio, donde la producción es para el intercambio, no hay conexión necesaria entre el trabajo útil que realiza un productor particular y las necesidades de la sociedad. Si los productos de una particular fábrica satisfacen alguna necesidad social, podrá saberse sólo después de que los mismos han sido fabricados y han sido puestos en venta en el mercado. Si nadie quiere comprar estos bienes, el trabajo que los produjo no fue trabajo social.

Hay un segundo aspecto en que se ve la diferencia entre trabajo social y trabajo privado bajo el capitalismo. Quienes producen el mismo producto competirán por el mismo mercado. Su éxito relativo dependerá de cuán barato vendan el producto. Esto implica aumentar la productividad del trabajo: "en general, a mayor productividad del trabajo, menor será el tiempo de trabajo requerido para producir un artículo, menor la masa de trabajo cristalizada en ese artículo, y menor su valor", escribe Marx (C i 131).

La presión de la competencia obliga a los productores a adoptar métodos de producción similares a los de sus rivales, o quedarse rezagados. En consecuencia, el valor de las mercancías se determina no por la cantidad total de trabajo usado para producirlas, sino más bien por la cantidad de trabajo socialmente necesario, esto es, por "el tiempo de trabajo que requiere producir cualquier valor de uso en las condiciones de producción normales en una sociedad dada y con el grado promedio de destrezas y de intensidad de trabajo prevaleciente en esa sociedad" (C I, 129). Un productor ineficiente que usa más trabajo que el socialmente necesario para producir algo, verá

que el precio que consigue por el artículo no compensa su trabajo excedente. Sólo el trabajo socialmente necesario es trabajo social.

El trabajo social abstracto no es meramente un concepto, algo que exista solamente en la mente, sino que domina la vida de la gente. Los productores serán sacados de carrera a menos que se adapten a las "condiciones normales de producción".

Esto no es todo. Hemos visto que el trabajo útil privado se hace trabajo social sólo una vez que se vende el producto. Luego, para que se dé dicho intercambio tiene que haber alguna manera de saberse cuánto trabajo socialmente necesario contiene cada mercancía. La sociedad no tiene manera de saber esto colectivamente, porque el capitalismo es un sistema en que los productores se relacionan entre sí sólo mediante sus productos.

La solución ha sido que una mercancía asume el rol de equivalente universal, contra el cual se mide el valor de todas las otras mercancías. Este es el dinero: una mercancía particular que se ha hecho fija en su función de equivalente universal. Marx escribe que "la representación de la mercancía dinero implica... que las diversas magnitudes de los valores de las mercancías... se expresan todas en una forma, en que existen como encarnación del trabajo social" (TSV III, 130).

De manera que el capitalismo es un sistema económico en que los productores individuales no saben de antemano si sus productos darán satisfacción a alguna necesidad social. Lo pueden saber solamente tratando de vender los productos en el mercado. La competencia entre productores que tratan de capturar mercados vendiendo sus productos lo más barato posible reduce el trabajo de cada uno de ellos a una medida, el trabajo social abstracto representado en el dinero. Si bajan los precios de sus productos, los productores cambian a actividades económicas que dejen más ganancias. Y los precios bajan si hay menos demanda por una mercancía que oferta de ella. Es de esta manera indirecta que se distribuye el trabajo social entre las diferentes ramas de la producción.

El análisis de Marx sobre el valor busca comprender aquello que hace al capitalismo una forma de producción social única. Se concentra en "el marco interno real de las relaciones burguesas de producción" (C I, 175 n

34). Muestra que "como valores, las mercancías son magnitudes sociales... relaciones entre los hombres en su actividad productiva... Allí donde el trabajo es comunitario las relaciones que establecen los hombres en su producción social no se manifiestan como 'valores' de 'cosas'" (TSV III, 129).

Casi tan pronto como se publicó El Capital, economistas burguesas objetaron que la discusión de Marx sobre el valor, al principio del tomo 1, no demuestra que las mercancías se venden realmente en proporción al trabajo socialmente necesario para producirlas. Han seguido haciendo esta crítica hasta el día de hoy. Marx comentó sobre uno de estos críticos:

El pobre no ve que, aún cuando en mi libro no hubiera un capítulo sobre el "valor", el análisis que presento sobre las relaciones reales contendría la prueba y la demostración de la relación real del valor...

La ciencia consiste precisamente en demostrar cómo la ley del valor se afirma a sí misma. De modo que si alguien quisiera "explicar" desde el mismo principio todos los fenómenos que parecen contradecir dicha ley, habría que presentar la ciencia antes de la ciencia (SC, 209-210).

El Capital como un todo, es en sí la demostración de la teoría del valor. Marx consideró como método científico justo el de "elevarse de lo abstracto a lo concreto" (G, 101). Comienza exponiendo la teoría del valor en la forma abstracta en que hasta ahora la hemos visto. Pero este es sólo el inicio de su análisis. Luego procede, paso a paso, a demostrar cómo la conducta compleja y a menudo caótica de la economía capitalista puede entenderse gracias a la teoría del valor, y sólo gracias a ésta.

Plusvalor y explotación

De acuerdo con Marx, el modo de producción capitalista implica dos grandes separaciones. Ya hemos discutido una, la separación entre las unidades de producción. La economía capitalista es un sistema dividido entre productores en competencia, separados aunque interdependientes. Pero también dividido dentro de cada unidad de producción entre el propietario de los medios de producción y los productores directos –o sea entre el capital y el trabajo asalariado.

Marx apunta que las mercancías pueden existir sin el sistema capitalista. En las sociedades precapitalistas había dinero y comercio. Sin embargo, el intercambio de mercancías en estas sociedades era principalmente un medio de obtener valores de uso, las cosas que la gente necesitaba. La circulación de mercancías en tales circunstancias toma la forma de M-D-M, en que M significa mercancía y D quiere decir dinero. El productor toma su mercancía y la vende por dinero, y luego usa este dinero para comprar otra mercancía de otro productor. El dinero es un intermediario de la transacción.

Pero en las sociedades en que prevalece el modo de producción capitalista, la circulación de mercancías toma una forma diferente, más compleja: D-M-D1. Se invierte dinero para producir mercancías que entonces se cambian por más dinero aún. Después de la transacción, el dinero que tiene el capitalista es más que D, o sea más del dinero invertido inicialmente. Marx llamó "plusvalor" a este dinero excedente o ganancia. ¿De dónde ha salido ese dinero?

Ricardo había contestado esta pregunta indicando que el valor creado por el trabajo se dividía luego entre salarios y ganancias. El trabajo era la fuente del plusvalor. Sin embargo, Ricardo no desarrolló este argumento porque incurrió en una contradicción evidente: definió "salario" como el valor del trabajo. Pero ¿cómo puede ser esto así si los salarios son menos que el valor total creado por el trabajo, el cual según el mismo Ricardo se divide entre salarios y ganancias?

Ricardo no abordó esta cuestión. En cambio, dio por sentada la existencia del plusvalor. Para Marx, la explicación del plusvalor descansa en su análisis de la relación entre capital y trabajo asalariado. No es "trabajo" lo que el obrero vende al capitalista a cambio de su salario, sino su fuerza de trabajo.

El valor de uso que el obrero tiene para ofrecer al capitalista... no es materializado en un producto, no existe aparte de él, sino que existe... sólo potencialmente, como sus capacidades. Se hace realidad sólo cuando... el capital lo pone en movimiento (G, 267).

La fuerza de trabajo es una mercancía. Como todas las mercancías tiene un valor y un valor de uso. Su valor es determinado por el trabajo socialmente necesario implicado en mantener vivo al trabajador y en la crianza de los

niños que lo reemplazarán. "Su valor, como el de cualquier otra mercancía, está determinado desde antes de que entre en circu

lación, ya que una determinada cantidad de trabajo social ha sido gastada en la producción de esa fuerza de trabajo. Pero su valor de uso consiste en el ejercicio consecuente de esa fuerza" (C I, 277).

El trabajo es el valor de uso de la fuerza de trabajo: el capitalista pone a trabajar al trabajador una vez lo emplea. Pero el trabajo es además una fuente de valor. Normalmente el trabajador creará durante un día de labor más valor del que hay en los salarios diarios con que el capitalista ha comprado su fuerza de trabajo. "Lo que era realmente decisivo para él [el capitalista] era el valor de uso específico que posee esta mercancía, de ser fuente no sólo de valor sino de más valor que el de ella misma" (C I, 300-301).

Por ejemplo, supongamos que en un día de trabajo de ocho horas, cuatro horas reponen el valor de la fuerza de trabajo que el capitalista había adelantado en forma de salario. El valor creado en las otras cuatro horas son para los bolsillos del capitalista. El plusvalor, o ganancia, es simplemente la forma peculiar en que existe el trabajo excedente en el modo de producción capitalista.

Este análisis de la compra y la venta de la fuerza de trabajo permite a Marx trazar el origen del plusvalor hasta la explotación del trabajador por el capitalista. Destaca que los patrones descritos por la economía política clásica no son naturales o inevitables, sino relaciones de producción históricamente específicas.

Marx supone que las mercancías, incluyendo la mercancía-fuerza-de-trabajo, se venden a su valor. Es decir, el capitalista no hace su ganancia haciéndole trampa al trabajador y pagando la fuerza de trabajo a menor precio del equivalente al trabajo socialmente necesario para reproducirla. La explotación no es algo anormal, sino una expresión típica del funcionamiento regular del modo de producción capitalista. Radica en la diferencia entre el valor creado por la fuerza de trabajo una vez se emplea, y el valor de la propia fuerza de trabajo.

La compra y venta de fuerza de trabajo se funda en la desposesión los medios de producción por parte del trabajador, de modo que "el trabajador ... es libre en doble sentido… como un individuo libre puede disponer de su fuerza de trabajo como su propia mercancía, y por otro lado... es libre de las demás mercancías que se requieren para que se realice su fuerza de trabajo" (C I, 272-3). El intercambio entre capital y trabajo asalariado presupone "la distribución de los elementos de la producción misma, de los que, en un lado se concentran los factores materiales, y en el otro está, aislada, la fuerza de trabajo" (C II, 33).

En la parte 8 del tomo 1 de El Capital Marx muestra cómo esta "distribución" fue resultado de un proceso histórico, en que el campesinado fue desposeído de sus tierras, y los medios de producción –inicialmente la tierra misma– se hicieron monopolio de una clase cuyo objetivo era la ganancia.

De este modo Marx explica la aparente igualdad política de todos los ciudadanos en la sociedad capitalista y la desigualdad real de la explotación de clase. El intercambio entre capital y trabajo asalariado es un intercambio de equivalentes. La fuerza de trabajo se paga por lo que vale, o sea por el costo de reproducirla. Tanto el trabajador como el capitalista son poseedores de mercancías: el uno de fuerza de trabajo, el otro de dinero. La fuerza de trabajo se paga por lo que vale, o sea el costo de reproducirla. Entonces ¿dónde está la explotación?

La explotación es invisible mientras nos quedemos en el "reino de la circulación", es decir del mercado, donde cada cual es un poseedor de mercancías actuando de acuerdo a su interés privado. La cosa cambia cuando entramos al "domicilio escondido de la producción, en cuya entrada cuelga un letrero que dice `no entre si no es para negocios` (C I, 279-280). La explotación es posible por el carácter peculiar de la mercancía que vende el obrero, es decir porque el valor de uso de dicha mercancía es el trabajo, a su vez fuente de valor y plusvalor. Y es en la producción que se activa esta fuerza de trabajo.

Antes de que veamos el proceso de producción capitalista hay que precisar qué se quiere decir con capital.

El capital es una acumulación de valor que crea y acumula más valor. Mucho antes del capitalismo, los ricos acumulaban riqueza expropiando el producto del trabajo excedente de esclavos o siervos. Pero esta riqueza se usaba para el consumo, de manera que los ricos y sus grupos acólitos tenían la mayor parte de lo producido para satisfacer sus necesidades y para sus lujos. Esta riqueza no era capital, aunque tiene en común con el capital que su fuente era el trabajo excedente.

El primer signo de que una acumulación de riqueza ha comenzado a actuar como capital es la fórmula D-M-D1 que ya hemos visto. Esta fórmula representa una transacción en que el dinero (D) se cambia por mercancías (M), las cuales se vuelven a vender por una suma mayor de dinero (D1). Al principio quienes hacían estas transacciones eran comerciantes, los cuales por ejemplo importaban especias de Oriente y las vendían en Europa, donde la demanda por especias para conservar la carne era tal que podían obtener un elevado precio. Sin embargo, el capital propiamente dicho aparece realmente sólo cuando la fuerza de trabajo se vuelve una mercancía que se vende y se compra, ya que este trabajo asalariado luego define las relaciones de producción particulares al capitalismo.

Por lo tanto el capital se puede definir por dos cosas: por lo que es y por cómo opera. Es una acumulación de plusvalor producido por el trabajo, y esta acumulación puede tomar la forma de dinero, mercancías o medios de producción (usualmente una combinación de los tres). Por otra parte, el capital opera para garantizar cada vez más acumulación. Marx definió este proceso como la "autoexpansión del valor".

El capital no tiene que ser identificado necesariamente con capitalistas individuales. En sus primeras etapas los individuos ricos jugaron un papel importante, pero este ya no es el caso hoy. Está en la naturaleza del capitalismo que el capital asuma vida propia y funcione de acuerdo a una lógica económica que trasciende a cualquier individuo. Las unidades individuales de capital, a las que usualmente se llama "capitales", pueden ser desde una compañía pequeña hasta una gran corporación, desde una institución financiera hasta un estado-nación.

Marx formuló varios conceptos nuevos para poder captar el carácter peculiar del proceso de producción capitalista. Vimos en el capítulo anterior que en el proceso de trabajo hay dos elementos principales: fuerza de trabajo y medios de producción. En el capitalismo ambos toman la forma de capital. El capitalista tiene que invertir dinero en comprar tanto fuerza de trabajo como medios de producción. Sólo entonces puede esperar aumentar su inversión inicial. Marx llama "capital variable" al dinero invertido en comprar fuerza de trabajo. Y llama "capital constante" al dinero invertido en la planta física, el equipo, las materias primas y otros medios de producción.

La razón para estos nombres se entiende a la luz de la teoría del valor. El capital variable expande su valor, porque se invierte en fuerza de trabajo – la mercancía que es fuente de valor. El capital constante no. La producción capitalista implica entonces "trabajo vivo" (el trabajo del obrero que repone el valor invertido en la fuerza de trabajo y además crea plusvalor) y "trabajo muerto" (el trabajo implicado o acumulado en los medios de producción). Este trabajo muerto es, en primera instancia, el trabajo de los obreros que crearon los medios de producción. El valor de estos medios de producción es gradualmente transferido a las mercancías que se producen con ellos, a medida que la maquinaria va deteriorándose con el uso.

Tasa de plusvalor es el nombre que Marx da a la proporción entre plusvalor y capital variable –el capital invertido en fuerza de trabajo (o salarios). Esta proporción mide la tasa de explotación –el grado en que el capitalista bombea, por así decir, trabajo excedente hacia los trabajadores. Regresemos a nuestro ejemplo anterior. Si el trabajo necesario equivale a cuatro horas y el trabajo excedente equivale a las otras cuatro, entonces la tasa de plusvalor es de 4:4, o 100 por ciento.

Ahora bien, Marx apunta que hay dos formas en que los capitalistas aumentan la tasa de plusvalor. Una de ellas es común a todos los modos de producción, la otra es específica del capitalismo. Son, respectivamente, la producción de plusvalor absoluto y de plusvalor relativo. El plusvalor relativo se crea extendiendo la jornada de trabajo. Si los obreros trabajan diez horas en vez de ocho, y el trabajo necesario es de cuatro horas, entonces se han

añadido otras dos horas al trabajo excedente. La tasa de plusvalía, aumenta de 4:4 a 6:4, o de 100 por ciento a 150 por ciento.

Varias de las más brillantes y elocuentes páginas de El Capital están dedicadas a describir cómo, especialmente en los primeros tiempos de la revolución industrial, los capitalistas extendían lo más posible la jornada de trabajo, incluso obligando a niños de nueve años a trabajar tres turnos de doce horas en las condiciones infernales de las fundiciones de hierro. "El capital –escribe Marx– es trabajo muerto que, como un vampiro, vive sólo chupando trabajo vivo, y vive más mientras más trabajo chupa " (C I, 342).

Hay sin embargo límites objetivos a la extensión de la jornada de trabajo. Si se extiende demasiado "no sólo deteriora la fuerza de trabajo, al robarle sus condiciones morales y físicas normales de desarrollo y actividad, sino que además provoca una fatiga prematura y hasta la muerte de la misma fuerza de trabajo" (C I, 376). El capital actuaría así contra sus propios intereses, pues depende de la fuerza de trabajo misma. Por otro lado, la extensión inmisericorde de la jornada de trabajo provoca resistencia organizada de las víctimas. Marx apunta que la acción colectiva de la clase trabajadora en Inglaterra forzó a los capitalistas a aceptar las Factory Acts que limitaron las horas de trabajo. "Así, en la historia de la producción capitalista, la norma de la jornada de trabajo se aparece como una lucha en torno a los límites del día, una lucha entre el capital colectivo, es decir la clase de los capitalistas, y el trabajo colectivo, es decir la clase trabajadora" (C i 344).

Pero el capital aumenta la tasa de plusvalor también mediante la producción de plusvalor relativo. Un aumento en la productividad del trabajo lleva a una reducción en el valor de las mercancías que ella produce. Si se abaratan los bienes de consumo –que consumen los propios trabajadores con sus salarios– a causa de un nuevo progreso técnico en las condiciones de producción, se reducirá el valor de la fuerza de trabajo. Se requiere menos trabajo social para reproducir la fuerza de trabajo. Asimismo se reduce la parte de la jornada de trabajo dedicada a trabajo necesario, dejándose más tiempo a la creación de plusvalor.

Digamos que un alza en la productividad de las industrias de bienes de consumo provoca que el valor de estos bienes se reduzca a la mitad. Regre-

sando al ejemplo de antes, ahora el trabajo necesario tomará sólo dos horas de un total de ocho horas de jornada. La tasa de plusvalor es ahora 6:2. Ha aumentado de 100 a 300 por ciento.

Marx indica que aunque en todas las fases de desarrollo capitalista se encuentra el plus-valor absoluto así como el relativo, históricamente tiende a haber un cambio en su importancia. Cuando surgieron en Europa las relaciones de producción capitalistas lo hicieron sobre los métodos de producción heredados de la industria artesanal de la sociedad feudal. Al principio estos métodos artesanales y manuales no fueron alterados drásticamente. Sencillamente se agrupaba a los trabajadores en unidades más grandes de producción y se les sometía a una división de trabajo más compleja. Nuevas relaciones de producción, por tanto, se injertan en un viejo proceso de trabajo:

Dado un modo preexistente de trabajo... puede crearse plusvalor sólo extendiendo la jornada de trabajo, es decir, aumentando el plusvalor absoluto (C I, 1021).

En un modo de producción como el feudalismo, en que ni explotador ni explotado tenían necesariamente gran interés en expandir las fuerzas de producción, se extraía más trabajo excedente a los productores directos haciéndolos trabajar más largas horas. En cambio, el capitalismo introduce una nueva forma de aumentar la tasa de explotación, haciendo que los productores trabajen más eficazmente.

"Con la producción de plusvalía relativa se altera toda la forma de producción y aparece una forma de producción específicamente capitalista" (C I, 1024). Lo que Marx llama manufactura, basada en "una amplia fundación de artesanías en pequeños pueblos y en las industrias domésticas del campo" (C I, 490) fue suplantada por una industria moderna a gran escala o "maquinofactura", donde la producción es organizada en torno a sistemas de máquinas y el proceso de trabajo es constantemente alterado con las innovaciones tecnológicas. "Ahora surge un modo de producción tecnológico en cualquier caso específico –la producción capitalista– que transforma el proceso de trabajo y sus condiciones reales" (C I, 1034-5).

La consecuencia más importante es que el proceso de trabajo es crecientemente socializado. La producción ahora toma lugar en grandes unidades organizadas a base de máquinas y con una división de trabajos muy compleja. "La verdadera palanca del conjunto del proceso de trabajo es, cada vez más, no el trabajador individual", sino "la fuerza de trabajo combinada socialmente" (C I, 1039-40). El capitalismo crea así lo que Marx llama el "obrero colectivo", del cual los individuos son miembros, ligados entre sí por el esfuerzo conjunto de producir mercancías.

Marx destaca que en el capitalismo el propósito de la continua transformación del proceso de trabajo es aumentar la tasa de explotación, generando plusvalor relativo:

Como cualquier otro instrumento para aumentar la productividad laboral, la maquinaria persigue abaratar las mercancías y, al acortar la parte de la jornada de trabajo en que el obrero trabaja para sí, alarga la otra parte, la parte que éste *da al capitalista a cambio de nada. La máquina es un medio para producir plusvalía* (C I, 492).

Como señalamos en el último capítulo, las fuerzas productivas se desarrollan al extremo que les permita el marco de las relaciones de producción dominantes. La peculiaridad del capitalismo es que estas relaciones necesitan hacer que progrese continuamente la productividad del trabajo.

Competencia, precios, ganancia

El análisis de Marx sobre el proceso de producción capitalista en el primer tomo de El Capital se coloca en un alto nivel de abstracción. Un punto de partida es que las mercancías se intercambian al valor que realmente tienen, o sea en proporción al trabajo requerido socialmente para producirlas. Marx excluye los efectos de la competencia y de las fluctuaciones en la oferta y demanda de las mercancías.

Marx está interesado ante todo en captar los rasgos esenciales de la economía capitalista y en remitirlos a su fuente, esto es, a la extracción de plusvalor a los trabajadores en el proceso de producción. Marx persigue

analizar lo que llamó "el capital en general, en tanto distinto a los capitales particulares". Dice que el mismo es una abstracción, y no

...una abstracción arbitraria, sino una abstracción que capta las características específicas que distinguen al capital de todas las otras formas de riqueza, o modos en que se desarrolla la producción social. Estos son los aspectos comunes a cada capital como tal, o los que hacen capital a cada suma específica de valores (G, 449).

Los "aspectos comunes a cada capital como tal" se reducen al hecho de que el capital es una autoexpansión del valor, que surge de la explotación del trabajador en la producción. El plusvalor es lo que distingue al capital de otros "modos en que se desarrolla la producción social", como "la forma especifica en que se bombea el trabajo excedente no pagado de los productores directos" (C III, 791). El análisis del "capital en general" persigue sacar a la luz las bases de las relaciones capitalistas de producción.

Hay otra dimensión en el examen marxista del capitalismo. Vimos que este modo de producción implica dos separaciones: una entre la fuerza de trabajo y los medios de producción, la cual subyace al intercambio entre trabajo asalariado y capital, haciéndose posible la extracción de plusvalor; y otra entre las unidades de producción, que surgen de que en el capitalismo no hay forma colectiva de distribuirse el trabajo social entre sus diversas actividades, y en consecuencia los productores individuales se relacionan entre sí sólo por vía del intercambio de sus productos.

Es un rasgo esencial del capitalismo que ningún productor individual controla la economía. "El capital existe y puede existir sólo como muchos capitales", escribe Marx (G, 414).

La esfera de los "muchos capitales" es la competencia. Los capitales individuales luchan entre sí por dominar los mercados y controlar sectores particulares. La conducta de estos capitales puede ser comprendida a la luz del análisis de Marx sobre el "capital en general" y especialmente sobre el proceso productivo. Lo que los hace capitales es la autoexpansión del valor, en la producción. En un sentido importante el análisis de Marx sobre la competencia del mercado complementa su estudio del proceso de producción.

Aquí hay que echar un vistazo a los tres tomos de El Capital. El tomo 1 analiza el proceso de producción. Pero como el capitalismo es un sistema de producción generalizada de mercancías, el capitalista obtiene el plusvalor de los trabajadores solamente si logra vender –las mercancías en que el valor toma cuerpo. Lo que Marx llama la realización del valor creado en la producción –su transformación en dinero– depende de la circulación de mercancías en el mercado.

El tomo 2 examina este proceso de circulación. Marx discute los diferentes circuitos del capital, las transformaciones sucesivas de por ejemplo capital-dinero en fuerza de trabajo y medios de producción que se usan para producir las mercancías y luego en una suma mayor de dinero si las mercancías se venden a su valor. Luego considera la forma en que los circuitos de capitales individuales interactúan para reproducir a la economía en su conjunto. Mucho de lo que dice en este tomo es innovador y brillante, pero lo tocaremos sólo cuando discutamos las crisis en la sección próxima.

Es en el tomo 3 de El Capital que se hace más pertinente la discusión sobre la competencia de mercado. Aquí Marx elabora su análisis sobre la producción capitalista como un todo. La realización del valor que se ha iniciado en la producción depende de la circulación de las mercancías en el mercado:

... el proceso de producción capitalista, tomado como un todo, representa una síntesis del proceso de producción y de circulación... Las diversas formas de capital según desarrolladas en este libro... abordan paso a paso la forma que ellas mismas asumen en la superficie de la sociedad, en la acción de cada capital sobre los otros, en la competencia y en la conciencia ordinaria de los agentes de producción mismos (C III, 26).

La importancia central de la competencia en el mercado es que obliga a los productores individuales a comportarse como capitales. "La influencia de los capitales individuales entre sí tiene el efecto, precisamente, de que deben conducirse como capital" (G 657).

La ley del valor –que las mercancías se intercambian en proporción al trabajo socialmente necesario para su producción– se relaciona de dos formas con la competencia. Marx distingue entre el valor de una mercancía y su precio en el mercado. El valor es el trabajo social que se ha depositado en la

mercancía. El precio del mercado es la cantidad de dinero por el que la mercancía se adquiere en un momento dado. A menudo ambos podrán diferir, ya que el precio de mercado fluctúa de acuerdo a las oscilaciones de la oferta y la demanda. Marx indica que dichas fluctuaciones se cancelan unas a otras.

El valor de la mercancía es el trabajo socialmente necesario implicado en su producción. El mismo bien podría diferir de la cantidad real de trabajo empleado para producir la mercancía en particular. De manera que por un lado tenemos el valor individual de una mercancía (el tiempo de trabajo que cobra cuerpo en ella), y el valor en el mercado o valor social, que refleja las relaciones de producción prevalecientes en una industria determinada.

El precio de mercado de la mercancía se determina por la competencia entre capitales en una industria dada, cada cual buscando una porción mayor del mercado que sus rivales y cada cual continuamente mejorando, para ello, sus condiciones de producción, o sea reduciendo en la medida de lo posible el valor de sus mercancías. Usualmente el valor de mercado resultante será el valor de los bienes producidos en las condiciones de producción promedio de una industria. A causa de la competencia, los productos de un capital individual se venden al valor de mercado, aún cuando el trabajo real con que se produjo la mercancía –su valor individual– sea mayor o menor que el valor de mercado.

Hay una segunda forma en que la competencia afecta la ley del valor. Y es que las mercancías son "producto del capital" (C I, 949). El capitalista invierte su capital en la producción de mercancías no por ellas mismas, sino para extraer plusvalor. Ahora bien, como vimos en la sección anterior, la fuente del plusvalor es el capital variable, o sea los trabajadores que el capitalista ha empleado a cambio de sus salarios. El capitalista no solamente adelanta el dinero para pagar esos salarios; también tiene que sacar dinero para la maquinaria, el edificio, las materias primas y demás, todo lo cual es necesario para que los trabajadores produzcan las mercancías. Lo que cuenta para el capitalista no es lo que obtiene de su inversión en el capital variable, sino lo que obtiene de su inversión total: el capital variable más el capital constante implicado en los medios de producción.

Esto llevó a Marx a distinguir entre la tasa de plusvalor y la tasa de ganancia. La tasa de plusvalor es la proporción entre plusvalor y capital variable. Esta proporción da la medida de la explotación de la fuerza de trabajo. Por otro lado, la tasa de ganancia es la proporción entre la plusvalía y el capital total invertido –o sea, capital variable más capital constante. Desde el punto de vista de entender al régimen capitalista la tasa de plusvalía es más básica, ya que la fuerza de trabajo es la fuente de los valores. Pero desde el punto de vista del capitalista lo central es la tasa de ganancia, porque necesita obtener beneficios de su inversión total, no sólo de lo que invirtió en salarios.

Las dos tasas difieren entre sí. Por ejemplo, un capitalista emplea 100 trabajadores con salarios de $ 50 a la semana. La factura total de los salarios –su capital variable– es de $ 5.000 a la semana. Si la tasa de plusvalía es de 100 por ciento, entonces la plusvalía producida cada semana es también de $ 5.000. Esta es su ganancia. (El capitalista recobra sus $ 5.000 originales, haciendo $ 10.000 en total). Pero supongamos que el capitalista también tiene que adelantar $ 2.500 a la semana para pagar la planta física, los edificios, etc. Este es su capital constante. El capital total invertido semanalmente será de $ 7.500. Tasa de ganancia, lo que el capitalista obtiene de su inversión total –la relación entre la ganancia obtenida y el capital total invertido– será de $ 5.000 : $ 7.500. O sea, de 66 por ciento.

Para Marx, la tasa de ganancia indica cómo las relaciones reales de producción son disimuladas por la competencia. Es esta tasa de ganancia lo que los capitalistas usan diariamente en sus cálculos. El concepto de la tasa de ganancia relaciona al plusvalor con el capital total y oculta así que la fuerza de trabajo es la fuente de plusvalor. Parece como si el capital constante invertido en los medios de producción fuese también responsable de crear valor y plusvalor. Este es un ejemplo de lo que Marx llama el fetichismo de las mercancías: la forma de operar de la economía capitalista hace que la gente crea que sus relaciones sociales son regidas, de alguna manera mística, por objetos físicos (valores de uso y la maquinaria para producirlos). Así se justifican las ganancias, ya que el capitalista – dueño de los medios de produc-

ción– en apariencia tiene tanto derecho como el trabajador a compartir el producto, para cuya producción supuestamente ambos han cooperado.

Además de esta mistificación, hay más sobre la tasa de ganancia. Marx argumenta que la tasa de ganancia difiere de industria a industria según las condiciones de producción prevalecientes. Para explicar esto usa otro concepto, el de "composición orgánica de capital". Esta es la proporción entre capital constante y capital variable. La composición orgánica del capital indica en términos de valor la cantidad de maquinaria, materias primas, etc. que se necesitan para producir una mercancía dada, relativa a la fuerza de trabajo que se necesita.

Se trata de una medida de la productividad del trabajo: a mayor cantidad de maquinaria y a más materias primas, etc. que utilice cada trabajador, mayor la eficacia de la fuerza de trabajo. De manera que a mayor productividad del trabajo, más alta la composición orgánica del capital. ¿Cómo se relaciona esto con las ganancias?

Veamos por ejemplo el caso de dos capitalistas, A y B. Supongamos que cada uno tiene el mismo costo semanal de salarios: $ 5.000, y que cada uno obtiene la misma tasa de plusvalía, 100 por ciento. Cada uno recibe una ganancia semanal de $ 5.000. Sin embargo, mientras A invierte semanalmente $ 5.000 en capital constante, B –que opera en otro sector de la industria– tiene que invertir $ 10.000.

Para A la composición orgánica de capital (la proporción entre capital constante y capital variable) es de $ 5.000 : $ 5.000, o 1:1. Su ganancia de $ 5.000 se hace con un capital total de $ 10.000, de manera que su tasa de ganancia es de $ 5.000 : $ 10.000, o 50 por ciento. Por otro lado, para B la composición orgánica de capital es de $ 10.000 : $ 5.000, o 2:1 –el doble de A. La tasa de ganancia de B es de $ 5.000: $ 15.000 –o sea sólo 33 por ciento.

Así, mientras más alta es la composición orgánica de capital, esto es mientras más maquinaria y materias primas se usan, más baja es la tasa de ganancias. La razón es que solamente la fuerza de trabajo produce plusvalía.

Claro está, los capitalistas están interesados en obtener los mayores beneficios posibles de su inversión, o sea la mayor tasa de ganancias que se pueda. Pero como la cantidad de maquinaria, edificios, etc. varía de industria en industria, unas industrias tienen mayor composición orgánica de capital que otras. Por tanto, el capital tiende a moverse hacia las industrias en que la tasa de ganancias es mayor –o sea, allí donde es baja la composición orgánica de capital. ¿Por qué B ha de seguir invirtiendo su dinero en un sitio en que obtiene sólo 33 por ciento, cuando puede obtener 50 por ciento si coloca su capital en la industria de A?

Esto lleva a lo que Marx llama la igualación de las tasas de ganancia. El movimiento de capital de una industria a otra tiende a poner las tasas de ganancia al mismo nivel. De aquí resulta una "tasa general de ganancia" que indica la relación entre el plusvalor producido en toda la economía y todo el capital invertido en la economía –o sea, el capital social. Cada capitalista individual recibe una porción de la totalidad de la plusvalía extraída en la sociedad. Y la recibe no en proporción al capital variable que han adelantado, sino a todo el capital que ha invertido.

Supongamos que A y B son los dos únicos capitales en la economía. El total de plusvalor será entonces de $ 10.000 y el total del capital social será de $ 25.000. La tasa general de ganancia es $ 10.000 : $ 25.000 –o sea, 40 por ciento. Es más del 33 por ciento original de B, pero menor del 50 por ciento de A. Cada uno recibirá una ganancia de 40 por ciento de su capital total. Además de sus $ 10.000 A recibirá $ 4.000, y B sobre sus $ 15.000, recibirá $ 6.000. Y como cada uno de estos capitalistas extrae a sus trabajadores $ 5.000 en plusvalía, se ha transferido entre ellos un total de $1,000. ¿Cómo ocurre esto? Nuestro modelo de los capitalistas A y B es tal vez demasiado simple para mostrar cómo se produce esta transferencia de plusvalía, pero puede ilustrar el proceso.

Al ver al capitalista A hacer más ganancias que él, el capitalista B naturalmente buscará hacer mayores ganancias. Moverá parte de su capital a la industria A. Esto lleva a un aumento en la producción. Este aumento continúa hasta que la oferta de los productos sea mayor que la demanda. Una vez hay más bienes a la venta que compradores, bajarán los precios, de

manera que estas mercancías terminarán vendiéndose por debajo de su valor. Luego la industria A se hará menos rentable.

A la vez, como el capitalista B ha sacado dinero de su propia industria, se reduce la producción de los bienes en B. Una vez la oferta de estos productos se hace menor que la demanda, subirá el precio de estas mercancías y se venderán por encima de su valor. Así aumenta la tasa de ganancia de la industria B, que antes era baja.

De modo que, como el capital persigue siempre mayores ganancias, son más las inversiones en las industrias de baja composición orgánica de capital; esto es, de menor inversión en planta física, maquinaria y materias primas respecto a fuerza de trabajo, y por tanto las de más altas tasas de ganancia. Pero la gran cantidad de inversiones en estas industrias a su vez hace que bajen los precios y que, por tanto, se reduzcan esas mismas tasas de ganancias. En las industrias de alta composición orgánica de capital ocurre lo opuesto. Marx escribe:

"Este incesante flujo y reflujo –mediante el cual el capital es constantemente redistribuido entre las distintas esferas de la producción, dependiendo de las ganancias que dejen, continúa hasta que– crea tal proporción entre oferta y demanda que la ganancia promedio en las esferas de la producción se hace la misma, y los valores son entonces convertidos en precios de producción" (C III, 195-6).

Se alcanza el equilibrio una vez los precios de las diferentes mercancías llegan al mismo nivel y cada capital obtiene la misma tasa de ganancia.

Es como si toda la plusvalía extraída a la clase trabajadora, en todos los sitios en que se emplea su fuerza de trabajo, fluyera hacia un gran estanque del cual los capitalistas sacan ganancias en proporción a las sumas que han invertido. Un resultado es que se mistifica aún más el origen de la plusvalía, porque las ganancias que obtienen los capitalistas ya no parecen tener relación alguna con el trabajo que realizan sus obreros. "Todos estos fenómenos –comenta– parecen contradecir que el tiempo de trabajo determina el valor... Así, en la competencia todo aparece al revés" (C III, 209). Esta apariencia se disipa una vez que consideramos la relación en su conjunto entre la clase capitalista y la clase trabajadora.

En cada esfera particular de producción, el capitalista individual, así como los capitalistas en su conjunto, toman parte en la explotación de la clase obrera en su totalidad por parte de la totalidad del capital... Puesto que, suponiendo todas las demás condiciones... dadas, la tasa promedio de ganancias se funda en la intensidad de la explotación de la suma total de trabajo por la suma total del capital" (C III, 196-7).

Los capitalistas luchan (y esta lucha es la competencia) para dividirse entre sí la cantidad de trabajo no pagado... que le exprimen a la clase obrera, no en cuanto al trabajo excedente producido directamente por un capital particular, sino en correspondencia, primeramente, a la porción relativa del capital agregado que representa un capital particular, y segundo, en cuanto a la cantidad de trabajo excedente producido por el capital agregado. Como hermanos hostiles entre sí, los capitalistas se dividen el botín del trabajo de otra gente, de manera que, en promedio, cada uno recibe la misma cantidad de trabajo no pagado que el otro (TSV II, 29).

Aquí tenemos prueba matemáticamente precisa de por qué los capitalistas forman una verdadera sociedad masónica vis à vis la clase obrera en su conjunto, a la vez que en la competencia entre ellos se tienen muy poco amor (C III, 198).

Una consecuencia de la igualación de la tasa de ganancias es que la ley del valor debe ser modificada. "Es evidente que el surgimiento... de la tasa general de ganancias necesita la transformación de los valores en precios de costo, que son diferentes de esos valores" (TSV II, 434).

Para ver por qué esto es así regresemos a nuestros amigos los capitalistas A y B. Para saber el valor de su producción semanal supongamos que el valor de todo el capital constante que adelantan cada semana se transfiere a las mercancías que producen. El valor total de su producto semanal es entonces igual a capital variable + plusvalor + capital constante. En el caso de A esto es $ 5.000 + $ 5.000 + $ 5.000 = $ 15.000. En el caso de B es $ 5.000 + $ 5.000 + $ 10.000 = $ 20.000. Pero la igualación de la tasa de ganancia significa que se han transferido $ 1.000 de A a B. De manera que, si se toma en cuenta esta redistribución, se han modificado los valores que se han produ-

cido. Tenemos, entonces, para A: $ 5.000 + $ 4.000 + $ 5.000 = $ 14.000. Y para B: $ 5.000 + $ 6.000 + $ 10. 000 = $ 21.000.

Marx llama "precios de producción" a estos valores convertidos que reflejan la tasa general de ganancia. Se forman inevitablemente, ya que "el capital existe, y sólo puede existir, como muchos capitales". "Lo que logra la competencia, primero en una esfera individual [de producción], es un valor de mercado individual y un precio de mercado derivado de los diversos valores individuales de las mercancías. Y es la competencia entre capitales en esferas diferentes lo que primero da el precio de producción, igualando las tasas de ganancias en las diferentes esferas" (C III, 180). La conversión de valores en precios de producción es parte del proceso de formación de los valores mismos. Pues es la competencia dentro de las industrias particulares lo que lleva a que las mercancías se vendan, en primera instancia, de acuerdo al tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.

La transformación de valores en precios de producción completa la teoría del valor, en lugar de negarla. Marx destaca que la desviación de los precios de producción respecto a los valores "siempre se resuelve en que una mercancía recibe muy poco plusvalor mientras otra recibe demasiado, de manera que se compensan entre sí las desviaciones de los valores representados en los precios de producción" (C III, 161). "La suma de los precios de producción de todas las mercancías que se producen en la sociedad... es igual a la suma de sus valores" (C III, 159-60). Si volvemos al ejemplo de A y B vemos que el valor total de sus productos, $ 35.000, se mantiene igual antes y después de la conversión de valores en precios de producción.

El llamado "problema de la transformación" ha causado controversia desde que el tomo 3 de El Capital se publicó en 1894, y la polémica continúa. Algunas críticas se reducen a un problema de ignorancia. Por ejemplo, el economista austriaco Eugen Von Boehm-Bawerk, autor de uno de los primeros análisis sobre el problema de la transformación, afirmó que Marx cambió de parecer después de escribir el tomo 1 de El Capital y concluyó que, a fin de cuentas, las mercancías no se intercambian por su valor. Esto ignora –como señaló Engels tras publicar el tomo 3 después de la muerte de Marx– que los manuscritos en que este tomo se basa fueron escritos en 1864 y

1865 –¡antes de que Marx completara la redacción del tomo 1! En cualquier caso, Teorías sobre el plusvalor, un escrito hecho con los manuscritos anteriores de 1861-63, muestra que Marx, como Ricardo antes que él, estaba muy consciente de que la existencia de una tasa general de ganancia implicaba que la ley del valor debía ser modificada.

Hay críticas técnicas más válidas. En sus ejemplos de la transformación Marx ignora que los valores de las mercancías, representados por el capital variable más el capital constante, deben ser ellos mismos convertidos en precios de producción. Por tanto no es cuestión, como hice en mi propio ejemplo ilustrativo, de dejar el capital de A en $ 10.000 y el de B en $ 15.000 después de la transformación. Los bienes que consumen los trabajadores, así como los edificios, la maquinaria, etc., que usan para producir mercancías, han sido de hecho afectadas por la formación de una tasa general de ganancia, y sus valores son también transformados en precios de producción. Marx tenía presente este problema, pero no le dio mucha importancia (ver C III, 164-65). Estudios posteriores sugieren que Marx se equivocó y que una completa transformación de los valores en precios de producción tiene implicaciones mucho más profundas de lo que él previó. Sin embargo, las soluciones matemáticas que se han ofrecido al problema no invalidan el análisis básico de Marx sobre la conversión de los valores en precios de producción.

Varios economistas, incluyendo marxistas, insisten en que el "problema de la transformación" demuestra la invalidez de la teoría del valor. Su argumento principal es que hay técnicas para determinar precios de mercancías sin empezar por su valor. Esto es perfectamente cierto, pero el argumento pierde de vista el punto central de la teoría del valor de Marx. Esta teoría no persigue una fórmula para determinar la proporción en que las mercancías se intercambian entre sí (aunque hace también eso, si corregimos la versión de Marx de la transformación). Lo que Marx buscaba es "develar la ley económica de movimiento de la sociedad moderna": mostrar las tendencias de desarrollo histórico contenidas en el modo de producción capitalista. La teoría del valor es un instrumento en este sentido.

El procedimiento de Marx en El Capital indica su método general de "elevarse de lo abstracto a lo concreto". En los tomos 1 y 2, donde analiza "el capital en general" –los rasgos básicos de las relaciones de producción capitalistas– Marx supone que las mercancías se intercambian a su valor. Esta suposición es válida, porque el problema de la transformación aparece sólo cuando consideramos las diferencias entre capitales. Es cuando Marx considera "muchos capitales" y la competencia entre ellos, como en el tomo 3 de El Capital, donde debe por fuerza echar a un lado el supuesto de que las mercancías se intercambien a su valor. Debe ser así podemos "localizar y describir las formas concretas que surgen del movimiento del capital como un todo" (C III, 26).

Podemos realizar esto si hemos hecho la abstracción inicial; esto es, suponer que las mercancías se intercambian a su valor, lo cual es necesario para analizar al "capital en

general". Una crítica principal de Marx a Ricardo es que éste supuso simplemente la existencia de una tasa general de ganancias, sin considerar el valor y el plusvalor aisladamente de la competencia. Los errores de Ricardo fueron "falta de poder de abstracción, incapacidad al abordar los valores de las mercancías, olvidar las ganancias, un hecho que lo confronta como resultado de la competencia" (TSV II, 191).

Hemos visto la relación entre el "capital en general" y los "muchos capitales" de manera estática, sin considerar cómo esta relación afecta la formación del valor. Hagamos ahora una aproximación más dinámica y veamos el efecto sobre la economía burguesa de la competencia entre capitalistas en el mercado.

Acumulación y crisis

La acumulación de capital es uno de los principales rasgos del capitalismo, que lo distingue de otros modos de producción. En las sociedades esclavistas o feudales el explotador consumía el grueso del producto excedente que tomaba de los productores directos. La producción todavía era domi-

nada por el valor de uso: su propósito era que se consumieran los productos.

Esto cambia con el modo de producción capitalista. La mayor parte de la plusvalía que se extrae de los trabajadores no es consumida. Por el contrario, es invertida en más producción. Marx llama acumulación de capital a este proceso en que el plusvalor es constantemente lanzado otra vez a la producción de más plusvalor.

En un conocido pasaje del tomo 1 de El Capital Marx explica cómo este proceso genera en la clase capitalista una ideología de "abstinencia". La burguesía debe negarse incluso a consumir ella misma, para obtener tanto plusvalor como sea posible, y reinvertirlo.

¡Acumulen! ¡Acumulen! ¡Ese es Moisés y los profetas! "La industria provee el material que el ahorro acumula" [dice Adam Smith]. ¡De manera que ahorren, ahorren, reconviertan en capital la mayor porción posible de plusvalor o producto excedente! La acumulación por la acumulación misma, la producción por la producción misma: esta era la fórmula con que los economistas clásicos expresaron la misión histórica de la burguesía en el periodo de su dominación (C I, 742).

Pero la codicia no es el motivo, añade Marx (aunque como individuo un capitalista bien puede ser codicioso). No tenemos que buscar alguna "propensión natural al comercio y al regateo" de la naturaleza humana. El sistema mismo provee el motivo del capitalista:

... en tanto él es capital personificado, la fuerza que lo mueve no es la adquisición ni el disfrute de los valores de uso, sino adquirir y aumentar valores de cambio... Como tal, comparte con el avaro el impulso absoluto hacia el enriquecimiento propio. Pero lo que aparece en el avaro como la manía de un individuo, en el capitalista es el efecto de un mecanismo social del cual él es simplemente una pieza. (C I, 739).

Este "mecanismo social" es la competencia entre "muchos capitalistas". Vimos que para Marx "la influencia de los capitales individuales entre sí tiene el efecto, precisamente, de que deben conducirse como capital". Esto

es especialmente cierto respecto a la acumulación. Un capital que no reinvierte plusvalía se encontrará pronto destruido por sus rivales.

Aquellos que hayan invertido en mejores métodos de producción serán capaces de producir a más bajos costos y podrán reducir el precio de los bienes del primer capital. Un capital que deje de acumular acabará rápidamente en la bancarrota.

Justamente porque es inseparable de la competencia entre capitales, el proceso de acumulación no es nada suave ni se da sobre un terreno uniforme o regular. Marx sostiene que el proceso de acumulación es a la vez la reproducción de las relaciones de producción capitalistas. Quiere decir que la sociedad difícilmente puede existir a menos que la producción sea renovada continuamente, y esto depende de que los capitalistas reinviertan en la producción, una y otra vez, el valor que han realizado en el mercado.

Marx distingue dos formas de reproducción. La reproducción simple es cuando la producción se renueva al mismo nivel de antes (y la economía más bien se estanca en vez de crecer). Por otro lado la reproducción extendida es cuando la producción excedente se usa para aumentar la producción. En el capitalismo este último caso es la norma.

En el tomo 2 de El Capital Marx discute las condiciones bajo las cuales se da su reproducción simple y su reproducción ampliada. El valor de uso aquí es decisivo. Para que pueda darse la reproducción no basta que haya dinero para comprar la fuerza de trabajo y los instrumentos de producción. También debe haber suficientes bienes de consumo para alimentar a los trabajadores y suficiente maquinaria, materias primas, etc. a ser trabajadas por ellos.

Ahora bien, Marx divide la economía en dos grandes áreas, el Departamento I y el Departamento II. El Departamento I de la economía produce los medios de producción: por ejemplo, minería para materias primas y fábricas para maquinaria. El Departamento II produce bienes de consumo: alimentos, ropa, etc. Marx indica que ambos departamentos deben producir en ciertas proporciones para que sea posible la reproducción, simple o extendida.

Sin embargo, si efectivamente se dan estas proporciones de la economía depende en gran medida de la casualidad. Los capitalistas no producen para sí sino para el mercado. No hay garantía alguna de que será consumido lo que se produce. Si es consumido depende de que haya suficiente demanda de la mercancía. Y no sólo debe alguien querer comprarla, sino además tener el dinero para comprarla. A menudo esta demanda no existe, y un resultado son las crisis económicas.

Por ejemplo, digamos que los capitalistas del Departamento I (medios de producción) bajan los salarios de sus trabajadores para aumentar la tasa de plusvalor. Estos trabajadores podrán comprar menos productos del Departamento II (bienes de consumo). Los capitalistas del Departamento II pueden reaccionar a este declive de sus mercados reduciendo su equipo y planta física. En respuesta a esta baja en sus productos los capitalistas del Departamento I podrán despedir trabajadores, lo cual provocará que hagan lo mismo los capitalistas del Departamento II. Y así sucesivamente. Este proceso, entendido por los economistas burgueses sólo después que apareció en 1936 la Teoría general del empleo, interés y dinero, de J.M. Keynes, había sido analizado setenta años antes por Marx en el tomo 2 de *El Capital*.

La posibilidad de las crisis económicas es inherente a la naturaleza misma de la mercancía. Recordemos que la circulación simple de mercancías toma la forma de M-D-M. Se vende una mercancía y el dinero se usa para comprar otra mercancía. Sin embargo, no hay

razón alguna para que después de una venta siga necesariamente otra compra. Una vez vendida su mercancía, el vendedor podría guardar el dinero que ha recibido. Muchas veces se dan condiciones que hacen que los capitalistas hagan precisamente esto, porque la tasa de ganancia es demasiado baja para que valga la pena invertir.

La fuente de estas crisis es en último análisis el carácter no planificado de la producción capitalista. Aquí, "un balance es en sí un accidente, debido a la naturaleza espontánea de esta producción", escribe Marx (C II, 499). Pero esto sólo muestra que las crisis son posibles. Para entender por qué en

efecto ocurren, debemos profundizar en la naturaleza del proceso de acumulación.

La explicación de Marx de las crisis económicas se funda en lo que él llama la ley de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia: "desde todo punto de vista, la ley más importante de la economía política moderna y la más esencial para entender las relaciones más difíciles" (G, 748).

Marx sostiene que bajo el capitalismo, la tasa de ganancia tiene una tendencia general a decaer. Esto no ocurre sólo en áreas específicas de la economía o en periodos particulares, sino en general. La razón, dice, es el constante aumento en la productividad del trabajo. En sus palabras: "la tendencia progresiva de la tasa de ganancia a decaer es sólo otra expresión, peculiar al modo de producción capitalista, del desarrollo progresivo de la productividad social del trabajo" (C III, 212).

A más cantidad de maquinaria y materias primas por las que los trabajadores son responsables, mayor productividad del trabajo y viceversa. Es decir, la cantidad de capital constante invertida en la planta, en equipo y en materias primas, crece en relación al capital variable con que se pagan los salarios de los trabajadores. En términos de valor esto significa que es más alta la composición orgánica del capital. Y ya hemos visto que, como la plusvalía sale sólo de la fuerza de trabajo, a mayor composición orgánica de capital menor es la tasa de ganancia. De manera que en la medida en que crece la productividad decae la tasa de ganancia.

Pero si esto es así, ¿por qué un capitalista invertirá para obtener mayor productividad? Lo hace porque, a corto plazo, devenga beneficios; y porque, a largo plazo, la competencia lo obliga a hacerlo.

Recordemos que el valor individual de una mercancía, el trabajo real implicado en ella, puede diferir del valor social o de mercado, el cual es determinado por las condiciones promedio de producción en esa industria en particular. Tomemos el caso de un capitalista individual que usa estas condiciones promedio de producción. Supongamos que introduce nuevas técnicas que elevan la productividad de sus trabajadores por encima del promedio. El valor individual de sus mercancías se reducirá más que el valor social o de mercado, ya que han sido producidas con mayor eficacia de lo que es nor-

mal en ese sector. Ahora el capitalista puede fijar los precios de las mercancías a un nivel más bajo que el valor de mercado, pero todavía más alto que el valor individual que tenían las mercancías. Así toma la delantera a sus competidores y obtiene más ganancias.

Pero esta situación no seguirá indefinidamente, porque para evitar ser desplazados, otros capitalistas adoptan las mismas técnicas. Luego estas innovaciones tecnológicas se convierten en la nueva norma en esa industria. En consecuencia el valor de los productos se reduce al nivel del valor individual de las mercancías del capitalista que había sido innovador, desapareciendo así la ventaja de éste.

De manera que, bajo presión de la competencia de mercado, los capitales son forzados a elaborar nuevas tecnologías y elevar la productividad del trabajo. "La ley de que el valor está determinado por el tiempo del trabajo" actúa así "como una ley coercitiva de la competencia", dice Marx (C I, 436). Para el capitalista individual "la determinación del valor como tal... le interesa solamente en tanto aumente o reduzca el costo de producción de las mercancías para él, es decir sólo en la medida en que hace excepcional su posición" (C III, 873). Cada capitalista está interesado esencialmente en aumentar la productividad del trabajo sólo para desplazar a sus competidores. El efecto es que los "muchos capitales" están obligados a someterse a la ley del valor y a elevar continuamente la productividad del trabajo.

El resultado de toda esta búsqueda de los intereses capitalistas para extraer la mayor cantidad posible de plusvalía de los trabajadores y de los competidores, es que se reduce la tasa general de ganancia.

Ningún capitalista nunca introduce voluntariamente un método nuevo de producción, no importa cuánto más productivo pueda ser o cuánto eleve la tasa de plusvalía, porque reduce la tasa de ganancia. Pero todos los nuevos métodos de producción abaratan las mercancías. El capitalista las vende originalmente por encima de los precios de producción, o tal vez por encima de su valor. Se embolsa la diferencia que hay entre los costos de producción y los precios de mercado de las mismas mercancías, producidas a más altos costos de producción. Puede hacer esto... porque su método de producción está por encima del promedio social. Pero la competencia hace este método

general y sometido a la ley general. De ahí la caída en la tasa de ganancia, quizá la primera en esta esfera de producción, que eventualmente llega a un balance con el resto, lo cual ocurre de manera absolutamente independiente de la voluntad del capitalista (C III, 264-5).

Esta tendencia a la caída de la tasa de ganancia refleja que "después de cierto punto, el desarrollo de las fuerzas de producción se convierte en una barrera para el capital; de aquí entonces la relación del capital como barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo" (G, 749).

La creciente productividad del trabajo, la cual indica el creciente poder de la humanidad sobre la naturaleza, toma la forma –en las relaciones capitalistas de producción– de una composición orgánica de capital cada vez más alta, y por tanto de una caída en la tasa de ganancia. Este es el proceso que subyace a las crisis económicas. "La creciente incompatibilidad entre el desarrollo productivo de la sociedad y sus relaciones de producción existentes hasta el momento se expresa en contradicciones enconadas, crisis, convulsiones" (G, 749).

La caída de la tasa de ganancia es sólo el punto de partida del análisis de Marx sobre las crisis capitalistas. Insiste en que hay "operando influencias que contra-actúan, que entrecruzan y neutralizan el efecto de la ley general, y le dan un mero carácter de tendencia... una ley cuya acción absoluta es frenada, retardada y debilitada" (C III, 232, 235). "Las mismas influencias que producen una tendencia a la *caída en la tasa general de ganancia también provocan efectos contrarios que obstaculizan, retardan y en parte paralizan esta caída"* (C III, 239).

Por ejemplo, una creciente composición orgánica de capital significa que una cantidad de trabajadores cada vez más pequeña produce una cantidad dada de mercancías. El capitalista podrá despedir los trabajadores excedentes, y de hecho esto bien pudo haber sido lo que tenía en mente cuando introdujo las nuevas técnicas. La acumulación de capital implica la expulsión constante de trabajadores de la producción. Se da lo que Marx llama "sobrepoblación relativa". No es, como alegaban Malthus y sus seguidores, que haya más gente que alimentos para mantenerla. Es más bien que hay más

gente de la que necesita el capitalismo, de manera que a la gente excedente se le niegan los salarios de que los obreros dependen para vivir.

En consecuencia la economía capitalista genera un "ejército industrial de reserva" de trabajadores desempleados, que juega un papel crucial en el proceso de acumulación. Los desempleados no sólo son una masa de trabajadores que pueden ser traídos a las ramas nuevas de producción, sino que además impiden que los salarios aumenten demasiado.

La fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía, tiene un valor –el tiempo de trabajo implicado en su producción– y un precio –el dinero que se paga por el trabajo. El precio de la fuerza de trabajo es el salario. Como todos los precios del mercado, el salario fluctúa de acuerdo al aumento o reducción de la oferta y la demanda de fuerza de trabajo en el mercado. Al haber un ejército industrial de reserva se mantiene la oferta de fuerza de trabajo suficientemente alta como para que el precio de la fuerza de trabajo no suba más allá de su valor. Marx señala que "los movimientos generales de los salarios son regulados exclusivamente por la expansión y contracción del ejército industrial de reserva" (C I, 790).

Esto no quiere decir que Marx creyera en una "ley de hierro de los salarios" según la cual los salarios no pueden subir más allá del mínimo necesario para la sobrevivencia física del asalariado. Como indicó en la Crítica del programa de Gotha, esta llamada "ley" se funda en la teoría de Malthus sobre la población, y es enteramente falsa. Como vimos, el capitalismo conlleva aumentos constantes en la productividad del trabajo. Estos aumentos llevan necesariamente a una reducción sostenida en el valor de las mercancías, incluyendo la mercancía fuerza de trabajo. El valor decreciente de los bienes de consumo significa que el poder adquisitivo de los salarios de los trabajadores se mantiene igual o incluso se hace mayor, aunque haya bajado el valor de la fuerza de trabajo. En términos absolutos los estándares de vida de los trabajadores bien pueden subir. Pero en términos relativos la posición de los trabajadores se deteriora porque ha aumentado la tasa de plusvalor, de manera que se reduce la porción que les toca del valor total que han creado.

La existencia de un ejército industrial de reserva fortalece la posición del capitalista y le facilita aumentar la tasa de plusvalía. Si se mantiene igual la cantidad total de capital, subirá la tasa de ganancia. Una mayor intensidad de la explotación, es una de las influencias que frenan la tendencia a la caída en la tasa de ganancia.

Sin embargo, el aumento en la tasa de explotación es un arma de doble filo. Si se logra haciendo mayor la productividad del trabajo, entonces aumentará la composición orgánica del capital, y de este modo una tasa mayor de plusvalor significará una menor tasa de ganancia. Marx pensaba que tal situación era típica de la tendencia de la tasa de ganancia y rechazó las explicaciones que atribuían las crisis económicas a que los trabajadores conquistaran mejores salarios:

La tendencia de la tasa de ganancia a decaer está atada a la tendencia de la tasa de plusvalía a aumentar... Por esta razón nada es más absurdo que explicar la caída en la tasa de ganancia por un alza en la tasa de salarios, aunque éste pueda ser el caso como excepción... La tasa de ganancia no decae porque el trabajo se haga menos productivo, sino porque se hace más productivo. Tanto el alza en la tasa de plusvalor como la caída en la tasa de ganancia son formas específicas en que la creciente productividad del trabajo se expresa bajo el capitalismo (C III, 240).

Marx afirma que lo mismo es cierto de otra influencia contraria a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia: el abaratamiento de los elementos del capital constante. Aumentar la productividad en el Departamento I –producción de medios de producción– significa reducir el valor de la planta física, de la maquinaria y de lo demás que constituye el capital constante.

Con el aumento en la proporción entre capital constante y capital variable, aumenta además la productividad del trabajo, las fuerzas productivas que se han creado y que opera el trabajo social. Como resultado de esta creciente productividad del trabajo, sin embargo, una porción del capital constante existente se deprecia sin cesar en su valor, porque su valor depende no del tiempo de trabajo que originalmente costó, sino del tiempo de trabajo con que puede ser reproducido, y éste es continuamente reducido en la medida en que aumenta la productividad del trabajo (TSV II, 415-16).

No pocos críticos de Marx –muchos de ellos marxistas– han argumentado que el hecho de que el aumento en la productividad del trabajo abarate los medios de producción (los elementos del capital constante) determina que entonces no aumenta la composición orgánica y por tanto no decae la tasa de ganancia. Sostienen que aunque crezca enormemente la composición tecnológica del capital (la proporción física entre medios de producción y fuerza de trabajo), en términos de valor la relación se queda igual, porque ha bajado el costo de producir los medios de producción. Sin embargo, ignoran que lo que interesa al capitalista es lo que reciba de su inversión original. El dinero que puso en la planta, equipo, etc., fue para comprar estos medios de producción a sus valores originales, y no al valor correspondiente al tiempo de trabajo que costaría reemplazarlos ahora. El capitalista debe hacer una ganancia adecuada a su inversión primera, no adecuada a lo que le costaría hacerla después.

Veamos más de cerca la cuestión de las crisis.

De hecho, principalmente por medio de crisis es que el valor del capital constante se ajusta, no al "tiempo de trabajo que costó originalmente", sino al "tiempo de trabajo con que puede ser reproducido". Las crisis económicas pueden ser precipitadas por una variedad de factores. Por ejemplo pueden producirse por un alza súbita en los precios de materias primas importantes (como el alza cuádruple en el precio del petróleo en 1973-74). A menudo las crisis empiezan por alguna distorsión en el sistema financiero, por ejemplo si un banco importante se va a la quiebra o por un crash en el mercado de dinero. Buena parte del tomo 3 de El Capital se dedica a explicar cómo el desarrollo del sistema de crédito, con el cual los bancos crean más y más dinero, juega un rol vital tanto en provocar como en prevenir las crisis. Sin embargo la razón básica para las crisis es siempre la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y las reacciones contradictorias que ella provoca.

Vimos que la naturaleza de la mercancía es tal que M-D no lleva necesariamente a D-M. El dinero que se obtiene al venderse una mercancía puede ser guardado en lugar de usarse para comprar otra mercancía. En las crisis

económicas esto ocurre a escala masiva. No se venden enormes cantidades de mercancías.

Esto distingue al capitalismo de modos de producción anteriores. En las sociedades esclavistas y feudales las crisis eran por producirse menos, por escasez, por no haber suficiente para todos. Pero las crisis capitalistas son por sobreproducción. Marx insiste en que esto no significa que "la cantidad de los productos sea excesiva en relación a la necesidad que hay de ellos... es la ganancia del capitalista y en sentido alguno las necesidades de los productores lo que pone límites a la producción" (TSV II, 527). Lo que pasa es que se han producido demasiadas mercancías para que los capitalistas realicen la ganancia adecuada. Por tanto, véanse por ejemplo las montañas de mantequilla o los lagos de vino que se producen para mantener altos los precios de los bienes agrícolas, mientras en el Tercer Mundo más de 700 millones de personas sufren hambre.

Ahora bien, si es cierto que las crisis se producen a causa de las contradicciones internas de la acumulación capitalista, también es cierto que ellas "son siempre soluciones momentáneas y forzadas de las contradicciones existentes" (C III, 249). Ello es así por lo que Marx llama la depreciación o devaluación de capital. El colapso de mercados de determinados bienes saca de carrera, a la fuerza, a muchos capitales de esos renglones. Son destruidas grandes cantidades de capital.

A veces la destrucción de capital es literal: la maquinaria se enmohece, se pudren bienes almacenados o son destruidos. Pero la baja en los precios también destruye buena parte del valor de los medios de producción. "La destrucción de capital por medio de crisis significa la depreciación de valores, lo cual impide que los capitales renueven su propio proceso de reproducción como capital, en la misma escala" (TSV II, 496).

Es de esta manera, con crisis económicas, que el valor del capital constante se ajusta no al tiempo de trabajo que originalmente se utilizó para producirlo, sino al valor que ahora cuesta reproducirlo. De este modo se reduce la composición orgánica de capital y se recupera la tasa de ganancia. Las crisis sirven para que el capital vuelva a estar en condiciones de emplearse para obtener ganancias:

La depreciación periódica del capital existente (uno de los medios inmanentes en la producción capitalista para regular la caída en la tasa de ganancia y acelerar la acumulación de valor del capital mediante la formación de nuevo capital) altera las condiciones dadas en que toma lugar el proceso de circulación y reproducción de capital, y por tanto se acompaña de interrupciones y crisis en el proceso de producción (C III, 249).

Hay otras formas en que las crisis sirven para compensar la tendencia a la caída en la tasa de ganancia. Marx escribe que "las crisis siempre se van preparando por... un periodo en que los salarios suben en términos generales, y la clase trabajadora en efecto obtiene una porción mayor de la parte del producto anual dirigida al consumo" (C II, 414-15).

Esto indica que en los momentos más exitosos de expansión económica escasean muchas mercancías, pues están en demanda de muchos capitales ansiosos de conquistar la mayor parte posible del mercado. Esto es también cierto de la fuerza de trabajo: en la medida en que se acelere el ritmo de crecimiento económico se usará el ejército industrial de reserva –escasearán los trabajadores, especialmente los diestros. Esto será favorable al poder de negociación de los trabajadores, que podrán lograr que aumente el precio de la fuerza de trabajo– subirá la tasa de salarios. Pero una recesión económica podrá hacer que vuelva a crecer el desempleo, lo cual facilitará a los patrones reducir los salarios. Los trabajadores que aún tengan trabajo no tendrán más remedio que aceptar peores condiciones de producción.

Las crisis son periodos en que el sistema capitalista se reorganiza y se modifica para hacer que la tasa de ganancia se recupere a un nivel que favorezca la inversión. No todos los capitales se benefician de igual manera de estos procesos. Serán marginadas las empresas más débiles y menos eficientes, y aquellas con una carga más pesada de maquinaria relativamente obsoleta. Los capitales más fuertes y más eficientes no sólo sobreviven sino que tras la recesión resurgen más fuertes. Les es posible comprar tierras e instrumentos de producción a precio de baratillo y obligar a los trabajadores a nuevos cambios en el proceso de producción para aumentar la tasa de plusvalor.

Por tanto, las crisis contribuyen al proceso que Marx llama la centralización y concentración de capital. La concentración ocurre cuando los capitales crecen en tamaño al acumular más plusvalía. La centralización es cuando los capitales grandes absorben a los pequeños. El propio proceso de competencia estimula sin cesar esta tendencia, ya que las empresas más eficaces logran superar a sus rivales y luego tragárselos. Las recesiones económicas aceleran este proceso, porque hacen posible que los capitales sobrevivientes compren los medios de producción a precios bajos. Parte inevitable del proceso de acumulación, pues, es un aumento constante en el tamaño de los capitales individuales.

Marx escribe que *"el ritmo típico de la industria moderna tiene la forma de... un ciclo (interrumpido por oscilaciones menores) de periodos de actividad promedio, producción bajo alta presión, crisis y estancamiento" (C I, 785). La alternancia entre auge y decadencia es un rasgo esencial de la economía capitalista. Trotsky señala que "el capitalismo vive de crisis y expansiones, como el ser humano que vive inhalando y exhalando... Las crisis y las expansiones han sido inherentes al capitalismo desde su nacimiento, y lo acompañarán a su tumba".*

El análisis que Marx elabora en El Capital del modo en que se forman las crisis en la acumulación de capital, exige un alto nivel de abstracción. Como veremos enseguida, necesita profundizarse con la discusión sobre cómo, a medida que el sistema envejece, la centralización y concentración de capital hacen más difícil que las crisis restauren las condiciones para una acumulación que deje ganancias. En todo caso, El Capital brinda la base para cualquier intento de entender la economía capitalista.

Conclusión

El modo de producción capitalista ilustra la tesis general de Marx de que la realidad es dialéctica –esto es, contiene contradicciones. Por un lado, el cambio tecnológico y la introducción de nuevos métodos de producción son parte de la existencia misma del capitalismo. La presión de la competencia fuerza constantemente a los capitalistas a innovar, y por tanto a aumentar las fuerzas productivas. Por otro lado, el desarrollo de las fuerzas producti-

vas inevitablemente lleva a una crisis tras otra. Marx indica en el Manifiesto comunista:

La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y por tanto las relaciones de producción, y con ellas todas las relaciones de la sociedad. Conservar inalteradas las viejas formas de producción era... la primera condición de existencia de todas las clases industriales anteriores. Revolucionar constantemente la producción, alterar constantemente todas las condiciones sociales, incertidumbre sin cesar, agitación, distinguen la época burguesa de todas las anteriores (CW VI, 487).

La diferencia entre el capitalismo y sus precursores se funda en las relaciones de producción:

Es claro que en cualquier formación económica de la sociedad donde predomina el valor de uso sobre el valor de cambio, el plusvalor será restringido a un marco de necesidades más o menos confinado, y no se verá que del carácter mismo de la producción surja una sed insaciable por trabajo excedente (C I, 345).

El señor feudal, por ejemplo, estaba satisfecho en tanto recibía suficiente renta de sus campesinos para sostenerlo a él, a su familia y a su servicio en el estilo acostumbrado. En cambio, el capitalista tiene un "apetito voraz", un "hambre de hombre-lobo de trabajo excedente" (C I, 349, 355) que provoca la necesidad de estar a la par con las mejoras técnicas de sus competidores, o de lo contrario fracasará su negocio.

Marx era defensor de lo que llamaba "la gran influencia civilizadora del capital" (G, 409) contra aquellos, como los románticos, que miraban nostálgicamente hacia sociedades precapitalistas. Elogiaba a Ricardo por "poner atención solamente al desarrollo de las fuerzas productivas" (C III, 259). "Afirmar, como hacían los opositores sentimentales de Ricardo, que el objeto no es la producción como tal, es olvidar que la producción por sí misma no significa otra cosa que desarrollo de las fuerzas productivas humanas, en otras palabras desarrollo de la riqueza de la naturaleza humana como un fin en sí mismo" (TSV III, 117-18). De manera que el capitalismo es históricamente progresista:

Cobra impulso por encima de barreras y prejuicios nacionales... así como de todas las satisfacciones de las necesidades humanas tradicionales, limitadas, complacidas, incrustadas, y de las reproducciones de los viejos modos de vida. Es destructivo de todo esto y constantemente lo revoluciona, rompiendo todas las barreras que restringen el desarrollo de las fuerzas de producción, la expansión de necesidades, el desarrollo multiforme de la producción, y la explotación y el intercambio de las fuerzas naturales y mentales (G, 410).

La tendencia a la caída de la tasa de ganancia muestra que el capitalismo no es la forma más racional de sociedad –como suponían los pensadores de la economía política sino un modo de producción históricamente limitado y contradictorio, el cual restringe las fuerzas de producción a la vez que las desarrolla. Marx dice que "la barrera real a la producción capitalista es el capitalismo mismo" (C III, 250). "La destrucción violenta de capital, no por relaciones externas a él sino como una condición de su propia preservación, es la forma más sorprendente de que lo dado es que se vaya y ceda el espacio a un estadio superior de producción social" (G, 749-50).

Marx estaba lejos de creer que el colapso económico del capitalismo era inevitable, contrario a lo que han dicho no pocos comentaristas, muchos de ellos marxistas. "Las crisis permanentes no existen", insistió (TSV II, 497 n). Como vimos, "las crisis son siempre soluciones momentáneas y forzadas de las contradicciones existentes". No hay crisis económica tan profunda de la cual no pueda reponerse el sistema capitalista, si la clase trabajadora está dispuesta a pagar el precio del desempleo, la reducción de los niveles de vida y el deterioro de las condiciones de trabajo. Dependerá de la conciencia y de la acción de la clase trabajadora si una crisis lleva a "un estadio superior de producción social".

– VII –

EL PODER DE LOS TRABAJADORES

Una proposición fundamental del marxismo es que el capitalismo genera las condiciones materiales y sociales para el comunismo. El fin de las clases sociales será posible cuando las relaciones capitalistas de producción hayan elevado la productividad del trabajo a un nivel capaz de hacer desaparecer la escasez.

Hemos visto que las relaciones burguesas actúan como limitante de las capacidades productivas, dando pie a una sucesión regular y cíclica de expansiones y crisis.

Otra manera de decir esto es que el capitalismo hace al comunismo históricamente posible, tanto como necesario. Más aún, el capitalismo crea la fuerza social que lo derrocará y que al hacerlo abolirá las clases sociales. Esta fuerza es la clase trabajadora.

Marx y Engels sostienen en el Manifiesto Comunista:

La condición esencial de la existencia y la dominación de la burguesía es la formación y el crecimiento del capital. La condición del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El avance de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponerse, es agente involuntario, sustituye el aislamiento entre los trabajadores, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables (CW VI, 496).

Ahora bien, el derrumbe del capital no ocurrirá automáticamente, como han malinterpretado algunas lecturas de este pasaje. Dependerá de la or-

ganización, conciencia y actividad de la clase trabajadora. Marx y Engels resumían en 1879 su visión política de esta manera:

Por casi cuarenta años hemos insistido en que la lucha de clases es la fuerza impulsora inmediata de la historia, y en particular en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la revolución social moderna. Cuando se formó la Internacional expresamente formulamos la consigna: la emancipación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma (SC, 327).

La idea de la liberación de la clase trabajadora por ella misma está en el corazón del pensamiento de Marx, como ya se ha visto. Hal Draper ha contrastado las "dos almas del socialismo". Una, la del "socialismo desde arriba", ve el cambio como resultado de la actividad de dirigentes ilustrados que controlan el Estado y lo usan para introducir reformas en nombre de los trabajadores. Partidos socialdemócratas y comunistas alrededor del mundo han hecho suya esta interpretación del socialismo, viendo como la fuerza del cambio la obtención de escaños en el parlamento, o al partido mismo. Por su parte, Marx estaba por el "socialismo desde abajo", porque los trabajadores se liberaran a sí mismos mediante su propia actividad.

Sepultureros del capitalismo

"La condición para la emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases", escribió Marx (CW VI, 212). El derrocamiento del capitalismo no llevará a la instauración de una nueva sociedad de clases. Más bien será una fase preliminar a la creación de una sociedad comunista, donde no existan ya la explotación ni los antagonismos de clases. La posibilidad de la clase trabajadora de abolir las clases surge de su posición en las relaciones de producción capitalistas. Vimos que el capitalismo tiende a crear al trabajador colectivo, esto es, agrupar trabajadores en unidades de producción cada vez más grandes, en que el trabajo de cada uno depende del de los otros. Marx pensó que el desarrollo del capitalismo obliga a los trabajadores a unirse entre sí para resistir la explotación.

La industria a gran escala concentra en un sitio a un grupo de gente desconocida entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero mantener sus salarios, el interés común que tienen contra su patrón los une en formas comunes de pensar, de resistencia y de coalición. Estas coaliciones siempre tienen una doble meta, la de detener la competencia entre los trabajadores, y la de poder llevar adelante la lucha general contra el capitalista. Si la primera meta de la resistencia era simplemente mantener los salarios, las coaliciones, luego de estar aisladas tendían a agruparse entre sí. Al mismo tiempo los capitalistas se unen con el propósito de ejercer represión. De cara al capital, más que mantener los salarios, para los trabajadores se vuelve necesario mantener la asociación. Esto es tan cierto que los economistas ingleses se asombraban de ver a los trabajadores sacrificar buena parte de sus salarios en favor de las asociaciones, las cuales a ojos de estos economistas se crean solamente para defender los salarios. En esta lucha –una verdadera guerra civil– se unen y desarrollan todos los elementos necesarios para la siguiente batalla. Llegada a este punto, la asociación toma un carácter político.

Al principio las condiciones económicas transformaron en obreros a la masa de gente del campo. El dominio del capital había creado, para esta masa, una situación común, intereses comunes. Esta masa es pues ya una clase contra el capital, pero todavía no para sí. En la lucha, de la cual hemos destacado sólo algunas claves de sus fases, esta masa se une y se constituye como una clase para sí. Los intereses que defiende se hacen intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política (CW VI, 210-11).

Como otros socialistas de su época, Marx pensaba que una sociedad fundada en la asociación, en compartir y cooperar, era la alternativa al capitalismo, fundado en la competencia. Para Marx el comunismo es el régimen de los productores asociados. Los socialistas utópicos creían que tal asociación surgiría de un compromiso esencialmente moral, entre todas las clases de la sociedad existente, para eliminar el capitalismo. Marx sin embargo argumenta que el comunismo será resultado de intereses materiales y luchas de los trabajadores en el proceso de producción. "Llamamos comu-

nismo al movimiento real que abole el presente estado de cosas" (CW V, 49).

La presión de la explotación capitalista obliga a los trabajadores a organizarse y actuar colectivamente. Sólo así pueden dar curso a la fuente de su poder real, que surge de su posición en las relaciones de producción capitalistas. De su trabajo depende la autoexpansión del valor. Tienen, por tanto, la capacidad de paralizar todo el sistema de producción. Para emplear esa capacidad deben unirse. La solidaridad es el principio básico de toda acción de la clase trabajadora. Sin ella toda huelga fracasaría.

De manera que es el lugar que ocupa en el sistema capitalista de explotación lo que da el poder a la clase obrera de abolir las clases sociales. El capitalismo socializa el proceso de trabajo: incrementa vastamente los medios de producción y los hace cada vez más dependientes del trabajo combinado del obrero colectivo. Estos instrumentos de producción no pueden ser operados por individuos. De igual forma, la clase obrera puede tomar los medios de producción sólo colectivamente, como clase. No tiene sentido hablar de que los obreros compartan una fábrica fragmentándola en pedazos pequeños. Si se hiciera esto dejaría de ser una fábrica y se echaría a perder su potencial.

El papel decisivo que juegan los trabajadores en la lucha contra el capitalismo no resulta de que sean el sector más oprimido de la sociedad. Hay otros en peor situación. Por ejemplo, Marx indica que hay sectores del ejército industrial de reserva que están excluidos permanentemente del proceso de producción y están peor que el resto de la clase trabajadora: lo que él llama "elemento estancado", "vagabundos, delincuentes, prostitutas, en suma, el lumpen-proletariado", "los desmoralizados, andrajosos, los incapacitados para trabajar", (C I, 797). De aquí sin embargo no se sigue que estos sectores sean más revolucionarios. Por el contrario, justamente porque no están sometidos a la disciplina de la producción capitalista pueden ser más propensos a terminar siendo utilizados por movimientos políticos reaccionarios que explotan su miseria. Marx predice en el Manifiesto, que las condiciones de vida del lumpen-proletariado, "lo preparan... para cumplir la

función de herramienta sobornada de la intrigas reaccionarias" (CW VI, 494).

De este modo Luis Bonaparte formó después de la Revolución de 1848, la "Sociedad del 10 de diciembre", un ejército privado con que se hizo del poder como Napoleón III. Los desempleados suelen ser terreno fértil de reclutamiento para movimientos fascistas, pues no están sujetos a las presiones de la explotación capitalista, que lleva a que los trabajadores se unan entre sí contra el patrono.

Pero si la miseria no es suficiente para hacer a un grupo social la fuerza motriz del comunismo, tampoco lo es la explotación. Los campesinos, como clase, están explotados. Se les extrae trabajo excedente en forma de renta para los terratenientes, de intereses para los prestamistas y de impuestos para el Estado. Marx sin embargo indica que esto no los hace una clase revolucionaria. En El dieciocho brumario de Luis Bonaparte muestra cómo el campesinado francés le dio a Napoleón III el apoyo que necesitaba para presentarse como árbitro entre la burguesía y el proletariado:

Los pequeños campesinos forman una vasta masa, cuyos miembros viven en condiciones parecidas pero sin entrar en relaciones muy diversas. Su modo de producción aísla al uno del otro en vez de hacer que entren en relaciones mutuas... Su campo de producción, la pequeña propiedad de la tierra, no admite divisiones de trabajo en el cultivo, ni aplicación de la ciencia ni, en consecuencia, ninguna diversidad en el desarrollo, ninguna variedad de talentos, ninguna riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina individual es casi autosuficiente; ella misma produce directamente la mayor parte de lo que consume y así adquiere sus medios de vida, más por medio de intercambio con la naturaleza que en intercam*bio con la sociedad. Una pequeña propiedad campesina, un campesino y su familia; a su lado otra pequeña propiedad campesina, otro campesino y otra familia. Un grupo de estos constituye una aldea, un grupo de aldeas hacen una provincia. De esta manera la gran masa de la nación francesa está formada por una simple suma de magnitudes homólogas, como papas en un saco que forman un saco de papas. En tanto millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que separan su modo de vida, sus intereses y*

su cultura de los de otras clases, y las ponen en oposición hostil a estas últimas, conforman una clase. En tanto hay simplemente un intercambio local entre estos pequeños campesinos y la identidad de sus intereses no genera una comunidad, ni un vínculo nacional ni una organización política entre ellos, no conforman una clase (CW XI, 187).

Marx no está argumentando que el campesinado nunca pueda jugar un papel positivo en las luchas sociales y políticas. Tres grandes revoluciones de la era moderna, en Francia en 1789, en Rusia en 1917 y en China en 1949, vieron a los pequeños campesinos hacer una contribución decisiva a la victoria. Pero como las relaciones de producción confinan el horizonte de los campesinos a los límites de su pequeña propiedad, su aldea y si acaso su provincia, sus alzamientos tienen usualmente un carácter localista. Podrán linchar al terrateniente local, prender fuego su mansión y dividirse la finca. Y en efecto las cosas mejoran hasta que llega el ejército, ejecuta a los dirigentes y reinstala al hijo del terrateniente en su herencia.

Sólo cuando los levantamientos campesinos coinciden con una confrontación entre la clase dominante y alguna otra clase que esté retando el poder de ésta, es que cumplen una función en la transformación general de la sociedad. Los campesinos pueden ser una clase nacional si son dirigidos por otra clase. En Francia en 1789 esa clase fue la burguesía. Marx sostuvo que con el advenimiento del capitalismo, la clase trabajadora puede integrar el descontento del campesinado a un movimiento nacional contra la sociedad burguesa. La conclusión de su análisis sobre los campesinos en Francia en El dieciocho bromarlo es que "los campesinos encuentran su aliado y líder natural en el proletariado urbano, cuya tarea es el derrocamiento del orden burgués" (CW XI, 191).

En La guerra civil en Francia Marx señala que “la Comuna estaba exactamente en lo correcto cuando decía a los campesinos que la victoria de la Comuna era su única esperanza" y cuando preguntaba cómo la lealtad tradicional de los campesinos hacia el bonapartismo –totalmente traicionada por Napoleón III– podía resistirse "al llamado de la Comuna a los intereses vivos y a las necesidades urgentes del campesinado" (CW 75, 77). Por tanto Marx proponía que el movimiento obrero ganara al campesinado para su

causa, apelando a sus intereses materiales. Pero sólo la clase trabajadora puede derrocar al capitalismo y, al liberarse, liberar también a los otros sectores explotados y oprimidos de la sociedad.

La emancipación de la mujer es inseparable de la liberación de la clase trabajadora. De los socialistas utópicos, y especialmente de Fourier, Marx y Engels habían aprendido a despreciar profundamente la opresión sexual, el sometimiento de las mujeres a los hombres. El Manifiesto del partido comunista lanza un duro ataque a la familia burguesa. Engels indica en El origen de la familia, la propiedad privada y el estado que la opresión de la mujer está históricamente vinculada al surgimiento de la familia monogámica, de las clases sociales y de los "cuerpos especiales de hombre armados", o sea las fuerzas de represión instaladas para defender los intereses de la propiedad privada.

Hay varios defectos en el análisis de Engels. Ahora hay más evidencia de que la desigualdad sexual precedió el surgimiento de los antagonismos de clases, y que sus orígenes tuvieron aparentemente que ver con factores como las guerras entre sociedades tribales, más de lo que supuso Engels. Más aún, Engels y Marx se equivocaron al sugerir que la familia trabajadora desaparecería con el desarrollo del capitalismo.

No obstante, la conclusión básica se sostiene. La familia, en la forma en que ha existido desde el triunfo del capitalismo industrial, se basa en el aislamiento y confinamiento de la mujer en la casa. La condición de la llamada ama de casa es una de las más alienantes de la sociedad burguesa. La reclusión de las mujeres en el hogar les hace difícil organizarse y actuar colectivamente. A la vez, uno de los más importantes desarrollos del capitalismo en este siglo ha sido la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral. En Inglaterra, actualmente, de cada cinco trabajadores dos son mujeres, y la mayoría de las mujeres de la clase obrera se pasan trabajando durante una parte considerable de sus vidas. En la fábrica y el taller las mujeres pueden adquirir la organización y el poder colectivo para liberarse junto a los hombres con quienes trabajan. Como ellas, estos también están sometidos a la explotación capitalista.

Partido y clase

Por virtud de su posición en las relaciones de producción capitalistas, la clase trabajadora es la única clase capaz de impulsar la formación de una sociedad sin clases. Pero, tanto en la época de Marx como en la nuestra, la dificultad obvia para que esto ocurra es que la gran mayoría de los trabajadores acepta al capitalismo como inevitable. Desde la más temprana infancia se les inculca que el pueblo trabajador es incapaz de dirigir la sociedad. En la escuela, la prensa, la televisión, la radio, etc., se les dice que tal función corresponde a expertos: gerentes, administradores públicos, legisladores, funcionarios sindicales. Lo que tienen que hacer los trabajadores es aceptar las órdenes de arriba. ¿Cómo superar esta falta de confianza de los trabajadores en sí mismos?

En palabras de Marx, ¿cómo se hace la clase obrera una clase "para sí", esto es, una clase consciente de su posición y de sus intereses en la sociedad capitalista, y de su función histórica de derrocar este orden social? Su respuesta fue que los trabajadores cobran conciencia de sus intereses de clase por medio de la lucha misma. Por medio de sus luchas diarias contra el capital en el proceso de producción los trabajadores logran la conciencia, la confianza y la organización necesarias para jugar un rol revolucionario.

Esto nos lleva otra vez a la noción que vimos en las "Tesis sobre Feuerbach" y en La ideología alemana, de que "en la actividad revolucionaria transformarse uno mismo coincide con transformar las circunstancias" (CW V, 214). Obligados a involucrarse en las luchas entre clases, dada la explotación que experimentan en el proceso de producción, los trabajadores comienzan a transformarse a sí mismos y a la sociedad.

Esta concepción del cambio revolucionario implica que Marx tenía una actitud muy positiva hacia las huelgas, y en general a la lucha de clases económica, por medio de la cual los trabajadores se organizan en sindicatos buscando mejorar su condición dentro del marco del capitalismo. Otra vez, esto distingue a Marx de otros socialistas de su tiempo. De éstos escribió que, al confrontarse con "huelgas, coaliciones y otras formas en que los proletarios llevan a cabo frente a nuestros ojos su organización como clase, algunos son presa de verdadero miedo y otros despliegan un desprecio

trascendental" (CW VI, 211). Todavía hoy tal actitud se ve incluso entre socialistas, algunos de los cuales ven con desdén a los trabajadores que van a huelga exigiendo mejores salarios, por presuntamente actuar por sus intereses particulares y por motivos "economicistas".

Marx era hostil hacia este desprecio de las luchas obreras. En Salario, precio y ganancia desafió la creencia corriente, expuesta en este caso por el socialista inglés John Weston – un seguidor de Robert Owen– de que la lucha sindical era en el mejor de los casos inconsecuente y, en el peor, perjudicial a los estándares de vida de los trabajadores. Esta afirmación se fundaba en la llamada "ley de hierro de los salarios", según la cual, por supuestas presiones poblacionales, los salarios no pueden subir más allá de los niveles mínimos de sobrevivencia.

Marx refutó esta "ley" con la teoría del valor. Indicó que la sobrevivencia forma un "último límite" más abajo del cual los salarios no pueden descender sin poner en peligro la reproducción de la fuerza de trabajo. A la vez, "el valor del trabajo es, en todos los países, determinado por un nivel de vida tradicional... la satisfacción de ciertas necesidades se corresponde con las condiciones sociales en que el pueblo ha sido situado y formado" (SW II, 71-2).

Más aún, "en lo que a las ganancias respecta, no hay ley que determine su mínimo". La máxima tasa de ganancias está "limitada por el mínimo físico de salarios y el máximo físico de la jornada de trabajo... Su nivel real se fija en la lucha entre capital y trabajo... La cuestión se resuelve en el poder respectivo de los contendientes" (SW II, 72-3).

Pero Marx no atribuía tanta importancia a las huelgas porque ayudaran a subir los niveles de vida de los obreros. El elemento decisivo era que contribuyen a elevar la conciencia y organización de la clase trabajadora. Al comentar en 1853 una ola de huelgas en las zonas de Lancashire y las Midlands en Gran Bretaña, el motor principal de las cuales eran obreros no diestros v sin organización, Marx dice:

Existe una clase de filántropos, e incluso de socialistas, que considera las huelgas perjudiciales a los intereses del "propio trabajador", y que tiene como su gran objetivo encontrar un método para asegurar un salario pro-

medio permanente. Por el contrario, estoy convencido de que, aparte del hecho del ciclo industrial con sus diversas fases, que echa a un lado tal salario promedio, la alternancia de subidas y bajadas de salarios y los conflictos constantes entre amos y hombres que de ello resulta, son, en la organización actual de la industria, un medio indispensable para mantener elevado el espíritu de la clases trabajadoras, de combinarlas en una gran asociación contra las usurpaciones de la clase dominante y de impedir que se hagan apáticas, impensantes, instrumentos de producción más o menos bien alimentados. En un estado de la sociedad fundado en el antagonismo de clases, si queremos impedir la esclavitud en los hechos tanto como en la palabra, debernos aceptar la guerra. Para apreciar justamente el valor de las huelgas y las coaliciones debemos evitar cegarnos por lo aparentemente insignificante de sus resultados económicos y ver ante todo sus consecuencias morales y políticas. Sin las grandes fases alternativas de monotonía, prosperidad, agitación extrema, crisis y zozobra, que periódicamente atraviesan los ciclos recurrentes de la industria moderna, con las subidas y bajadas de salarios que de ello resulta y con la guerra constante entre amos y hombres que se da en correspondencia estrecha con esas variaciones de salarios y ganancias, las clases trabajadoras de Gran Bretaña y de toda Europa serían una masa descorazonada, debilitada mentalmente, agotada e incapaz de resistir, cuya liberación por sí misma sería tan imposible como la de los esclavos de la antigua Grecia y Roma. (CW XII, 169).

Engels hablaba también por Marx, más de veinte años después, al criticar el programa adoptado por el Partido Socialdemócrata Alemán en 1875 en la ciudad de Gotha porque, entre otros errores y omisiones,

no hay una sola palabra sobre la organización de la clase obrera como clase por medio de los sindicatos. Y este es un punto muy esencial, pues esta es la organización real de clase del proletariado, en que lleva a cabo las luchas diarias contra el capital, en que se entrena, y la cual hoy en día, aún en medio de la peor reacción... simplemente ya no puede ser destruida (SC, 293).

La lucha sindical sin embargo está lejos de ser un fin en sí mismo. Marx argumenta que el nivel de la tasa de ganancia depende del "poder respectivo de los contendientes". Pero estos poderes son desiguales. Como con-

trola los medios de producción, el capital puede reorganizar el proceso de trabajo para reducir la fuerza de trabajo y crear mayor desempleo, debilitando así la posición del trabajo en el proceso de producción. "En su acción meramente económica, el capital es el lado más fuerte" (SW II, 73):

Las uniones sindicales operan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Pero en general se limitan a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de tratar de cambiarlo simultáneamente, en vez de usar sus fuerzas organizadas como palanca para la liberación final de la clase obrera, esto es, la abolición definitiva del sistema de salarios. (SW II, 75-6).

Los sindicatos toman como natural la relación entre capital y trabajo asalariado. Simplemente persiguen mejorar la posición de los trabajadores dentro de dicha relación. Sin embargo, el trabajo asalariado es la forma burguesa en que se extrae a los obreros trabajo excedente. La superioridad del poder de los capitalistas en el proceso de producción significa que cualquier victoria sobre ellos puede ser sólo temporera, propensa a disiparse una vez el balance de fuerzas cambie de nuevo en favor del capital. La única seguridad duradera del poder obrero reside en el derrocamiento del sistema capitalista, lo cual implica erradicar la relación capital-trabajo asalariado. "En lugar del lema conservador de 'un salario justo por una justa jornada de trabajo’ –Marx señala que los trabajadores– deben escribir en su bandera la consigna revolucionaria de 'abolición del sistema de salarios’”- (SW II, 75).

De manera que la lucha de clase de la clase trabajadora puede tener éxito sólo si se transforma de lucha económica en lucha política, o sea en una "lucha de clase contra clase" en que los trabajadores se hacen conscientes de sus intereses históricos y tratan de arrancarle poder político a los capitalistas. Marx pensaba que la lucha económica de clase tiene, de hecho, una tendencia inherente a hacerse política.

Un ejemplo fue la lucha exigiendo leyes que limitaran las horas del día de trabajo. La misma fue "el producto de una guerra civil dilatada y más o menos disimulada entre la clase capitalista y la clase trabajadora" (C I, 412-13). Sin embargo "el resultado no se logró por un acuerdo privado entre los trabajadores y los capitalistas. Se logró por interfe

rencia legislativa", o sea con el Estado aprobando una ley, aunque "sin la presión continua de los trabajadores esa interferencia nunca se hubiera dado" (SW II, 73).

Marx pensaba que la lucha de clases se desarrollaría, de una batalla entre capital y trabajo en talleres o industrias específicas, a una confrontación global entre las dos clases, en que el Estado jugaría un rol cada vez más prominente. Y Marx daba la bienvenida a este desarrollo. Repudiaba profundamente a quienes, como Bakunin y Proudhon, se oponían a que la lucha de clases tomara forma política. Creía que la clase trabajadora podría liberarse sólo tomando el poder, destruyendo la maquinaria del Estado capitalista y estableciendo una forma nueva de Estado controlado por los trabajadores. "El gran deber de la clase trabajadora –declaró Marx en el discurso inaugural de la Primera Internacional– es conquistar el poder político" (SW II, 17). Las dos formas de lucha interactúan entre sí:

El movimiento político de la clase trabajadora tiene como su objetivo, por supuesto, conquistar el poder político para esta clase, y esto naturalmente requiere que la organización previa de la clase trabajadora se desarrolle hasta cierto punto, y a partir precisamente de sus luchas económicas.

Por otro lado, todo movimiento en el cual la clase trabajadora aparece como una clase contra la clase dominante y la trata de presionar desde afuera, es un movimiento político. Por ejemplo, el intento mediante huelgas, etc., en una fábrica particular o incluso en un oficio particular, para obligar a capitalistas individuales a establecer- una jornada de trabajo más corta, es un movimiento puramente económico. Pero el movimiento para forzar una ley de ocho horas diarias, etc.., es un movimiento político, o sea un movimiento de la clase, con el objetivo de reforzar sus intereses de forma general, en una forma que posee una fuerza coercitiva general en la sociedad. Estos movimientos suponen un cierto grado de organización previa, a la vez que son un medio de desarrollar esta organización.

Allí donde la clase obrera no está todavía suficientemente avanzada en su organización para llevar a cabo una campaña decisiva contra el poder colectivo, es decir el poder político de las clases dominantes, debe en cualquier caso entrenarse para hacerlo, mediante agitación continua contra este po-

der y una actitud hostil hacia la política de las clases dominantes. De otro modo será un mero juguete en sus manos (SC, 270-1).

Si se encierra en la lucha puramente económica, la clase trabajadora permanecerá sometida a la dominación política e ideológica del capital. Como la lucha sindical no desafía las relaciones de producción capitalistas, está "luchando contra los efectos, pero no contra las causas de esos efectos" (SW II, 75). Marx señala que la organización política de la clase trabajadora, la formación de un partido de trabajadores, es necesaria para lograr la independencia completa del proletariado respecto a la burguesía.

Después de la derrota de la Revolución de 1848 Marx y Engels advirtieron el peligro de que el movimiento obrero alemán sucumbiera a alianzas amplias entre clases, de modo que se confundiera con la pequeña burguesía o las clases medias e incluso con sectores de la burguesía. Era una reflexión crítica de la propia experiencia de ambos en 1848-49, cuando ellos mismos permitieron que se disolviera la Liga Comunista y trataron de ser la extrema izquierda del movimiento democrático burgués.

En el momento presente [marzo de 1850] cuando en todos lados el partido pequeño burgués está reprimido, predica en general la unidad y la reconciliación con el proletariado; le ofrece su mano y propone establecer un gran partido de oposición que agrupe todos los matices de opinión en un partido democrático. Esto es, propone que los trabajadores se enreden con una organización partidaria en que predominen las frases socialdemócratas de modo que se oculten sus intereses especiales, y en que, por el bien de la amada paz, se dejen fuera las demandas definitivas del proletariado.

Tal unidad resultaría sólo en ventaja de ellos y, en general, en desventaja del proletariado. El proletariado perdería su posición independiente, trabajosamente conquistada, y sería reducido una vez más a ser un apéndice de la democracia oficial burguesa. Por lo tanto esta unidad debe ser rechazada de la manera más decidida. En lugar de rebajarse una vez más a ser el coro que aplaude a los demócratas de la burguesía, los trabajadores, y sobre todo la Liga [Comunista] tienen que esforzarse por establecer una organización independiente, secreta y pública del partido de los trabajadores, al lado de los demócratas oficiales, y hacer de cada [sección de la Liga] el

punto central y nuclear de las asociaciones de obreros, en que las actitudes y los intereses del proletariado serán discutidos libres de las influencias burguesas (CW X, 281)

Para evitar volverse el "coro que aplaude", el "apéndice" de la burguesía, la clase obrera debe tener su propio partido. Algunos comentaristas han afirmado que el "Discurso ante el Comité Central de la Liga Comunista" de marzo de 1850, del cual ha sido tomado el pasaje de arriba, fue escrito en un periodo en que Marx y Engels estaban muy cerca de las ideas de Augusto Blanqui, quien –como vimos– creía que una organización secreta y conspirativa podía tomar el poder a nombre de la clase trabajadora.

Pero Marx y Engels se mantuvieron firmes en su consigna de que la liberación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma. Para el mismo tiempo en que redactaron el "Discurso" de marzo de 1850, pintaban un ingenioso cuadro del conspirador profesional blanquista: desempleado, deambulando por las tabernas, gozando de una relación ambigua con la policía secreta, la cual a su vez lo usaba para sus fines, perteneciente más al lumpen-proletariado que a la clase obrera:

Casi sobra añadir que estos conspiradores no se limitan a la organización general del proletariado revolucionario. Lo que hacen es precisamente anticiparse al proceso del desarrollo revolucionario. llevarlo artificialmente a un punto de crisis, lanzar una revolución en la agitación del momento sin las condiciones para una revolución. Para ellos la única condición para la revolución es la debida preparación de su conspiración. Son los alquimistas de la revolución y se caracterizan exactamente por el mismo razonamiento caótico y por los destellos obsesivos de los antiguos alquimistas. Dan saltos con inventos que supuestamente harán milagros revolucionarios: bombas incendiarias, mecanismos destructivos de efecto mágico, motines que se espera sean tan milagrosos y sorprendentes en su efecto como poco racional es su fundamento. Ocupados en estos planes, no tienen otro propósito que el más inmediato de derrocar el gobierno, y tienen el más profundo desprecio por una ilustración más teórica del proletariado sobre sus intereses de clase (CW X, 318).

Pero la tarea de los comunistas no es sustituir a la clase trabajadora, "anticiparse al proceso del desarrollo revolucionario", intentando tomar el poder como minoría ilustrada y conspirativa. Los comunistas más bien deben ser activos en "la organización general del proletariado revolucionario" y en la "ilustración teórica" de éste. En esta luz deben entenderse estas conocidas líneas del Manifiesto del partido comunista:

Los comunistas no forman un partido separado, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses separados ni aparte de los del proletariado en su conjunto. No establecen principios sectarios propios a los cuales el movimiento proletario deba ajustarse o amoldarse.

Los comunistas se distinguen de otros partidos obreros sólo por esto: 1) En las luchas nacionales de los proletarios de los diferentes países, destacan los intereses comunes del proletariado en su conjunto, con independencia de toda nacionalidad. 2) En las diversas fases de desarrollo por las que tiene que pasar la lucha de la clase obrera contra la burguesía, representan siempre y en todas partes los intereses del movimiento como un todo.

Los comunistas, por lo tanto, son por un lado, prácticamente, el sector más avanzado v decidido de los partidos obreros de cada país; por otro lado, teóricamente, tienen sobre la gran masa del proletariado la ventaja de comprender claramente las líneas de avance, las condiciones y los resultados generales definitivos del movimiento proletario (CW VI, 497).

Visto de esta forma, el partido revolucionario no es una institución separada de la clase trabajadora a nombre de la cual actúa. Más bien es parte, "el sector más avanzado y decidido" de la clase, el cual posee un entendimiento claro y científico de las condiciones en que el movimiento obrero puede triunfar. Por tanto lucha por la más amplia unidad de los trabajadores, y combate las divisiones nacionales y raciales que estimula el capitalismo. En todo esto la tarea de los comunistas es ser estímulo de autoeducación de la clase trabajadora. Hemos visto que para Marx los trabajadores aprenden en la lucha. Cuando se lanzan a la huelga, y confrontan a los patronos y al estado, su experiencia directa choca de frente con la visión de mundo que les han inculcado las instituciones de la sociedad capitalista. Marx señala que es en estas luchas en que el partido revolucionario debe

orientarse, pues en ellas los trabajadores están más abiertos a las ideas comunistas. A través de sus vidas Marx y Engels hicieron el énfasis en la lucha de clases como escuela de política revolucionaria. Al separarse de la Liga Comunista en septiembre de 1850 Marx denunció a la "izquierda" de dicho grupo, la cual "no veía la revolución como el producto de la situación, sino como resultado de un esfuerzo de la voluntad". En cambio, "le decimos a los obreros: ustedes tienen por delante quince, veinte, cincuenta años de guerra civil para cambiar la situación y entrenarse en el ejercicio del poder" (CW X, 626). Marx no quiere decir literalmente cincuenta años de continua lucha armada; a menudo utiliza la expresión "guerra civil" como metáfora de la lucha de clases. Engels fue muy crítico de los primeros grupos marxistas de Gran Bretaña y Estados Unidos en las décadas de 1880 y 1890, pues reducían "la teoría marxista del desarrollo a una ortodoxia rígida, la cual los trabajadores no alcanzarían como resultado de su conciencia de clase, sino que como un artículo de fe se les debía atragantar de una vez y sin desarrollo" (SC 474). Sobre la lucha en Estados Unidos escribió:

Las masas deben tener tiempo y oportunidad de desarrollarse, y pueden tener la oportunidad solamente cuando tengan un movimiento suyo –no importa en qué forma, siempre y cuando sea su movimiento– con el que van cada vez más lejos empujadas por sus errores y aprenden a beneficiarse de ellos...

Lo que los alemanes deben hacer es actuar a la altura de su propia teoría –si la entienden, como nosotros en 1845 y 1848– para que avance cualquier movimiento general de la clase obrera, aceptar su punto de partida real como tal, e ir elevándolo gradualmente al nivel teórico señalando que cada error cometido, cada revés sufrido, era consecuencia de visiones teóricas equivocadas en el programa original (SC, 396, 399).

Dentro de esta concepción amplia sobre cómo la clase obrera podría hacerse una "clase para sí", Marx y Engels abordaron la cuestión de la organización de una manera realista y práctica. En la década de 1840 lucharon por construir un partido comunista independiente, con el fin de estimular el desarrollo general del movimiento obrero, más que involucrarse en conspiraciones secretas. Después de romper con la Liga se abstuvieron de activi-

dad práctica sistemática hasta 1864. Y aún entonces, con toda la influencia que Marx tenía en la Primera Internacional, ésta era una coalición de agrupaciones muy diversas que irremediablemente se dividió a causa de sus tensiones internas. Marx y Engels solían referirse a "nuestro partido" aunque no existiera una organización comunista, siquiera rudimentaria.

Esta forma de abordar el asunto se relaciona con cierta actitud un tanto fatalista que a veces se dejó ver en ellos, que apreciaba la formación de la conciencia revolucionaria de clase como resultado inevitable de un proceso natural. Por ejemplo, Engels escribió en 1886 que "lo importante es lograr que la clase obrera se mueva corno clase; una vez obtenido esto pronto encontrará la dirección correcta y todos los que se resistan... se quedarán afuera en el frío de las pequeñas sectas" (SC, 398). Este y otros pasajes sugieren que Marx y Engels creían que la lógica del proceso histórico de algún modo garantiza que los obreros adquieren una conciencia socialista. En un extremo, esta concepción lleva a suponer que la revolución obrera es en sí misma inevitable. En El capital Marx llega a referirse a la revolución como ocurriendo "con la inexorabilidad de un proceso natural" (C I, 929).

Estas visiones chocan con el punto central de la concepción de la historia en Marx, de que "los hombres hacen su propia historia, aunque no la hacen como quieren" (CW XI, 103). En el énfasis fatalista parece que la historia persigue sus propios fines independientemente de las creencias y las acciones de los seres humanos. El Manifiesto comunista había advertido que la lucha de clases puede tener dos resultados posibles: "una transformación revolucionaria de la sociedad en su conjunto o... la ruina común de las clases contendientes" (CW VI, 483). Si el triunfo de la clase obrera fuese inevitable ¿por qué molestarse en luchar?

Ahora bien, el énfasis de Marx y Engels en el desarrollo de la conciencia de clase como un proceso objetivo es entendible si tomamos en consideración que la mayoría de los revolucionarios del siglo XIX veían la caída del capitalismo como "resultado de un esfuerzo de la voluntad", o sea el producto de una conspiración elitista. Más aún, la vida política de estos revolucionarios se daba en una época en que los sindicatos agrupaban a un sector muy pequeño y usualmente privilegiado de los trabajadores diestros. Sólo hacia

el fin de la vida de Engels, y especialmente tras la fundación en 1889 de la Segunda Internacional, surgió en Europa un movimiento obrero verdaderamente masivo. Millones de obreros se organizaron en sindicatos y, después de logrado el sufragio universal, tuvieron acceso al voto para participar en la elección de los parlamentos burgueses.

Fue entonces que se hizo peligrosa dicha concepción de Marx y Engels sobre el partido. El nuevo movimiento obrero de masas tuvo como uno de sus resultados la formación de una burocracia conservadora que se montó sobre el partido y los sindicatos, éstos a su vez le adjudicaron a dicha burocracia la función de negociar mejoras a las condiciones de los trabajadores dentro del marco capitalista. Estos "lugartenientes del capital" podían vivir felizmente con una mera adhesión formal al marxismo. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), que adoptó en 1891 un programa marxista, era presidido por Karl Kautsky, el "Papa" teórico de la Segunda Internacional, quien predicó la inevitabilidad de la revolución proletaria, mientras los dirigentes del partido y de los sindicatos se acomodaban gradualmente al capital y al estado alemán. En sus últimos años Engels advirtió varias veces contra este curso, el cual culminó con el apoyo del SPD a la Primera Guerra Mundial en 1914.

Fueron Lenin y los bolcheviques en Rusia quienes desarrollaron una concepción distinta del partido obrero, más cercana al espíritu –si no a la letra-- de Marx y Engels. Así como estos últimos habían argumentado en marzo de 1850 que la independencia política de la clase obrera requiere la formación de un partido comunista, Lenin argumentó que tal partido debe combinar un firme compromiso con los principios revolucionarios –y excluir a aquellos que no acepten estos principios en la teoría y en la práctica– con un quehacer activo y constante ligado a la vida y las luchas de la clase trabajadora. Se mantuvo así la idea básica de Marx de que la clase obrera debe volverse una "clase para sí" mediante la interacción entre el partido y el resto de la clase.

La dictadura del proletariado

Vimos que Marx creía que la lucha de la clase obrera se transforma progresivamente en un movimiento político cuyo objetivo será la conquista del poder del Estado. El Estado, señaló, es un producto de los antagonismos de clase y un instrumento de dominación de clase: "propiamente dicho, el poder político es simplemente el poder organizado de una clase para oprimir a otra" (CW VI, 505). Por lo tanto la clase obrera puede triunfar solamente derrocando al Estado capitalista. El Manifiesto Comunista indica que "el primer paso en la revolución obrera debe ser elevar el proletariado a la posición de clase dominante" (CW VI, 504).

Marx hizo claro que este cambio no puede tomar lugar pacíficamente sino que requiere la destrucción del aparato de estado existente. En El dieciocho brumario de Luis Bonaparte describe la evolución del Estado capitalista moderno en Francia "con su enorme organización burocrática y militar, con su maquinaria de Estado extensa y artificial, con su multitud de funcionarios, que son más de medio millón, aparte del ejército con otro medio millón, este asombroso cuerpo parasitario" cuyo triunfo encarnó Napoleón III (CW XI 185). Marx escribe que "todas las revoluciones perfeccionaban esta maquinaria en vez de romperla. Los partidos que compiten por un turno en la dominación veían la posesión de este enorme edificio del Estado como la principal recompensa del ganador" (CW XI, 186). En cambio, la revolución de los trabajadores "concentraría contra él todas sus fuerzas de destrucción" (CW XI, 185).

Durante la Comuna de París, en 1871, Marx escribió a uno de sus seguidores, Ludwig Kugelmann:

Si mira el último capítulo de mi Dieciocho brumario verá que allí sostengo que el siguiente intento de la revolución en Francia ya no será, como antes, transferir de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, sino despedazarla, y esta es condición preliminar para toda revolución real del pueblo en el Continente (SC, 262-3).

Marx escribe en Las luchas de clases en Francia que sobre las ruinas del Estado capitalista se establecería "la dictadura de clase del proletariado como el punto necesario de tránsito para la abolición general de las distin-

ciones de clase" (CW X, 127). Esta famosa expresión, "dictadura del proletariado", naturalmente pone incómoda a mucha gente. En un siglo que ha visto el sangriento despotismo de Stalin no es difícil pensar que la "dictadura del proletariado" sería la dictadura de una pequeña minoría sobre la clase obrera. Y en efecto así es como la vio Blanqui, quien acuñó la frase.

Sin embargo hay que recordar que en el siglo XIX, el término "dictadura" no estaba tan fuertemente asociado a imágenes de policía secreta y campos de concentración. La gente educada estaría consciente de que el dictador era originalmente un funcionario de la antigua república de Roma, nombrado en tiempos de emergencia para regir por un periodo limitado de seis meses. De hecho Marx veía la dictadura del proletariado como temporal, como un "punto necesario de tránsito" entre el capitalismo y una sociedad sin clases, comunista.

Como hemos señalado, Marx y Engels suponían que el Estado es antes que nada un instrumento de coerción: "cuerpos especiales de hombres armados", como lo describió sucintamente Lenin. En este sentido la dictadura del proletariado no es diferente a las formas de Estado anteriores, pues todas ellas se basan en la coerción, y no necesariamente sería más arbitraria o represiva que las formas predecesoras.

Pero el rasgo central que distingue a la dictadura del proletariado es que, justamente, es "el proletariado organizado como clase dominante" (CW VI, 504). Por vez primera en la historia controlarían el Estado los productores directos, la masa de la gente común trabajadora. En efecto, el Estado sería esta masa. El Estado dejaría de ser así el medio por el cual una minoría explotadora domina a la mayoría explotada. Sería la dictadura de la mayoría sobre la minoría.

Aún con estos esbozos de la dictadura del proletariado que Marx trazó después de la Revolución de 1848, el concepto estaba todavía bastante abstracto. No fue, sin embargo, el análisis teórico lo que dio forma definitiva y concreta al concepto de Marx del poder de los trabajadores, sino la acción de los obreros de París en 1871. Engels escribió veinte años más tarde:

Últimamente el filisteo socialdemócrata se llena de horror una vez más ante las palabras “dictadura del proletariado”. Muy bien señores, ¿quieren saber

a qué se parece esta dictadura del proletariado'? Miren a la Comuna de París. Esa era la dictadura del proletariado (CWF, 17-18).

Poco después de la derrota, Marx escribe en La guerra civil en Francia sobre la Comuna:

Mientras todas las firmas anteriores de gobierno habían sido consistentemente represivas, ésta era una forma política cabalmente expansiva. Su verdadero secreto era éste. Era esencialmente un gobierno de la clase obrera, un producto de la lucha de los productores contra la clase apropiadora, la forma política descubierta por fin, bajo la cual empezar la liberación económica del trabajo (CWF, 72).

¿Cuáles eran los rasgos básicos de esta "forma política"?

El primer decreto de la Comuna... fue la supresión del ejército permanente y su sustitución con el pueblo armado.

La Comuna se formaba de los concejales municipales, escogidos por el voto universal en las diversas secciones de la ciudad, y eran responsables y revocables a corto plazo. La mayoría de sus miembros eran naturalmente trabajadores, o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna era un cuerpo de trabajo, no parlamentario, a la vez ejecutivo y legislativo. La policía, en lugar de seguir siendo un agente del gobierno central, fue de una vez despojada de sus atributos políticos y convertida en agente responsable y permanentemente revocable de la Comuna. Así también los otros funcionarios de todas las demás ramas de la administración. De los miembros de la Comuna para abajo el servicio público se haría con salarios de trabajadores...

Los funcionarios judiciales fueron despojados de la falsa independencia que ha servido sólo para disfrazar su subordinación abyecta a todos los gobiernos sucesivos por los cuales, a su vez, han hecho y roto sus juramentos de fidelidad. Como los demás funcionarios públicos, los jueces y magistrados eran electos. responsables y revocables (CWF 67-8).

Marx y Engels creían que el estado conlleva "el establecimiento de un poder público que ya no coincide directamente con la población organizada como fuerza armada" (S W ni 327). Las medidas que adoptó la Comuna persegu-

ían dejar atrás esta separación entre el estado y la masa de la población, y someter el primero al control de la segunda. En este sentido la dictadura del proletariado es una forma superior de democracia a la de la sociedad burguesa. "La libertad", escribe Marx, "consiste en convertir al estado de órgano superimpuesto a la sociedad en uno completamente subordinado a ella" (SW ii 25).

La Comuna no terminó con el gobierno representativo, o sea con la elección de quienes hacen y ponen en vigor las leyes. Sin embargo, en la democracia burguesa el gobierno representativo significa "decidir una vez en tres o seis años cuál miembro de la clase dominante mal representará al pueblo en el parlamento" (CWF, 69). El electorado carece de control sobre lo que hacen sus representantes una vez electos y, cuando los partidos se presentan para la reelección, usualmente hay que escoger entre el menor de dos males. El parlamento mismo apenas tiene control sobre la fuente real del poder político, la burocracia civil y militar permanente.

En la Comuna en cambio, todos los funcionarios públicos no sólo eran electos sino que además podían ser inmediatamente retirados del puesto por los electores. De esta manera el sufragio universal servía al pueblo... como el sufragio individual sirve al patrón para conseguir trabajadores y gerentes para su empresa. Y es sabido que las compañías, como los individuos, en verdaderas cuestiones de negocios generalmente saben cómo colocar al hombre acertado en el lugar acertado y, si alguna vez cometen un error, cómo corregirlo enseguida (CWF, 70).

El poder de revocar representantes ineficientes sin duda aumentaría enormemente el control popular sobre el gobierno. La abolición del ejército permanente significaría que los medios de coerción estarían en manos de “la población organizada como fuerza armada". El Estado cesaría de ser "una unidad independiente y por encima de la nación misma, de la cual no era sino una excrescencia parasitaria" (CWF, 69).

La experiencia de la Comuna de París confirmó y expandió el análisis básico de Marx de que "la clase trabajadora no puede simplemente apoderarse de la maquinaria estatal como está y usarla para sus propósitos" (CWF, 64). Hay sin embargo dos distinciones importantes que deben hacerse en

cuanto a dicha experiencia. Una la hizo notar Marx, lo que llamó la "buena naturaleza" de la Comuna, su ausencia de voluntad para tomar la ofensiva contra sus enemigos burgueses de Versalles y actuar sin piedad contra la amenaza de la contrarrevolución (ver por ejemplo SC, 263).

La experiencia de 1848 había enseñado a Marx y Engels que la revolución es una forma de guerra, y como cualquier guerra debe ser peleada implacablemente, con determinación. Después de los sucesos de 1848 Engels escribió palabras que podrían aplicarse a la Comuna y a otras revoluciones:

La insurrección es un arte como el de la guerra o cualquier otro, y está sujeta a ciertas reglas de procedimiento las cuales, si se ignoran, llevarán a la ruina al partido que cometa tal equivocación... Primeramente, nunca juegue a la insurrección a menos que esté plenamente preparado para afrontar las consecuencias de su juego. La insurrección es un cálculo de magnitudes muy indefinidas, el valor de las cuales podrá cambiar cada día; las fuerzas opuestas a usted tienen todas las ventajas de organización, disciplina y hábitos de autoridad: si no les propina golpes fuertes irá directo a la ruina y la derrota. Segundo, una vez comience la lucha insurreccional, actúe con la mayor decisión y en la ofensiva. La defensiva es la muerte de los levantamientos armados; lleva a la derrota antes de que pueda medir fuerzas con sus enemigos. Sorprenda a sus antagonistas mientras están dispersas las fuerzas de éstos, prepare a diario nuevos éxitos aunque sean pequeños; mantenga la ascendente moral que le brindó el primer alzamiento exitoso; atráigase los elementos vacilantes que siempre siguen al impulso más fuerte y buscan el lugar más seguro; fuerce a sus enemigos a retirarse antes de que vuelvan a reunir sus fuerzas contra usted; en palabras de Danton, el más grande maestro hasta la fecha en política revolucionaria: ¡audacia. audacia, y todavía más audacia! (CW XI, 85-6).

La experiencia histórica desde los tiempos de Marx y Engels ha mostrado que estas reglas de insurrección son exitosas sólo allí donde existe un partido revolucionario cuya atención está enfocada en la toma del poder político. La victoria de la clase obrera rusa en Octubre de 1917, hubiese sido imposible sin los bolcheviques bajo la dirección de dos maestros revolucionarios más grandes incluso que Danton: Lenin y Trotsky. En este extremo

Marx y Engels coincidían con Blanqui: la conquista del poder por la clase trabajadora requiere un partido que esté preparado para practicar el arte de la insurrección. Donde se distancian de Blanqui es en que para ellos, tal partido debe considerar tomar el poder sólo con el apoyo activo de la mayoría de los trabajadores.

Marx no apreció la otra debilidad de la Comuna: ésta fue electa por los ciudadanos masculinos de las diversas secciones de París. La exclusión de las mujeres, algo particularmente chocante dado el papel impresionante que jugaron en la Comuna las mujeres trabajadoras de París, sugiere la influencia del jacobinismo en el movimiento obrero francés. Más aún, la elección de representantes sobre bases territoriales implica que la Comuna fue electa por miembros de todas las clases. Como en las elecciones burguesas, todos los ciudadanos fueron tratados como iguales sin discriminar su posición de clase. Esta igualdad formal normalmente oculta las desigualdades reales de riqueza y poder que subyacen a la democracia burguesa. En la Comuna de París este método de elección no tuvo efectos muy visibles porque la mayoría de los burgueses habían huido de la ciudad. Pero el uso por la Comuna de los mismos métodos de la democracia burguesa para elegir representantes refleja que para 1871 la mayor parte de los obreros franceses eran todavía artesanos de talleres pequeños. El taller de trabajo no era el principal centro de organización y acción de la clase trabajadora. Los trabajadores ejercían su poder colectivo en la calle, no en el proceso de producción.

Fue después del surgimiento de la clase obrera industrial moderna organizada en grandes fábricas donde se utiliza maquinaria en la producción, que apareció la forma específica de poder de los trabajadores, el soviet o consejo de trabajadores. Surgido por primera vez durante la Revolución rusa de 1905, el soviet ha vuelto a aparecer muchas veces más. Surge de la lucha en el proceso de producción como un cuerpo de delegados del taller de trabajo, y se desarrolla como una institución que unifica al conjunto de la clase trabajadora y reta al monopolio del poder político de los capitalistas. Distinto a la Comuna, aquí los representantes son escogidos en la fábrica,

donde se afinca la capacidad de los trabajadores de actuar y organizarse colectivamente.

La aparición de los soviets ha completado la teoría de Marx sobre la dictadura del proletariado, al crear una forma de régimen político que refleja directamente el poder de los trabajadores en el proceso de producción. Marx difícilmente hubiera podido anticipar este desarrollo pues como se ha visto, sus puntos de referencia fueron las revoluciones de 1848 y 1871, así como también nosotros aprenderemos de revoluciones futuras.

Pero hay ambigüedad en los escritos de Marx respecto a cuánto generalizar las lecciones de la lucha de clases en Francia. Por ejemplo, en el Congreso de La Haya de la Primera Internacional expresó que "hay países como Estados Unidos, Inglaterra... Holanda... donde el pueblo trabajador podría alcanzar sus metas por medios pacíficos" (SW II, 293). En la carta a Kugelmann citada antes, Marx dice que "despedazar" la "máquina burocrático-militar" es esencial para "toda revolución real del pueblo en el continente", es decir que excluye a Inglaterra. Marx parecía pensar que las democracias burguesas donde los obreros tenían derecho al voto eran diferentes a otras formas del Estado capitalistas.

Esto no significa que Marx cambió su visión de que el Estado democrático burgués es de hecho un medio de dominación de clase basado en "cuerpos especiales de hombres armados". Engels señala en su prefacio a la edición inglesa del tomo I de El capital que Marx había llegado a la conclusión de que, al menos en Europa, Inglaterra es el único país en que la inevitable revolución social puede hacerse realidad enteramente por medios pacíficos. Ciertamente nunca olvidó añadir que difícilmente las clases dominantes británicas se someterían a esta revolución pacífica y legalmente sin una “rebelión pro esclavista" (C I, 113).

Se puede esperar, por tanto, que la burguesía reaccionará resistiendo violentamente cualquier intento de que se le expropie, de la misma forma que los estados sureños de Estados Unidos intentaron impedir la abolición de la esclavitud durante la guerra civil de 1861-65.

Esta predicción es realista. La clase capitalista siempre podrá llamar a las fuerzas armadas, cuya primera lealtad no es hacia el parlamento sino hacia

el orden social. La experiencia a partir de la época de Marx y Engels indica que los intentos para implantar el socialismo de forma pacífica invariablemente enfrentan la resistencia armada. El golpe militar en Chile en septiembre de 1973 es un ejemplo reciente.

Pero ¿por qué excluyó Marx a Inglaterra –y a otras democracias burguesas– de sus conclusiones generales? Lenin trató de sacar a Marx de este lío en El estado y la revolución, argumentando que Inglaterra en 1871 era un Estado "sin casta militar y, en buena medida, sin burocracia", que después terminó hundiéndose "en el sucio y sangriento pantano de las instituciones militares y burocráticas de Europa". Desafortunadamente esto no es cierto. A través del siglo XIX el Estado británico tuvo una maquinaria militar que usó, no sólo en el "sucio y sangriento pantano" de incesantes guerras coloniales, sino además para mantener a Irlanda bajo su dominio y, especialmente durante la primera mitad de ese siglo, contra los trabajadores de la misma Gran Bretaña. Marx estaba sencillamente equivocado. Como los demás Estados capitalistas, las democracias burguesas dependen de "cuerpos especiales de hombres armados" que los trabajadores, armados, deben derrotar si es que van a tomar el poder y mantenerlo.

El error de Marx tiene explicación en la tendencia que durante toda su vida tuvo a sobrestimar los efectos que tendría el sufragio universal (el derecho al voto por encima de distinciones de clase, sexo, etc.). Antes de hacerse comunista, en su Crítica de la filosofía del derecho de Hegel de 1843, Marx afirmaba que el sufragio universal pondría fin a la división entre Estado y sociedad civil, la cual consideraba un terreno de enajenación humana.

Incluso después de elaborar su concepción materialista de la historia, Marx y Engels siguieron creyendo que el sufragio universal debilitaría la dominación burguesa. Este punto de vista está muy presente en Las luchas de clases en Francia y en El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, donde Marx analiza los conflictos que se produjeron en la Segunda República francesa de 1848-1851 por dársele el derecho al voto a todos los ciudadanos varones. Debatiendo sobre la lucha de clases en Inglaterra, Engels escribió en 1850 en palabras que Marx hubiera respaldado, que "en una Inglaterra donde dos tercios de sus habitantes son proletarios industriales, el sufragio

universal significa un régimen político exclusivo de la clase trabajadora, con todos los cambios revolucionarios en las condiciones sociales que son inseparables de él" (CW X, 298).

Ahora sabemos que el sufragio universal no es eso. Pero el sufragio universal masculino era algo rarísimo en el siglo XIX. En Gran Bretaña lo exigieron los cartistas y la clase dominante lo resistió con dureza, tanto su ala política liberal corno la conservadora de los Tories. Fue sólo en 1867 que se extendió el derecho al voto a ciertos grupos de trabajadores. Y vino a ser en 1918 que en dicho país se concedió el derecho al voto a todos los hombres; las mujeres pudieron votar recién diez años después. En Francia y Alemania, donde se concedió el sufragio masculino después de 1870, la mayoría campesina dio base popular a los partidos aristocráticos y burgueses. No es de extrañar que Marx tuviera esperanzas exageradas en el sufragio universal en un país de población predominantemente trabajadora.

La experiencia posterior indica que el capitalismo puede vivir muy bien con el sufragio universal, lo cual Engels tuvo que reconocer en sus últimos años. El derecho al voto coloca a todos los ciudadanos en un plano de supuesta igualdad, a pesar de las diferencias reales de riqueza y poder. Los parlamentos electos popularmente gobiernan más en la forma que en los hechos. Y aunque hayan surgido organizaciones de masas de la clase obrera, no se ha debilitado por eso la dominación capitalista. Estas organizaciones normalmente son controladas por una burocracia obrera conservadora dedicada a la conciliación entre clases, más que a la lucha de clases. A su vez, la democracia burguesa se funda en que el capitalismo sea próspero y siga mejorando los estándares de vida de la mayoría trabajadoras. De aquí que esta forma política ha florecido sobre todo en los estados imperialistas más acaudalados.

No deben entenderse estas críticas a los límites de la visión de Marx como un rechazo a su concepto de la dictadura del proletariado. En todo caso dichas criticas confirman este concepto, ya que también en las democracias burguesas “la clase obrera no puede simplemente apoderarse de la maquinaria estatal como está y usarla para sus propósitos", sino que debe destruirla.

Una revolución mundial

Marx insistió en que el capitalismo es un sistema mundial. "La competencia en el mercado mundial –escribió– es la base y el elemento vital de la producción capitalista" (C III, 110). Asimismo, la formación de una economía internacional es resultado del desarrollo de las relaciones de producción capitalistas. "La tendencia a crear el marcado mundial está dada directamente en el concepto mismo de capital" (G, 408).

El desarrollo del capitalismo implicó la formación de un sistema mundial en que grandes regiones de Asia y la totalidad de las Américas fueron subordinadas a los poderes europeos. También África fue sometida, y proveyó los esclavos negros de cuyo trabajo dependieron las economías de plantación en el Caribe y en el Sur de Estados Unidos. Del saqueo del mundo se obtuvo la riqueza necesaria para la "acumulación primitiva de capital", la concentración de dinero en las manos de capitalistas europeos. Con esta riqueza se compró la fuerza de trabajo "liberada" de los medios de producción que hizo posible la expropiación de los campesinos.

El descubrimiento de oro y plata en América, el exterminio, la esclavización y el encerramiento en minas de las poblaciones indígenas de dicho continente, los comienzos de la conquista y la rapiña de la India y la transformación de África en una reserva para la caza comercial de los negros, se acentúan el amanecer de la era de la producción capitalista. Estos idílicos procedimientos son los momentos principales de la acumulación primitiva. De cerca le sigue la guerra comercial entre las naciones europeas, que tienen al mundo como campo de batalla. La misma empieza con la rebelión de lo Países Bajos contra España, cobra dimensiones gigantescas en la guerra antijacobina de Inglaterra [contra la Francia revolucionaria v después napoleónica] y sigue todavía hoy en la forma de las Guerras del Opio contra China, etc. (C I, 915).

Resultado de este proceso fue la unificación del mundo entero en un sistema económico. Los diferentes países participan en la división internacional del trabajo. En un periodo las plantaciones de esclavos del Sur de Estados Unidos proveían algodón a las fábricas de textiles de Lancashire en

Gran Bretaña. La industria textil nativa de India fue destruida para proveer un mayor mercado a los productos ingleses. El surgimiento en tiempos de la muerte de Marx de otras potencias industriales que desafiaron el predominio económico de Inglaterra –Alemania, Estados Unidos, Francia– sólo intensificó la lucha competitiva de "muchos capitales", haciéndola verdaderamente internacional.

Marx argumenta que, como consecuencia del surgimiento del sistema capitalista mundial, la revolución proletaria tendrá éxito sólo a escala internacional. En un pasaje de La ideología alemana que revela gran previsión, escribe que la revolución mundial es esencial

...porque sin ella la privación, la necesidad, simplemente se generaliza, y con necesidad empezarían otra vez las luchas por las cosas más básicas, y por fuerza se restaurará todo el sucio negocio... Empíricamente, el comunismo es posible solamente como el acto de los pueblos dominantes "todos al mismo tiempo", simultáneamente, lo cual presupone un desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio mundial atado a ellas (CW V, 49).

Esta afirmación es una extensión de la tesis general de Marx de que el comunismo es sólo posible una vez las fuerzas productivas se han desarrollado a un determinado nivel. Nos está diciendo que este desarrollo tiene lugar a escala mundial, no simplemente dentro de países individuales. Se desprende de aquí que fracasarán las revoluciones confinadas a países individuales, porque no podrán adquirir los recursos necesarios para abolir las clases sociales, recursos disponibles sólo internacionalmente. La presión del mercado mundial, que estará intacto a pesar de la victoria de la clase trabajadora en un país, significa que "la necesidad simplemente se generaliza... por fuerza se restaurará todo el sucio negocio". Las fuerzas de producción del país revolucionario no serán suficientes para la abolición de las clases, de manera que continuará la lucha de clases. En Principios del comunismo, los apuntes para un programa de la Liga Comunista que hizo en 1847, Engels responde la pregunta "¿Será posible que esta revolución se dé en un solo país?" con un enfático *No. Al crear el mercado mundial, la industria a gran escala ha ligado entre sí a todos los pueblos de la Tierra, especialmente a los pueblos civilizados, de tal modo que cada pueblo depende*

de lo que le pase al otro. Más aún, en todos los países civilizados la industria a gran escala ha elevado tanto el desarrollo social que en todos estos países la burguesía y el proletariado son las dos clases decisivas de la sociedad y la lucha entre ellas es la lucha principal de la época. La revolución comunista, por tanto, no será una simplemente nacional. Será una revolución que tenga lugar simultáneamente en todos los países civilizados –esto es, cuando menos en Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania (C5 VI, 351-2).

En la década de 1920, tratando de justificar la idea del "socialismo en un solo país", Stalin despachó en Rusia la idea de revoluciones simultáneas como una exageración juvenil de Marx y Engels. Sin embargo, antes de que la tinta de Principios del comunismo se secara se produjo un escenario de alzamientos internacionales. En 1848 ocurrieron levantamientos en diferentes países, cada uno siguiendo velozmente al otro. En este sentido no era tan tonta la noción de revoluciones simultáneas.

No obstante, la cuestión es sin duda más compleja de lo que creían Marx y Engels en la década de 1840. Lenin puso gran énfasis en el problema del desarrollo desigual, en cómo las sociedades evolucionan a diferentes ritmos y en diferentes formas, de manera que aunque tengan las mismas relaciones de producción pueden tener diferentes estructuras políticas y sociales. Estados Unidos hoy es muy distinto a la Inglaterra del siglo XVIII o a la Alemania nazi, aunque todas son formaciones sociales capitalistas. En sus escritos sobre la Revolución rusa de febrero de 1917, Lenin insistió en que cada revolución es resultado de una combinación de factores diversos, económicos, políticos, sociales y culturales, únicos de cada país. Marx fue igualmente sensible a las características específicas de cada formación social en sus análisis sobre países individuales, fuese Francia, España, Inglaterra o Estados Unidos.

Fue Trotsky quien llamó la atención del fenómeno que nombró desarrollo combinado. Todas las sociedades son parte de un único sistema mundial y están sometidas a las presiones de éste, lo cual obliga a competir entre sí a los Estados y a los capitales. De aquí que aunque la revolución comience en un país individual, puede ser completada solamente a escala mundial. Aun-

que son improbables las revoluciones simultáneas, dado el desarrollo desigual, la revolución mundial es esencial, dado el desarrollo combinado.

La famosa frase que cierra al Manifiesto comunista, "¡Trabajadores de todos los países, únanse!" (CW VI, 519), no es por tanto un preciosismo literario o un mero compromiso ético o emocional con la hermandad entre los hombres. La victoria internacional de la clase trabajadora es una necesidad absolutamente práctica, si es que se ha de construir el comunismo. La conquista del poder por la clase trabajadora en un país sería el preludio de tal victoria, y la primera tarea de la dictadura del proletariado en ese país sería estimular internacionalmente la revolución.

El internacionalismo está en el corazón del socialismo de Marx y Engels. Como vimos, Marx fue la figura dominante de la Primera Internacional, mientras Engels dedicó los últimos veinticinco años de su vida al movimiento obrero internacional, contribuyendo con una enorme cantidad de correspondencia, en idiomas diversos, para dar consejo y aliento a socialistas de todas partes del mundo.

¿Cómo internacionalistas revolucionarios comprometidos como Marx y Engels abordaban a una Europa dominada por nacionalismos rivales de las grandes potencias y de los distintos movimientos de independencia en los imperios multinacionales de Rusia, Austria y Turquía? El XIX fue un siglo en que pueblos que habían sido absorbidos por Estados europeos más grandes (polacos, irlandeses, checos, serbios, húngaros y muchos otros) exigieron su derecho a la autodeterminación.

El punto de partida de Marx y Engels es que ningún revolucionario serio puede ignorar las diferencias nacionales. De hecho, ignorarlas puede fortalecer el chauvinismo nacional, y así lo apuntó Marx en una reunión del consejo general de la Primera Internacional en junio de 1866, cuando los seguidores de Proudhon "vinieron con el anuncio de que todas las nacionalidades e incluso las naciones eran prejuicios anticuados”. Marx dijo más tarde a Engels:

Los ingleses se rieron mucho cuando empecé mi intervención diciendo que nuestro amigo Lafargue y otros que habían acabado con las nacionalidades, nos habían hablado en francés, es decir un idioma que no entendían nueve

décimas partes de la audiencia. También sugerí que al negar las nacionalidades él parecía, tal vez inconscientemente, suponer la absorción de los demás por el modelo francés de nación (SC, 179).

El internacionalismo abstracto, que ignora la opresión nacional, bien puede ocultar nacionalismo. Pero Marx y Engels tampoco apoyaban en abstracto el "principio de la nacionalidad". Pensaban que cualquier movimiento nacional específico debía ser respaldado o rechazado sólo en la medida en que favoreciera o debilitara los intereses de la revolución. Pero ¿cómo juzgar estos intereses?

Hay que tener en cuenta la época en que vivió Marx. Lenin traza esta época comenzando en 1789 y finalizando en 1871 –esto es, desde la gran Revolución francesa hasta la Guerra franco-prusiana y la Comuna de París:

El rasgo general de esta época... fue el carácter progresista de la burguesía, es decir su lucha todavía irresuelta e incompleta contra el feudalismo. Era perfectamente natural para los elementos democráticos de aquel momento, y para Marx como su representante, guiarse, en aquel tiempo, por un principio incuestionable de apoyo a la burguesía progresista –es decir, capaz de desatar la lucha– contra el feudalismo... Es bastante natural que no se plantease ninguna otra cuestión en aquel momento excepto la siguiente: ¿el triunfo de cuál burguesía, el triunfo de cuál combinación de fuerzas, el fracaso de cuáles fuerzas reaccionarias –las fuerzas feudales y absolutistas que buscaban impedir el ascenso burgués– ofrecía más espacio a la democracia contemporánea?

Hasta 1871 la cuestión central en Europa era completar la revolución democrático burguesa inconclusa. Marx y Engels suponían que la solución más radical de esta cuestión –establecer repúblicas democrático-revolucionarias siguiendo el modelo de la Primera República francesa de la década de 1790– favorecería los intereses de la clase trabajadora, porque sería la expresión más clara de la lucha de clases entre el capital y el trabajo, liberada de remanentes feudales. El país en que este tema se planteó más agudamente fue el país natal de Marx y Engels, Alemania, el cual carecía hasta de la condición más esencial del Estado burgués –unidad nacional. La Rusia zarista era, en general, el obstáculo principal a la revolución democrático-

burguesa en Alemania y en Europa. Vastos ejércitos rusos compuestos de campesinos habían sido empleados para reprimir las Revoluciones de 1848.

Por lo tanto, Marx y Engels juzgaron a los movimientos nacionales desde el punto de vista de cómo encajaban en el agrupamiento europeo de fuerzas; es decir por su relación con aquellas naciones que iban a la vanguardia de la revolución democrática burguesa contra Rusia y sus aliados. En 1849 Engels había propuesto "una alianza de los pueblos revolucionarios contra los pueblos contrarrevolucionarios, una alianza que se hace realidad no en el papel, sino solamente en el campo de batalla" (CW VIII, 363).

Engels identificó tres principales "pueblos revolucionarios": los alemanes, los polacos y los húngaros. Punto central del periódico Neue Rheinische Zeitung en 1848-49 había sido el reclamo de la unidad nacional de Polonia y Hungría contra Rusia, en cierto modo en el espíritu de los jacobinos, que habían lanzado en la década de 1790 una guerra revolucionaria por toda Europa contra las monarquías del *ancien régime*. A través de sus vidas Marx y Engels apoyaron consistentemente la lucha por la independencia de Polonia, sin abandonar la idea expresada por Marx en 1848 de que "la emancipación de Polonia ha venido a ser el punto de honor para todos los demócratas de Europa" (CW VI, 549).

La otra cara de la moneda era que había pueblos contrarrevolucionarios. Marx y Engels eran especialmente hostiles a la doctrina del paneslavismo, difundida por seguidores de la monarquía zarista así como por algunos oponentes de ésta –destacadamente Bakunin, por ejemplo. Según esta doctrina los rusos y polacos debían unirse con los demás eslavos dominados por Austria y Turquía (serbios, croatas, búlgaros y otros) para formar una sola nación.

Las razones políticas para rechazar esta doctrina resultan obvias a la luz de la estrategia general de Marx y Engels. El paneslavismo bien podía convertirse en un disfraz para el expansionismo zarista ruso. "Detrás de esta teoría absurda –escribió Engels– estaba la realidad terrible del Imperio ruso, ese imperio que a cada paso proclama la pretensión de considerar a toda Europa como dominio de la raza eslava y especialmente de la única parte enérgica de esta raza, los rusos" (CW XI, 47). Asimismo recordaba que la

monarquía de Austria usó a sus súbditos eslavos de las regiones del Sur para aplastar la Revolución húngara de 1849.

Engels acarició el concepto prestado de Hegel, de los "pueblos que nunca han tenido su propia historia", de los cuales eran ejemplos, supuestamente, los eslavos del Sur (CW VIII, 367). Tal idea de "naciones sin historia" es muy dudosa, fundada como está en la suposición de Hegel de que "en la historia del mundo, sólo pueden venir a nuestra atención los pueblos que formen un Estado". Sin embargo el núcleo del argumento de Engels es materialista. Los campesinos que entonces componían el grueso de la población de Europa podían jugar un papel revolucionario sólo bajo dirección de una clase social urbana, en este caso la burguesía. En el Imperio austriaco "la clase que era fuerza motriz y lideraba el movimiento, la burguesía, era en todas partes alemana o húngara. Sólo con grandes dificultades podían los eslavos dar curso a una burguesía nacional, y los eslavos del Sur sólo en casos aislados" (CW VIII, 232).

De manera que el razonamiento de Marx y Engels sobre la cuestión nacional en 1848-49 puede entenderse bajo la luz de la situación de Europa en aquel momento. Para la década de 1860, sin embargo, este análisis perdió vigencia. En Alemania se completó la revolución democrática burguesa, pero en una forma y por medio de agentes sociales que Marx y Engels estuvieron lejos de prever. Bismarck, un representante de la reaccionaria clase agraria de los Junkers, fue quien unificó a Alemania. Lo que Gramsci llamó una "revolución pasiva", una revolución desde arriba, fundada en una alianza entre los Junkers y la burguesía industrial. Esta última aceptó de buen grado que los Junkers controlaran el aparato estatal, a cambio de la unificación nacional y de políticas económicas capitalistas.

La nueva época que inició la Guerra franco-prusiana fue una en que tanto Europa como el mundo cayeron cada vez más bajo el dominio de un puñado de potencias capitalistas que competían entre sí por la conquista de territorios y naciones. La cuestión nacional ya no era primeramente referente a la lucha entre pueblos revolucionarios y contrarrevolucionarios. Ahora tomaba dos formas, relacionadas entre sí estrechamente: por un lado el nacionalismo en los países imperialistas, que unificaba a los trabaja-

dores con sus explotadores y, por otro lado, el nacionalismo de los pueblos oprimidos que luchaban contra las potencias extranjeras que los sojuzgaban.

Marx confrontó este problema en la forma concreta que éste había cobrado en Gran Bretaña: la histórica lucha de los irlandeses por su independencia nacional, la cual en las décadas de 1860 y 1870 asumió la forma espectacular de acciones armadas por parte del grupo de los Fenians. Marx condenó los excesos terroristas de los Fenians, pero respaldó firmemente el reclamo de independencia para Irlanda y convenció a la Internacional de que adoptara su posición. Tuvo para ello dos razones.

La primera es de menor interés para nosotros hoy. Marx veía a Irlanda como el bastión principal de los aristócratas terratenientes ingleses, muchos de los cuales poseían tierras en dicha isla. Por tanto consideraba que la victoria del movimiento independentista irlandés y la consecuente expropiación de esas tierras echaría abajo a la clase dominante en Inglaterra. Este análisis era equivocado. Durante las últimas décadas del siglo XIX la clase terrateniente inglesa estaba en aguda decadencia política y económica. Su decreciente relevancia se reflejó en las administraciones de Gladstone y Balfour en los años 80s del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. Estos gobiernos ingleses organizaron el traspaso pacífico de la mayor parte de las tierras angloirlandesas a los campesinos católicos irlandeses.

Resulta más interesante la otra razón de Marx para apoyar al movimiento de independencia irlandés, y ella fue que el dominio sobre Irlanda contribuía a cementar la unidad de la clase trabajadora inglesa con la clase capitalista inglesa:

Todos los centros industriales y comerciales en Inglaterra tienen ahora una clase trabajadora dividida en dos campos hostiles, proletarios ingleses y proletarios irlandeses. El obrero común inglés odia al obrero irlandés, viéndolo como un competidor que hace que descienda su nivel de vida. Con respecto al obrero irlandés, el inglés se siente parte de la nación dominante y de este modo se hace un instrumento de los aristócratas y capitalistas en contra de Irlanda, y fortalece así la dominación de éstos sobre él mismo. Hace suyos los prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el obrero

irlandés. Su actitud hacia éste es como la de los "blancos pobres" hacia los "niggers" en los antiguos estados esclavistas de Estados Unidos de América...

Este antagonismo se mantiene vivo artificialmente y es intensificado por la prensa, el púlpito, los periódicos cómicos, en fin, por todos los medios a disposición de las clases dominantes. Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase trabajadora inglesa, a pesar de su nivel de organización. Es el secreto por el cual la clase capitalista mantiene su poder. Y esta última es muy consciente de ello (SC, 236-7).

Este análisis tiene importancia general. En los países imperialistas el nacionalismo es un medio por el cual los trabajadores son divididos entre sí e identificados con sus explotadores –"somos todos ingleses", dicen. Lenin generalizó el argumento de Marx, destacando que los trabajadores de los países imperialistas deben respaldar el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas como forma de romper sus ataduras con las clases dominantes. Otra vez, vemos que la cuestión es la medida en que los movimientos nacionales contribuyen a los intereses generales de la revolución de los trabajadores. El criterio principal con que el marxismo juzga estos movimientos es si fortalecen o debilitan la unidad internacional de la clase trabajadora.

El comunismo

Instalada primero a nivel nacional y después a nivel internacional, la dictadura del proletariado "es la transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases" (SC, 69). El derrocamiento del capitalismo no es un final, sino sólo un principio. "Esta formación social –dice Marx sobre el capitalismo– lleva al fin de la prehistoria de la sociedad humana" (SW I, 504).

Para Marx no habrá un salto de la sociedad clasista al comunismo. Llevará tiempo terminar con los remanentes del capitalismo. "Entre la sociedad capitalista y la comunista está el periodo de transformación revolucionaria de una en la otra. En correspondencia con ello está también un periodo de

transformación política en que el Estado no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado" (SW III, 26).

Marx evitó anticipar en detalle el carácter de esta transición o del comunismo. Había sido crítico de los socialistas utópicos por su intento de describir detalladamente –a menudo de forma obsesiva– cómo sería dirigida la sociedad futura. Marx insiste en el Manifiesto comunista:

las conclusiones teóricas de los comunistas en sentido alguno se basan en ideas, principios inventados o descubiertos por este o aquel reformador universal. Simplemente expresan, en términos generales, las relaciones reales que surgen de la lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se efectúa ante nuestros ojos (CW VI, 198).

Esto no quiere decir que Marx y Engels descartaran todo lo que dijeron los socialistas utópicos. Es claro que aprendieron de ellos y coincidieron con muchas de sus propuestas prácticas. Ambos, y especialmente Engels, admiraban a Fourier. Tomaron considerablemente de los socialistas utópicos para tener una visión de lo que sería el comunismo. Sin embargo creían que la tarea más importante del momento era comprender las fuerzas históricas que harían posible la nueva sociedad.

La discusión más extensa de Marx sobre la transición al comunismo se encuentra en su Crítica al programa de Gotha. Aún antes había definido las tareas de la dictadura del proletariado como "la apropiación de los medios de producción, el sometimiento se éstos a la clase obrera asociada y, por tanto, la abolición del trabajo asalariado, del capital y de sus relaciones mutuas" (CW X, 78).

Estas tareas están conectadas entre sí. Marx veía al Estado tomando control de los medios de producción más importantes. Como el Estado sería "el proletariado organizado como clase dominante", dicho control terminaría con la separación entre la fuerza de trabajo y los medios de producción, separación en que se funda la existencia del capital y del salario. Esto en ningún sentido significa que cualquier nacionalización termine con el trabajo asalariado –es sólo si la clase trabajadora dirige el estado.

Estos pasos conllevan una economía planificada. Para Marx el trabajo es "la condición permanente de la existencia humana impuesta por la naturaleza". "Después de la abolición del modo de producción capitalista... la determinación del valor sigue predominando en sentido de que la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los diversos grupos productivos... se hace más esencial que nunca antes" (C III, 851). Las decisiones sobre cuánto trabajo social es necesario para la producción se harán, no en base a la lucha ciega de la competencia del mercado, sino de una evaluación colectiva y democrática de los productores asociados, de acuerdo a las necesidades de la sociedad.

El trabajo excedente sigue existiendo en el sentido de que una porción del producto social será puesto aparte para no ser consumido y reemplazar los medios de producción que se van gastando o volviendo obsoletos, para tener recursos dirigidos a proyectos de largo plazo y en una reserva de emergencia. “Cesaría todo trabajo dirigido a sostener a quienes no trabajen, aparte del trabajo excedente dedicado a aquellos que por su edad todavía no pueden, o ya no pueden participar en la producción" (C III, 847).

Parte del producto social se consumiría colectivamente mediante el establecimiento de escuelas, servicios de salud, etc. El resto sería dividido entre los productores individuales. Marx suponía que en la medida en que la sociedad avance hacia el comunismo cambiarían los principios de esta distribución.

"La primera fase de la sociedad comunista, según es una vez ha surgido de la sociedad capitalista después de prolongados dolores de parto [estaría] en todo sentido, económica, moral e intelectualmente, todavía estampada con las marcas de nacimiento de la vieja sociedad, de cuyo vientre ha surgido" (SW III, 19). La gente estará todavía formada por la experiencia del trabajo asalariado del capitalismo, donde esperaban retribución material en proporción a la cantidad de trabajo que realizaban:

Correspondientemente, el productor individual recibe de la sociedad –después de las deducciones– exactamente lo que le ha dado... Recibe una certificación de la sociedad de que ha realizado tal y tal cantidad de trabajo... y

con esta certificación toma del cúmulo social de medios de consumo lo correspondiente a lo que cueste la misma cantidad de trabajo (SW III, 17-18).

Este principio, "de cada cual según su capacidad a cada cual según su trabajo" es un ejemplo, señala Marx, del "derecho burgués". No toma en cuenta las diferencias entre los individuos, el hecho de que una persona podrá ser más fuerte que otra, o más talentosa, o tener más personas dependientes. Estos factores podrán afectar la capacidad de trabajo de un individuo y lo que la sociedad le retribuya por su trabajo, o podrán implicar que el trabajo de la persona rinda frutos a una mayor cantidad de gente.

Este derecho igual es un derecho desigual por trabajo desigual. No reconoce las diferencias de clases porque cada cual es sólo un trabajador como todos los demás; pero tácitamente reconoce la desigualdad individual y por tanto ve la capacidad productiva como un privilegio natural. En su contenido es un derecho de desigualdad, como todo derecho (SW III, 198).

En las primeras fases del proceso comunista los productores asociados serán forzados a este modo indeseable de hacer las cosas por el hecho de que han escapado del capitalismo recientemente. Ni el desarrollo de las fuerzas productivas ni las actitudes sociales permiten todavía un ordenamiento más radical. Sin embargo,

en una fase superior de la sociedad comunista, después que los individuos se hayan subordinado a la división del trabajo y junto a ello haya desaparecido la antítesis entre trabajo mental y trabajo físico; después que el trabajo sea no sólo un medio de vida sino la primera necesidad de la vida; después que las fuerzas productivas hayan crecido junto a un desarrollo total del individuo y fluyan más abundantemente los resultados de la riqueza cooperativa, sólo entonces podrá trascenderse plenamente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: "De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades" (SW III, 19)

En un grado superior de desarrollo, la sociedad comunista será capaz de tomar en consideración las necesidades y habilidades particulares de los individuos, en lugar de aplicar un patrón común e insensible sobre las diferencias entre la gente. Se puede apreciar lo infundada que resulta la crítica usual al marxismo, de que ignora y suprime la individualidad y trata como

igual a todo el mundo La igualdad genuina requiere poner atención a las necesidades y capacidades individuales de la gente. La fase superior del "comunismo" será "una asociación en que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos (CW VI, 506). La sociedad comunista sería, en palabras del filósofo marxista Theodor Adorno, "una en que la gente pueda ser diferente sin temor”.

Marx indica que la transición al comunismo también lleva a la desaparición del Estado como institución diferenciada.

*Cuando en el curso del desarrollo hayan desaparecido las distinciones de clases y la producción esté concentrada en manos de una vasta asociación de la nación en su totalidad, el poder público perderá su carácter político. El poder político propiamente dicho es meramente el poder organizado de una clase para oprimir a otra. Si por la fuerza de las circunstancias el proletariado es obligado en su contienda con la burguesía, a organizarse como clase, si por medio de una revolución se hace la clase dominante, y como tal barre por la fuerza las viejas condiciones de producción, habrá barrido con las condiciones de existencia de los antagonismos de clase y con las clases en general, y de esta manera habrá por tanto abolido su propia supremacía como una clase (*CW VI, 505-6).

El Estado es producto de los antagonismos entre clases y por lo tanto desaparecerá si desaparecen las clases. Es en la dictadura del proletariado que se encuentra la posibilidad de la "disolución del Estado". Engels analiza las consecuencias de la revolución socialista sobre el Estado como sigue:

El proletariado toma el poder político y en primera instancia vuelve los medios de producción propiedad estatal. Pero, al hacer esto, se abole a sí mismo como proletariado, abole toda distinción de clases y antagonismos de clases, y abole además al Estado como Estado. Hasta entonces la sociedad, basada en antagonismos de clases, tenía necesidad del Estado; esto es, de una organización de clase particular que era por cierto tiempo la clase explotadora, para así mantener sus condiciones externas de producción y, por tanto, especialmente, para mantener por la fuerza a las clases explotadas en las condiciones de opresión correspondientes al modo de producción dado (esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado)... Cuando no haya

clase social alguna a ser mantenida en sujeción; cuando sean removidos el dominio de clase y la lucha individual por la existencia presente en la anarquía de la producción actual, con los choques y excesos que de esta resultan, no quedará nada que deba ser reprimido y una fuerza represiva especial, un Estado ya no será necesario. El primer acto por virtud del cual el Estado se hace realmente representante del conjunto de la sociedad –al tomar posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad– es al mismo tiempo su último acto independiente como Estado. La interferencia del Estado en las relaciones sociales se hace superflua en uno y otro terreno, y entonces se extingue ella misma; el gobierno de las personas se reemplaza con la administración de las cosas y con la dirección de los procesos de producción. El Estado no se "abole". Se extingue (AD, 332-3).

La dictadura del proletariado ya no sería "un Estado en el sentido propio de la palabra", para usar la frase de Lenin. Conviene destacar que la extinción del Estado no toma lugar de forma instantánea sino en un proceso a través del tiempo. Es un proceso que depende de otros factores como la elevación de la productividad del trabajo y la consecuente reducción del tiempo diario de trabajo, lo cual liberaría a los trabajadores para que participen en la dirección de la sociedad.

La democracia socialista en cierto modo sería como la democracia de la antigua Atenas. El trabajo esclavo permitía a los ciudadanos atenienses dedicar la mayor parte de su tiempo a los asuntos públicos, a discutir en la plaza del mercado, a tomar decisiones en la asamblea soberana de todos los ciudadanos y a participar en la administración (la mayoría de los puestos públicos eran ocupados por ciudadanos comunes, en rotación). En el comunismo, dado el enorme desarrollo de las fuerzas productivas de los últimos 2500 años, los ciudadanos podrían disfrutar su tiempo libre gracias al trabajo no de pobres esclavos, sino de máquinas producidas por el ingenio humano.

Esta sustitución del "gobierno de las personas" por la "administración de las cosas", una idea originalmente de Saint-Simon, no implica la creencia utópica de que el comunismo estaría ajeno a toda coerción. Más bien sugiere que con la abolición de las clases se eliminaría la principal fuente de con-

flicto social, de manera que no habría necesidad de “una tuerza represiva especial”. Obviamente habría gran cantidad de cuestiones donde los productores asociados podrían tener diferencias: qué fuentes de energía utilizar, cuáles estilos de arquitectura, cuáles métodos de crianza de los niños, etc. Pero sin las presiones materiales liquidadoras que genera la explotación de clase estos conflictos podrían resolverse democráticamente, mediante debate y decisiones mayoritarias. Si hubiese individuos que rechazan los resultados de estos procedimientos, cualquier coacción necesaria sería aplicada por los productores asociados, no por un aparato policiaco-militar especial.

Lejos de favorecer un fortalecimiento del Estado, Marx y Engels buscaban la forma de eliminarlo. El concepto de "socialismo de estado" era para ellos una contradicción en sus términos. Combatieron la noción –que tenía influencia en el movimiento obrero alemán por vía de Lasalle– de que el Estado existente es una institución potencialmente beneficiosa que puede ser ganada para los intereses de los trabajadores. Refutar tal idea fue el propósito principal de la Crítica del programa de Gotha, que tenía en la mira la alianza negativa y confusa entre los seguidores de las tesis de Marx y los de Lasalle. Asimismo, la vulgarización que atribuye a Marx un deseo totalitario para disolver al individuo en el Estado es una tergiversación liberal y, de otra parte, un efecto de la terrible corrupción del marxismo que significó Stalin.

Así como la transición al comunismo debe conllevar la extinción del Estado, también debe acabar con la separación entre trabajo manual y trabajo mental. Ambos objetivos están estrechamente ligados en la teoría de Marx. Desde sus Manuscritos económicos y filosóficos de 1844 Marx había sometido a crítica esta separación, porque es uno de los modos primarios en que los seres humanos son alienados y rebajados en su condición humana. El sostiene que la gente puede vivir una vida feliz y plena solamente si despliega todas sus capacidades, tanto mentales corno físicas, en vez de ser constreñida a un solo tipo de trabajo. En un pasaje de La ideología alemana señala:

en la sociedad comunista, nadie tiene una sola esfera de actividad sino que puede realizarse en cualquier área que desee. La sociedad regula la producción general y así hace posible para mí hacer una cosa hoy y otra mañana. Cazar en la mañana, pescar en la tarde, criar ganado en la noche, hacer crítica después de la cena, según me guste, sin nunca haberme hecho cazador, pescador, pastor o crítico. (CW V, 47).

Algunos comentaristas han criticado esta imagen tildándola de utópica. Sin duda la misma nos pone a pensar en cómo Marx esperaba que se interpretara, y es notable que las actividades que enumera se encuentran en sociedades tradicionales preindustriales. Pero hay un argumento de fondo que subyace al pasaje, y es que bajo el comunismo el desarrollo de las fuerzas de producción será tan elevado que la gente podrá estar libre de sus roles actuales corno apéndices de la máquina económica.

Marx insiste en este tema en uno de los más interesantes pasajes de sus Grundrisse. Señala que la tendencia del capitalismo a aumentar la productividad del trabajo, y por tanto la composición orgánica del capital –la porción de la inversión total que corresponde a los medios de producción– transformará el proceso de trabajo en un "sistema automático de maquinaria" que el trabajador sencillamente "supervisa... y cuida de que no se interrumpa" (G, 692). De este modo se reduce la función del trabajo manual en la producción.

En la medida en que el capital sitúa al tiempo de trabajo –la simple cantidad de trabajo– como el único elemento determinante; en esta medida el trabajo directo y su cantidad desaparecen como el principio determinante de la producción –de la creación de valores de uso– y se reducen tanto cuantitativamente, a una proporción menor, como cualitativamente, como un momento sin duda indispensable pero subordinado en comparación con el trabajo científico general, y con la aplicación tecnológica de las ciencias naturales de una parte, y de otra con la fuerza productiva general que surge de la combinación social (G, 700).

Este texto anticipa de forma impresionante los desarrollos del capitalismo en el siglo XX: la producción en línea de ensamblaje masivo durante la primera mitad del siglo y la creciente automatización del trabajo durante su

segunda mitad. En el marco de las relaciones capitalistas de producción estos cambios han tomado forma de antagonismo: por ejemplo desempleo para muchos obreros, exigencia de mayor rapidez para los que trabajan, destrucción de destrezas, etc. Sin embargo, estos cambios crean el potencial para una sociedad en que desaparezca el trabajo manual monótono y repetitivo, y donde la gente deje de estar sometida a tantas horas diarias de trabajo físico agotador y aburrido. La reducción de la semana de trabajo a una fracción de su extensión presente –que los capitalistas resisten con dureza actualmente porque reduciría sus ganancias– liberaría a los trabajadores para que pudiesen desarrollar su potencial intelectual y sus destrezas físicas.

Gracias a la elaboración de las fuerzas productivas y al control social común de las mismas, en la sociedad comunista acaso se harían realidad muchos de los sueños de los socialistas utópicos. Como pensó Fourier, podría eliminarse la barrera entre "trabajo" y "juego": ya no estarían separados ni opuestos el trabajo por la sobrevivencia física y el trabajo como disfrute y diversión. Engels afirmó que la oposición entre ciudad y campo podría ser también eliminada, estableciéndose comunas en que se combinen la agricultura y la industria, como pensaron Fourier y Robert Owen. La posibilidad de estos cambios es mayor en el presente con las nuevas tecnologías, que requieren unidades de producción descentralizadas, vinculadas entre sí por sistemas avanzados de comunicación.

Marx insistió en que todo esto depende del desarrollo de las fuerzas productivas:

El reino de la libertad empieza sólo allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y por consideraciones mundanas; de este modo se coloca más allá de la esfera de la producción material real... En esto, la libertad sólo puede consistir en el hombre socializado, los productores asociados regulando racionalmente su intercambio con la naturaleza, poniéndolo bajo su control común en vez de ser dominados por él o por las fuerzas ciegas de la naturaleza; y alcanzar esto con el menor gasto de energía y en las condiciones más favorables y merecidas de su naturaleza humana. Pero con todo, sigue siendo el reino de la necesidad. Más allá de este último comienza el

desarrollo de la energía humana. el cual es un fin en sí mismo, el verdadero fin de la libertad, que puede florecer sólo teniendo como base este reino de la necesidad. Su requisito básico es acortar la jornada de trabajo (C III, 820).

El comunismo reduce drásticamente la carga de vivir de la naturaleza, liberándonos para hacer otras actividades. Asimismo somete el proceso de trabajo –“el reino de la necesidad"– a un control colectivo y racional. En la frase de Engels, el comunismo "es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad" (AD, 336).

VIII
MARX HOY

Ninguna discusión sobre la vida y el pensamiento de Marx puede ignorar los sucesos que se han verificado desde su muerte. Después de todo el mismo Marx sentó las bases de una teoría científica de la historia y en particular del modo de producción capitalista. La única forma en que podemos establecer la verdad aproximada de una teoría científica es comparando lo que ha ocurrido con sus predicciones.

No falta quien alegue que siguiendo este criterio, el marxismo es falso. Algunos dicen que el curso de la historia ha refutado completamente el pensamiento de Marx. Muchas de las predicciones de Marx alegadamente entran en contradicción con desarrollos posteriores, mientras allí donde supuestamente sus ideas triunfaron, lo hicieron de forma contraria a sus previsiones y esperanzas. En el ámbito del movimiento obrero han habido múltiples y variadas “crisis” del marxismo, la primera de las cuales ocurrió pocos años después de la muerte de Engels en 1895. En cada una de estas “crisis” se ha proclamado la falta de correspondencia de las ideas de Marx respecto a la sociedad contemporánea.

Aquí nos limitaremos a confrontar brevemente los tres argumentos más importantes contra la teoría de Marx. El primero es sobre los orígenes y naturaleza de los llamados países "socialistas" actuales; el segundo es sobre el capitalismo actual, y el tercero sobre la situación de la clase trabajadora en el régimen capitalista presente.

El "socialismo realmente existente"

La Revolución rusa de octubre de 1917 fue el acontecimiento más importante del siglo

XX. La clase trabajadora tomó allí el poder bajo una dirección explícitamente marxista. Sin embargo, muchos críticos han dicho que esta revolución, y lo que le siguió, contradicen a Marx. Este argumento parte de dos suposiciones esenciales.

Primero, se alega que para Marx las revoluciones deben producirse primero en los países industriales avanzados. ¿Cómo podría entonces el marxismo explicar que una revolución socialista ocurriera en un país primordialmente rural y atrasado como Rusia? Este argumento parece fortalecerse con el surgimiento de regímenes llamados "marxistasleninistas" en varios países de similar atraso como China, Vietnam, Cuba, etc.

Segundo, la degeneración que siguió a la Revolución rusa, con el despotismo sanguinario de Stalin, supuestamente demuestra que Marx se equivocó otra vez. Presuntamente la dictadura del proletariado no llevó a una expansión de la democracia y a una eventual disolución de las clases, sino a una tiranía aún más vil que la que reemplazó.

La primera parte del argumento atribuye a Marx una imagen de la historia en que la humanidad necesariamente atraviesa ciertas etapas, de manera que los modos de producción se suceden de acuerdo a las leyes de acero de la necesidad histórica. De hecho, esta versión del marxismo había sido adoptada por algunos socialistas rusos de fines del siglo XIX y principios del XX como Georgi Plejanov y los mencheviques, quienes creían que el socialismo no era posible en Rusia hasta que el desarrollo capitalista la convirtiera en un país industrializado como Inglaterra o Alemania.

Pero este no era el punto de vista de Marx. Simpre fue sumamente crítico de los intentos de aplicar a todas las sociedades su análisis sobre la evolución del capitalismo, elaborado en la parte 8 del tomo 1 de El capital. Por eso criticó duramente a este escritor ruso –Rusia fue uno de los primeros países en que circularon sus ideas– por transformar su " esquema histórico de la génesis del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-

filosófica sobre un trayecto general que cada pueblo está destinado a recorrer, independientemente de las circunstancias históricas en las que se encuentre”. Tal visión trata al marxismo como "una teoría general histórico-filosófica, cuya virtud principal consiste en ser suprahistórica" (SC, 313).

Del mismo modo Marx tuvo la cautela de no descartar que una revolución social hiciese posible que en Rusia se instalara el socialismo sin pasar por una fase capitalista, si "La revolución rusa es la señal para una revolución proletaria en Occidente" (SW I, 100).

Ya vimos que las revoluciones se producen en un proceso de "desarrollo desigual y combinado". Surgen de la estructura de clases y del estadio de desarrollo económico únicos de una sociedad determinada, los cuales a su vez se relacionan con la posición del país en el sistema capitalista mundial. La Revolución rusa precisamente confirmó esto.

Atrasada y predominantemente rural, Rusia experimentó a fines del siglo XIX una rápida industrialización. Este proceso fue impulsado por un gobierno ansioso de igualar económicamente a Occidente, por temor a que de lo contrario a volverse vulnerable en lo militar. Este desarrollo también fue estimulado por capitalistas extranjeros, deseosos de explotar la mano de obra barata de Rusia. Así se formó en Rusia una clase trabajadora industrial pequeña y concentrada en pocas áreas, cuyo peso social y político era mucho mayor que su cantidad. De este modo la contradicción entre trabajo y capital se sumó a la lucha de siglos entre campesinos y terratenientes.

El carácter explosivo de esta combinación se hizo claro en la Revolución de 1905. El Estado zarista sobrevivió al alzamiento popular, pero su derrota en la Primera Guerra Mundial lo arrastró a una crisis grave e irreversible. En febrero de 1917 otra revolución barrió con el Estado monárquico ruso. De aquí surgió una situación de "doble poder": frente por frente al poder de la burguesía, representado por el Gobierno Provisional, se erigía el poder de los "soviets" o consejos de obreros y soldados. En octubre de 1917 los soviets tomaron el poder bajo el liderazgo del Partido bolchevique, un partido que gozaba de base firme entre la clase trabajadora urbana y que supo beneficiarse de la benevolente neutralidad de los campesinos, a quienes prometió las tierras que hasta entonces había poseído la nobleza.

Ahora bien, un desafío al marxismo mucho más importante que el hecho de que se produjera una revolución en un país atrasado es lo que ocurrió en Rusia después de 1917: la transformación de un Estado obrero democrático en una monstruosidad burocrática que gobernó Rusia hasta 1991. Para abordar este problema resulta esencial la indicación de Marx de que el socialismo puede sobrevivir sólo a escala mundial. Siguiendo a Marx, los bolcheviques suponían que el régimen soviético podía sobrevivir solamente si era "la señal para una revolución proletaria en Occidente".

Después de la Primera Guerra Mundial una ola revolucionaria convulsionó a Europa, pero los levantamientos no triunfaron y la joven república soviética se quedó aislada. Peor aún, la cruenta Guerra Civil que desataron en Rusia las potencias capitalistas occidentales y las fuerzas contrarrevolucionarias causó una enorme destrucción. La producción industrial colapsó y los trabajadores tuvieron que regresar a las aldeas de donde hacía poco habían salido. El fin de la Guerra Civil en 1921 dejó al país destruido, a la clase trabajadora desintegrada y a los bolcheviques como la dictadura minoritaria suspendida sobre una masa enorme de pequeños campesinos en gran medida hostiles al Estado.

Marx había predicho que el confinamiento de la revolución a un solo país significaría la restauración de "todo el sucio negocio" de la explotación y la lucha de clases. El bajo nivel de las capacidades productivas en Rusia fue insuficiente para formar una base desde la cual moverse hacia el comunismo. Sólo recursos accesibles a escala mundial podían brindar esa base.

Especialmente después de que cesó la vida política activa de Lenin, tras su primer derrame cerebral en 1922, la dirección bolchevique se fue adecuando a la nueva situación. Empezó a ver los intereses del Estado soviético como algo más importante que los intereses de la clase trabajadora mundial. De manera que entre 1923 y 1939 fueron echadas a perder posibilidades revolucionarias repetidas veces, en China, Francia y España, ya que chocaban con los objetivos del momento de la política exterior rusa. Para justificar esta política conservadora se formuló la doctrina del "socialismo en un solo país". Quienes expusieron una visión crítica del régimen, como Trotsky y la Oposición de Izquierda, fueron excluidos, encarcelados, exilia-

dos o asesinados. Dentro del partido la represión favoreció el desarrollo de la dictadura personal de Stalin, la cual representó el dominio de un estrato de burócratas privilegiados.

Las derrotas que sufrió la clase trabajadora en otros países empeoró el aislamiento del régimen ruso, así como el peligro de una invasión extranjera. Para enfrentar esta amenaza Rusia requería los armamentos más modernos, que sólo podían ser fabricados en una economía industrial avanzada. Y para industrializar al país, los recursos necesarios debían proceder del trabajo excedente de los trabajadores y los campesinos. Entre 1928-29 Stalin embarcó al régimen en un nuevo curso de industrialización forzada.

Esta operación produjo en la agricultura los granos necesarios para abastecer las ciudades y vender en el extranjero, de donde vendrían las divisas necesarias para comprar maquinaria occidental avanzada. A la vez, se construían industrias pesadas a partir de la nada. Los campesinos fueron sacados de sus tierras en una medida gigantesca y metidos en las nuevas fábricas. Fue su plusvalor lo que hizo posible la industrialización. Un economista ruso ha calculado que la expansión económica de la década de 1930 fue financiada por un aumento enorme en la extracción de plusvalor tanto absoluto como relativo.

Marx había sostenido que la "acumulación primitiva" de capital en Europa occidental conllevó una aplicación de coerción masiva: los campesinos fueron echados de sus tierras, los artesanos fueron forzados a trabajar más tiempo para producir plusvalor absoluto, las riquezas del mundo fueron saqueadas y los "perezosos" desempleados fueron despojados de sus medios de sobrevivencia y mantenidos a raya. "Estos métodos... emplean el poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para apresurar como en un invernadero el proceso de transformación del modo de producción feudal y hacer más rápida la transición (C I, 915-16).

Este proceso violento y sangriento, que en Europa occidental tomó siglos, fue realizado en Rusia en diez años.

El efecto fue similar. Los campesinos fueron separados de los medios de producción y se destruyó lo que quedaba de lo que habían conquistado los trabajadores gracias a la Revolución de 1917. Como en el proceso de "acu-

mulación primitiva" analizado por Marx, el efecto fue separar a los productores directos de los medios de producción y obligarlos a vender su fuerza de trabajo.

El proceso de expropiación fue disimulado por lo que Marx llamó la "ilusión metafísica o jurídica" (CW XVII, 99) de que, legalmente, el Estado era el propietario de los medios de producción y la clase trabajadora controlaba el Estado. Pero esto era únicamente una apariencia. Como en la igualdad formal que establece el derecho burgués entre capitalistas y trabajadores, en Rusia también se escondía la explotación de clase. Los trabajadores no controlaban al Estado, sino que el burocrático partido-estado encabezado por Stalin tenía el poder político y por este medio era quien realmente poseía los medios de producción.

Vimos que el capitalismo implica dos separaciones. La primera –entre los productores directos y los medios de producción– fue impuesta en Rusia de manera coercitiva durante los años 30s por la industrialización y la colectivización forzada de la agricultura. ¿Pero qué hay de la otra separación, la división de la economía entre capitales que compiten entre sí? Ha sido común la creencia de que dicha competencia no existía en la Unión Soviética, ya que allí el mercado de productos –aparte de la mercancía fuerza de trabajo– presuntamente fue reemplazado casi completamente por una planificación y un control de carácter estatal.

Otra vez, aquí la realidad es distinta a la apariencia. La cosa cambia una vez que ubicamos a Rusia en el contexto del sistema capitalista mundial. Es claro que el Estado soviético estuvo sujeto a las presiones del sistema mundial. Esto se vio en la prioridad que la economía rusa dio a la producción militar, la cual tomaba nada menos que de 12 a 14 por ciento del producto bruto nacional. La decisión inicial de los años 20s, de colectivizar e industrializar, no resultó de una simple maldad o de un capricho de Stalin, sino de la presión de las circunstancias, ante todo para estar equipararse militarmente con las potencias occidentales. La misma presión siguió atando a la Unión Soviética al sistema mundial hasta su colapso a principios de los años 90s. Por tanto, el Estado soviético tenía que asegurarse de que el tra-

bajo excedente no se usara para beneficiar a los "productores asociados" sino para reinvertirse en más producción.

En principio, lo que se produjo fue lo mismo que analiza Marx en El capital. En la economía capitalista la meta de la producción no es el consumo sino la acumulación, la producción por la producción misma. Esta meta no resulta de alguna decisión voluntaria de parte del capitalista, sino que este último es más bien obligado a reinvertir sus ganancias a causa de la competencia, o ser sacado de carrera por sus rivales. "La influencia de los capitales entre sí tiene precisamente el efecto de que deben conducirse como capitales". (G, 657) La relación que se da entre Rusia y Occidente es similar, sólo que en el caso de esta última se trata de capitales estatales en vez de empresas privadas; y la competencia es en lo económico tanto como en lo militar.

De manera que las relaciones de producción que prevalecieron en la Unión Soviética no eran socialistas sino más bien de un capitalismo estatal burocrático. La clase trabajadora era explotada colectivamente por una burocracia estatal que competía contra sus homólogos de Occidente. Por tanto, lo que ocurrió a la Revolución rusa está lejos de refutar a Marx. Al contrario, puede ser explicado teniendo por base la teoría marxista: como una consecuencia inevitable de que la revolución no había logrado extenderse a otros países, y de las presiones del sistema capitalista mundial.

Es bajo esta luz que pueden entenderse los regímenes "socialistas" de otras partes del mundo. En Europa oriental estos regímenes fueron una extensión del poder militar soviético, mantenidos como hilera protectora de la Unión Soviética contra una posible invasión de las potencias occidentales. Los sucesos de Polonia durante la década de 1980 mostraron cuán lejos de ser Estados obreros estaban dichos estados de Europa oriental. La clase trabajadora polaca tuvo que organizarse contra "su" Estado y fue reprimida por el ejército.

La aparición de regímenes "socialistas" en el Tercer Mundo deja ver las grandes dificultades que enfrenta la revolución democrática burguesa en los países atrasados.

Marx había apuntado en 1848 que "la burguesía alemana se ha desarrollado tan lenta, tímida y perezosamente, que en el momento en que de forma amenazante confrontó al feudalismo y al absolutismo, se vio a sí misma confrontando al proletariado de forma amenazante" (CW VIII, 162). En fin, le faltaba la voluntad para actuar de la manera decidida y revolucionaria de las burguesías de Inglaterra y Francia. De aquí resultaba un vacío político que según Marx, sólo podía llenar la clase trabajadora:

Es en nuestro interés y es nuestra tarea hacer permanente la revolución, hasta que todas las clases más o menos propietarias sean forzadas a salir de su posición dominante, el proletariado haya conquistado el poder del Estado y la asociación de los proletarios, no sólo en un país sino en todos los países dominantes del mundo, haya avanzado lo suficiente para que cese la competencia entre los proletarios, y las fuerzas productivas, al menos las decisivas, estén concentradas en manos de los proletarios (CW X, 281).

En 1917 en Rusia se había dado justamente un proceso de "revolución permanente". Como la burguesía alemana, la rusa era demasiado débil y temerosa de la clase trabajadora para hacer nada excepto aliarse al régimen zarista en la esperanza de lograr una "revolución pasiva", como la de Bismarck en Alemania. En cambio, la clase trabajadora estaba lista para apoyar a los campesinos en sus luchas contra la nobleza feudal. De este modo, en Rusia la revolución democrática burguesa contra el feudalismo se unió a la revolución socialista contra el capitalismo, creando un solo proceso bajo el liderazgo de la clase trabajadora. Desafortunadamente al final la revolución fue derrotada, al no poder expandirse a otros países.

En otros países atrasados la burguesía ha tenido un papel igualmente pasivo y débil. La clase trabajadora por su parte, tampoco ha podido jugar el rol que jugaron los obreros en Rusia en 1917, sea por causa del subdesarrollo económico, por influencia de partidos no revolucionarios, o por efecto de los privilegios de que gozan algunos sectores asalariados en el Tercer Mundo, De manera que cuando en países coloniales y semicoloniales se han desarrollado, movimientos por la independencia nacional, han caído bajo la dirección de otras fuerzas sociales.

En muchos casos estas fuerzas están compuestas por intelectuales de clase media que, aunque agresivos contra las potencias occidentales y contra la clase capitalista local, no han tenido interés en la liberación de la mayoría trabajadora. Son ante todo nacionalistas, deseosos de edificar naciones-estados independientes y fuertes. Para muchos de ellos la Rusia estalinista fue un modelo atractivo, en tanto país atrasado que se industrializó bajo control estatal, y por tanto se describen a sí mismos como "marxistas-leninistas". Pero su socialismo tiene muy poco que ver con la liberación de la clase trabajadora por la clase trabajadora misma. Cuando han logrado expulsar a potencias extranjeras –notablemente en China, Vietnam y Cuba– han reproducido también los rasgos básicos del capitalismo estatal burocrático que hubo en Rusia.

El "socialismo realmente existente" del Este fue una negación del socialismo según lo concibió Marx. Lejos de fundarse en la liberación de la clase trabajadora por ella misma, se sostuvo en la explotación de ésta. Quienes permanezcan fieles al pensamiento de Marx deben trabajar con afán para terminar con dichos regímenes.

El capitalismo en el presente

La segunda crítica principal que a menudo se hace de Marx es que el capitalismo ha cambiado. Según el argumento, la imagen que El Capital pinta del mundo que vivió Marx tal vez podría ser acertada, pero es una referencia inadecuada para el mundo que vivimos hoy. Dos libros publicados en 1956 por intelectuales del Partido Laborista británico, The Future of Socialism de Anthony Crosland y Contemporary Capitalism de John Strachey, elaboran con agudeza esta crítica. Strachey fue un propagandista marxista muy influyente en los anos 30s. Crosland fue figura destacada de una generación de laboristas que pensaba que la lucha de clases y la nacionalización ya carecían de sentido para la política socialista. Parte de esta generación fundó luego el Partido Socialdemócrata.

Tanto Crosland como Strachey argumentan que la estructura del capitalismo ha cambiado fundamentalmente. El crecimiento de los monopolios –dicen– ha llevado a una convergencia entre Estado y grandes empresas que

hace posible la economía planificada, lo cual era improbable en las primeras etapas del capitalismo. También, dentro de las compañías el poder ha cambiado de manos. Hay una "separación entre propiedad y control", la cual implica que no son los accionistas quienes administran las empresas, sino gerentes con limitados intereses económicos en la compañía, que persiguen más el crecimiento a largo plazo que la ganancia a corto plazo. Finalmente, estos autores coincidieron en afirmar que la economía planificada se hace posible porque el gobierno puede administrar la economía –para evitar los extremos del estancamiento y la expansión descontrolada– mediante las técnicas gerenciales de estímulo de la demanda justificadas teóricamente por J. M. Keynes.

Crosland, menos cauteloso que Strachey –quien retuvo parte de su viejo entrenamiento marxista concluye que "parece desacertado seguir hablando de 'capitalismo' en Inglaterra". Afirmó incluso que "estamos... en el umbral de una abundancia masiva". La actividad socialista debía dirigirse entonces hacia la eliminación gradual de los vestigios de desigualdad y pobreza. Supuestamente, la lucha de clases se había ido para siempre: “Uno ya no puede imaginarse hoy una alianza ofensiva deliberada entre gobierno y patrones… con toda su parafernalia brutal de reducciones salariales, lockouts patronales a nivel nacional y legislación antisindical”.

No es difícil para nosotros ahora descartar el optimismo de Crosland, cuando Inglaterra atraviesa el peor estancamiento económico en medio siglo, bajo un gobierno conservador sumamente reaccionario. Sin embargo, es obvio que el capitalismo ha cambiado desde la época de Marx. La economía mundial de hecho disfrutó de una expansión sostenida durante un cuarto de siglo luego de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1948 y 1973 el producto bruto nacional creció a nivel mundial tres veces y media. ¿Puede la teoría de Marx dar cuenta de esta evolución?

Lejos de contradecir el análisis de Marx en El Capital, el surgimiento del capital monopolista resulta central en dicha teoría. Marx indicó que la competencia entre capitales llevaría al crecimiento del tamaño de las unidades de producción. Este proceso tiene dos formas interrelacionadas entre sí: la concentración de capital por vía de la acumulación de plusvalor y por vía de

la centralización de capital –o sea, cuando empresas más grandes y eficaces absorben a sus rivales más pequeñas e ineficientes.

A la vez que se da esta "reducción continua en el número de magnates capitalistas" (C I, 929), cambian las formas legales de propiedad. Marx describe las compañías formadas con sociedades de capitales como "la abolición del capital como propiedad privada dentro del marco de la misma producción capitalista", lo cual conlleva "la transformación del capitalista actual en un simple gerente del capital de otra gente, y del propietario de capital en un simple propietario, un simple capitalista de dinero" (C III, 436-7). La célebre "separación entre propiedad y control" no fue sorpresa para Marx.

El crecimiento del capital monopolista ha continuado de manera sostenida durante el siglo XX. Por ejemplo, en Gran Bretaña las cien compañías más grandes concentraron en 1970 el 46 por ciento de producción manufacturera neta. Desde la Segunda Guerra Mundial las grandes corporaciones vienen operando cada vez más a escala internacional, ramificando sus operaciones a través del planeta.

Estos cambios no han hecho menos capitalistas a los industriales. Las alegaciones en sentido contrario suelen partir de una cierta psicología típica del hombre de negocios, la cual traza una peculiar distinción entre el capitalismo de la época victoriana de laisser faire del siglo XIX, en que el capitalista individual luchaba con ansiedad para agarrar el trozo más grande del pastel, y el ejecutivo aparentemente calmado y "socialmente consciente" de mediados del siglo XX en adelante, preocupado más por la compañía que por sus intereses personales.

Aparte de cuán reales son estas imágenes, las mismas resultan inconsecuentes respecto al asunto central del carácter del capitalismo contemporáneo. Marx insiste en que la dinámica en que los capitalistas extraen y acumulan plusvalor tiene muy poco que ver con los deseos personales: más bien surge de las presiones impersonales del sistema de competencia del que los capitalistas son parte. La competencia entre capitales continúa hoy tan feroz como siempre, aunque ahora la lucha sea entre empresas multinacionales más que entre capitalistas individuales.

En tal ambiente de competencia las ganancias siguen siendo la medida de éxito o fracaso, ante todo porque son fuente de los fondos a reinvertir. Que se haya pasado del énfasis en ganancias de corto plazo al énfasis en el crecimiento de largo plazo indica una modificación en los medios para maximizar las ganancias, lejos de significar un presunto abandono de la meta de obtener ganancias.

Otra alteración importante en la estructura del capitalismo ha sido el creciente rol que juega el Estado. Durante el siglo XIX, más que cumplir la función de "vigilante" que los ideólogos liberales suelen atribuirle, el Estado proveyó lo que Engels ha llamado las "condiciones externas" de la acumulación capitalista: ejército, policía, tribunales, leyes para controlar a los pobres, etc. Hoy puede decirse que el Estado es también un capitalista de grandes proporciones, porque a menudo produce mercancías en empresas nacionalizadas. A la vez da empleo a una gran porción de la fuerza laboral, –por ejemplo, los empleados de servicios tales como la salud, la educación y otros muchos. El gobierno además asume una responsabilidad general por la administración de la economía.

Strachey celebró estos desarrollos como el triunfo de un "capitalismo controlado", en que los trabajadores podrían ahora –supuestamente– utilizar su poder político por medio del voto para dirigir la economía de acuerdo a sus intereses. Otra vez, estas argumentaciones son menos creíbles en los años 80s que en los años 50s. En los 50s muchos pensaban que a través de las técnicas de administración de la demanda formuladas por Keynes el Estado mantendría balanceada la economía. Pero en realidad los estados nacionales resultan impotentes ante la recesión mundial, y lo que ha ocurrido es una reacción política e ideológica contra la intervención del Estado en la economía: una manifestación de lo cual fue desde fines de los años 70s y durante los 80s, el ascenso de políticos populistas de derecha como Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña.

El creciente rol del Estado está íntimamente vinculado al capitalismo monopólico. La expansión inédita de las empresas individuales hace necesaria una mayor coordinación entre sus actividades. La nacionalización británica de industrias que dejan ganancias limitadas pero son indispensables, como

los ferrocarriles, el carbón y el acero, de hecho transfirió plusvalor de capitales menos eficientes a capitales más eficientes. Y mediante la expansión del "estado de bienestar" se ha formado la clase trabajadora relativamente saludable y educada que necesita el capital (sin olvidar que, al menos en Inglaterra, este "estado de bienestar" es financiado en gran medida con los salarios de la misma clase trabajadora, los cuales se han ido reduciendo desde los años 50s a causa de impuestos cada vez más altos).

Algunos de estos cambios han resultado de la presión del movimiento obrero organizado. Por ejemplo, en Gran Bretaña el Servicio Nacional de Salud (servicio de salud universal gratuito o "socializado", a partir de 1945) representó para muchos trabajadores el triunfo del interés social sobre la ganancia privada. Sin embargo, como en la legislación de las fábricas que analizó Marx, los intereses de largo plazo del capital, de tener una fuerza laboral saludable y eficiente, han coincidido con las demandas de la clase obrera.

Igualmente decisiva ha sido la función del Estado en garantizar los intereses del capital a nivel internacional. Desde fines del siglo XIX las potencias occidentales se vienen dividiendo el mundo. Los capitalistas han usado al Estado cada vez más para hacer valer sus intereses en esta lucha por la influencia económica y política sobre distintas regiones del mundo. Un resultado ha sido la intensificación de la competencia militar entre los Estados nacionales, junto a la competencia económica entre corporaciones. las cuales precipitaron dos guerras mundiales.

El marxista ruso Nicolás Bujarin analizó estos cambios durante la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después de ésta. Argumentó que la formación del sistema capitalista mundial iba acompañada de una tendencia hacia el capitalismo de estado en diversos países. Los capitales de los monopolios privados y los estatales se integraban crecientemente, creando capitales nacionales relativamente unificados. Aún cuando las economías nacionales se sometan a poderosos monopolios de unas cuantas grandes empresas, esto determinó el crecimiento a nivel mundial de la competencia entre los capitales estatales. La competencia –advirtió Bujarin– es económica y también militar.

Este análisis desarrolla el argumento de Marx en El Capital de que la presión de la competencia obliga a los capitalistas a conducirse como capitales. El análisis de Bujarin echa luz sobre la forma en que opera el sistema mundial y ayuda a explicar no pocas de las evoluciones a partir de la Primera Guerra Mundial. Vimos por ejemplo cómo la competencia militar obligó al grupo dominante en la Unión Soviética a guiarse por el patrón de acumulación por la acumulación misma.

El antagonismo militar entre capitales nacionales fue clave para que la economía mundial gozara, relativamente, de una gran estabilidad y prosperidad durante las décadas de 1950 y 1960, porque la inversión de recursos para producir medios de destrucción militar, paradójicamente, alivia las presiones que provocan crisis en el sistema.

Para entender esto debemos recordar que Marx identifica dos sectores principales de la economía, el Departamento I (producción de medios de producción) y el Departamento II (producción de bienes de consumo). Según Marx, las mercancías que se producen en estos dos departamentos son "consumidas productivamente". O sea, se usan para producir más mercancías. Obviamente, los medios de producción (maquinaria, plantas físicas, etc.) son imprescindibles para producir más bienes. Los bienes de consumo también mantienen viva a la población trabajadora y hacen que produzca más eficientemente.

Hay un tercer sector de la economía, que Marx llama el Departamento llb, aunque es más conocido como el Departamento Ill, cuya producción no es consumida productivamente. Marx tenía en mente productos de lujo a ser consumidos por los capitalistas individuales. Estos productos no contribuyen de manera alguna al desarrollo de la producción ya que se pagan con plusvalor que deja de ser reinvertido. En principio los armamentos son hoy lo mismo que esos bienes de lujo –no se usan para hacer otras mercancías. En el mejor de los casos los armamentos simplemente están en circulación, listos a usarse si hay guerra, hasta que se hagan obsoletos. En el peor de los casos se usan para destruir seres humanos y objetos. La producción de armamentos es producción de desperdicios.

Como hemos visto, la competencia obliga a los capitales a reinvertir plusvalor para mejorar sus métodos de producción. De este modo aumenta la composición orgánica del capital –o sea, la porción de la inversión total dedicada a los medios de producción– y se reduce la tasa de ganancias. La producción de desperdicios altera este proceso, porque el plusvalor que podría ser invertido en aumentar la productividad del trabajo, y por tanto la composición orgánica de capital, es dirigido hacia usos improductivos. Marx escribe, "Es evidente el impacto de la guerra porque en lo económico es exactamente igual a que la nación tire al mar parte de su capital" (G, 128). En fin, las presiones que tienden a provocar crisis económicas se alivian una vez que parte del capital se retira de la producción de mercancías.

Más todavía, versiones corregidas del análisis de Marx sobre la transformación de valores en precios de producción muestran que la tasa de ganancias en el Departamento III no influencia la formación de una tasa general de ganancias. Esto quiere decir que aunque la composición orgánica de capital en la producción de armamentos sea más alta que en otros sectores de la economía, ello no hará que decaiga la tasa general de ganancias. El Departamento III provee un mercado para los productos de los otros dos departamentos sin reducir la ganancia general del capital en su conjunto.

Este efecto estabilizador de la producción militar era visible ya en los años 30s, cuando los dos países que primero se rearmaron, Alemania y Japón, fueron también los primeros en recuperarse del estancamiento y lograr el pleno empleo. Gran Bretaña y Estados Unidos tuvieron el mismo resultado sólo tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial, virando hacia una economía de guerra.

Pero fue tras la Segunda Guerra Mundial que la "economía armamentista permanente" surgida con la competencia militar entre Este y Oeste, que floreció plenamente la producción de desperdicios en Occidente. Fueron dedicadas a la producción y la utilización de armas altísimas proporciones del producto bruto nacional de Estados Unidos y la Unión Soviética –enormes en comparación con los periodos de paz anteriores. Las consecuencias estabilizadoras del militarismo produjeron un descenso de la composición orgánica del capital y un aumento o sostenimiento de las tasas de ganan-

cias. El capitalismo mundial gozó así de un boom, una expansión sin precedentes en su escala y duración.

Parecía como si esta larga expansión fuese a durar para siempre. Se atribuyeron cualidades mágicas a los métodos de manipulación de la demanda que habían hecho respetable la doctrina de Keynes, aunque en Estados Unidos bajo el "New Deal" de Franklin D. Roosevelt, tales métodos no impidieron en 1937-38 un colapso más grave que el que había seguido al crash de Wall Street en 1929. Uno de los discípulos de Keynes, Michael Stewart, consejero del dirigente socialdemócrata británico David Owen, escribió en su libro Keynes and After: "El hecho básico es que al aceptarse la Teoría General [la obra maestra de Keynes], se acabaron los tiempos de desempleo masivo incontrolable en los países industriales avanzados. Otros problemas económicos serán amenazantes, pero ese –al menos– es historia".

Hoy en día, con un "desempleo masivo incontrolable" de 30 millones de personas en los "países industriales avanzados", sabemos más que eso. Con el estancamiento de las décadas de 1970 y 1980 ha vuelto a asomarse la tendencia a las crisis que Marx descubrió en *El Capital.*

Por supuesto, la economía del armamentismo no se desarrolló igual en todas partes. En el Bloque occidental el grueso de esta producción estuvo en Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto significó que Alemania y Japón pudieron dedicar sus recursos a inversiones productivas de gran escala, superando a los demás al competir en el mercado mundial. Pero como el establishment norteamericano difícilmente aceptaría la decadencia de la supremacía económica de Estados Unidos, en las décadas de 1960 y 1970 se observó un descenso en los gastos militares y mayores inversiones productivas. De aquí resultó una intensificación enorme de la competencia a nivel mundial, un auge impresionante en la composición orgánica del capital y, por tanto, un descenso en la tasa de ganancias. El aumento al cuádruple del precio del petróleo en 1973-74, precipitó una recesión mundial como no se veía desde los años 30s.

Los sectores más inteligentes de la clase dominante estaban conscientes de las causas básicas de la recesión. Recientemente el diario inglés Financial Times ha reconocido que "la expansión de posguerra empezó a agotarse

desde fines de los años 60s y no, como se cree comúnmente, como resultado del shock petrolero de 1973-74. El indicador más claro de la tendencia de fondo es... el promedio de ganancias, en que se ve un declive serio desde fines de los años 60s en la mayoría de las principales economías" (7 de septiembre de 1982). Un columnista de dicho periódico, Samuel Brittan, celebrado exponente del neoliberalismo, confesó ser incapaz de explicar esta baja mundial en la tasa de ganancias: "¿Por qué en cada ciclo de los negocios los patrones han tenido que bajar los precios?... Estoy lejos de estar seguro de entender este proceso" (16 de septiembre de 1982).

Es en *El Capital* de Marx donde se ofrece la solución a este problema que tanto intriga a los sabios burgueses. La competencia a nivel mundial ha obligado a las empresas capitalistas y a los estados a invertir masivamente en nuevas tecnologías. Pero el costo de esta inversión ha aumentado mucho más rápido que la fuerza de trabajo. Y como los trabajadores producen el plusvalor con que el sistema se sostiene, decae la tasa de ganancia.

No hay salida fácil de las crisis. En una situación de debilidad es difícil para las economías capitalistas seguir invirtiendo en armamentos una proporción tan alta –digamos– como la que Estados Unidos dedicó en los años 50s. Cualquier Estado que se haga cargo de la mayor parte de la producción armamentista correrá serios peligros en la lucha por los mercados.

Más aún, mientras pasa el tiempo crece el tamaño de los capitales. Esto quiere decir que irse a quiebra implica costos gigantescos, no sólo para empresas individuales sino para el conjunto del capital nacional. Un ejemplo es British Leyland, cuyo colapso podría echar por el suelo los sectores de la industria automotriz regulados por el Estado inglés, así como provocar la pérdida de miles de empleos. Los gobiernos –no importa qué partido los controle– deben salvar a estas empresas quebradas.

Los estancamientos de la economía ya no cumplen la función de destruir capital como para que se restaure la tasa de ganancias adecuadamente. Esto se ve en las inflaciones permanentes. Antes los precios subían durante las expansiones y bajaban durante los estancamientos. Ahora suben sin cesar. Lo único que cambia es la tasa de inflación, que es menor durante periodos de recesión que durante los de expansión. Los problemas que pro-

vocan las expansiones ya no se solucionan en los estancamientos. Así los auges económicos tienden a ser breves, inciertos y frágiles, y las caídas tienden a ser largas, hondas y amplias.

El carácter cada vez más intensamente internacional del capitalismo impide que los estados nacionales puedan ignorar las crisis mundiales. No se trata ya simplemente de que las corporaciones transnacionales escapen del control de los gobiernos moviendo sus inversiones y su dinero de un sitio a otro, por encima de fronteras nacionales. Transformado desde 1945 para servir a estas corporaciones, el sistema financiero internacional está cada vez más integrado y fuera del control de las naciones-estados.

A veces esto podrá ser una ventaja, como cuando los bancos occidentales ayudaron a reducir el impacto de la recesión de 1974-75 concediendo préstamos masivamente a los estados del Tercer Mundo. Sin embargo, a principios de los 80s la estabilidad de esos mismos bancos estuvo en peligro de colapsar por el fuerte impacto de las deudas de países como Polonia, Argentina, Brasil y México. Tal vez se hubiese provocado un desplome aún más drástico que el de la gran depresión de los años 30s. Se confirma el análisis de Marx en el tomo 3 de El Capital de que el sistema de crédito dilata más que abole las contradicciones de la acumulación de capital.

La clase trabajadora

Un tercer argumento que se usa contra Marx es que la clase trabajadora ya no existe, al menos en la forma en que la concibió. Se dice que los trabajadores manuales son hoy una minoría de la fuerza laboral, que es dominada por empleados de "cuello blanco" que tienen niveles de vida de clase media, mientras que –contrario a lo que esperaba Marx– los salarios reales han aumentado sostenidamente desde fines del siglo XIX. Según este argumento, dichos cambios han ido disipando las divisiones de clases, de manera tal que en vez de haber burgueses y proletarios confrontando mutuamente, las sociedades industriales –o "posindustriales"– se componen en amplia medida de una clase media vasta y amorfa.

Este tipo de análisis fue acariciado en los años 50s por teóricos "revisionistas" del Partido Laborista inglés como Crosland. Recientemente ha sido retomado en Inglaterra por el Partido Socialdemócrata, que alega ser un partido radical y sin clases, cuyos políticos – supuestamente– se adaptan a esta nueva sociedad mejor que el alicaído Partido Laborista. El argumento también ha sido tomado por algunos marxistas, por ejemplo el socialista alemán Rudolph Bahro, quien recientemente dio su "adiós al proletariado".

El argumento se centra en cuestiones de consumo. Alega que en tanto el estilo de vida de la clase trabajadora tradicional se asemeja al de sectores de clase media, ya no existe el capitalismo. Por su parte, Marx centraba su análisis en las relaciones de producción, en las cuales se funda su teoría de las clases sociales.

Para Marx la clase es un concepto teórico, no una categoría descriptiva. Marx buscaba descubrir las realidades subyacentes de la sociedad, no simplemente describir la apariencia de las cosas. Pero sus críticos se han concentrado más bien en desarrollos superficiales, como el hecho de que muchos trabajadores tienen automóviles e hipotecas. Han estado lejos de confrontar el asunto fundamental de la distribución de riqueza y poder en el capitalismo contemporáneo.

Marx señala que la clase a que una persona pertenece se define por la posición que ocupa en las relaciones de producción. Esto implica ver la clase como una relación social. No es tanto el tipo de trabajo que uno hace, sino dónde uno se ubica en las relaciones antagónicas de explotación que están al centro de la sociedad de clases. Marx veía como miembro de la clase trabajadora a cualquiera que esté obligado a vender regularmente su fuerza de trabajo para vivir, aunque no realice un trabajo manual.

La cuestión tiene diversos ángulos. Marx distingue entre trabajo productivo e improductivo. "El único trabajador productivo es el que produce plusvalor para el capitalista", escribe (C I, 644). Pero muchos trabajadores asalariados no producen plusvalor. En los tiempos de Marx un ejemplo de trabajadores improductivos eran los empleados domésticos, que eran entonces el grupo más grande de la población trabajadora. Más que producir mercancías que incorporaban plusvalía, se les pagaba de los ingresos de las clases propie-

tarias para que brindaran servicios personales a las familias de dichas clases. Sin duda la teoría de Marx sobre el trabajo productivo contiene limitaciones, pero es claro que Marx consideraba como trabajadores productivos a todos aquellos trabajadores activos en la producción de mercancías –incluyendo aquellos que transportaban las mercancías a su punto final de consumo.

Hay que notar dos cosas aquí. Primero, muchos trabajadores productivos no son trabajadores manuales. Marx indica que con el desarrollo del "obrero colectivo", "una cantidad siempre creciente de tipos de trabajo se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y quienes lo realizan se clasifican como trabajadores productivos, trabajadores directamente explotados por el capital y subordinados al proceso de producción y expansión de capital" (C I, 1039-40). Cita como ejemplos a gerentes, ingenieros y técnicos.

Segundo, "todo trabajador productivo es un trabajador asalariado, pero no todo trabajador asalariado es un trabajador productivo" (C I, 1041). La clase trabajadora, por tanto, incluye muchos que no son trabajadores productivos. Marx da el ejemplo del dependiente de un comerciante, quien no produce mercancías pero cuyo trabajo hace posible que su patrón se apropie de una porción del plusvalor total, dada su función en la circulación de mercancías:

En primer lugar, la fuerza de trabajo se compra con el capital variable del comerciante, no con dinero del ingreso [personal del comerciante] y por lo tanto no se compra para un servicio privado sino con el propósito de expandir el capital invertido. En segundo lugar, el valor de la fuerza de trabajo, y por tanto su salario, se determina como el de los demás trabajadores, o sea por el costo de producción y reproducción de su fuerza de trabajo específica, no por el producto de su fuerza de trabajo (C III, 292).

Marx añade que mientras menor sea el costo en que debe incurrir el comerciante, mayor será la plusvalía –generada en otros lugares– que obtendrá gracias a la inversión de su capital. Por tanto, el comerciante tiene interés en exprimir de sus empleados la máxima cantidad posible de trabajo

no pagado. De manera que el empleado del comercio, aunque no produzca plusvalor, está en igual posición que el trabajador productivo.

Para Marx la clase trabajadora es diferente de lo que convencionalmente se piensa en la forma de obreros manuales de fábrica. Es, al contrario, el conjunto de todos aquellos cuyas condiciones de vida los obligan a vender su fuerza de trabajo y se encuentran, por tanto, bajo la constante presión de un patrón que buscará extraerle el máximo posible de trabajo no pagado. Lo que los define como miembros de la clase trabajadora no es el tipo de trabajo que realizan, sino su sitio en las relaciones de producción.

Esto es esencial, porque la estructura de la fuerza laboral ha cambiado muchísimo desde los tiempos de Marx. Las cifras en Gran Bretaña podrían indicar tendencias globales. En 1911 los trabajadores manuales eran el 75 por ciento de la fuerza laboral. Para 1979 los trabajadores manuales habían descendido al 48 por ciento. Este cambio significa que hoy la fuerza de trabajo británica se compone de trabajadores de cuello blanco. Hay dos grupos de trabajadores que han aumentado desde la Primera Guerra Mundial. Al tope de la escala ocupacional están los profesionales, gerentes y administradores, que forman hoy cerca de 30 por ciento de la fuerza laboral. Un número considerable de éstos son científicos, ingenieros y técnicos de laboratorios –o sea, grupos que han crecido grandemente a lo largo del siglo XX. En su mayoría son, en términos de Marx, trabajadores productivos. La mayor parte de los "profesionales menores" son maestros y enfermeros, cuya paga y condiciones de empleo claramente los hacen asalariados. El resto forma lo que suele llamarse la "nueva clase media, cuyo trabajo es administrar la complejísima economía del capitalismo avanzado, y cuyo ingreso y poder sobre otros trabajadores a menudo la separan y enajenan de la clase obrera.

El otro grupo que ha crecido considerablemente son los trabajadores de oficina, de 5 por ciento en 1911 a 16 por ciento en 1979. La gran mayoría de éstos son mujeres, y casi 40 por ciento de todas las mujeres empleadas pertenecen a esta categoría. Como grupo asalariado están en posición similar a la de los trabajadores manuales. De hecho, los ingresos de los trabajadores de oficina son más bajos que los de los obreros manuales, a pesar

de que la "industrialización del trabajo de oficina", con el uso masivo de nuevas tecnologías, conlleva que sus condiciones de trabajo son cada vez más parecidas a las de los trabajadores manuales semidiestros.

Lo que ha ocurrido entonces, es un cambio en la estructura de la clase trabajadora, no que ésta haya desaparecido. El cambio resulta de las tendencias en el desarrollo capitalista que Marx analizó. Con la creciente productividad del trabajo y el aumento en la composición orgánica de capital que la acompaña –y que es su expresión en términos de valor– menos trabajadores productivos pueden producir muchos más productos que a principios del siglo XX.

Este proceso explica no sólo un cambio de trabajo manual a uno de cuello blanco, sino los cambios en la estructura de la economía. Se ha hablado mucho del fenómeno de la "desindustrialización", es decir la reducción de los renglones de la economía dirigidos a industrias primarias, como la minería en Gran Bretaña. Hoy la mayoría de la fuerza laboral en Gran Bretaña trabaja en industrias de servicios, o sea que producen servicios más que bienes de consumo. Estas industrias a veces son privadas, como hoteles y restaurantes, o son parte del gobierno, como el Servicio Nacional de Salud. Tienen en común que en general no están involucradas en el proceso físico de producción.

Una vez más, estos desarrollos dejan ver cómo aumenta la productividad del trabajo. Aún con niveles de vida superiores a los de hace cien años, se necesita menos gente para la producción material.

Este logro sin embargo tiene su precio. El alza en la productividad ha implicado trabajar a mayor velocidad, una mayor "racionalización" del proceso de trabajo y la destrucción de muchas destrezas industriales. Ahora es más alta la proporción de obreros manuales no diestros que a principios de siglo XX, a pesar de los impresionantes avances en la educación pública y en la sofisticación tecnológica del proceso de trabajo. Muchos obreros semidiestros se dedican al mantenimiento y reparación de maquinaria, para lo cual requieren un entrenamiento de algunas semanas, como mucho.

Por otro lado, los trabajadores en las nuevas industrias de servicios están lejos de ser privilegiados. Los hoteles, por ejemplo, son notorios por los

bajos salarios y su resistencia a los sindicatos. En el sector público la gran masa está compuesta de mecanógrafos, empleados de limpieza, trabajadores auxiliares de hospitales, enfermeros, recogedores de basura, en fin, ninguno de ellos un grupo bien pagado. Uno de los cambios más visibles en los últimos quince años ha sido la transformación de los empleados públicos en uno de los sectores más militantes del movimiento sindical.

Que los salarios reales hayan aumentado considerablemente en los últimos cien años tampoco contradice el análisis de Marx. Como hemos visto, Marx fue crítico de las "leyes de hierro de los salarios", según las cuales los trabajadores no ganarán más de lo que necesiten para su supervivencia física. Al discutir la tendencia más importante de la producción capitalista –la del aumento en la composición orgánica del capital– Marx escribe que "de aquí no se sigue que disminuya absolutamente el fondo del cual los trabajadores obtienen su ingreso. Sólo disminuye relativamente, en proporción a la producción total" (TSV II, 566). Esto es precisamente lo que ha pasado desde la época de Marx. La enorme alza en la productividad del trabajo ha conllevado un aumento de los niveles de vida de los trabajadores en términos absolutos, aunque haya descendido la porción que reciben del total producido. Por ejemplo, un estudio sobre la economía americana de posguerra, sugiere que la tasa de plusvalor ha aumentado considerablemente.

Indicadores difícilmente confiables a este respecto son las cifras de distribución de la riqueza, las cuales sirven más bien para notar cómo los ricos disimulan su riqueza para evitar mayores impuestos. Sin embargo, un estimado ha sugerido que en 1911 el 5 por ciento de la población de Gran Bretaña poseía el 87 por ciento de toda la riqueza personal. Y en 1960 poseía el 75 por ciento. En 1954 –cuando Crosland y Strachey proclamaban el fin del capitalismo– el 1 por ciento de todos los accionistas poseían el 81 por ciento de las acciones y los valores. Es obvio que una pequeña minoría controla la economía.

El sistema clasista capitalista está sin duda vigoroso. Los cambios principales han ocurrido en la estructura de la clase obrera, a su vez relacionada con una mayor concentración de poder económico a causa, primero, del capital monopólico, y luego del capital multinacional. En los países de capitalismo

avanzado la clase obrera constituye la enorme mayoría de la población. En Inglaterra, aún excluyendo muchos profesionales que son de hecho parte de la clase obrera, en 1979 los obreros manuales y de oficina eran el 64 por ciento de la fuerza laboral.

Hay quienes admiten este análisis pero señalan que la tendencia dominante es hacia la eventual disolución de la clase trabajadora. Apuntan a la automatización, al uso de robots en la manufactura y a la posibilidad de que, gracias a la nueva tecnología informática, muchos trabajadores hagan su labor en la casa usando sus propios terminales de computadoras.

No hay duda de estas tendencias, pero existe una inclinación a sobrestimarlas. Trabajar en la computadora desde el hogar, por ejemplo, podrá ser una realidad para una pequeña minoría de trabajadores de cuello blanco con salarios relativamente altos. Difícilmente germinarán terminales de computadoras en los apartamientos de bajo costo o los residenciales públicos en que habitan tantos trabajadores, y no es fácil concebir a un minero o un empleado de hospital haciendo su trabajo desde la casa.

El uso de robots puede tener mayor importancia. Ya están siendo usados en la industria del automóvil para tareas como soldar. Pero también aquí se tiende a sobrestimar sus posibilidades. Los robots, al menos los que hay ahora, son inflexibles, y a menudo se rompen. Y aún cuando se supere este tipo de dificultad, las fábricas plenamente automatizadas necesitarán trabajadores que programen y supervisen los robots. Estos trabajadores, dicho sea de paso, tendrían un poder económico enorme.

El discurso sobre la "desindustrialización" es muchas veces un tanto provincial. La racionalización de la industria manufacturera de Occidente es parte de un proceso por el que muchos trabajos vienen siendo realizados en los países del Tercer Mundo recientemente industrializados, donde la fuerza de trabajo es abundante y barata. Esto ya es evidente en industrias como el acero, la fabricación de barcos y de textiles. Por tanto, estas sociedades recién industrializadas experimentan todas las contradicciones del capitalismo.

En años recientes hemos visto verificándose luchas sociales impresionantes en no pocos países "atrasados", en que la clase trabajadora ha jugado un

papel importante, por ejemplo Irán, Polonia, Brasil, Sudáfrica, Surcorea e India. La expansión y reorganización del capitalismo a nivel internacional inevitablemente estimula la organización y la resistencia de la clase trabajadora que ha surgido precisamente gracias al referido proceso. En el Tercer Mundo –como en el "primero" y el "segundo"– la burguesía crea sus propios sepultureros.

CONCLUSIÓN

El capitalismo no ha cambiado en lo fundamental. Sigue fundándose en la explotación de la clase trabajadora y es propenso a sufrir crisis. La conclusión que Marx sacó de su análisis de que la clase obrera debe derrumbar este sistema y sustituirlo por una sociedad sin clases, es más urgente hoy que en el siglo XIX. Las rivalidades militares que son la forma que asume cada vez más la competencia entre capitales, ponen ahora en peligro al planeta mismo.

Para el centenario de la muerte de Marx –1983– alrededor del globo aleteaba el fuego de la guerra: en el Líbano, Irán, Irak, Kampuchea, el Sur y el Cuerno de África, Afganistán, el Atlántico Sur. Acumulación de vastos armamentos de destrucción nuclear por parte de las potencias, amenazas de misiles del Kremlin, habladurías en Washington sobre guerra nuclear "limitada" y "dilatada", todo ello tiende una gran sombra sobre la humanidad.

La revolución socialista es un imperativo para cambiar un mundo sofocado por la depresión económica y la fiebre guerrerista, un mundo donde solamente en los países industrializados occidentales los desempleados suman 30 millones, y donde en el Tercer Mundo 800 millones de seres humanos sufren el hambre. En este sentido las ideas de Marx son más pertinentes hoy de lo que eran hace cien años. Desde 1883 el capitalismo viene hincando sus garras en cada parte del planeta. Y hace tiempo está listo para su propia destrucción, sea por sus propias manos mediante una guerra nuclear, o a manos de la clase trabajadora. Las opciones son el poder de los trabajadores o "la ruina en común de las clases en pugna" –socialismo o barbarie.

Mucha gente honestamente interesada en hacer algo para remediar los males de la sociedad siente que nuestro énfasis en la clase obrera es muy

estrecho. La existencia de armas nucleares es una amenaza para todos, sean trabajadores, capitalistas o cualquiera. ¿No deberían unirse todas las clases para solucionar un problema que nos afecta a todos?

Lo que este tipo de opinión ignora es que el "exterminismo" –como ha llamado Edward Thompson al inmenso y competitivo aparato militar que controla la carrera armamentista– es parte esencial del funcionamiento del capitalismo. Ningún capitalista en su sano juicio quiere una guerra nuclear (aunque hay algunos de juicio no muy sano que creen que una guerra así sería un preludio de la Segunda Venida, y están en posiciones influyentes en Washington). Pero sano o no, todo capitalista es parte de un sistema económico esencialmente entramado con la competencia militarista entre los estados nacionales. La marcha hacia el Armagedón sólo puede ser detenida por una clase social con el interés y el poder de derrotar al capitalismo.

Marx concibió a la clase trabajadora como la clase cuya propia liberación implicaría la liberación del resto de la humanidad. La revolución socialista a la que dedicó su vida puede ser a la vez la liberación de la clase trabajadora y la liberación de todos los sectores explotados y oprimidos de la sociedad.

Quienes acepten la visión de Marx no pueden contentarse con un compromiso meramente intelectual. Hay muchos marxistas así –satisfechos con vivir a costa de los méritos intelectuales de El Capital, como expresó Trotsky. No podemos simplemente contemplar el mundo, sino que debemos –como hizo el propio Marx– implicarnos activamente en la labor práctica de construir un partido revolucionario que palpite en la vida y en las luchas de la clase trabajadora. Marx escribió: "Los filósofos se han dedicado a interpretar al mundo; lo que hay que hacer es transformarlo". Si el marxismo está en lo correcto, debemos actuar de acuerdo con eso. ■

Han sido incluidas solamente las referencias de las obras de Carlos Marx y Federico Engels. Se usaron las siguientes abreviaturas: AD. Engels, Anti-During (Moscú, 1969).

C. Marx, Capital, I (Harmondswort, Gran Bretaña, 1976), II (Moscú, 1956), III (Moscú, 1971).

CW. Marx y Engles, Collected Works, cincuenta tomos publicados o en preparación (Londres, 1975-).

CWF. Marx, The Civl War in France (Beijing, 1966).

G. Marx, Grundrisse (Harmondswort, Gran Bretaña, 1973). SC. Marx y Engels, Selected Corrpondence (Moscú, 1965). SW. Marx y Engels, Selected Works, tres tomos (Moscú, 1973) TSV. Marx, Theories of Surplus Value, tres tomos (Moscú, 1963-72)

V. Value: Studies by Marx (Londres, 1976)